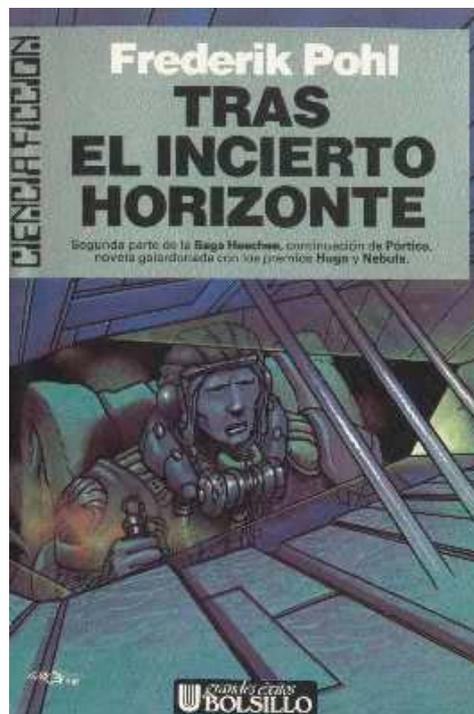


TRAS EL INCIERTO HORIZONTE



Saga Heechee/2
Frederik Pohl

Título original: Beyond the blue event horizon.

Traducción: Francisco Amella.

© 1980 by Frederik Pohl.

© 1987 Ultramar Editores, S.A.

Mallorca, 49. - Barcelona

ISBN: 84-7386482-2

Digitalizado por Elfowar

Revisado por Arahamar

R6 07/02

1 - WAN

No era fácil vivir siendo joven y estando tan absolutamente solo.

- Ve a los dorados, Wan, roba tanto como puedas, aprende. No tengas miedo - le habían dicho los Difuntos.

Pero, ¿cómo no iba a tener miedo? Los tontos pero molestos Primitivos utilizaban los pasillos color oro. Se les podía encontrar en ellos por todas partes, sobre todo en los extremos, donde las doradas marañas de símbolos iban y venían sin fin hasta el centro de las cosas. O sea justo allí donde los Difuntos no hacían más que persuadirle para que fuera. Quizás no tenía más remedio que ir, pero no podía evitar tener miedo.

Wan ignoraba qué le ocurriría si los Primitivos llegaban a capturarlo. Probablemente lo supieran los Difuntos, pero no podía deducir nada de sus divagaciones al respecto. Tiempo atrás, cuando Wan era pequeño - cuando aún vivían sus padres, hacía ya tanto -, su padre había sido capturado. Había estado ausente mucho tiempo, y había vuelto a su casa verde brillante. Temblaba, y el pequeño Wan, que apenas tenía dos años, había visto lo atemorizado que estaba su padre, y había llorado y gritado por lo mucho que eso le había atemorizado a él.

Sin embargo, tenía que ir a los dorados, tanto si los viejos boca de rana estaban allí como si no, porque era allí precisamente donde estaban los libros. Los Difuntos eran probablemente lo bastante buenos, pero eran tediosos, susceptibles y a menudo obsesivos. Las mejores fuentes de conocimiento eran los libros, y para dar con ellos Wan tenía que ir adonde éstos se encontraban.

Los libros estaban en los pasadizos que tenían destellos de oro. Los había también con destellos verdes, rojos y azules, pero allí no había libros. A Wan le disgustaban los pasillos azules porque eran fríos y muertos, pero era justamente allí donde estaban los Difuntos. Los verdes estaban agotados. Wan pasaba casi todo el tiempo donde las miríadas de destellos rojizos se extendían por encima de las paredes, y donde las tolvas aún guardaban alimentos: allí tenía la seguridad de no ser molestado, pero también estaba solo. Los dorados se usaban aún, y merecían la pena con todo y ser muy peligrosos. Y ahora se encontraba allí, maldiciéndose a sí mismo quejumbrosamente - pero en voz baja - por estar atrapado. ¡Malditos Difuntos! ¿Por qué había tenido que prestar atención a sus tonterías?

Se acurrucó temblando en el exiguo refugio que le ofrecía un arbusto de bayas, mientras dos de los bobos Primitivos, de pie, arrancaban pensativamente bayas del lado contrario, y se las colocaban con precisión en sus bocazas de rana. Desde luego, no era frecuente que se mostraran tan desocupados. Entre las razones por las que Wan los despreciaba estaba el hecho de que los Primitivos estuvieran siempre tan atareados, siempre reparando o acarreando objetos, como posesos. Y sin embargo, ahí estaban esos dos, tan desocupados como el propio Wan.

Ambos tenían barbas ralas, pero uno tenía también pechos. Wan reconoció en ella a la hembra a la que había visto ya antes una docena de veces; era la más diligente de todos en pegar pequeños trozos de algo - ¿papel, plástico? - sobre su sari o, en ocasiones, sobre su piel cetrina y moteada. Creyó que no le verían, pero se sintió enormemente aliviado cuando, al rato, dieron media vuelta y se marcharon. No habían hablado. Wan no había casi nunca oído hablar a los viejos y graves boca de rana. No les entendía cuando lo hacían. Wan hablaba bien seis idiomas: el español de su padre, el inglés de su madre, y el alemán, el ruso, el cantones y el finés que había aprendido de uno u otro de los Difuntos. Pero lo que los boca de rana hablaban no lo entendía en absoluto.

Tan pronto como se retiraron pasillo abajo, - ¡rápido, corre, cógelos! - Wan cogió tres libros y se encontró de nuevo a salvo en uno de los pasillos rojos. Quizás los Primitivos le hubieran visto, quizás no. No reaccionaban con rapidez. Por eso había conseguido darles esquinazo durante tanto tiempo. Después de unos cuantos días en los pasadizos, desaparecería. Para cuando se dieran cuenta de que había estado merodeando, él ya no estaría allí; estaría de vuelta en la nave, lejos.

Llevó los libros de vuelta a la nave sobre lo más alto de unos paquetes de comida que emergían de una cesta. Los depósitos de viaje volvían a estar casi del todo reabastecidos. Podía partir cuando gustara, pero era mejor dejar que se llenaran completamente, y pensó que no había ninguna prisa por partir. Pasó casi una hora llenando sacos de plástico con agua para el tedioso viaje. ¡Lástima que no hubiera libros de lectura a bordo para hacer el viaje menos aburrido! Entonces, cansado del trabajo, decidió despedirse de los Difuntos. Podían, o no, corresponderle, incluso podían no inmutarse. Pero no tenía a nadie más con quien hablar.

Wan tenía quince años, era alto, enjuto, moreno por naturaleza y más aún a la luz de las lámparas de la nave, donde transcurría la mayor parte de su tiempo. Era fuerte y confiaba en sí mismo. Por fuerza. Había siempre comida en las tolvas, y otros útiles al alcance de la mano, si se atrevía. Una o dos veces al año, cuando se acordaban, los Difuntos solían capturarlo con sus pequeños aparatos y recluirlo en un cubículo durante un día, a lo largo del cual le sometían a un examen físico completo y más bien aburrido. En algunas ocasiones le empastaban las muelas; generalmente le daban reconstituyentes y cápsulas de minerales, y en una ocasión le habían llegado a graduar la vista. Pero él se había negado a llevar las gafas. También le recordaban, cuando lo dejaba de lado durante más tiempo del debido, que leyera y estudiara, tanto de lo que ellos le facilitaban como de los almacenes de libros. No necesitaba que se lo recordaran a menudo; le gustaba aprender. Por lo demás, vivía enteramente a su aire. Si quería ropa iba a los pasillos dorados y se la robaba a los Primitivos. Si se aburría, algo inventaba para distraerse. Unos pocos días en los pasadizos, unas pocas semanas en la nave, otros pocos días en el otro lugar, y vuelta a repetir el proceso. El tiempo pasaba. No tenía compañía alguna, no la había tenido desde los cuatro años, desde que sus padres habían desaparecido, y él había olvidado casi por completo lo que significaba tener un amigo. Pero no le importaba. Su vida parecía bastarle por completo, ya que no tenía ninguna otra con que compararla.

A veces pensaba que sería agradable instalarse en un sitio u otro, pero no era más que un sueño. Nunca llegaba a convertirse en una verdadera intención. Durante más de once años había estado yendo y viniendo adelante y atrás, de la misma manera. El otro lugar poseía cosas que no poseía la civilización. Estaba la cámara de los sueños, donde podía tenderse bien estirado, cerrar los ojos y tener la sensación de no estar, solo. Pero no podía vivir allí, a pesar de haber mucha comida y ningún peligro, ya que el único depósito de agua vertía apenas un hilillo. La civilización poseía aquello que el puesto de avanzada no podía ofrecerle: los Difuntos y los libros, pavorosas exploraciones e incursiones aventuradas en busca de ropa y baratijas, en definitiva «Sucesos». Pero tampoco podía vivir allí, pues los boca de rana acabarían por capturarlo más tarde o más temprano. Así que se mudaba.

La puerta de la entrada principal al habitáculo de los Difuntos no se abrió cuando Wan pisó sobre la cinta. Casi se dio en la nariz. Sorprendido, empujó la puerta suavemente; después, con más fuerza. Tuvo que hacer acopio de todas sus fuerzas para abrirla. Nunca antes se había visto obligado a abrirla manualmente, por más que en algunas ocasiones hubiera vacilado y hecho algunos ruidos molestos. Qué fastidio. Ya antes había hecho experimentos con aparatos que habían acabado por dejar de funcionar; ése era el motivo por el que los corredores verdes no eran ya de mucha utilidad. Pero calor y comida

era algo que abundaba en los rojos y aun en los dorados. Era molesto que algo concerniente a los Difuntos se estropeará, pues no tenía remedio.

Y sin embargo, todo parecía normal; la habitación de las consolas conservaba su brillo fluorescente, la temperatura era agradable y se escuchaba el tenue zumbido y el raro chasquido de los Difuntos tras sus paneles, mientras se entregaban a sus solitarios y dementes pensamientos y hacían lo que fuese que hacían cuando no hablaban con él. Wan se sentó en su silla, movió el trasero para acomodarlo al extraño diseño del asiento y tiró de los auriculares hasta colocárselos sobre las orejas.

- Me voy al puesto de avanzada.

No hubo respuesta. Lo repitió en todos los idiomas que sabía, pero nadie parecía querer hablar. Qué desilusión. En ocasiones, dos o tres de ellos, tal vez más, hubieran ansiado compañía. Entonces podían tener una agradable y larga charla y era casi como no estar solo en absoluto. Casi como si formaran parte de una «familia», una palabra que recordaba de sus lecturas y de lo que los Difuntos le habían dicho, pero que apenas si podía recordar como una realidad. Eso le hacía bien. Casi tanto como cuando estaba en la cámara de los sueños, donde durante un rato, podía hacerse la ilusión de pertenecer a cientos, a miles de familias. ¡Legiones de gente! Pero eso era más de lo que podía soportar. Así que, cuando tenía que abandonar el puesto de avanzada, en busca de agua y de la compañía más tangible de los Difuntos, nunca lo sentía demasiado. Pero siempre deseaba volver al exiguo catre y a la aterciopelada sábana de fibra de metal con que se cubría, y a los sueños.

Todo ello le aguardaba; pero decidió darles a los Difuntos otra oportunidad. Incluso cuando no estaban deseosos de charla se conseguiría a veces interesarles dirigiéndose a ellos directamente. Meditó unos instantes y después marcó el cincuenta y siete.

En sus oídos, una voz triste se dirigía a sí misma:

-...intenté decirle lo de la pérdida de masa. ¡Masa! ¡Ja! ¡La única masa que tenía en mente eran veinte kilos de culo y tetas! Doris, esa mujerzuela... Con que la mirara una sola vez ya había bastante para que se olvidara de la misión y de mí.

Frunciendo el ceño, Wan aprestó su dedo para desconectar, ¡Cincuenta y siete era siempre tan enojosa! Le gustaba escucharla cuando lo que decía tenía algún sentido, porque entonces sí parecía más a como recordaba a su madre. Pero siempre daba la sensación de pasar de la astrofísica y los viajes espaciales y otros temas de interés, directamente a sus propios problemas Wan escupió en el punto de los paneles detrás del cual había decidido creer que vivía cincuenta y siete - un truco que había aprendido de los Primitivos - con la esperanza de que le oíría decir algo interesante.

Pero ella no parecía tener la menor intención de hacerlo. La número cincuenta y siete - que en sus ratos de coherencia prefería que la llamaran Henrietta - estaba farfullando acerca de ciertos graves desplazamientos de las líneas espectrales y de las infidelidades de Arnold con Doris, quienesquiera que éstos fueran.

- Hubiéramos podido ser héroes - dijo sollozando -, y conseguir una bonificación de diez millones de dólares, o más. ¿Quién sabe lo que nos hubieran pagado por la misión? Pero no señor, tuvieron que seguir viéndose a escondidas en el módulo, y... ¿Y tú quién eres?

- Soy Wan - dijo éste animosamente, aunque no creía que pudiese verle. Parecía que ella volvía a uno de sus períodos de lucidez. Habitualmente, ni se enteraba de que le estaba hablando -. Por favor, sigue.

Hubo un largo silencio; luego:

- NGC 1199 Sagitario A. West - dijo ella.

Wan esperó cortésmente. Otra larga pausa y luego dijo ella:

- A él le traían sin cuidado los ascensos. Todo lo hacía por Doris. ¡Dios! Podía haber sido su hija, y además tenía el cerebro de un mosquito. Para empezar, nunca hubiera debido estar en la misión...

Wan movió la cabeza como uno de los Primitivos boca de rana.

- ¡Qué aburrida eres! - dijo con severidad, y la desconectó. Vaciló un instante para luego marcar el catorce, el número del profesor.

-...aunque Eliot no se había graduado aún en Harvard, poseía la imaginación de un hombre maduro. Y en eso era un genio. «Yo hubiera tenido que ser un par de pinzas andrajosas». El autodesprecio del hombre de la masa llevado al límite. ¿Cómo se ve a sí mismo? No sólo como a un crustáceo, ni siquiera como a un crustáceo; sólo la abstracción de un crustáceo: las pinzas. Y además, andrajosas. En la siguiente línea vemos...

Wan volvió a escupir al desconectar; el rostro quedó enteramente manchado con las muestras de su disgusto. Le gustaba el profesor cuando recitaba poesía, no cuando hablaba de poesía. Con los más excéntricos de los Difuntos, como eran cincuenta y siete y catorce, nunca se sabía lo que iba a pasar. Rara vez contestaban, y casi nunca de un modo que pareciera digno de tenerse en cuenta, y o bien escuchabas lo que estaban diciendo, o los desconectabas.

Era ya casi hora de irse, pero volvió a probar otra vez: el único número de tres guarismos, Tiny Jim, su especialísimo amigo.

- Hola, Wan. - La voz era triste y dulce. Le produjo un ligero estremecimiento mental, como el súbito escalofrío de temor que había sentido cerca de los Primitivos -. Porque eres tú, ¿verdad?

- Qué pregunta más tonta. ¿Quién iba a ser, sino?

- Bueno, uno no pierde nunca la esperanza, Wan -. Hubo una pausa, y a continuación Tiny Jim se echó a reír como una gallina -. ¿Te he contado el del cura, el rabino y el derviche que se quedaron sin comida en un planeta todo de tocino?

- Sí, creo que sí, y además no me apetece oír chistes ahora, Tiny Jim.

El micrófono invisible crepitó y zumbó un momento, y entonces el Difunto dijo:

- Lo de siempre, ¿no, Wan? ¿Quieres hablar de sexo otra vez?

El muchacho mantuvo el semblante impassible, pero el familiar estremecimiento de su vientre habló por él.

- ¿Y por qué no, Tiny Jim?

- Para ser tan joven, eres un erotómano - sentenció el Difunto; y a continuación -: ¿Te conté lo de una vez que casi me sacuden por molestar a una señorita? Hacía un calor de mil demonios. Yo iba a casa en el último tren a Reselle Park cuando llegó la chica, se sentó al otro lado del pasillo, puso los pies en alto y empezó a jugar con la falda. Bueno, ¿tú qué hubieras hecho? Yo, mirar, claro. Y como ella siguió jugando, pues yo seguí mirando, y al final, cerca de Highlands, se quejó al revisor de que la estaba molestando, y éste me tiró del tren. ¿Pero sabes lo bueno del caso?

Wan estaba absorto.

- No, Tiny Jim - suspiró.

- Pues resulta que yo había perdido el tren que acostumbraba a tomar, y como tenía que matar el rato en la ciudad como fuera, me metí en un cine porno. ¡Dios mío! Dos horas a base de todas las variantes que puedas imaginarte. La única manera de ver más hubiese sido con un proctoscopio, así que ¿para qué estar asomado adelante, con la cabeza estirada, para ver sus medias blancas a hurtadillas? ¿Y sabes otra cosa?

- No, Tiny Jim.

- ¡Pues que tenía razón! Estaba mirando, de acuerdo. Me había pasado dos horas viendo tetas y entrepiernas pero no podía quitarle la vista de encima. Aunque eso no fue lo mejor de todo. ¿Quieres que te cuente lo mejor?

- Sí, por favor, explícamelo.

- ¡Pues nada, que ella se bajó del tren conmigo! Se me llevó a casa y nos pasamos toda la noche dale que te pego, sin parar. Jamás supe su nombre. ¿Qué dices a eso, Wan?

- ¿Es eso verdad, Tiny Jim?

Pausa.

- Eh, no. Le quitas la gracia a todo.

Wan le dijo severamente:

- No quiero que te inventes historias, Tiny Jim. Lo que yo quiero es aprender hechos. - Estaba furioso y pensó en apagar para castigarle, pero no estaba seguro de castigar a nadie de esa manera -. Me gustaría que fueses buen chico, Tiny Jim - le rogó.

La cabeza sin cuerpo murmuró algo para sí misma, mientras seleccionaba sus recursos conversacionales. Dijo entonces:

- ¿Te interesa saber por qué los patos salvajes violan a sus hembras?

- ¡No!

- Pues yo creo que sí, Wan, a pesar de lo que digas. Es interesante. No puedes comprender el comportamiento de los primates sin conocer todo el espectro de estrategias sexuales. Incluso las más raras. Incluso la de los gusanos Acanthocephalos. También ellos practican la violación. ¿Y sabes lo que hace el «Moniliformis Dubius»? Éstos no solo violan a sus hembras, sino también a los machos que compiten con ellos. ¡Con una especie de yeso blanco! Y el infeliz del otro no se lo puede quitar de encima!

- No me interesa nada de todo esto, Tiny Jim.

- ¡Pero si es tan divertido, Wan! ¡Debe de ser por eso que le llaman «Dubius»! - El Difunto se reía mecánicamente, a carcajadas -: ¡Ja, ja, jo, jo!

- ¡Basta ya, Tiny Jim!

Pero Wan ya no estaba enfadado. Estaba entusiasmado. Era su tema preferido, y la predisposición que Tiny Jim mostraba a hablar de ello, por lo prolijo y variado, era lo que le hacía ser el favorito de Wan entre los demás Difuntos. Wan desenvolvió un paquete de comida y dijo mientras masticaba:

- Lo que yo quiero saber es cómo se hace, por favor, Tiny Jim.

Si el Difunto hubiese tenido un rostro de verdad, éste hubiera mostrado las arrugas producidas por el esfuerzo de contener la risa, pero dijo amablemente:

- Vale, chaval, sé que no pierdes la esperanza. Veamos, ¿te dije que debes mirarles a los ojos?

- Sí, Jim. Me dijiste que si tienen las pupilas dilatadas significa que están sexualmente a punto.

- Exacto. ¿Y te mencioné la existencia de estructuras cerebrales sexualmente dimórficas?

- Sí, pero no estoy seguro de haberlo entendido del todo

- Bueno, yo tampoco, pero anatómicamente es como funciona. Ellas son distintas, Wan, por dentro y por fuera.

- ¡Por favor, Tiny Jim, sigue explicándome las diferencias

El Difunto así lo hizo, y Wan escuchaba absorto. De ir a la nave siempre había tiempo, y además Tiny Jim era por lo general poco coherente. Todos los Difuntos tenían su propio tema preferido al que solían referirse al hablar como si los hubieran puesto en conserva con una sola idea en la cabeza Pero incluso cuando se referían a ese tema favorito, no podía esperarse que lo que decían tuviera sentido. Wan hizo a un lado el vehículo con el que solían capturarlo - cuando funcionaba - y se tumbó en el suelo, con la barbilla apoyada en las manos mientras el Difunto le explicaba cómo ser cortés, obsequioso y cómo preparar la jugada.

Era fascinante, aun cuando ya lo había escuchado antes Le prestó atención hasta que el Difunto vaciló y se calló. Entonces el muchacho dijo, pues quería confirmar una teoría

- Explícame una cosa, Tiny Jim. Leí un libro en el que un macho y una hembra copulaban. Él le golpeó en la cabeza y copuló con ella estando inconsciente. Me pareció una manera bastante eficaz de «amar», pero en otras historias la cosa lleva mucho más tiempo. ¿Por qué, Tiny Jim?

- Eso no es amar, chaval. Es de lo que te he hablado antes, Violación. La violación no acaba de funcionar con las personas aun cuando funcione en el caso de los patos salvajes.

Wan asintió y volvió a presionarle.

- ¿Y por qué, Tiny Jim?

Pausa.

- Te lo demostraré matemáticamente, Wan - dijo por fin el Difunto -. Los objetos de atracción sexual pueden definirse como de sexo femenino y comprendidos entre edades superiores en quince años a la tuya e inferiores en cinco. Estas cifras se adecuan a tu edad en cada momento de tu vida y son sólo aproximativas. Los objetos sexualmente atractivos pueden además caracterizarse por determinados rasgos visuales, olfativos, táctiles y auditivos, que pueden estimularte en orden inversamente proporcional a la posibilidad de accesibilidad. ¿Me sigues?

- Creo que no.

Pausa.

- Bueno, es suficiente de momento. Ahora presta atención. En base a estas cuatro características, algunas hembras te atraerán. Pero hasta el momento del contacto no percibirás otros rasgos que pueden repelerle, herirte o decepcionarte. Cinco de cada veintiocho sujetos estarán en plena menstruación; tres de cada veintisiete tendrán gonorrea; dos de cada noventa y cinco, sífilis; uno de cada diecisiete tendrá excesivo vello corporal o defectos de la piel u otras deformidades físicas ocultas por las ropas. Finalmente, dos de cada diecisiete se resistirán durante el coito, una de cada dieciséis desprenderá un olor desagradable, y tres de cada siete se defenderán de tal modo que disminuirá tu goce. Ésas son apreciaciones subjetivas cuantificadas en relación a tu perfil psicológico conocido. Acumuladas todas las fracciones, hay un riesgo de seis contra uno de que no obtengas de la violación el máximo de placer.

- Entonces, no debo copular sin hacer antes la corte, ¿no es eso?

- Exacto, muchacho. Sin contar con que, además, es contrario a la ley.

Wan calló pensativo durante un instante, y luego se acordó de preguntar:

- ¿Es todo eso cierto, Tiny Jim?

Carcajada de regocijo.

- ¡De veras que sí, chico! Cada palabra.

Wan puso la misma cara que los cara de rana.

- Pues no es demasiado excitante todo eso, Tiny Jim. La verdad, me has decepcionado.

- ¿Y qué esperabas, chico? - dijo Tiny Jim de mal humor -. Me dijiste que no inventara historias. ¿Por qué tiene! que ser siempre tan desagradable?

- Voy a prepararme para partir. No tengo mucho tiempo

- ¡Pues es lo único que tienes! - se rió Tiny Jim.

- Y tú, nada que decirme que yo quiera escuchar - dijo rudamente.

Los desconectó a todos y se fue a la nave enfadado. No se le ocurrió que había sido grosero con los únicos amigos que tenía en el universo. No se le había ocurrido jamás que lo sentimientos de los Difuntos importaran algo.

2 - DE CAMINO HACIA LA NUBE DE OORT

Después de mil doscientos ochenta y cuatro días de viaje en nuestro crucero con todos los gastos pagados hacia la nube de Oort, el correo constituía el gran acontecimiento. Vera llamó gozosa y todos fuimos a recogerlo. Había seis cartas para huesuda de mi medio cuñada, de parte de famosos actores de cine; bueno, no todos eran famosos actores. Eran muchacho famosos y basta, a los que ella escribe porque tiene catorce

años y necesita algún tipo de hombre en quien soñar, y ellos contestaban, me temo, porque sus agentes de prensa les decía que ésa es una buena publicidad. Había una carta de la madre patria para Payter, mi suegro. Una larga carta en alemán. Que rían que volviese a Dortmund y que se presentara a alcalde Bürgermeister o algo por el estilo. Dando por sentado, claro que siga vivo cuando vuelva, suposición que reza para el resto de nosotros cuatro. Pero no renuncian. Hay dos cartas persona les para mi mujer, Lurvy, creo que de antiguos novios. Y un carta para todos nosotros del viudo - o el marido, según un crea que esté muerta o siga viva - de Trish Bover:

¿Habéis encontrado algún rastro de la nave de Trish?
Hanson Bover

Concisa y tierna, que es todo lo más que puede me temo. Le dije a Vera que le enviara la respuesta de costumbre: Desgraciadamente, no. Tenía tiempo de sobras para ocuparme de la correspondencia, ya que no había nada para Paul C. Hall, que soy yo.

Habitualmente hay poca cosa para mí, razón por la que juego tanto al ajedrez. Payter me dice que tendría que estar contento con el mero hecho de haber sido incluido en la misión, y supongo que no me habría incluido si él no hubiera puesto en juego su dinero, financiándonos a todos el viaje. También puso en juego todas sus habilidades, pero eso es algo que todos hicimos. Payter es un químico alimentario, y yo, un ingeniero de estructuras. Mi mujer, Dorenia, - es mejor no llamarla así, por lo que generalmente la llamamos «Lurvy» - es piloto. Condenadamente buena, por cierto. Es más joven que yo, pero estuvo en Pórtico seis años. Jamás tuvo éxito alguno, estuvo incluso al borde de la bancarrota, pero aprendió un montón. No solo pilotaje. A veces observo sus brazos, que lucen los cinco brazaletes, uno por cada salida en misiones de Pórtico; y miro sus manos, tiernas y decididas a los mandos de la nave, cálidas y reconfortantes cuando nos tocamos... no sé gran cosa de lo que sucedió en Pórtico. Quizás no deba saber más.

La otra persona a bordo es su joven medio hermana, Janine, carne de presidio. ¡Ah, Janine! A veces parecía tener catorce, a veces Cuarenta años. A los catorce escribía cartas a sus ídolos de carne y jugaba con sus muñecos, un harapiento armadillo de peluche, un molinete de oraciones Heechee (real), y una perla de fuego (falsa) que le había comprado su padre para tentarla a que viniera. A los cuarenta, con lo que jugaba era conmigo. Y allí estábamos. Pegaditos unos a otros durante tres años y medio. Intentando no tener que recurrir al homicidio.

No estábamos solos en el espacio. Muy de vez en cuando nos llegaba un mensaje de nuestro vecino más cercano, la base Tritón o la nave de exploración que se había extraviado. Pero Tritón, junto con Neptuno, estaban en sus respectivas órbitas, muy lejos de nosotros; el tiempo de tránsito de un mensaje era de tres semanas, ida y vuelta. Y la nave de exploración no tenía demasiada energía como para perderla con nosotros, aunque en esos momentos estuviera a sólo cincuenta horas luz de distancia. Lo cierto es que no era amistosa charla de lado a lado de la verja del jardín. Así es que lo que hacía era jugar al ajedrez a base de bien con la computadora de la nave.

Y es que hay bien poco a lo que dedicarse de camino hacia la nube Oort, excepto a los juegos, lo que además era una manera de mantenerse no beligerante en la Guerra Entre Dos Mujeres que bramaban continuamente en nuestra pequeña nave. A mi suegro puedo soportarlo si me toca hacerlo. Generalmente se mantiene al margen todo lo que puede, en un espacio de cuatrocientos metros cúbicos. No puedo soportar siempre a sus dos hijas, aunque las ame a ambas.

Todo esto hubiera sido más fácil de aceptar - me decía a mí mismo - si hubiéramos dispuesto de más espacio. Pero estando en una nave no hay muchas oportunidades de salir a darse una vuelta para relajarse. De vez en cuando, es cierto, un rápido paseo espacial para comprobar cómo iban los cargueros laterales, y entonces podía echar un

vistazo alrededor: el sol seguía siendo - sólo eso - la estrella más brillante de su constelación; Sirio brillaba ante nosotros, y también Alfa Centauro, bajo nuestra elíptica y algo hacia un lado. Pero no era más que una hora cada vez, y luego, de vuelta a la nave. Y no de lujo precisamente. Una antigualla de nave espacial, diseñada por el hombre, jamás concebida para una misión más larga de seis meses y en la que había que amontonarse durante tres años y medio. ¡Dios!, debíamos de haber estado locos al firmar. ¿De qué te sirven dos millones de dólares si para conseguirlos te vuelves loco?

Con el cerebro electrónico de a bordo era mucho más fácil entenderse. Cuando jugaba al ajedrez con ella, echado hacia adelante sobre la consola con los enormes auriculares sobre mis orejas, podía hacer callar a Janine y a Lurvy. El nombre del cerebro era Vera, que era sólo una invención mía y que nada tenía que ver con ella, quiero decir, con su sexo. O con su sinceridad, tampoco, porque la había autorizado a gastarme bromas de vez en cuando. Mientras estaba en conexión con las computadoras en órbita o con las que estaban en la Tierra, Vera podía ser muy, muy brillante. Pero a causa de los veinticinco días que tardaba en establecerse la comunicación, no podía mantener una verdadera conversación, de modo que cuando no se establecía conexión alguna era muy, muy aburrida.

- Peón a torre cuatro, Vera.

- Gracias... - una larga pausa mientras comprobaba mis parámetros para asegurarse de con quién hablaba y qué lo que se suponía que debía hacer -... Paul. Alfil mata caballo.

Podía ganar a la tonta de Vera siempre que quería cuando jugábamos al ajedrez, a menos que ella hiciera trampas. ¿Cómo las hacía? Bien, después de que le ganara unas doscientas partidas, me ganó una. Le volví a ganar otras cincuenta y me volvió a ganar, y durante las veinte siguientes partidas nos mantuvimos empatados, y entonces empezó a darme auténticas palizas cada vez. Hasta que imaginé cómo lo hacía. Transmitía las posiciones y sus planes a las grandes computadoras de la Tierra, y entonces, cuando aplazábamos la partida, como sucedía a veces porque Payter o alguna de las mujeres me arrancaba del asiento, tenía tiempo de establecer una conexión y recibir las críticas de sus planes y sugerencias para enmendar sus estrategias. Los grandes cerebros electrónicos le explicaban cuáles creían que iban a ser mis movimientos, y cómo contraatacar; y cuando el contacto de Vera acertaba, me tenía cogido. Nunca me preocupé por detenerla. Simplemente, no volvía a aplazar ninguna partida, y después estuvimos ya tan lejos que no tenía tiempo material de pedir ayuda, y entonces volví a ganarle cada partida.

Y las partidas de ajedrez fue lo único que gané en aquellos tres años y medio. No hubo manera de sacar nada en claro del gran juego que tuvo lugar entre mi mujer, Lurvy, y su flaca medio hermana de catorce años, Janine. La diferencia de edad entre ambas era mucha, y Lurvy trataba de ser una madre para Janine, y ésta trataba de ser enemiga de Lurvy, y lo conseguía. Y no era todo culpa suya. Lurvy solía tomarse unas cuantas copas - era su manera de aliviar el aburrimiento - y entonces descubría o bien que Janine había estado utilizando su cepillo o bien que, como se le había dicho, pero a desgana, había limpiado el preparado alimenticio antes de que éste empezara a espesarse, pero sin la precaución de echar los orgánicos a la solución. Entonces saltaban. De vez en vez, a través de ritualizadas exhibiciones de conversación femenina, puntualizadas a base de explosiones.

- Me encanta como te sientan esos pantalones azules, Janine. ¿Quieres que te refuerce las costuras?

- O sea que estoy engordando, ¿no es eso? ¡Bueno, pues es mejor que ponerme imbécil a base de beber todo el rato! - Y de nuevo, vuelta a enzarzarse en una discusión, ante lo cual yo volvía a jugar al ajedrez con Vera. Era la única cosa sensata que podía hacer. Cada vez que intentaba intervenir, lograba con éxito ponerlas a ambas en contra mía:

- ¡Jodido cerdo machista! ¿Por qué no te vas tú a fregar e suelo?

Lo curioso es que las amaba a ambas. De modo distinto claro, si bien esto me costó hacérselo entender a Janine.

Antes de que firmáramos el contrato de la misión nos explicaron en qué estábamos a punto de meternos. Además de las regulares sesiones psiquiátricas obligatorias en viajes de larga distancia, los cuatro tuvimos que someternos a doce sesiones de una hora de duración en relación a estos problemas, y lo que dijo el psiquiatra se redujo a un «háganlo lo mejor que puedan». Durante el proceso de reajuste familiar dio la sensación de que yo debía asumir el papel de padre. Payter era demasiado viejo, a pesar de ser el padre biológico. Lurvy era reacia a manifestarse hogareña, como cabía esperar de un ex piloto de Pórtico. Me tocaba a mí encargarme de Janine; el psiquiatra fue más que claro al respecto. Pero no dijo cómo hacerlo.

Así me encontraba yo a los cuarenta y un años, a millones de kilómetros de la Tierra, de camino a la órbita de Plutón, a unos quince grados sobre el plano de la elíptica, intentando no hacerle el amor a mi media cuñada, intentando convivir en paz con mi mujer, tratando de mantener la tregua convenida con mi suegro. Esos eran los problemas más importantes con los que me tenía que enfrentar al despertarme (eso las veces en que se me permitía ir a dormir), en fin, sobrevivir un día más. Para olvidarlos, solía distraerme pensando en los dos millones por cabeza que nos iban a dar en caso de llevar la misión a buen término. Cuando hasta eso me resultaba inútil, trataba de pensar en la enorme importancia de nuestro cometido, no solo para nosotros, sino para todos los seres humanos vivos. Esto sí era lo bastante real. Si todo salía bien, conseguiríamos salvar a casi toda la humanidad de morir de inanición.

Eso era a todas luces importante. A veces incluso llegaba a parecérmelo. Pero, a fin de cuentas, había sido la humanidad la que nos había encerrado en aquel maloliente campo de concentración para, a lo que parecía, el resto de nuestras vidas; y había veces en que, ¿saben?, casi les deseaba que se murieran de hambre.

Día 1283. Acababa de despertarme cuando oí que Vera emitía una serie de tenues pitidos y chasquidos, tal y como hacía siempre que recibía órdenes. Bajé la cremallera de nuestra colcha de aislamiento y me deslicé fuera de nuestro reservado, pero el viejo Payter estaba ya inclinado por encima de la impresora.

- ¡Gott sei damnt! - maldijo ruidosamente -, hay un cambio de ruta.

Me apoyé sobre la balaustrada y me incliné para ver, pero Janine, que había estado muy atareada en inspeccionarse los pómulos en busca de granos frente al espejo del tabique, se me adelantó. Entrometió la cabeza por delante de la de Payter, leyó el mensaje y se hizo a un lado desdeñosamente. Payter masculló algo entre dientes y después espetó:

- ¿Es que no te interesa?

Janine se encogió ligeramente de hombros sin mirarle.

Lurvy salió del reservado detrás de mí, abotonándose la ropa interior.

- Déjala estar, papá - dijo -. Paul, ponte algo encima.

Era mejor hacer lo que decía, porque además tenía razón. La mejor manera de no buscarse problemas con Janine era comportarse como un puritano. Cuando hube conseguido pescar mis pantalones cortos entre el revoltijo de sábanas, Lurvy había ya leído todo el mensaje. Al menos lo fundamental, al fin y al cabo era nuestro piloto. Miró hacia arriba con expresión burlona.

- ¡Paul, hay que hacer una corrección de unas once horas, y tal vez sea la última! Cambio y corto - ordenó a Payter, que aún esperaba sentado en la terminal, y se puso a trabajar a su vez con las teclas de la calculadora de Vera.

Observó atentamente mientras se formaban las trayectorias, tecleó en busca de los resultados definitivos y gritó:

- ¡Sesenta y tres horas y ocho minutos para aterrizar!

- También yo hubiera podido calcularlo - se quejó su padre.

- ¡No seas tan gruñón, papá! En tres días nos hemos plantado allí. Es más, tendríamos que poder verlo en las pantallas cuando demos la vuelta.

Janine, otra vez toqueteándose los granos, lanzó un comentario por encima del hombro.

- Hace meses que hubiéramos podido verlo si alguien n se hubiera cargado la pantalla grande.

- ¡Janine!

Cuando conseguía conservar la calma, lo que ocurría rara veces, Lurvy estaba fantástica, como en esta ocasión. Dijo con la calmosa entonación con la que quería dar a entender que tenía razón:

- ¿No te parece que ésta es una ocasión idónea para lima asperezas en lugar de iniciar una discusión? Claro que sí. Propongo que nos tomemos una copa, incluida tú.

Me puse de pie inmediatamente, ajustándome la correa c los shorts; sabía lo que me tocaba decir en ese momento

- ¿Vas a utilizar los cohetes de carburante, Lurvy? Bien entonces Janine y yo tendremos que salir a echarles un vista a los cargueros. ¿Por qué no nos tomamos la copa entonces

Lurvy sonrió de oreja a oreja.

- Buena idea, cariño. Pero a lo mejor papá y yo nos tomamos una copita ahora. Si os parece, podemos tomarnos otra ronda después, todos juntos.

- ¡Prepárate! - le ordené a Janine, evitando así que soltara el comentario despreciativo que a buen seguro tenía en mente. Al parecer, había decidido mostrarse conciliadora, porque hizo lo que se le ordenaba sin quejarse. Comprobamos mutua mente los ajustes herméticos de nuestros equipos respectivo dejamos que Lurvy y Payter volvieran a comprobarlos, no apretamos uno junto al otro en la escotilla de salida y saltamos al espacio atados a nuestros cables. Lo primero que hicimos fu mirar en dirección a casa, lo que resultó poco gratificante; sol era apenas una estrella brillante, y en ningún momento pude ver la Tierra, a pesar de que Janine asegurara verla. L segunda cosa que hicimos fue mirar en dirección a la Factoría Alimentaria, pero tampoco en aquella dirección pude ver añadía Cada estrella se parece a las demás, sobre todo teniendo e cuenta lo reducido de su brillo cuando hay cincuenta o sesenta mil en el cielo.

Janine trabajó de prisa y de modo efectivo dando golpee: tos a los cierres de los grandes propulsores de iones fijados ambos lados de la nave, mientras yo me dedicaba a inspeccionar en busca de posibles tensiones en los cables de acero. Janne no era en realidad mala chica. Tenía catorce años y era sexualmente muy fácil de excitar, cierto, pero no era culpa suya si no tenía con quien probar satisfactoriamente como mujer. Sólo podía contar conmigo y, de manera aún menos satisfactoria, con su padre. Tal como habíamos previsto, todo estaba perfectamente. Cuando terminé, me estaba esperando junto a lo que quedaba del soporte del telescopio, y para demostrar que no estaba de mal humor, no dijo nada a propósito de quien lo había dejado romperse y perderse en un momento de ofuscación. La dejé pasar antes a la nave. Me tomé un par de minutos extra para flotar allí fuera. No porque disfrutara particularmente de la belleza de la vista, sino únicamente porque esos minutos en el espacio eran el único rato de que disponía en tres años y medio para disfrutar de algo remotamente parecido a la soledad.

Estábamos moviéndonos todavía a más de tres kilómetros por segundo, lo cual, desde luego, no podía adivinarse sin tener puntos de referencia. Parecía realmente que no nos moviéramos en absoluto, y eso mismo nos había parecido durante aquellos tres años y medio. Una de las historias que nos había tocado escucharle al viejo Peter - él, en su inglés lo pronunciaba «Payter» - era una acerca de su padre, de las S.S., que no debía de tener más de dieciséis años cuando acabó la primera guerra mundial. El trabajo de su padre consistía en transportar motores a reacción a un escuadrón de la Luftwaffe de ME-

210 que acababa de crearse. Payter explicó cómo «papá» había muerto disculpándose por no haber podido entregar a tiempo los motores al escuadrón, cambiando así el resultado de la gran guerra. Nos pareció a todos bastante divertido, al menos la primera vez que oímos la historia. Pero eso no era lo más divertido. Lo divertido de veras era saber cómo el antiguo nazi los transportó. Con un tiro. Pero no de caballos. Bueyes. Que no tiraban de un carro. ¡Era de un trineo de lo que tiraban! Lo último hasta la fecha en motores a reacción, y el encargado de hacer que llegaran a ser operativos era un mocetón rubio con una fusta de sauce hundido hasta los tobillos en caca de vaca.

Flotando allí fuera mientras nos arrastrábamos a través del espacio, en un viaje que una nave Heechee hubiera podido hacer en un día - de haber tenido una nave Heechee, y de haberla podido manejar a nuestro antojo - sentí una cierta simpatía por el padre de Payter. Lo nuestro era lo mismo. Sólo nos faltaba la caca de vaca.

Día 1284. El cambio de curso tuvo lugar muy suavemente, después de que los cuatro forcejeáramos con nuestros equipos de supervivencia y nos encajáramos en nuestros asientos de aceleración, esmeradamente hechos a la medida de nuestros contenedores de aire y útiles de emergencia. Teniendo en cuenta el débil ángulo delta, el esfuerzo casi no valía la pena. Dejando de lado el hecho de que no nos iban a ser de mucha utilidad los equipos de supervivencia en caso de que las cosas se pusieran tan feas como para tener que utilizarlos, estando como estábamos a más de cinco mil Unidades Astronómicas de distancia de casa. Pero lo hicimos siguiendo las instrucciones, tal y como habíamos venido haciéndolo todo durante tres años y medio.

¡Y - y después de virar, y de que los propulsores por combustión hicieran su trabajo y se detuvieran para dejar paso de nuevo a los propulsores de iones, y después de que Vera anunciara que todo parecía ir bien, tras haber dejado escapar unos torpes chasquidos, al menos hasta donde ella era capaz de conjeturar, y pendientes de recibir en las siguientes semanas la confirmación del equipo de la Tierra - allí estaba! Lurvy fue la primera en dejar el asiento y en ponerse ante las pantallas, y en cuestión de segundos la localizó en el objetivo.

Nos encontramos alrededor, mirando. ¡La Factoría Alimentaria!

Se estremeció preocupantemente en el visor, lo que hizo difícil mantenerla en el objetivo. Incluso los motores de iones proporcionan cierta vibración a una nave espacial, y además, estábamos aún muy lejos. Pero allí estaba. Brillaba con una débil luz en la oscuridad moteada de estrellas, con una forma extraña. Era del tamaño de un edificio de oficinas, y tenía la forma más oblonga que jamás viéramos, pero uno de los extremos era romo, y uno de los lados tenía una larga hendidura curva.

- ¿Crees que ha sido dañada por algo? - preguntó Lurvy llena de aprensión.

- En absoluto - terció su padre -. ¡Es el modo en que la construyeron! ¿Qué sabemos nosotros de cómo diseñaban los Heechees?

- ¿Y cómo puedes saberlo tú? - le preguntó Lurvy.

A lo cual no respondió, ni tenía porqué hacerlo, ya que

todos sabíamos perfectamente que no había manera de saberlo, ya que tan solo lo decía por no perder la esperanza, pues nos íbamos a ver en problemas en el caso de que estuviera dañada. Las bonificaciones se nos daban únicamente por ir hasta allí, pero las regalías, lo único que compensaba siete miserables años de ida y vuelta, dependían de que la Factoría Alimentaria fuese aún operativa. O, al menos, estudiable y copiable.

- ¡Paul! - dijo Lurvy de pronto - ¡Mira al costado que está virando ahora! ¿No son naves todo eso?

Esforcé la vista, tratando de adivinar qué era lo que veía. Había media docena de bultos a lo largo del rectilíneo costado del artefacto, tres o cuatro más bien pequeños, dos bastante grandes. Hasta donde podía decir por mí mismo, se parecían a las que había visto en fotografías de Pórtico. Pero...

- Tú eres el prospector - le dije -. ¿Qué crees?

- Creo que lo son. Pero, Dios santo, ¿has visto ésas del extremo? Son enormes. He ido en naves Uno y Tres, y he visto muchas Cinco, ¡pero nada parecido a eso! ¡Pueden llevar, qué sé yo, quizás cincuenta personas! Si pudiéramos tener naves como ésas, Paul, si tuviéramos naves como ésas...

- Si tuviéramos, si tuviéramos - gruñó su padre -, si tuviéramos naves así, y si pudiéramos hacer con ellas lo que quisiéramos, sí, ¡el mundo podría ser nuestro! Esperemos que funcionen aún. ¡Esperemos que funcione alguna pieza!

- Funcionarán, padre - gorjeó una voz dulce detrás de nosotros, y nos volvimos para mirar a Janine, apoyada con una rodilla debajo del reciclador, ofreciéndonos una botella sellada a presión de nuestro mejor licor casero de grano reciclado. Sonrió:

- Creo que la ocasión merece que lo celebremos.

Lurvy la miró pensativamente, pero como su autocontrol estaba en un buen momento, dijo solamente:

- Sí, es una magnífica idea, Janine. Pásanosla.

Janine dio un sorbo de señorita bien educada y la pasó a su padre.

- Me parece que a Lurvy y a ti os puede apetecer echar un trago antes de ir a dormir - dijo carraspeando.

Acababa de concedérsele, en su decimocuarto cumpleaños, el beber bebidas fuertes, que aún no le gustaban, y si insistía era sólo porque se trataba de una prerrogativa de adulto.

- Buena idea - asintió Payter -. Llevo de pie, veamos, s cerca de veinte horas. Necesitaremos haber descansado cuando tomemos tierra.

Le pasó la botella a mi mujer, quien hizo pasar dos trago por su curtida garganta y dijo:

- No tengo sueño aún. ¿Sabéis lo que me gustaría hacer Volver a pasar la cinta de Trish Bover.

- ¡Oh, Dios, Lurvy! ¡La hemos visto un millón de veces

- Lo sé, Janine, no la veas si no quieres. Pero no dejo de preguntarme si la nave de Trish no será una de ésas, y bueno sólo quiero echarle un nuevo vistazo.

Los labios de Janine se apretaron, pero su autocontrol era tan bueno como el de su hermana - en eso los genes se mantenían firmes -. Ésa era una de las cosas que nos habían evaluado antes de contratarnos para la misión.

- Yo me ocupo de todo - dijo apresurándose a inclinarse sobre el teclado de Vera.

Payter movió la cabeza circunspecto y se retiró a su reservado, deslizando la cortina plegable en forma de acordeón hasta ajustaría, dejándonos a nosotros al otro lado, reunidos e torno a la consola. Como se trataba de una cinta podía tener a un tiempo imágenes y sonido, y al cabo de unos diez segundos chisporroteó al dar comienzo, y pudimos ver a la pobre y enojada Trish Bover hablándole a la cámara con la que habían de ser sus últimas palabras.

Las tragedias sólo son trágicas durante un tiempo, y habíanlos hecho otra cosa que ver la cinta una y otra ve durante los tres años y medio. Cada dos por tres la poníamos veíamos las imágenes que ella misma había recogido con s! cámara portátil. Y las veíamos. Y las volvíamos a ver, congelando la imagen y ampliándola, no porque creyéramos que íbamos a entresacar más información de la que ya habían ex traído los de la Corporación de Pórtico, aunque nunca se sabe Sólo porque queríamos asegurarnos de que la cosa valía la pena. Lo trágico es que Trish no sabía qué era lo que había encontrado.

- Esta es la misión 074D19 - comenzó, con bastante firmeza. Su rostro triste y tonto intentaba incluso sonreír -. Parece que estoy en aprietos. Llegué a un artefacto Heechee de no sé qué clase, atraqué la nave y ahora no puedo irme. Los cohete de aterrizaje funcionan, pero el teclado principal, no. Y no quiero quedarme aquí hasta morirme de inanición.

¡Inanición! Cuando los investigadores estudiaron las fotos de Trish, descubrieron de qué tipo de artefacto Heechee se trataba: la factoría de alimentos CHON que habían estado buscando.

Pero era aún una pregunta abierta si se trataba de algo que mereciera la pena, y Trish había creído que, seguramente, no. Lo que creyó es que iba a morir allí, total por nada, sin sacar ni siquiera algún dinero por las regalías. Y lo que hizo finalmente fue intentar volver en el módulo.

Se metió en el módulo y lo apuntó al sol, encendió los motores y se tomó una pastilla. Se tomó un montón de pastillas, todas las que tenía. Y entonces puso el refrigerador al máximo y cerró la puerta a sus espaldas.

- Descongeladme cuando me encontréis - dijo -, y acordaos de mis regalías.

Y tal vez alguien lo hiciera. Cuando la encontraran. Si es que la encontraban. Lo que ocurrirá dentro de unos diez mil años. Cuando el débil mensaje fue finalmente captado por radio, cuando había sido repetido ya unas quinientas veces, era ya demasiado tarde para preocuparse por Trish. Jamás contestó.

Vera acabó de pasar la cinta y la rebobinó silenciosamente mientras la pantalla se oscurecía.

- Si Trish hubiera sido un piloto de verdad y no uno de esos prospectores aventureros de Pórtico, que sólo saben meterse en la nave, apretar el botón y dejar que la nave haga el resto - dijo, no por primera vez, Lurvy -, hubiera sabido qué hacer. Hubiera usado cada ángulo delta por pequeño que fuera para aprovechar todos los angulares, en vez de echarlo todo a perder apuntándola en línea recta.

- De acuerdo, experta - dije, tampoco por primera vez -. Así que podía contar con llegar a los asteroides mucho antes, ¿no?, a lo mejor unos seis o siete mil años.

Lurvy se encogió de hombros:

- Me voy a la cama - dijo, echándole un último tiento a la botella -. ¿Y tú, Paul?

- ¡Eh, dadme una oportunidad, por favor! - saltó Janine -.

Quería que Paul me enseñara a manejarme con las técnicas de ignición de los cohetes de iones.

Lurvy se puso en guardia de inmediato:

- ¿Seguro que es eso lo que quieres? No pongas mala cara, Janine. Ya lo has hecho un montón de veces, y sabes que, al fin y al cabo, es cosa de Paul.

- ¿Y qué pasa si Paul se queda fuera de combate? - preguntó Janine -. ¿Cómo sabemos que no vamos a sufrir una nueva crisis de fiebre cuando estemos en plena actividad?

Bueno, lo cierto es que nadie podía estar seguro, y de hecho, yo me había formado la opinión de que así iba a suceder. Se repetía en ciclos de ciento treinta días, más o menos. Se nos estaba echando encima el tiempo.

- La verdad es que estoy algo cansado, Janine - dije -. Te prometo que lo haremos mañana.

O la próxima vez que alguno de los otros se despertara coincidiendo conmigo, lo importante era no quedarse a solas con Janine. En una habitación cuyo cubillaje total es el de una habitación de motel, se sorprenderían de lo difícil que resulta. Difícil no, prácticamente imposible.

Pero yo no estaba cansado en realidad, y cuando Lurvy estuvo tumbada a mi lado con la respiración demasiado tranquila para ser un ronquido, pero lo bastante calma para evidenciar que dormía, me estiré entre las sábanas, completamente despierto y calculando nuestros beneficios. Necesitaba hacerlo al menos una vez al día. Cuando era capaz de imaginar algún beneficio.

Esta vez encontré uno bueno de verdad. Un viaje de más de cuatro mil U.A. es un viaje largo, y no precisamente en línea recta. Digamos, medio billón de kilómetros, bastante aproximativamente. Y estábamos haciéndolo en espiral, lo que significaba otra revolución

en torno al sol antes de llegar allí. Nuestra elíptica no era de veinticinco días-luz, sino más bien de sesenta. E incluso a plena potencia durante todo el día no nos acercábamos ni remotamente a la velocidad de la luz. Tres años y medio, y durante todo el trayecto pensábamos, caramba, imagínate que alguien descubre cómo manejaban los Heechees sus naves antes de que lleguemos a nuestro destino. No nos iba a servir de nada. Pasarían más de tres años y medio antes de que consiguieran hacer con semejante hallazgo todo lo que quisieran, ¿Y a que no adivinan qué lugar ocuparía en la lista el salir a buscarnos?

Así que el motivo que encontré para alegrarme fue que, al menos, no íbamos a encontrarnos con que habíamos hecho el viaje en balde, ahora que casi estábamos allí.

Sólo quedaba incorporar al artefacto los enormes propulsores de iones... ver si funcionaban... iniciar el lento viaje de vuelta, arrastrando el artefacto de regreso... y, de algún modo, sobrevivir en tanto llegábamos. ¡Otros cuatro años!

Volví a acariciar la idea de que casi habíamos llegado.

La idea de explotar los cometas para obtener alimentos no era nueva, en cierta manera había sido ya enunciada por Krafft Ehrlicke en la década de 1950, si bien lo que él había sugerido es que se los colonizase. Tenía sentido. Era sólo cuestión de algo de acero y otro poco de oligoelementos - el acero para construir un lugar en que vivir, los oligoelementos para convertir el condumio CHON en hamburguesas o cualquier otra cosa - y ya podías vivir indefinidamente de la comida que tenías al alcance de la mano. Porque de eso es de lo que los cometas estaban hechos. Un poquito de polvo, algo de rocas y un ingente montón de gases congelados. ¿Y qué son los gases? Oxígeno, nitrógeno, hidrógeno, dióxido de carbono, agua, metano, amonio. Una y otra vez los mismos cuatro elementos CHON: carbón, hidrógeno, oxígeno, nitrógeno, ¿Cómo sino se escribe CHON?

Pues no. De lo que en realidad están hechos los cometas es de la misma sustancia de la que estamos hechos nosotros, y lo que CHON significa es «comida».

La nube Oort estaba constituida por millones de porciones del tamaño de un megatón. Y en la Tierra había diez o doce mil millones de hambrientos que dirigían sus miradas hacia la nube y se relamían los labios.

Había aún muchas distensiones en torno a lo que los cometas podían estar haciendo allí. Se discutía incluso la posibilidad de que los cometas viajaran en familias. Cien años antes Opik había dicho que más de la mitad de los cometas vistos hasta el momento formaban parte de grupos bien definidos, como en este caso, y lo mismo habían repetido sus seguidores.

Whipple le respondió que un cuerno, que no se podía identificar un solo grupo de más de tres cometas. Y eso es lo que repitieron sus seguidores. Fue entonces cuando Oort intentó dar un sentido a todo aquello. Su idea era que había una enorme concentración de cometas en torno al sistema solar, y que de tanto en cuando el sol se aproximaba y arrastraba a alguno de los cometas fuera del conjunto, que se acercaba al perihelio a mucha velocidad. Así es como aparecían cometas como el Halley o la que supone que fue la estrella de Belén, o cualquier otro. Entonces unos cuantos empezaron a darle vueltas a la idea para saber cómo podía suceder exactamente. Resultó que era imposible, al menos en caso de dar por sentada la distribución de Maxwell también en el caso de la nube en forma de concha descrita por Oort. De hecho, incluso aceptando una distribución de tipo normal había que descartar la posibilidad de existencia de una nube tipo Oort. Las órbitas casi parabólicas observadas hasta el momento no podían proceder de una nube Oort; al menos eso decía R. A. Littleton. Entonces a alguien se le ocurrió preguntarse:

- Bueno, ¿y quién dice que la órbita de distribución de los cometas tenga que ser la de Maxwell?

Y resultó ser cierto. Es así de simple. Hay racimos de cometas y volúmenes de espacio enormes sin prácticamente un solo cometa.

Y si por un lado era indudable que los Heechees habían instalado su artefacto de modo que paciera en pastos ricos en cometas, eso había ocurrido muchos cientos de años antes, y la máquina se encontraba ahora en una especie de desierto cometario. Si aún seguía trabajando, tenía muy poco sobre lo que trabajar. (¡A menos que se hubiera zampado todos los cometas!)

Me quedé dormido intentando imaginar a qué sabría la comida CHON. Era imposible que supiera peor que lo que habíamos comido durante aquellos tres años y medio, puesto que casi todo había sido reciclado por nosotros mismos.

Día 1825. Hoy Janine casi acaba conmigo. Estaba jugando al ajedrez con Vera, con todo el mundo dormido, bastante alegre, cuando sus manos pasaron en torno a los auriculares y me taparon los ojos.

- ¡Basta, Janine! - grité.

Cuando me volví estaba haciendo pucheros.

- Sólo quería utilizar a Vera - dijo.

- ¿Para qué, otra de tus cartas cachondas para alguno de tus ídolos?

- Me tratas como a un crío - dijo.

Sorprendentemente iba vestida por completo; su rostro resplandecía, su cabello estaba húmedo y bien estirado tras la nuca. Parecía una modélica adolescente llena de sentido común.

- Lo que quería - dijo -, era revisar la alineación de los propulsores de iones con ayuda de Vera. Ya que has decidido no ayudarme...

Una de las razones por las que Janine estaba con nosotros era por su ingenio. Todos éramos ingeniosos; había que serlo para que te aceptaran en la misión. Y una de las cosas para las que era más ingeniosa era para convencerme a su antojo.

- De acuerdo - dije -, tienes razón, ¿qué puedo decir? Vera, rebobina la partida y ponnos el programa de propulsión de la Factoría Alimentaria.

- Desde luego... Paul - dijo, y el tablero desapareció y en su lugar proyectó la imagen de la Factoría Alimentaria.

Había actualizado los espectros a partir de las imágenes telescópicas que habíamos obtenido, de modo que la Factoría nos fue mostrada completa, incluso con la nube de polvo y el cangilón color nieve sucia adherido a un lado.

- Borra la nube, Vera - ordené.

La bruma desapareció y la Factoría Alimentaria se redujo a un croquis de ingeniería.

- Muy bien, Janine, ¿cuál es el primer paso?

- Atracamos - dijo en seguida -. Confiamos en que la reproducción del módulo se ajuste y lo amarramos. Si no podemos aterrizar, lo sujetamos con abrazaderas a algún punto de la superficie; de cualquier modo, nuestra nave se convierte en una pieza rígida de la estructura, de manera que podemos usar nuestra propulsión para controlar la posición.

- ¿Y entonces?

- Desmontamos el propulsor número uno y lo sujetamos a la sección de popa de la Factoría, ahí - señaló el lugar en la imagen -. Lo conectamos a nuestra computadora y tan pronto como esté instalado lo ponemos en marcha.

- ¿Y cómo nos orientamos?

- Vera nos proporcionará las coordenadas... ¡jep! lo siento Paul.

Había perdido el equilibrio y se apoyó en mi hombro para volver a echarse hacia adelante. Pero dejó su mano allí apoyada

- A continuación repetimos el proceso con los otros cinco. Cuando los tengamos a los seis en marcha, tendremos un Delta-V de dos metros por cada segundo saliendo del generador de plutonio-239. Entonces empezamos a extender las láminas de reflexión.

- No.

- Oh, bueno, claro, echamos un vistazo a los amarres para comprobar que se mantienen firmes bajo la propulsión; en fin, daba eso por supuesto. Después empezamos con la energía solar, y cuando la tenemos totalmente extendida deberíamos alcanzar unos dos metros y cuarto...

- En primer lugar, Janine. Cuanto más nos acerquemos a esa cifra, más potencia obtendremos. Muy bien. Ahora vayamos al hardware. Estamos sujetando nuestra nave al casco de meta! Heechee; ¿cómo lo haces?

Me lo explicó, y continuó explicándome, y por Dios que se lo sabía todo. Sólo que su mano sobre mi hombro pasó a ser una mano bajo mi brazo, y la pasó por mi pecho, y la mano empezó a errar; y ella no hacía más que pasarme los esquemas de la soldadura en frío y de cómo lograr la colimación de los propulsores, con la cara totalmente seria y la mano acariciándome el vientre. Catorce años. Pero no parecía que tuviese sólo catorce, ni se comportaba como si los tuviera, ni olía como una cría de catorce (se había rociado con el último cuarto de onza de Chanel de Lurvy). Lo que me salvó fue Vera; menos mal, si tenemos en cuenta la situación, porque lo que es yo, había perdido todo interés en salvarme a mí mismo. La proyección quedó congelada mientras Janine añadía una nueva precisión acerca de los propulsores y Vera dijo:

- Estoy recibiendo un mensaje con instrucciones; ¿te lo leo en voz alta... Paul?

- Adelante.

Janine retiró la mano levemente, en tanto la imagen parpadeaba al borrarse, y la pantalla reprodujo el mensaje.

Se nos ha pedido que les solicitemos un favor. La próxima crisis del síndrome cuatrimestral tendrá lugar dentro de los próximos dos meses. HEW cree que si dedicamos un programa especial con ustedes cuatro en pantalla describiendo la Factoría Alimentaria y poniendo de relieve lo bien que va todo y lo importante que es, reduciremos considerablemente la tensión y el consiguiente perjuicio. Por favor, sigan el guión que les adjuntamos. Les pedimos que lo lleven a cabo lo antes posible para que podamos grabarlo y programar su emisión de cara a lograr el máximo efecto.

- ¿Te paso el guión? - preguntó Vera.

- Adelante. Por escrito - añadí.

- Muy bien... Paul.

La pantalla empalideció y quedó vacía, y Vera empezó a arrojar unas tiras de papel impreso. Las cogí para leerlas mientras enviaba a Janine a despertar a su padre y a su hermana. No puso reparos. Le encantaba aparecer en la piezovisión para los muchachos de la Tierra, ya que ello significaba siempre cartas de admiración por la joven astronauta, de gente famosa.

El guión era el que cabía esperar. Programé a Vera para que nos lo copiara a cada uno por escrito, a cada cual su parte, línea por línea, y habríamos podido leerlo en diez minutos. Pero no fue ése el problema. Janine insistió en que su hermana le arreglara el pelo, y la propia Lurvy decidió que tenía que maquillarse, y Payter quería que yo le arreglara la barba. Así, en total, contando con que repetimos las tomas unas cuatro veces, malgastamos seis horas, sin contar con que ello supuso el equivalente a un mes de energía, en la emisión televisiva. Nos reunimos ante la cámara con el aspecto de ser gente hogareña y dedicada a su tarea, y explicamos que íbamos a hacer una audiencia que no iba a vernos hasta el cabo de un mes, momento en que nosotros habríamos llegado a destino. Pero si iba a ayudarles, valía la pena. Habíamos atravesado ocho o nueve ataques de aquella fiebre alterna, cada ciento treinta días, desde que despegamos de la Tierra. En cada ocasión presentaba un síndrome distinto, depresión, amodorramiento o euforia. Me encontraba en el espacio cuando una de las crisis nos alcanzó - ésa fue la causa de que se rompiera el telescopio grande - y habían llegado a

hacer una reñida apuesta por ver si era capaz o no de volver a traerlo a la nave. La verdad es que me trajo sin cuidado. Estaba padeciendo alucinaciones de soledad e ira, perseguido por seres de apariencia simiesca y con deseos de morirme. Y la Tierra, con millones de personas casi todas ellas afectadas en mayor o menor grado, de una u otra forma, cada vez que la fiebre sobrevenía, era un auténtico infierno. Se había estado produciendo durante diez años, ocho desde que se descubrió que era una plaga recurrente, y nadie sabía qué la causaba.

Pero todos querían que acabara de una vez.

Día 1288. ¡Por fin hemos llegado! Payter estaba a los controles, no se fiaba de Vera en una cosa así, mientras que Lurvy permanecía unida a la nave por encima de su cabeza para efectuar las correcciones de nuestro curso. Pudimos relajarnos un poco cuando pasamos la delgada nube de partículas de gas, apenas a un kilómetro de la propia Factoría Alimentaria.

Desde donde estábamos sentados Janine y yo con nuestros equipos de supervivencia, era difícil ver qué pasaba afuera. Más allá de la cabeza de Payter y de los gesticulantes brazos de Lurvy sólo podíamos echar vistazos a la vieja y enorme máquina, pero sólo eso, vistazos. Apenas un resplandor azul metálico y de vez en vez, un foso de amarre o la silueta de alguna de las viejas naves.

- ¡Demonios, me estoy alejando!

- ¡No, Payter! ¡Lo que pasa es que el maldito aparato lleva algo de aceleración!

Tal vez era una estrella. Lo cierto es que necesitábamos el equipo de supervivencia, y además Payter estaba dándonos unos mareantes bandazos. Hubiera querido preguntar de dónde procedía la aceleración, o por qué, pero los dos pilotos estaban ocupados y además supuse que no lo sabían.

- Eso es. Ahora métela en el centro de ese foso de amarre, en medio de esa hilera de tres.

- ¿Por qué precisamente en ése?

- ¿Y por qué no? ¡Porque lo digo yo y basta!

Avanzamos con cautela durante un par de minutos aún, y pudimos relajarnos de nuevo. Aproximamos la nave y aterrizamos. La cúpula Heechee de proa encajó limpiamente en el viejo foso de amarre.

Lurvy bajó a la superficie y desconectó la computadora, y nos miramos unos a otros. Habíamos llegado.

O, visto de otro modo, estábamos a mitad de camino. A medio camino de casa.

Día 1290. Lo extraño no era que los Heechees hubieran respirado un aire en el que nosotros pudiéramos sobrevivir. Lo extraño es que siguiera habiendo algo de aire después de decenas o cientos de miles de años desde que alguien lo había respirado por última vez. Y ésa no fue la única sorpresa. Las demás llegarían después y fueron peores y más atemorizantes.

No era el aire lo único que había sobrevivido. ¡La nave entera había sobrevivido en condiciones de ser utilizada! Lo supimos tan pronto como nos hallamos dentro y el analizador nos indicó que podíamos quitarnos los cascos. Las paredes de metal azul brillante estaban calientes al tacto, y pudimos experimentar una débil pero ininterrumpida vibración. La temperatura se mantenía en torno de los doce grados, fresca, pero no peor que algunos hogares de la Tierra en que había estado. ¿Les gustaría saber cuáles fueron las primeras palabras pronunciadas por un ser humano en el interior de la Factoría Alimentaria? Las dijo Payter, y fueron:

- ¡Diez millones de dólares! ¡Jesús, tal vez hasta cien millones!

Y si no lo hubiera dicho él, cualquier otro de nosotros lo hubiera dicho. Nuestra bonificación iba a ser astronómica. El informe de Trish no decía si la Factoría funcionaba

o no - por lo que había dicho, hubiera podido ser una carcasa agujereada, exenta de cualquier cosa que la hubiera hecho valer la pena. ¡Pero he aquí que nos habíamos topado con un artefacto Heechee completo y enorme, aún en condiciones de trabajo! No había nada con qué compararla. Los túneles de Venus, las viejas naves e incluso Pórtico mismo, habían sido cuidadosamente limpiados de prácticamente todo lo que contenían, casi medio millón de años antes. En cambio, este lugar estaba... ¡«amueblado»! Cálido, habitable, vibrante; abarrotado de débiles radiaciones de microondas; vivo, en suma. No parecía en absoluto viejo.

Había poco tiempo para explorar; cuanto antes empezáramos a mover el aparato a la Tierra, antes nos embolsaríamos lo que se nos había prometido. Nos permitimos vagar durante una hora a través de aquel aire respirable, metiéndonos en cámaras llenas de grandes estructuras metálicas azules y grises, deslizándonos pasillo abajo, comiendo mientras caminábamos, explicándonos unos a otros a través de los comunicadores de bolsillo (y transmitiéndolo a la Tierra vía Vera), lo que encontrábamos. Y después, a trabajar. Volvimos a vestirnos dimos comienzo a la tarea de cambiar de emplazamiento los depósitos laterales.

Y ahí fue donde nos encontramos con el primer problema

La Factoría Alimentaria no se movía en una órbita libre Tenía una cierta aceleración, llevaba alguna clase de propulsión. No era mucha, menos de un uno por ciento de G.

Pero los anclajes de los cohetes eléctricos pesaban más de diez toneladas cada uno.

Incluso con sólo un uno por ciento del peso total, eso significaba más de cien kilos, sin contar con las diez toneladas de inercia reales. En cuanto comenzamos a descargar el primer éste se soltó de un extremo y empezó a desprenderse. Payte estaba listo para detenerlo pero pesaba más de lo que podría aguantar durante mucho rato; me acerqué por encima y me aferré al depósito lateral con una mano y a la abrazadera a la que había estado sujeto con la otra, y conseguimos mantenerlo en su lugar hasta que Janine pudo asegurar un cable alrededor.

Entonces nos retiramos al interior de la nave para volver a plantearnos las cosas.

Estábamos exhaustos. Después de más de tres años confinados en nuestros cuartos, no estábamos preparados para trabajo tan duro. La unidad bioanalítica de Vera nos informó de que estábamos acumulando toxinas por el esfuerzo. Discutimos y nos preocupamos mutuamente un rato, después Lurvy y Payter se fueron a dormir mientras Janine y yo ideábamos un aparejo que nos permitiera asegurar cada uno de los depósitos antes de soltarlo y moverlo en torno a la Factoría sujeto a tres largos cables y asegurado por otros cables más pequeños, de modo que no se estrellara contra el casco al final del trayecto y se convirtiera en chatarra. Nos llevó tres días conseguirlo con el primero. Al acabar de asegurarlo estábamos rígidos, con los ojos desorbitados, el corazón desbocado y los músculos convertidos en una doliente masa compacta. Establecimos turnos para descansar y para deambular por el interior de la Factoría antes de volver para asegurar el cohete y poder ponerlo en marcha. Payter era el más activo de todos, anduvo merodeando tan lejos como pudo por una docena de corredores.

- Todos acaban en callejones sin salida - explicó al volver -. Parece que sólo es accesible la décima parte del aparato, a menos que agujereemos las paredes que los bloquean.

- Ahora no - le dije.

- ¡Ni ahora ni nunca! - atajó Lurvy -. Lo único que vamos a hacer es llevarnos esto de vuelta. ¡Si alguien quiere agujerear algo, que se espere a que nos hayan pagado! - Se frotó los bíceps, con los brazos cruzados sobre el pecho, y añadió arrepentida -: Podríamos empezar a asegurar el cohete.

Nos llevó dos días hacerlo, pero por fin lo pusimos en su sitio. Los sopletes de fusión que nos habían dado para asegurar el acero al metal Heechee funcionaron bien. Hasta

donde podíamos deducir de una inspección estática, se mantenía firme. Nos retiramos a la nave y le ordenamos a Vera que efectuara una propulsión del diez por ciento.

Sentimos inmediatamente una débil sacudida. Nos sonreímos unos a otros y me dirigí a mi reservado a por la botella de champaña que había estado reservando para esta ocasión.

Nueva sacudida.

Una a una nuestras cuatro sonrisas se borraron. Sólo hubiéramos debido notar una aceleración.

Lurvy saltó hacia la consola.

- ¡Vera, informa sobre Delta-V!

La pantalla se iluminó con un diagrama de fuerzas: la Factoría Alimentaria estaba representada en el centro, con flechas de fuerza señalando direcciones opuestas. Una de ellas era la de nuestro propulsor. La otra no era nuestra.

- Hay una fuerza adicional interfiriendo en el curso... Lurvy - informó Vera -. El vector resultante es igual ahora en dirección y magnitud a la del Delta-V.

Nuestro cohete estaba empujando contra la Factoría Alimentaria. Pero no estaba haciendo gran cosa. La Factoría estaba empujando en sentido contrario.

Día 1298. Así que hicimos lo que teníamos que hacer. Lo desconectamos todo y gritamos pidiendo ayuda.

Dormimos, comimos y nos paseamos por la Factoría Alimentaria durante lo que nos pareció toda una vida, deseando de todo corazón que no existiera el retraso de veinticinco días en las comunicaciones. Vera resultaba de poca ayuda.

- Transmitan por telemetría - dijo -, y manténganse a la espera de nuevas directrices.

Bien, eso era lo que estábamos haciendo.

Al cabo de un par de días acabé sacando el champaña de todos modos. Con una gravedad de sólo el diez por ciento, la carbonatación era más fuerte que la gravedad, por lo que tuve que mantener mi pulgar apretado sobre la boca de la botella y las palmas sobre cada copa para poder verter el líquido y evitar a continuación que se derramara. Pero sea como sea, conseguimos brindar.

- No está mal - dijo Payter después de paladear su caldo -. Al menos tenemos un par de millones cada uno.

- Si es que vivimos para reunirlos - soltó Janine.

- No seas tan catastrofista, Janine. Cuando emprendimos la misión sabíamos que podía salir mal.

Y eso era lo que nos había pasado; la nave había sido diseñada para que pudiera despegar de vuelta con nuestros combustibles base, para después aparejar los propulsores de iones de camino a casa, en cosa de otros cuatro años.

- ¡Pues qué bien, Lurvy! ¡Para entonces seré una virgen de dieciocho años! Y una fracasada.

- Oh, Dios, Janine. Vete a explorar un rato, ¿quieres? ¡Me tienes harta!

Así era como nos sentíamos los cuatro, uno respecto del otro. Estábamos más hartos de cada uno de los demás, y éramos menos tolerantes, de lo que habíamos sido durante todo el viaje, apiñados en los reservados de la nave. Ahora que disponíamos de más espacio para perder de vista a los demás, algo así como un cuarto de kilómetro en el mejor de los casos, éramos más corrosivos unos con otros que antes. Cada veinte horas más o menos, el pequeño y bobo cerebro de Vera rebuscaba entre sus programas de emergencia y aparecía con un nuevo experimento: pruebas de propulsión al uno por ciento de fuerza, al treinta por ciento, incluso a plena potencia. Y nosotros conseguimos soportar nuestra mutua proximidad para equiparnos y llevar a cabo sus planes. Pero siempre pasaba lo mismo. Daba igual la fuerza con la que empujábamos contra la Factoría: el artefacto lo percibía y empujaba en sentido contrario con exactamente la misma intensidad y exactamente con la misma aceleración, para mantener así su

constante aceleración hacia el objetivo que tenía fijado, fuera el que fuera. La única cosa útil que Vera fue capaz de proporcionarnos fue una teoría: la Factoría había consumido ya las fuentes cometarias sobre las que operaba y se dirigía a unas nuevas. El problema era que, si bien aquello tenía un interés teórico, no tenía ningún objeto práctico que nos pudiera ayudar en algo. Así pues, seguimos paseando, principalmente solos, llevando con nosotros las cámaras a cada habitación y corredor nuevo al que llegábamos. Todo lo que veíamos, lo recogían las cámaras, y lo que éstas recogían se transmitía por vía directa a la Tierra, pero nada resultaba ser de gran ayuda.

Encontramos con bastante facilidad el lugar por el que Trish Bover había penetrado a la Factoría; Payter lo encontró, y nos llamó a todos para que lo viéramos, y nos reunimos en silencio para inspeccionar unos restos de comida en avanzado estado de descomposición, unos pantis abandonados y las pintadas que había garabateado en la pared:

TRISH BOVER ESTUVO AQUÍ

y

¡QUE DIOS ME AYUDE!

- Dios, a lo mejor - dijo Lurvy al poco -, pero no veo cómo va a poder ayudarla nadie más.

- Debíó de quedarse por aquí más de lo que supuse en un principio - dijo Payter -. Hay basura esparcida por todas partes en algunas habitaciones.

- ¿Qué clase de desperdicios?

- Más que nada, comida estropeada. Llega hasta la zona de ataque del lado contrario. Donde están las luces, ¿sabéis, no?

Lo sabía, y Janine y yo fuimos a ver. Había sido idea suya la de acompañarme, y no me había sentido muy entusiasta al principio. Pero al parecer, la temperatura de doce grados o la falta de una cama o algo parecido había logrado calmar sus ánimos, o estaba demasiado disgustada y deprimida para persistir en su ambición de perder la virginidad. Nos fue bastante fácil encontrar los restos de comida abandonada. No me pareció que se tratara de raciones de Pórtico. Parecía estar empaquetada, un par de ellos no habían sido destapados; otros tres más grandes, del tamaño de una rebanada de pan, estaban envueltos en una cosa de color rojo que parecía seda. Había otros dos más pequeños, uno verde, otro rojo, igual que los otros, pero con motas rosas. Abrimos uno a manera de experimento. Apestaba a pescado podrido y evidentemente no era comestible. Pero lo había sido.

Dejé a Janine allí para ir en busca de los otros. Abrieron el verde. Por el olor no parecía estar estropeado, pero era duro como una roca. Payter lo abrió, lo olió, lo lamió, partió un trozo contra la pared y lo masticó pensativamente.

- No sabe a nada - nos informó, y mirándonos, se echó a reír. Nos preguntó -: ¿Qué esperáis, que me caiga muerto? No lo creo. Si masticas un poco, se reblandece. Quizá sean galletas rancias.

Lurvy frunció el entrecejo.

- Si de veras es comida... - se detuvo y reflexionó -. Si de veras es comida y Trish la dejó aquí, ¿por qué no se quedó? ¿Por qué no dijo nada?

- Estaría muerta de miedo - sugerí.

- Eso seguro. Pero grabó un informe. Y no dijo ni una palabra de comida. Fueron los técnicos de Pórtico los que dijeron que esto era una Factoría Alimentaria, ¿os acordáis? Y en todo lo que podían basarse era en una que había destrozada en órbita alrededor del mundo de Phyllis.

- Quizá se olvidó.

- No lo creo - dijo Lurvy, despacio, pero no añadió nada más.

No había mucho más que añadir. Pero durante el par de días que siguieron, no exploramos mucho en solitario.

Día 1311. Vera recibió la información sobre los paquetes de comida en silencio. Al cabo de un rato, dispuso una serie de instrucciones para someter el contenido de los paquetes a análisis biológico y químico. Ya lo habíamos hecho nosotros por cuenta propia, y si ella extrajo alguna conclusión, no dijo una palabra.

Lo cierto es que ninguno lo hizo. En aquellas ocasiones en que los cuatro estábamos despiertos a la vez, de lo único que hablábamos era de qué pasaría si los de la base no conseguían idear la manera de hacer que la Factoría se moviera. Vera sugirió que instaláramos los otros cinco propulsores a toda potencia para ver si la Factoría conseguía contrarrestarlos. Las sugerencias de Vera no eran órdenes, y creo que Lurvy habló por todos cuando dijo:

- Si los conectamos todos a toda potencia y la cosa no funciona, el siguiente paso será ponerlos a trabajar por encima de su capacidad. Podrían dañarse y nosotros podríamos quedarnos aquí clavados para siempre.

- ¿Qué hacemos si esa orden nos la dan los de la Tierra? - pregunté.

Payter se le adelantó al terciar:

- Negociaremos - dijo asintiendo pensativamente -. Si quieren que corramos riesgos adicionales, que nos paguen más.

- ¿Te encargarás tú de negociar, papá?

- Dalo por sentado. Y ahora escucha. Suponte que no funciona. Suponte que hay que volver. ¿Sabes qué haremos entonces? - volvió a asentir con la cabeza -. Llenamos la nave con todo lo que podamos llevar. ¿Que encontramos máquinas de pequeño tamaño que nos podemos llevar? Vemos si funcionan. Metemos en la nave todo lo que se pueda y nos deshacemos de todo lo que no sea necesario. Dejamos aquí casi todos los depósitos adicionales y en su lugar montamos máquinas grandes. ¿Lo ves? Podríamos volver a casa con qué sé yo, Dios, otros veinte o treinta millones de dólares en artefactos.

- ¡Como los molinetes de oraciones! - exclamó Janine dando palmas.

Los había a montones en la habitación en que Payter encontró la comida. Había además otras cosas, como un diván con una cubierta de malla metálica, objetos en forma de tulipán en las paredes que parecían candelabros. Pero molinetes

los había a cientos. Según unos cálculos aproximados, a razón de mil dólares cada uno, había medio millón de dólares en molinetes en aquel cuarto, que distribuidos en los mercadillo de baratijas de Chicago y Roma... en caso de que viviéramos para hacerlo. Y eso sin contar las demás cosas en las que estaba pensando e inventariando mentalmente. Y no era el único

- Los molinetes son lo de menor valor - dijo Lurvy re flexionando -. Pero eso no está incluido en nuestro contrato papá.

- ¡Contrato! ¿Y qué crees que van a hacernos, matarnos ¿Estafamos a alguien? ¡Después de haber desperdiciado ocho años de nuestras vidas! No, nos darán las bonificaciones

Cuanto más pensábamos en ello, mejor sonaba. Me dormí pensando en cuáles de aquellos artefactos - como quiera que se llamasen en realidad - que habíamos visto, podían ser transportados, y cuáles entre éstos se pagarían mejor, y aquella noche tuve los mejores sueños desde que habíamos probado e impulsor.

Y me desperté con el urgente susurro de Janine en mi oreja

- Papá, Paul, Lurvy, ¿podéis oírme?

Me senté y miré alrededor. No era ella en persona la que me hablaba al oído; era mi radio. Lurvy estaba despierta a m: lado, y Payter llegó apresurándose para reunirse con nosotros también ellos la habían oído.

- Te oímos, Janine - dije -. ¿Qué...?

- ¡Cállate! - me llegó su susurro como si sus labios se apretaran contra el micrófono -. No me preguntes, sólo escúchame. Hay alguien aquí.

Nos miramos los tres. Lurvy susurró:

- ¿Dónde estás?

- ¡Que os calléis! Estoy afuera, en la zona de aterrizaje, ya sabéis, donde encontramos la comida aquella. Estaba buscando cosas que nos pudiésemos llevar, como dijo papá, cuando bueno, vi algo en el suelo. Era como una manzana. Era de color rojizo por fuera y verde por dentro, y olía como... no sé a qué demonios olía. A fresas, tal vez. y, desde luego, no tenía cien años. Era fruta fresca. Y entonces oí... un momento.

No nos atrevimos a hablar, sólo la escuchamos respirar un instante. Cuando volvió a hablar, su voz parecía asustada

- Viene hacia aquí. Está entre vosotros y yo, y yo estoy aquí atrapada. Creo... sigo creyendo que es Heechee, y tiene que ser...

Su voz se detuvo. La oímos jadear; y entonces en voz alta:

- ¡No te me acerques!

Yo ya había oído bastante.

- Vamos - dije, saltando hacia el pasillo.

Payter y Lurvy estaban justo detrás de mí mientras corríamos por el pasillo a grandes zancadas. Cuando llegamos cerca del muelle, miramos alrededor sin saber qué hacer.

Antes de que decidiéramos qué dirección tomar, la voz de Janine volvió a llegar. No era un grito de terror ni un susurro.

- Se ha parado cuando se lo he pedido - dijo sin creérselo del todo -. Y no creo que sea un Heechee. Me parece una persona bastante normal, bueno, un poco huesuda. Está parado ahí, delante de mí, mirándome, y parece como si estuviera olfateando el aire.

- ¡Janine! - grité -. Estamos en el muelle, ¿hacia dónde vamos?

Pausa. Entonces, sorprendentemente, una especie de carcajada atónita.

- ¡Venid, deprisa! - dijo convulsivamente -. ¡Venid en seguida! ¡No adivinaríais nunca lo que está haciendo ahora!

3 - UN AMOR DE WAN

El viaje hacia el puesto de avanzada se le hizo a Wan más largo que de costumbre porque tenía la cabeza llena de problemas. Echaba de menos la compañía de los Difuntos. Echaba incluso en falta aquello que no había tenido jamás: una hembra. La imagen de sí mismo enamorado era una fantasía, pero que él quería llegar a convertir en realidad. Tantos libros le ayudaban a ello, Romeo y Julieta, Ana Karenina, y los antiguos clásicos románticos chinos.

Lo que por fin consiguió alejar las fantasías de la mente de Wan fue la vista de la avanzadilla a medida que se acercaba. El tablero de mandos se iluminó para anunciar que se iniciaban las maniobras de atraque, las sinuosas líneas de la pantalla se desvanecieron, y la silueta del puesto de avanzada brotó ante sus ojos. Pero era una silueta distinta. Había una nave nueva en una de las escotillas de amarre, y una extraña estructura mellada amarrada al casco.

¿Qué podrían significar todas aquellas cosas? Cuando concluyó el atraque, Wan asomó la cabeza por la escotilla y miró alrededor, observando y olisqueando.

Al rato llegó a la conclusión de que no había nadie cerca. No sacó ni los libros ni sus pertenencias de la nave. Resolvió estar listo para salir huyendo en cualquier momento, pero decidió ir a explorar. Una vez, mucho tiempo atrás, alguien más había estado en la estación, y Wan había creído que se trataba de una mujer. Tiny Jim le había ayudado entonces a identificar la ropa. ¿Debería volver a consultarle ahora? Masticando una baya,

se dirigió con ligereza por los pasillos hacia la cámara de los sueños, donde aguardaba el placentero lecho de los sueños, rodeado por las máquinas de libros.

Y se detuvo.

¿No había sido eso un ruido? ¿Una risa, un grito, desde bien lejos?

Escupió la baya y permaneció un instante parado, con todos sus sentidos en tensión. El ruido no volvió a repetirse. Pero había algo, un olor, muy débil, bastante agradable, bastante raro. No era distinto al olor de las prendas que había encontrado y llevado consigo hasta que el último vestigio del aroma se hubo extinguido, momento en que las devolvió adonde las había encontrado.

¿Habría vuelto la misma persona?

Wan empezó a temblar. ¡Alguien! ¡Había pasado una docena de años desde que oliera o tocara a alguien por última vez. En aquel entonces se había tratado de sus padres. Pero podía no ser persona, podía tratarse de algo distinto. Se lanzó hacia el muelle en que había estado aquella otra persona, evitando astutamente los pasadizos principales y precipitándose por los corredores menos directos por donde creía que ningún extraño se aventuraría. Wan conocía cada pulgada del puesto de avanzada, al menos en la proporción en que era posible circular por su interior sin meterse en los pasillos ciegos que acababan bloqueados por un muro que no sabía cómo abrir. Le llevó apenas unos minutos volver al lugar en que se había esmerado tanto por volver a colocar en su lugar el detritus que el visitante de la avanzadilla había dejado tras de sí.

Todo estaba allí, pero no como lo había dejado él. Algunas cosas habían sido recogidas y luego vueltas a dejar caer.

Wan estaba seguro de no haber sido él. Aparte de la disciplina que se había impuesto siempre a sí mismo de dejar la estación tal y como la encontrara para que nadie supiera jamás que estaba allí, en aquella ocasión había sido especialmente cuidadoso al arreglar la basura del mismo modo en que había sido dejada allí. Había alguien más en la estación.

Y él se encontraba a muchos minutos de distancia de su nave.

Con precaución pero sin demora volvió a los muelles del lado opuesto, deteniéndose en cada intersección para mirar, olfatear y escuchar. Alcanzó su nave y anduvo merodeando junto al casco, indeciso. ¿Qué hacer, echar a correr o explorar?

Pero el olor era más fuerte ahora. E irresistible.

Paso a paso se aventuró por uno de los corredores bloqueados, listo para retroceder al instante.

¡Una voz! Susurrante, casi inaudible. Pero estaba allí. Atisbo por una puerta y su corazón latió con violencia. ¡Una persona! Encogida contra el muro, con un objeto de metal en los labios, mirándolo con terror. Le gritó:

- ¡No te me acerques!

Pero no hubiera podido ni aun queriendo; estaba paralizado. No solo era una persona, ¡era una hembra! Los signos bien lo demostraban, tal como le explicara Tiny Jim: dos abultamientos en el pecho, otro más en torno a las caderas, un estrechamiento en la cintura, cejas finas sin gruesos arcos supraciliares... ¡Sí, una hembra! Y además, joven. Y embutida en algo que evidenciaba largas piernas desnudas y, oh, brazos también desnudos; lacio cabello atado en la nuca en una trenza larga, enormes ojos que le miraban.

Wan le contestó como había aprendido a hacerlo. Se arrodilló cortésmente, abrió sus ropas y se tocó el miembro. Hacía mucho que no se masturbaba y, desde luego, sin semejante estímulo; se puso erecto de inmediato y se estremeció excitadísimo.

Apenas prestó atención a los ruidos detrás de él, mientras tres personas llegaban corriendo. No se levantó hasta haber acabado; se ajustó las ropas y les sonrió educadamente, mientras ellos, de pie alrededor de la chica, hablaban entre sí con excitación, casi con histerismo.

- Hola, me llamo Wan - dijo.

Como no le contestaron, repitió el saludo en español y en cantones, y hubiera seguido haciéndolo en los demás idiomas que sabía de no habersele acercado otra mujer, quien le dijo:

- Hola, Wan. Me llamo Dorema Herter-Hall. Todos me llaman Lurvy. Estamos todos encantados de haberte conocido.

Jamás en sus quince años de vida había pasado Wan doce horas tan excitantes, atemorizantes y sorprendentes hasta rozar el infarto, como aquéllas. ¡Tantas preguntas! ¡Tanto que decir y escuchar! Era tan escalofriantemente agradable poder tocar a aquellas personas, oler sus olores y sentir su presencia. Sabían increíblemente tan poco y sorprendentemente tanto: no sabían que podían sacar alimentos de las escotillas, no habían utilizado la cámara de los sueños, no habían visto nunca a un Primitivo, ni habían hablado jamás con un Difunto. Y sin embargo, sabían lo que era una nave espacial y una ciudad, hablaban de caminar bajo el cielo abierto (¿«cielo»? - le llevó un buen rato conjeturar de qué hablaban) y sabían hacer el amor. Pudo observar que la mujer más joven quería enseñarle más al respecto, pero la otra parecía no querer dejarle; qué raro. El hombre mayor daba la impresión de no hacer el amor con nadie; aún más raro. Era todo muy raro, y él empezaba a cansarse de las delicias y los horrores de tanta rareza. Después, habían estado hablando un rato más y él les había enseñado algunos trucos de la estación, y ellos, algunas de las maravillas de su nave (una cosa parecida a un Difunto, pero que nunca había estado viva; fotografías de gente en la Tierra; un lavabo con cisterna) y después de tanta maravilla, la persona llamada Lurvy les ordenó a todos un descanso. Inmediatamente, Wan intentó dirigirse a la cámara de los sueños, pero ella le invitó a permanecer junto a ellos. Y él no había podido negarse, a pesar de que a lo largo de todo el descanso se despertó de vez en cuando, temblando, olisqueando y mirando a su alrededor a través de la tenue luz azul.

Tanta excitación era mala para él. Después de que se despertaran todos, se encontró temblando todavía, con el cuerpo dolorido como si no hubiera dormido nada. Pero no importaba. Las preguntas y la charla dieron comienzo de nuevo, acto seguido:

- ¿Y quiénes son los Difuntos?

- No lo sé. ¿Se lo preguntamos? A veces se llaman a sí mismos «prospectores». De un sitio llamado «Pórtico».

- Y el sitio donde ellos están, ¿es un artefacto Heechee?

- ¿Heechee? - pensó; había oído la palabra hacía mucho, pero no sabía lo que significaba - ¿Os referís a los Primitivos?

- ¿Cómo son los Primitivos?

No podía explicarlo con palabras, así que le dieron de nuevo una hoja de papel para que dibujara, e intentó esbozar aquellas grandes e inquietantes mandíbulas, las barbas ralas, y

tan pronto como acababa un dibujo, lo tomaban y lo sostenían delante de la máquina que ellos llamaban Vera.

- Esta máquina se parece a un difunto - señaló, y ellos empezaron otra vez con las preguntas.

- ¿Quieres decir que se trata de computadoras?

- ¿Qué es una computadora?

Durante un rato las preguntas circularon en sentido contrario, mientras trataban de explicarle el significado de «computadora», de las elecciones presidenciales y de la fiebre que se repetía cada ciento treinta días. Y mientras tanto, iban deambulando por la nave al tiempo que les explicaba lo que sabía de ella. Wan empezaba a estar cansado de verdad. Había experimentado fatiga muy pocas veces, porque en su vida sin tiempo, cuando tenía sueño dormía, y no se levantaba hasta haber descansado. No le gustaba sentirse así,

como no le gustaba el dolor de cabeza o el de la garganta, que estaba padeciendo. Pero estaba demasiado excitado como para parar, especialmente cuando le hablaron de la persona de sexo femenino llamada Trish Bover.

- ¿Estuvo aquí? ¿Aquí en la estación de avanzada? ¿Y por qué no se quedó?

- No, Wan. No sabía que ibas a venir. Creyó que se moriría si se quedaba.

¡Qué terrible! Wan calculó que aunque sólo tenía diez años cuando ella llegó, podía haberle hecho compañía. Y ella a él. Le habría dado de comer y se hubiera ocupado de ella y la hubiera llevado consigo a ver a los Primitivos y a los Difuntos, y habrían sido muy felices.

- Entonces, ¿adonde se fue?

Por algún motivo, su pregunta les incomodó. Se miraron unos a otros. Tras una pausa, Lurvy dijo:

- Se fue en su nave, Wan.

- ¿A la Tierra?

- No, todavía no. Es un viaje muy largo para la nave en que viajaba. Demasiado largo para que ella pudiera sobrevivir al viaje.

El hombre más joven, la pareja de Lurvy, tomó la palabra.

- Aún está viajando, Wan. No sabemos exactamente hacia dónde. No sabemos siquiera si sigue viva. Se autocongeló.

- Entonces está muerta, ¿no?

- Bueno, probablemente no siga con vida. Pero si la encuentran puede ser revivida. Está en el compartimento refrigerador de su nave, a cuarenta grados bajo cero. Su cuerpo no se descompondrá durante cierto tiempo, creo. Eso es lo que ella pensaba. De todos modos creyó que era lo mejor que podía hacer.

- Yo le hubiera podido ofrecer una alternativa mejor - observó Wan descorazonado.

Entonces se le iluminó el rostro. La otra hembra no estaba congelada. Tratando de impresionarla, dijo:

- Ése es un Número Universal.

- ¿Qué? ¿Un número cómo?

- Un Número Universal, Janine. Tiny Jim me ha hablado de ellos. Cuando dices «cuarenta bajo cero», no tienes que decir si son grados Celsius o Fahrenheit, porque en este caso, son iguales. - Se rió con disimulo del chiste.

Volvían a mirarse unos a otros. Se dio cuenta de que algo iba mal, pero se sentía extraño, aún más mareado, más fatigado a cada segundo que pasaba. Pensó que quizá no habían entendido el chiste, así que dijo:

- Preguntémosle a Tiny Jim. Se le puede localizar precisamente en este corredor, donde está el diván de los sueños.

- ¿Localizar? ¿Cómo? - le preguntó el viejo, Payter.

Wan no le contestó; se encontraba demasiado mal como para fiarse de sus propias respuestas, y además, era más fácil mostrárselo. Torció bruscamente y consiguió llegar hasta la cámara de los sueños. Cuando llegaron los otros había ya tecleado el número ciento doce.

- ¿Tiny Jim? - intentó; dijo entonces, por encima del hombro -: A veces no tiene ganas de hablar. Tened paciencia, por favor.

Pero en aquella ocasión tuvo suerte, y la voz le contestó con bastante rapidez.

- ¿Wan, eres tú?

- Claro que soy yo. Quiero que me hables de los números Universales.

- Muy bien, Wan. Los números universales son números que representan más de una cantidad, de modo que al percibir la coincidencia piensas en su valor universal. Algunos de estos números son triviales; otros, tal vez de trascendental importancia. Hay personas religiosas que creen que los números universales son la prueba de la existencia de Dios.

Por lo que se refiere a la existencia de Dios, sólo te puedo ofrecer unas amplias conjeturas que...

- No, por favor, Tiny Jim. Limitate a los números universales.

- Sí, Wan. A continuación te voy a dar una lista con algunos de los números más simples. Cero cinco grados. Cuarenta bajo cero. Ciento treinta y siete. Dos mil veinticinco. Diez elevado a treinta y nueve. Por favor, escribe un párrafo sobre cada uno de ellos, identificando las características que hacen de cada uno de ellos un número universal.

- ¡Olvídate de eso! - chilló con voz aguda, elevando la voz por lo mucho que le picaba la garganta -. Esto no es una clase.

- Bien - dijo el Difunto con voz melancólica -, de acuerdo. Cero cinco grados es el diámetro angular de la Luna y el Sol vistos desde la Tierra. ¡Dios! Qué extraño que sea el mismo, y a la vez, qué útil, porque es en parte gracias a esa coincidencia que la Tierra tiene eclipses. Cuarenta grados bajo cero es la temperatura que coincide en las escalas Fahrenheit y Celsius. Dos mil veinticinco es la suma de los cubos de los cuadrados de los números enteros, uno al cubo más dos al cubo más tres al cubo, y así hasta nueve al cubo. Diez a la treinta y nueve es una de las medidas de la debilidad de la fuerza gravitacional en comparación a la electromagnética. Es también la raíz cuadrada del número de partículas del universo conocido, esto es, aquella parte del universo en relación a la Tierra en la que la constante de Hubble es inferior a cero cinco. También... Bueno, da igual. Gracias a ellos, P.A.M. Dirac construyó su hipótesis de los Números Grandes, a partir de la cual dedujo que la fuerza de gravedad debía de debilitarse a medida que aumentaba la edad del universo. Ahora te toca a ti hablar de uno de ellos.

- Te dejaste el ciento treinta y siete - acusó el chico.

El Difunto rió.

- ¡Bravo muchacho! Lo he hecho para ver si estabas escuchando. Ciento treinta y siete es la constante de la estructura Eddington, claro está, y aparece constantemente en física nuclear. Pero es más que eso. Imagina que lo tomas a la inversa, o sea uno dividido entre ciento treinta y siete, y tomas el cociente, sólo la parte decimal. Los tres primeros dígitos son cero cero siete, la señal que identifica a James Bond como asesino. ¡Esa es la cara letal del universo! Los ocho primeros son los palíndromos de Clarke, o sea cero siete dos nueve nueve dos siete cero. Esa es la simetría. Lo que implicaría que el universo es la inversión ¿de qué?, digamos, ¿lo bello y lo siniestro? Ayúdame, Wan, no sé cómo interpretar el simbolismo.

- ¡Oh, borra todo eso! - exclamó Wan enfadado -. ¡Borra y corta!

Estaba irritado, tembloroso y más enfermo de lo que había estado en toda su vida, incluso más que en aquella ocasión en que los Difuntos le habían tenido que poner una inyección.

- A veces le pasa - se disculpó ante los otros -. Esa es la razón por la que generalmente no me comunico con él desde aquí.

- No tiene buen aspecto - le dijo Lurvy a su marido, y entonces le preguntó a Wan -: ¿Te encuentras bien?

Él negó con la cabeza, porque no sabía cómo contestar.

- Debes descansar - dijo Paul -. ¿Pero qué quisiste decir con eso de «desde aquí»? ¿Dónde está Tiny Jim?

- Oh, en la estación central - dijo Wan débilmente, estornudando.

- ¿Quieres decir que...? - le costó tragar -. ¿Pero no dijiste que era un viaje de cuarenta y cinco días? Eso debe de estar muy lejos.

El viejo Payter gritó:

- ¿Por radio? ¿Le hablas por radio? ¿Una radio más rápida que la luz?

Wan se encogió de hombros. Paul tenía razón, debía descansar y ahí estaba el diván, que había sido siempre el lugar ideal para hacer que se sintiera bien y descansado.

- ¡Chico, explícate! - le gritó el viejo -. Si tienes una radio ultralumínica, entonces, la bonificación...

- Estoy cansado - dijo Wan rudamente -. Tengo que dormir.

Se sintió mal, se dejó caer. Esquivó los brazos que intentaban agarrarle, pasó entre ellos y se hundió en el diván, con su reconfortante cobertor de malla metálica cerrado a su alrededor.

4 - ROBIN BROADHEAD, INC.

Essie y yo estábamos practicando el esquí acuático en el mar de Tappan cuando la radio que llevaba al cuello zumbó para decirme que había aparecido un instrumento en la Factoría Alimentaria. Ordené al bote que virara inmediatamente y que nos llevara de vuelta a la larga extensión de litoral propiedad de Robin Broadhead, antes de decirle a Essie de qué se trataba.

- ¿Un chico, Robin? - me gritó por encima del ruido del motor de hidrógeno y del viento -. ¿Y cómo demonios ha llegado un chico a la Factoría Alimentaria?

- Eso es lo que hemos de averiguar - le grité a mi vez.

El bote nos condujo a aguas poco profundas deslizándose cuidadosamente, y esperó mientras saltábamos fuera y corríamos prado arriba. Cuando se aseguró de que nos habíamos ido, volvió a su sitio ronroneando todo a lo largo de la orilla.

A pesar de estar mojados, corrimos hacia la sala donde estaban los cerebros electrónicos. Habíamos empezado a recibir imágenes, y el proyector de hologramas nos mostró un muchacho flaco y desaseado que vestía una especie de falda de dos piezas y una túnica sucia. No parecía en absoluto peligroso, pero desde luego no tenía ningún derecho a estar allí.

- Voz - ordené, y los labios, que se movían empezaron a hablar, de un modo extraño, estridente, con una entonación aguda, pero en un inglés lo suficientemente claro para entenderle.

-...desde la estación central, sí. Hace cosa de siete, siete días; quiero decir, semanas. Vengo a menudo aquí.

- ¿Pero cómo, por el amor de Dios?

No podía ver al que hablaba, pero era un hombre y hablaba sin acento: Paul Hall.

- En una nave, claro. ¿No tienen ustedes nave? Los Difuntos sólo hablan de viajar en naves, no conozco ninguna otra manera de hacerlo.

- Increíble - dijo Essie por encima de mi hombro. Se retiró sin apartar los ojos de la proyección y volvió con un par de toallas de rizo, para que me echara una por encima de los hombros, y otra para ella -. ¿Qué supones que es la «estación central»?

- Por Dios que me gustaría saberlo. ¿Harriet?

Las voces de la proyección se debilitaron, y la voz de mi secretaria dijo:

- ¿Sí, señor Broadhead?

- ¿Cuándo llegó?

- Hace diecisiete minutos y cuarenta segundos, señor Broadhead. Más el tiempo de tránsito de la Factoría Alimentaria, claro está. Janine Herter lo descubrió. Resultó que no llevaba una cámara consigo, así que sólo recibimos la voz hasta que llegó otro miembro del grupo.

Tan pronto como dejó de hablar, la voz de la figura proyectada volvió a subir; Harriet es un programa muy bueno, uno de los mejores de Essie.

-...siento haberme comportado incorrectamente - estaba diciendo el chico.

Pausa. A continuación, el viejo Peter Herter:

- Por Dios, eso no importa. ¿Hay más gente en esa «estación central»?

El muchacho apretó los labios.

- Eso - dijo filosóficamente -, dependerá, obviamente, de cómo se defina persona, ¿no? En el sentido de un organismo vivo de nuestra especie, no. Los Difuntos son lo que más se le parece.

Una voz de mujer, la de Dorema Herter-Hall:

- ¿Tienes hambre? ¿Necesitas algo?

- No, ¿por qué iba a necesitar nada?

- Harriet, ¿qué quiere decir con eso de comportarse incorrectamente?

La voz de Harriet pareció vacilar.

- Esto, bueno, se... se autosatisfizo justo delante de Janine Herter, señor Broadhead.

No pude evitarlo, me eché a reír.

- Essie - le dije a mi mujer - r, me temo que la has hecho demasiado parecida a una damisela.

Pero no era de eso de lo que me reía. Era de la absoluta incongruencia del asunto. Había imaginado... bien, cualquier cosa. Cualquier cosa menos esto; un Heechee, un pirata del espacio, marcianos, sabe Dios qué, pero no un adolescente huesudo.

Desde detrás me alcanzó un arañar de garras de acero, y algo saltó sobre mi hombro.

- ¡Abajo, Squiffy! - espeté.

- Déjale que se acurruque en tu cuello un minuto. Ya se irá.

- No es muy delicado en sus maneras, que digamos - gruñí -. ¿No podemos deshacernos de él?

- Na, na, galubka - me dijo en ruso tranquilizadamente, palmeándome la cabeza mientras se incorporaba -. Quieres el Certificado Médico Completo, ¿no? Entonces necesitas a Squiffy.

Me besó y salió de la habitación, dejándome con el pensamiento puesto en el asunto que, con cierta sorpresa por mi parte, estaba provocando todo tipo de ligeras pero incordiantes agitaciones en mi interior. ¡Ver un Heechee! Bueno, no lo habíamos visto, ¿pero y qué si así hubiera sido?

Cuando los primeros exploradores de Venus descubrieron los restos que los Heechees habían dejado (túneles vacíos de luz azulada, cuevas en forma de huso) hubo una auténtica conmoción. Unos pocos artefactos, nueva conmoción; ¿de qué se trataba? Estaban los rollos de metal a los que alguien había dado el nombre de «molinetes de oraciones» (pero, ¿rezaban los Heechees? Y si lo hacían, ¿a quién?). Estaban también aquellas pequeñas cuentas brillantes llamadas «perlas de fuego», aunque ni se trataba de perlas ni ardían. Fue entonces cuando alguien descubrió el asteroide Pórtico, y con ello, la mayor de las conmociones, ya que en éste se encontraron centenares de naves espaciales en condiciones de ser usadas. Sólo que no se las podían dirigir. Se podía meter uno dentro y partir, y ahí acababa todo... y con lo que te encontrabas al llegar a destino era una nueva conmoción, sólo conmoción, conmoción, conmoción y conmoción.

Yo ya lo había experimentado. Había experimentado la conmoción en mis tres ridículas misiones. Mejor dicho, dos ridículas misiones. Y otra terriblemente poco ridícula. Con ella me había hecho rico y había perdido a alguien a quien amaba, ¿y qué es lo que tienen de ridículas ambas cosas?

Constantemente desde entonces los Heechees - desaparecidos hacía más de un millón de años atrás sin dejar una sola palabra escrita que nos indicara a qué se dedicaban - habían penetrado hasta lo más recóndito de nuestro mundo. Todo eran preguntas y muy pocas respuestas. No sabíamos siquiera qué nombre se daban a sí mismos: desde luego, Heechee no, ya que éste era simplemente un nombre que los exploradores habían inventado. No teníamos ni idea de cómo esas remotas y semidivinas criaturas se llamaban a sí mismas. Pero tampoco sabemos qué nombre se da Dios: Jehová, Júpiter, Baal, Alá, todos ellos nombres que se ha inventado la gente. ¿Cómo saber cómo le llamaban sus compañeros?

Estaba tratando de experimentar lo que hubiese debido de experimentar si el intruso de la Factoría Alimentaria hubiese sido un Heechee, cuando, en ese momento, se oyó tirar de la cadena; salió Essie y Squiffy se precipitó sobre la taza. El Certificado Médico Completo obliga a ciertas indignidades, y una unidad autónoma de bioanálisis es una de ellas.

- ¡Estás malgastando el tiempo de mi programa! - me regañó Essie, y me di cuenta de que Harriet había permanecido pacientemente sentada en la imagen, esperando a que le ordenase seguir adelante con la información que ella poseía sobre los demás asuntos que requerían mi atención. De todas formas, el informe de la Factoría Alimentaria estaba siendo rebobinado y almacenado, de modo que Essie tuvo que irse a su propio despacho para ocuparse de sus cosas; yo por mi parte le dije a Harriet que empezase a preparar el almuerzo y que cumpliera entonces con sus funciones de secretaria.

- Tiene usted una citación para testificar ante el comité de Vías y Medios del Senado mañana por la mañana, señor Broadhead.

- Lo sé, allí estaré.

- Debe usted presentarse para su próximo chequeo este fin de semana, ¿confirmando su visita?

Esa es una de las penalidades del Certificado Médico Completo, y además, Essie, que es veinte años más joven que yo y no deja de recordármelo, insiste en ello.

- De acuerdo, si ha de ser, que sea.

- Ha sido usted demandado por un tal Hanson Bover, y Morton quiere hablarle al respecto. El extracto de sus cuentas para el presente cuatrimestre ya ha llegado y está en el archivador de su mesa de trabajo, a excepción de los holdings de minas de alimentos, que no estará listo hasta mañana. Y hay además unos cuantos mensajes de menor importancia, de los que ya me he ocupado, que esperan su visto bueno.

No necesitaba ver el extracto de cuentas; sabía de sobra lo que decía. Las emisiones estatales estaban dando excelentes resultados; la pequeña inversión en cultivos marinos estaba alcanzando unos beneficios anuales de auténtico récord. Todo funcionaba excepto las minas de alimentos. La última epidemia cuatrimestral nos había costado muy cara. No podía culpar a los muchachos que trabajaban en Codi, no eran más culpables que yo de que nos hubiera golpeado la epidemia. Pero el caso era que habían dejado que los hornos de extracción escaparan a su control, y quinientos acres de nuestro petróleo ardieron hasta consumirse bajo la superficie. Había costado tres meses que la mina fuera de nuevo totalmente operativa, y aún no sabíamos lo que nos iba a costar. No hacía falta preguntarse porqué el extracto de sus cuentas se retrasaba.

Pero todo eso era simplemente una molestia, no un desastre. Mis inversiones estaban lo suficientemente bien distribuidas como para que un solo sector que funcionase mal acabara conmigo. No me hubiese metido en lo de las minas de alimentos de no haber sido por el consejo que me diera Morton. Las desgravaciones por extracción hacían que fuera un buen negocio, interesante desde el punto de vista fiscal (pero había tenido que vender la mayor parte de mis holdings de cultivos marinos para comprarlo). Aun entonces se figuró Morton que necesitaba respaldo fiscal, así que dimos inicio al Instituto Broadhead para la Investigación Extra Solar. El Instituto posee todos mis fondos, pero yo lo dirijo, y lo dirijo según me conviene. Fui yo el responsable de nuestra asociación con la Corporación de

Pórtico en la financiación de sondeos en cuatro prospecciones de metal Heechee que habían sido detectadas en el sistema solar o en sus cercanías, pero que todavía no habían sido explotados, y uno de ellos había resultado ser la Factoría Alimentaria. Tan pronto como los de la Corporación tomaron contacto con las prospecciones, yo asumí la explotación de la Factoría... y a estas alturas parecía un asunto la mar de interesante.

- ¿Harriet? Pásame otra vez el mensaje enviado por línea directa desde la Factoría Alimentaria.

El holograma brotó, y con él, el muchacho, hablando aún con excitación con su voz aguda y chillona. Traté de seguir el hilo de lo que decía: algo relacionado con un difunto, sólo que no era difunto, porque su nombre era Henrietta, que hablaba con él (¿pero no era una difunta?) en relación a una misión de Pórtico en la que ella había tomado parte. (¿Cuándo? ¿Por qué no había oído yo hablar de ella?) Era todo muy sorprendente, así que se me ocurrió una buena idea.

- Albert Einstein, por favor - dije, y el holograma se enturbió para dar paso a su viejo, dulce y arrugado rostro, que me miraba.

- ¿Sí, Robin? - dijo mi programa científico, echando mano a su pipa y a su tabaco, como hacía siempre que hablábamos.

- Quisiera oír tus más aproximadas estimaciones acerca de la Factoría Alimentaria y del chico que han encontrado allí. ¿De dónde viene?

- Ah, eso no es más que una conjetura, Robin. Habla de una «estación central», probablemente un artefacto Heechee de algún modo similar a Pórtico, Pórtico Dos o la misma Factoría, pero sin ninguna función evidente de por sí. No parece que haya allí más seres humanos vivos. Habla de ciertos «Difuntos», que parecen ser alguna clase de programa computerizado, como yo mismo, aunque no está muy claro si son muy distintos o no en su origen. Menciona también a ciertas criaturas vivas a las que llama «Primitivos», o «bocas de rana». Mantiene con ellos pocos contactos, los rehuye de hecho, y no está muy claro de dónde vengán.

Respiré profundamente.

- ¿Heechee?

- No lo sé, Robin. No puedo ni siquiera conjeturarlo. Por Júpiter que uno supondría que un ser no humano que ocupa un artefacto Heechee muy bien podría ser un Heechee, pero no hay ninguna evidencia clara. Ya sabes que ignoramos incluso cómo es un Heechee.

Sí, ya lo sabía. Era una desesperante incertidumbre que quizá pronto podríamos desentrañar.

- ¿Algo más? ¿Puedes decirme qué pasa con las pruebas para traer la Factoría?

- Seguro que sí, Robin - dijo acercando una cerilla a su pipa -. Pero me temo que son malas noticias. El objeto parece tener programado su curso, y bajo control total. Contrarresta cualquier modificación que queramos introducir.

Había habido una pormenorizada discusión acerca de la conveniencia de dejar la Factoría en la nube Oort y tratar, de algún modo, de traer comida a la Tierra en una nave, o bien si debía tratar de traerse la Factoría. Ahora parecía que no teníamos elección.

- ¿Está... crees que está bajo control Heechee?

- No hay modo de estar seguros todavía. Aproximativamente, yo diría que no. Parece tratarse de una reacción automática. No obstante - dijo dándole pitadas a la pipa -, hay algo alentador al respecto. ¿Puedo ponerte algunas imágenes de la Factoría?

- Por favor - dije, pero de hecho no había esperado mi respuesta.

Albert es un programa educado, pero también es listo. Desapareció y me encontré observando una escena en la que el chico, Wan, enseñaba a Peter Herter cómo abrir lo que parecía una escotilla en la pared del pasillo. Sacaba fuera de la escotilla unos paquetes de algo blando envueltos en rojo brillante.

- Nuestras suposiciones en lo tocante a la naturaleza del artefacto parecen confirmarse, Robin. Eso son comestibles, y según Wan, son continuamente reabastecidos. Ha vivido de eso durante la mayor parte de su vida, y como puedes ver disfruta de una excelente salud, en principio; me temo que está incubando un resfriado en estos momentos.

Miré el reloj sobre sus hombros (siempre lo mantiene en punto, de lo que me beneficio).

- Esto es todo por ahora. Manténme informado por si surgiera algo que afecte tus conclusiones.

- Seguro que sí, Robin - dijo desapareciendo.

Me fui incorporando. El haber hablado de comida me recordó que la comida debía ya de estar preparada, y no solo tenía hambre sino que tenía planes para la sobremesa. Me até la bata alrededor y entonces me acordé del mensaje acerca del pleito. Los pleitos no son nada especial en la vida de un hombre rico, pero si Morton quería hablarme, mejor sería escucharle.

Contestó inmediatamente, sentado a la mesa de su despacho, inclinado hacia delante con seriedad.

- Nos han demandado, Robin; a la Corporación para la Explotación de la Factoría Alimentaria, a la Corporación de Pórtico, además de a Paul Hall, Dorema Herter-Hall y Peter Herter: todos «in propia persona», y como representantes de la co-demandada Janine Herter. Además de a la Fundación y a ti.

- Al menos parece que voy a tener mucha compañía. ¿Tengo que preocuparme?

Pausa. Después, pensativamente:

- Creo que sí; al menos, algo. La demanda la ha puesto Hanson Bover. El marido de Trish, o su viudo, depende de como lo mires.

Morton estaba temblando ligeramente. Es un defecto de su programa, y Essie estaba queriéndolo arreglar, pero ello no afecta a su habilidad como asesor legal, y en cierto modo, me gusta que lo haga.

- Se ha hecho declarar albacea de los bienes de Trish Bover, y en base al primer aterrizaje de ésta en la Factoría quiere el reparto de lo que resulte de una misión totalmente realizada.

Aquello tenía muy poca gracia. Incluso si no podíamos mover el condenado aparato, con los nuevos métodos de explotación esa bonificación podía significar mucho.

- ¿Cómo puede hacer eso? Ella firmó el contrato estándar, ¿no? Entonces todo lo que tenemos que hacer es enseñar el contrato. Ella no volvió, luego no tiene derecho al reparto.

- Ese es el modo en que hay que comportarse en el juicio, sí, Robin. Pero hay uno o dos precedentes bastante ambiguos. Quizá ni tan siquiera ambiguos. Su abogado cree que son buenos, aunque sean algo antiguos. El más importante es el de un chico que firmó un contrato de cincuenta mil dólares por andar sobre una cuerda floja por encima de las cataratas del Niágara.

Sin actuación, nada de cobrar. Se cayó a medio recorrido. La corte sostuvo que había actuado, así que tuvieron que pagarle.

- ¡Eso es una locura, Morton!

- Pero ése es nuestro caso, Robin. Aunque sólo te he dicho que tendrías que preocuparte un poco. Creo que todo está probablemente en regla, pero no estoy seguro. Hemos de preparar nuestra comparecencia antes de dos días. Entonces veremos cómo anda la cosa.

- Muy bien, Morton, esfúmate.

Me levanté, porque en ese momento estaba absolutamente seguro de que era la hora de comer. De hecho, en ese instante Essie atravesaba la puerta, y para fastidio mío, completamente vestida.

Essie es una mujer hermosa, y uno de los placeres de llevar casado con ella cinco años es que cada año que pasa me parece más bonita que el anterior. Me pasó el brazo en torno al cuello mientras se dirigía al porche para comer, y volvió la cabeza para mirarme.

- ¿Qué pasa? - me preguntó.

- No pasa nada, querida S. Ya., sólo que estaba planeando invitarte a que te ducharas conmigo después de comer.

- Abuelo, eres un viejo verde - me dijo severamente -. ¿Qué tiene de malo ducharse de noche, cuando tendremos naturalmente, e inevitablemente, que ir a la cama?

- Esta noche he de estar en Washington. Y mañana te vas a Tucson por lo de tu conferencia, y este fin de semana tengo mi revisión médica. Pero da igual.

Se sentó a la mesa.

- Y además eres un lamentable mentiroso - observó -. Come deprisa, abuelo. Al fin y al cabo no puede uno tomarse demasiadas duchas.

- ¿Sabías, Essie, que eres una criatura enteramente sensual? Es otra de tus características más refinadas.

El balance de cuentas de los holdings de las minas de alimentos estaba en el archivador de mi mesa de trabajo, en Washington, antes del desayuno. Era incluso peor de lo que había imaginado; por lo menos dos millones de dólares se habían quemado bajo las montañas de Wyoming, y otros cincuenta mil o más se consumirían diariamente hasta que se consiguiera extinguir el fuego, si es que lo conseguían. No quería decir todo ello que me hallara en dificultades, pero al menos sí que un buen montón de créditos fáciles habían dejado de ser fáciles. Y no solo lo sabía yo, sino que cuando llegué a la sala de audiencias del senado, todo Washington parecía saberlo. Testifiqué rápidamente, en mi línea habitual, y cuando acabé, el senador Praggler suspendió la sesión y me llevó a almorzar.

- No puedo entenderte, Robin. ¿No ha cambiado ese fuego tu parecer?

- No, ¿por qué habría de hacerlo?

Movió la cabeza negativamente.

- Hete aquí a alguien con importantes reservas en minas de alimentos - tú - que pide que le aumenten los impuestos de las minas. ¡No tiene sentido!

Se lo volví a explicar de cabo a rabo. En conjunto, las minas de alimentos podían destinar fácilmente, digamos, el diez por ciento de su producto bruto a reconstruir las Rocosas después de haber agotado sus reservas. Pero ninguna compañía podía permitirse el lujo de hacerlo por sí sola. De hacerlo, perderíamos toda posición competitiva y venderíamos menos que los demás.

- Así que si apruebas la enmienda, Tim, todos tendremos que hacerlo. Los precios de la comida subirán, pero no mucho. Mis contables calculan que no más de ocho o nueve dólares por persona y año, y además volveremos a tener un paisaje apenas degradado.

Se rió.

- ¡Mira que eres raro! Con tu altruismo, y tu dinero, huelga decirlo - asintió mirando mis brazaletes de expedicionario que aún llevaba en mi brazo, uno por cada una de las tres misiones que habían alejado de mí el infierno cuando las gané como prospector de Pórtico -. ¿Por qué no te presentas a senador?

- No quiero, Tim. Además, si me presentara por Nueva York, lo tendría que hacer en contra tuya o en contra de Sheila, y no quiero. No paso tanto tiempo en Hawai como para dejarme las pestañas por ellos, y no me apetece mudarme a Wyoming.

Me palmeó el hombro.

- Sólo por esta vez - me dijo -, voy a usar algo de los viejos métodos políticos. Intentaré llevar adelante la enmienda por ti, Robin, aunque sabe Dios lo que harán tus oponentes para rechazarla.

Después que le dejé anduve deambulando de vuelta al hotel. No había ninguna razón por la que debiera apresurarme por volver a Nueva York estando Essie en Tucson, así que decidí pasar el resto del día en mi suite del hotel, en Washington, decisión que resultó ser una equivocación, si bien yo no podía saberlo entonces. Estaba pensando en si me importaba o no que se me llamara «altruista». Mi antiguo psicoanalista me había ayudado a alcanzar un punto en el que no me importaba atribuirme méritos por cosas por las que creía merecerlo, la mayoría de las cuales, sin embargo, hacía en mí provecho. La enmienda de Reforestación no me iba a costar un céntimo; íbamos a llevar la reforestación a cabo subiendo los precios, como ya he explicado. El dinero que invertía en

el espacio podía convertirse en beneficios contados en dólares - probablemente, calculé - pero de todas formas lo destinaba allí porque del espacio había venido mi dinero. Y además tenía un asunto pendiente allá arriba. Me senté frente a la ventana del ático que ocupaba en el hotel, en la cima de cuarenta y cinco pisos, mirando en dirección al Capitolio y el monumento a Washington, y me pregunté si mi asunto pendiente estaba aún vivo. Eso esperaba. Incluso si todavía me odiaba.

El pensar en mi asunto pendiente me hizo pensar en Essie, que a esa hora debía de estar llegando a Tucson, lo que me produjo una momentánea preocupación. Estábamos a punto de sufrir una nueva crisis de fiebre cuatrimestral, y yo no había vuelto a pensar en ello a tiempo. No me agradaba pensar que ella estuviera a tres mil kilómetros de distancia, si se trataba de un caso grave. Y tampoco en el caso de que fuera un acceso leve pero de los lujuriosos y orgiásticos, dado que éstos parecían hacerse más frecuentes cada vez; aunque no soy celoso, prefería realmente que si había de ser lasciva y lujuriosa lo fuera conmigo.

¿Y por qué no? Telefoneé a Harriet y le hice reservarme plaza en un vuelo a Tucson aquella misma tarde. Podía llevar mis negocios tan bien desde allí como desde cualquier otro sitio, si no tan cómodamente. Así pues, me puse manos a la obra. Pero primero, Albert. No sabía nada significativamente nuevo, me dijo, salvo que el muchacho parecía estar padeciendo un fuerte catarro.

- Hemos dado instrucciones al equipo Herter-Hall para que le suministren antibióticos y medicamentos que alivien los síntomas del resfriado, pero no recibirán el mensaje hasta dentro de unas cuantas semanas, claro está.

- ¿Es grave?

Frunció el ceño, dando chupadas a la pipa.

- Wan no se había expuesto nunca a virus o bacterias, de manera que no puedo hacer ningún dictamen definitivo. Pero no, creo que no. En cualquier caso, la expedición posee efectos médicos capaces de enfrentarse con la mayoría de patologías.

- ¿Sabes algo más de él?

- Sí, un buen montón de cosas más, pero nada que varíe mis estimaciones anteriores, Robin - nueva chupada a la pipa -. Su madre era de ascendencia hispana, y su padre, americano de ascendencia anglosajona, ambos prospectores de Pórtico. O eso parece. De modo que, aparentemente, son ésas las personas a las que se refiere como «Difuntos», aunque sigue sin estar muy claro de qué se trata.

- Albert - le dije -, busca entre las antiguas expediciones de Pórtico, como mínimo de diez años atrás. Mira si puedes encontrar alguna que llevara una hispana y un americano a bordo y que no regresara.

- Seguro que sí, Robin.

He de decirle algún día de éstos que mejore su vocabulario, por más que funcione más que bien con el suyo. Dijo casi inmediatamente:

- No existe tal misión. Sin embargo, había una nave en la que viajaba una hispana encinta, que no volvió. ¿Puedo proyectar las imágenes?

- Seguro que sí, Albert - dije, pero no está preparado para captar este tipo de ironías.

Las imágenes no sirvieron de mucho. No conocía a la mujer, era anterior a mi época. Pero había salido en una Uno después de haber sobrevivido a una misión en una Cinco en la que su marido y los otros tres miembros de la tripulación habían muerto. Y nunca se había vuelto a saber de ella. La misión había sido simplemente un «sal a ver con qué te encuentras». Y con lo que se había encontrado era con un bebé, en algún recóndito lugar.

- Eso no explica necesariamente la paternidad de Wan, ¿no?

- No, Robin, pero tal vez se hallaba en otra misión. Si aceptamos que los Difuntos están relacionados de algún modo con misiones que no han regresado, entonces debe de haber muchos.

- ¿Intentas decirme que se trata de prospectores?

- Claro, Robin.

- ¿Pero cómo? ¿Quieres decir que sus cerebros pueden haber sido conservados?

- Lo dudo, Robin - dijo volviendo a encender la pipa pensativamente -. No hay datos suficientes, pero aseguraría que el almacenaje de cerebros no tiene más que una probabilidad del 0,1 %.

- ¿Cuáles son, entonces, las otras posibilidades?

- Quizás una concentración del almacenaje químico de la memoria; no es una probabilidad muy elevada, por tal vez del 0,3 %. Que de todas formas es la probabilidad más elevada que tenemos. Otra posibilidad es la de un contacto voluntario por parte de los sujetos, por ejemplo que grabaran de algún modo sus memorias en una cinta; es ciertamente muy poco probable. Como mucho, del 0,0001. Comunicación mental directa, lo que tú llamarías cierta clase de telepatía, más o menos las mismas probabilidades. Medios desconocidos, más del 0,5. Por supuesto - añadió rápidamente -, date cuenta que todas esas estimaciones se basan en datos insuficientes y en hipótesis inadecuadas.

- Supongo que te las arreglarías mejor si pudieras hablar directamente con los Difuntos.

- Seguro que sí, Bob. Y estoy por solicitar una comunicación de ese tipo a través de la computadora de a bordo de los Herter-Hall, pero necesita una cuidadosa programación de antemano. No es una computadora demasiado buena, Robin. - Dudó un instante -. Eh, Robin, hay otra cosa interesante.

- ¿De qué se trata?

- Como sabes, había muchas naves de gran tamaño atracadas en la Factoría Alimentaria cuando fue descubierta, y desde entonces ha estado frecuentemente bajo observación, y el número de naves ha sido siempre el mismo, sin contar, por supuesto, la nave de los Herter-Hall, y la que utilizó Wan para llegar a la Factoría hace dos días. Pero lo que no es seguro es que se trate de las mismas naves.

- ¡¿Qué?!

- No es seguro, Robin - subrayó -. Todas las naves Heechees se parecen mucho entre sí. Pero un análisis pormenorizado a base de fotos hechas a corta distancia parece demostrar una orientación distinta en, al menos, una de las naves grandes. Posiblemente en todas las Tres. Es como si las naves que había se hubieran ido y hubieran arribado otras nuevas.

Un escalofrío me recorrió la espina dorsal de arriba abajo.

- Albert - le dije, esforzándome por encontrar las palabras -, ¿sabes lo que me sugiere eso?

- Seguro que sí, Robin - dijo únicamente -. Te sugiere que la Factoría Alimentaria sigue en funcionamiento, o sea convirtiendo los gases cometarios en comida CHON. Y enviándolos a algún sitio.

Me costó tragar, pero Albert seguía hablando.

- Hay también una fuerte radiación de iones en el ambiente. He de admitir que no sé de dónde procede.

- ¿Es peligroso para los Herter-Hall?

- No, diría, que no. No más de lo que son para ti las radiaciones de la piezovisión, por ejemplo. No es el riesgo lo que me preocupa, sino la fuente de esas radiaciones.

- ¿Puedes decirles a los Herter-Hall que lo comprueben?

- Seguro que sí, Robin. Ya lo he hecho. Pero nos llevará cincuenta días recibir la respuesta.

Le ordené retirarse, y me recosté en la silla para pensar en los Heechees y en sus sorprendentes medios...

Y entonces empezó.

Las sillas de mi despacho están diseñadas para procurar el máximo de confort y estabilidad, pero esta vez casi la hice volcar. En menos de un segundo me hallé sumido en el dolor. No solo era dolor, sino también vértigo, desorientación y alucinaciones. Sentía

como si la cabeza me fuera a estallar, y los pulmones me quemaban como si me ardieran. Jamás me había sentido tan mal, en cuerpo y alma, y al mismo tiempo me encontré fantaseando con increíbles proezas sexuales.

Intenté levantarme y no pude; me dejé caer de nuevo en la silla, absolutamente incapaz de nada.

- ¡Harriet! - rugí - ¡Llama a un médico!

Le llevó tres segundos enteros responderme, y su imagen se desdibujaba peor que la de Morton.

- Señor Broadhead - me dijo, mirándome extrañamente preocupada -, no puedo explicar la razón, pero los circuitos están sobrecargados. Yo... yo... yo.

No era sólo su voz lo que se repetía, toda ella parecía consistir en un salto de la proyección, una y otra vez modulando idénticos inicios de palabra para después chasquear y volver a empezar.

Caí de la silla al suelo, y mi último pensamiento coherente fue: la fiebre.

Volvía a atacar. Peor que nunca antes. Tan grave como para no poder superarla, y tan dolorosa y terrible, tan psicopáticamente extraña, que no estaba muy seguro de poder padecerla.

5 - JANINE

La diferencia de edad entre los diez y los catorce años es inmensa. Después de tres años y medio en una nave espacial propulsada por fotones, de camino a la nube Oort, Janine había dejado de ser la niña que partiera. No había por eso dejado de ser una niña. Simplemente había alcanzado ese estadio de madurez temprana durante el cual el individuo se da cuenta de lo mucho que tiene que madurar aún. Janine no tenía ninguna prisa por convertirse en adulto. Se limitaba a procurar que el proceso siguiera adelante. Cada día. Constantemente. Con todas las herramientas al alcance de sus manos.

Cuando se alejó del resto, el día que encontró a Wan, no andaba buscando nada en particular. Sólo quería estar a solas. No porque le guiase un propósito personal. Ni siquiera a causa de que - o no solo por ello - estuviera cansada de su familia. Lo que quería era algo que le perteneciera solamente a ella, una experiencia que no tuviera que compartir, quería hacer una comprobación sin que los omnipresentes adultos la ayudaran; quería ver, tocar y percibir el olor de lo extraño que había en la Factoría, y quería hacerlo por sí misma, sola.

De manera que se puso a deambular a lo largo de los corredores, echando tragos de vez en cuando a una petaca de café. No de algo que a ella le sabía a café. Esa era una costumbre que había aprendido de su padre, aunque si se lo hubiesen preguntado, habría negado que lo hubiese aprendido de nadie.

Todos sus sentidos estaban sedientos de estímulos. Hallarse en la Factoría Alimentaria era la cosa más excitante y deliciosamente estremecedora que jamás le hubiera sucedido. Más incluso que el despegue de la Tierra cuando era aún una niña. Más aún que la mancha en sus shorts que le anunció que ya era una mujer. Más que cualquier otra cosa. Hasta las desnudas paredes de los corredores le resultaban excitantes, porque estaban hechos de metal Heechee, que tenía un millón de años, y que brillaban aún con aquella agradable luz azul que los constructores habían puesto en ellas. (¿Qué clase de ojos habría mirado a través de aquella luz mientras la Factoría era nueva todavía?) Se animó a sí misma a ir de una habitación a otra poco a poco, tocando el suelo apenas con la punta de los pies. En esta habitación había paredes con estantes de aspecto plástico. (¿Qué habrían contenido?) En esta otra se ocultaba una esfera truncada, a la que le faltaban ambos polos, que parecía hecha de cristal cromado, sorprendentemente terrosa al tacto; ¿para qué serviría? Algunas cosas sí podía adivinar qué eran. Aquello que parecía una

mesa, era obviamente una mesa. (El reborde que la circundaba servía sin duda para evitar que los objetos se deslizaran hasta caer, dada la ligera gravedad de la Factoría Alimentaria.) Algunos de los artefactos los había ya identificado Vera, después de consultar los bancos de datos de la Tierra donde estaban catalogados los objetos Heechees conocidos hasta la fecha. Se creía que los cubículos cuyas paredes mostraban marañas de trazos finos habían sido dormitorios, ¿pero quién podía confiar en lo que decía la tonta de Vera? Daba igual, los objetos en sí eran ya lo bastante estremecedores. Y lo mismo la presencia del espacio en que daba vueltas. En el que podía perderse. Jamás, ni siquiera una vez en su vida hasta llegar a la Factoría Alimentaria, había tenido la oportunidad de perderse. La idea la hizo estremecerse con un agradable temor, sobre todo porque la parte adulta de su cerebro quinceañero era consciente en todo momento de que no importaba hasta qué punto se extraviara, pues la Factoría no era lo suficientemente grande como para que permaneciera perdida mucho tiempo.

Por eso era un riesgo seguro. O al menos lo parecía.

Hasta que se encontró atrapada en el amarradero de la zona más alejada, mientras algo - ¿un Heechee, un monstruo del espacio? ¿un viejo y enloquecido náufrago con un cuchillo en la mano? - salió de los ocultos pasadizos arrastrando los pies y se le acercó.

Y resultó no ser nada de lo que había temido, sino Wan.

Claro que ella no sabía todavía su nombre.

«¡No te me acerques!», Había gimoteado con el corazón en la boca, la radio en la mano y los antebrazos cruzados sobre sus recién torneados pechos. No se le acercó. Se detuvo. Se la quedó mirando con los ojos desorbitados, la boca abierta y la lengua casi colgándole por fuera. Era alto, delgado. Su rostro era triangular, la nariz grande y huesuda. Vestía algo que parecía una falda sucia y otra cosa que parecía una túnica, sucia también. Olía a hombre. Temblaba al olisquear el aire, y era joven. A buen seguro que no era mucho mayor que la propia Janine, y desde luego, la primera persona en mucho tiempo que no le doblaba la edad; y cuando él se arrodilló, tranquilamente, y empezó a hacer lo que Janine no le había visto hacer todavía a nadie, había reído tontamente y había sollozado por el alivio al mismo tiempo que por el shock y la histeria que sentía. Pero no por lo que él estaba haciendo, sino por el hecho de haber encontrado a un chico. Jamás, ni una sola vez en todos sus sueños, había hallado nada parecido.

Durante los días que siguieron no podía soportar perder a Wan de vista. Se sentía como si fuera su madre, su compañera de juegos, su maestra y su esposa.

- ¡No, Wan, bébelo despacio que quema! ¿Que has estado solo desde que tenías tres años? ¡Qué ojos tan bonitos tienes, Wan!

No le importaba que él no fuera lo suficientemente sofisticado como para contestarle diciéndole que también ella tenía los ojos bonitos, porque estaba segura de ejercer sobre él una fascinación en todos los sentidos.

Aunque, desde luego, también los demás podían estar seguros de lo mismo. A Janine no le importaba. Wan tenía el suficiente brillo en los ojos, la suficiente agudeza de sentidos y cierta obsesionada adoración como para poder compartirlo con los demás. Dormía incluso menos que ella, cosa que Janine le agradeció en su principio, porque eso significaba que disponía de más cosas de Wan que podía compartir, pero pronto se dio cuenta de que él estaba empezando a agotarse, a enfermar.

Cuando se puso a sudar y a temblar, fue ella la que primero se dio cuenta:

- ¡Lurvy, creo que se está poniendo enfermo!

Cuando Wan se dirigió al diván dando bandazos, ella voló a su lado, con las manos extendidas para tocarle la frente, ardiente y seca. Al cerrarse la cubierta superior del diván, casi le pilló los brazos, dejándole una profunda marca desde las muñecas hasta los nudillos.

- ¡Paul, tenemos que...! - empezó a gritar, echándose atrás.

Y entonces la fiebre los enloqueció a todos. Peor que nunca antes. Distinta a todas las demás veces. Janine se sintió enfermar en el intervalo que hay entre dos latidos de corazón. Nunca en toda su vida había estado enferma. Alguna magulladura ocasional, o un calambre, o un resfriado. Durante la mayor parte de su vida había disfrutado de Certificado Médico Completo, y las enfermedades no habían existido para ella. Era incapaz de comprender lo que le estaba sucediendo en aquel momento. Su cuerpo se convulsionó a causa del dolor y de la fiebre. Sufrió la alucinación de extrañas figuras monstruosas, en algunas de las cuales pudo reconocer caricaturas de su familia; otras eran solamente figuras extrañas, además de terroríficas. Llegó incluso a verse a sí misma - con los pechos y las caderas desmesuradamente abultados, pero ella misma sin duda - y en su vientre creció el ansia de introducir una y otra vez en todas y cada una de las cavidades vistas o imaginadas de su cuerpo, algo que, ni tan siquiera en sus fantasías, poseía. Nada de todo aquello estaba claro. Nada lo estaba, en general. La locura y la agonía le llegaban a oleadas. Y entre éstas, durante un segundo o dos, podía entrever fragmentos de realidad. El resplandor azul metálico de las paredes. Lurvy, quejándose a su lado, de rodillas. Su padre, vomitando en el pasillo. El capazón de azul cromo del diván, con Wan dentro en medio de toda aquella confusión retorciéndose y balbuceando. No fue la razón ni el deseo lo que le hizo intentar abrir la cubierta una y mil veces con las uñas; finalmente lo logró, y sacó a Wan quejándose y temblando.

Las alucinaciones cesaron al instante.

Pero el dolor, la náusea y el terror no cesaron tan pronto. Seguían todos temblando y tambaleándose, todos menos el chico, que seguía inconsciente y respirando de tal modo - dando enormes boqueadas, ruidosas y roncas -, que hizo que Janine se alarmara.

- ¡Lurvy, ayúdame! - gritó - ¡Se está muriendo!

Su hermana estaba ya junto a ella, con el pulgar en la muñeca del muchacho, sacudiendo la cabeza para aclararse mientras observaba sus ojos con gesto mareado.

- Está deshidratado. Tiene mucha fiebre. ¡Rápido! - gritó forcejeando con los brazos de Wan -. Ayúdame a llevarlo a la nave. Necesita antibióticos, algo que le haga bajar la fiebre, globulina tal vez.

Les llevó casi veinte minutos remolcar a Wan hasta la nave, y a cada paso, lentos e inestables como se encontraban, Janine temía que muriera. Lurvy se adelantó a la carrera en los últimos cien metros, y cuando Janine y Paul consiguieron embutirlo por la escotilla de decompresión, había ya dispuesto el equipo médico y estaba gritando órdenes.

- ¡Tumbadlo! Que se trague esto. Tomad una muestra de sangre y analizad una muestra de sus anticuerpos. Enviad un mensaje prioritario a la base y decidles que necesitamos instrucciones médicas... si es que vive lo bastante como para que le sirvan.

Paul les ayudó a desvestir al chico, y le envolvieron en una de las sábanas de Payter. A continuación envió el mensaje. Pero sabía, al igual que los demás, que el que Wan viviera o no, no era un problema que se resolviera desde la Tierra. Desde luego, no a través de un mensaje cuya respuesta tardaría siete semanas en llegar. Payter sudaba al trabajar con la unidad portátil de bioanálisis. Lurvy y Janine se dedicaban al muchacho. Paul, sin decirle una palabra a nadie, se embutió en su traje espacial y salió al exterior, donde pasó más de una agotadora hora y media reajustando el enfoque de las parábolas de emisión: la mayor, a la doble estrella que constituían Neptuno y su luna; la otra, al punto en el espacio que ocupaba la misión Garfeld. Entonces, sujetándose al casco de la nave, ordenó por radio a Vera que repitiera el S.O.S. a ambos puntos y con la máxima potencia. Quizá sus monitores estuvieran funcionando en aquel momento. Quizá no. Cuando Vera le informó de que ambos mensajes habían sido emitidos, volvió a orientar la parábola mayor en dirección a la Tierra. Les llevaría tres horas, de la primera a la última, y no era seguro que nadie recibiera ninguno de los dos mensajes. Y no era menos improbable que en ninguno de los destinos de los mensajes tuvieran ayuda que ofrecerles. La nave de los Garfeld era más pequeña y estaba peor equipada que la suya, y la gente de la base Tritón

iba con retraso. Pero si alguien les contestaba, podían abrigar la esperanza de que el mensaje de ayuda - o, como mínimo, de condolencia - les llegaría mucho antes que desde la Tierra.

En cuestión de una hora la fiebre de Wan comenzó a retroceder. En cuestión de doce, las contracciones y los balbuceos habían disminuido y dormía con normalidad. Pero seguía muy enfermo.

Madre y compañera de juegos, maestra y, al menos en sueños, esposa, Janine se convirtió también entonces en enfermera. Después de la primera tanda de medicinas, ya no le permitió a Lurvy que le diera las dosis. Sin dormir, se mantuvo a su lado secándole el sudor de la frente. Cuando él se ensuciaba durante el coma, ella le limpiaba con resignación. Era incapaz de concentrarse en ninguna otra cosa. Las divertidas o preocupadas miradas de los demás le traían sin cuidado, hasta que después de despejarle la frente de cabellos despeinados, Paul hizo un comentario paternalista. Janine detectó los celos en su tono de voz y le respondió enfurecida:

- ¡Paul, eres odioso! ¡Wan necesita que yo le cuide!

- ¡Y a ti te encanta! ¿No? - espetó él.

Estaba realmente enojado. Naturalmente, eso hizo que Janine se enfureciera aún más; pero su padre intervino, con bastante acierto.

- Deja que la chica se comporte como una chica, Paul. ¿Es que no has sido joven tú también? Venga, vamos a examinar esa Traumeplatz otra vez.

Janine se sorprendió por haber dejado que el conciliador de turno se saliera con la suya; aquélla hubiera sido una magnífica ocasión para enzarzarse en una riña de lo más furioso, pero no era ahí hacia donde dirigía sus intereses. Le dedicó a los celos de Paul una sonrisa tensa, ya que era un nuevo tanto que añadir a su marcador, y de nuevo se concentró en Wan.

A medida que se recuperaba se volvía incluso más interesante. De vez en cuando se despertaba y hablaba con ella.

Cuando dormía, ella lo estudiaba. Su rostro era muy oscuro, y su cuerpo, aceitunado, pero de la cintura a los muslos tenía la piel muy blanca, color de pan, tersa por sobre los huesos. Tenía poco vello en el cuerpo, y prácticamente nada en el rostro, excepto unos cuantos pelillos suaves y casi invisibles, más una pestaña de labios que un bigote.

Janine sabía que Lurvy y su padre se burlaban de ella, y que Paul estaba celoso de las atenciones que ella le daba a Wan y que él había estado evitando durante tanto tiempo. Era un buen cambio. Había adquirido un estatus. Por primera vez en su vida, lo que ella hacía era lo más importante para el grupo. Los demás iban a pedirle permiso para interrogar a Wan, y cuando ella creía que Wan empezaba a cansarse, aceptaba el que les hiciera dejarlo estar.

Además, Wan la fascinaba. Lo contrastó con todas sus experiencias anteriores con los hombres, y salió ganando con la comparación. Confrontado con los destinatarios de sus cartas, Wan resultaba más guapo que el patinador, más inteligente que el actor y casi tan alto como el jugador de baloncesto. Y con respecto a todos ellos, especialmente en relación a los dos hombres con los que había estado durante tres años y medio y miles de kilómetros, Wan era maravillosamente joven. Y ni Paul ni su padre lo eran ya. Los dorsos de las manos del viejo Peter tenían unas manchas irregulares color caramelo que resultaban bastante ordinarias. Pero al menos era limpio, pulido incluso, a la manera continental: se cortaba incluso los pelos que le crecían dentro de las orejas, ella le pilló una vez haciéndolo con unas tijeritas plateadas. En cambio, Paul... en una de sus disputas con Lurvy, Janine había gritado:

- ¿Es con eso con lo que te vas a la cama? ¿Con un mono de orejas peludas? ¡Yo vomitaría!

Por todo ello, dio de comer a Wan, leyó para Wan y dio cabezadas junto a Wan cuando éste dormía. Le lavó la cabeza y le cortó el cabello con ayuda de un bol de sopa, dejando que Lurvy la ayudara a igualarlo, y se lo secó y alisó. Lavó sus ropas y, pidiendo a Lurvy que la ayudara, se las remendó e incluso cortó algunas de Paul para que le fueran mejor, y él lo aceptó todo, cada una de sus atenciones, y disfrutó tanto como ella.

A medida que se recuperaba, dejó de necesitarla de la misma manera, y ella ya no podía protegerle de las preguntas de los demás. Aunque también ellos intentaban protegerle. Incluso el viejo Peter. Vera, la computadora, revisó sus programas médicos y preparó una larga lista de pruebas, que debían hacerse al muchacho.

- ¡Asesina! - rugió Peter -. ¿Es que es tan necia que no comprende que el chico ha estado tan cerca de morir, que ahora quiere acabar con él?

Aunque no era exactamente consideración hacia el chico. Peter tenía unas cuantas preguntas que quería hacerle; había estado interrogando a Wan mientras Janine le había autorizado a hacerlo, y cuando no le daba permiso, ponía mala cara y se agitaba nervioso.

- Ese diván tuyo, Wan. ¿por qué no vuelves a contarme lo que sientes cuando estás dentro? Como si formarás parte de un millón de personas y ellos formaran parte de ti, ¿no es eso?

Sólo cuando Janine le acusaba de retrasar el restablecimiento de Wan, desistía. Aunque nunca por mucho tiempo.

Hasta que Wan estuvo lo suficientemente bien como para que ella pudiera permitirse el ir a descansar a su reservado. Al despertar encontró a su hermana de cara a la consola. Wan estaba a su lado, apoyado en el respaldo de la silla de Lurvy, sonriéndole incómodo a la poco familiar máquina, mientras Lurvy le leía su informe médico.

- Tus signos vitales son normales, estás recuperando peso y los niveles de anticuerpos vuelven a ser normales. Me parece que ya estás bien, Wan.

- Entonces, ¿podemos hablar de una vez? - gritó su padre -. De esa radio más rápida que la luz, de las máquinas, del sitio de donde viene y de la cámara de los sueños, ¿no?

Janine se precipitó sobre el grupo.

- ¡Dejadle en paz! - gritó, pero Wan negó con la cabeza.

- Déjales que pregunten lo que quieran, Janine - le dijo con su voz aguda y velada.

- ¿Ahora?

- ¡Sí, ahora! - rugió su padre -. ¡En este preciso instante, sí señora! Paul, ven y dile al chico qué es lo que queremos saber.

Lo habían planeado los tres, se dijo Janine; pero Wan no puso objeciones, y ella ya no podía pretender que él no se encontraba en condiciones de contestar. Se dirigió hacia él y se sentó a su lado. Si no podía evitar que le interrogaran, al menos estaría a su lado para protegerle. De un modo frío, dio su consentimiento.

- Muy bien, Paul, di lo que tengas que decir pero no le fatigues.

Paul la miró con ironía, pero se dirigió a Wan.

- Durante más de una docena de años - dijo -, cada cuatro meses, cada ciento treinta días más o menos, la Tierra se ha vuelto loca. Mucho me temo que haya sido culpa tuya, Wan.

El muchacho frunció el ceño, pero no dijo nada. Su defensor habló por él:

- ¿Por qué le presionas?

- Nadie le está presionando, Janine. Pero lo que nosotros experimentamos fue la fiebre. No puede ser una coincidencia. Cuando Wan se mete en ese cacharro, transmite a la Tierra. - Paul movió la cabeza -. Mi querido muchacho, ¿te haces una idea de la de problemas que has estado causando? Desde que empezaste a venir aquí, tus sueños los han compartido millones de personas. A veces estabas tranquilo, y tus sueños también, y la cosa no era tan terrible. Pero a veces no. No quiero que te culpes por ello - añadió con

delicadeza anticipándose a Janine - pero han muerto cientos y cientos de personas. Y la de propiedades perjudicadas, bueno, no puedes ni imaginártelo.

Wan chilló a la defensiva:

- ¡Nunca le hice daño a nadie!

No era capaz de comprender de qué se le acusaba exactamente, pero no cabía duda de que Paul le estaba acusando. Lurvy le puso la mano sobre el brazo.

- Ojalá fuese así, Wan, pero lo importante - le dijo - es que no vuelvas a hacerlo.

- ¿Que no vuelva a dormir en el diván?

- Sí, Wan.

Él miró a Janine en busca de orientación y se encogió de hombros.

- Pero eso no es todo - terció Paul -. Tienes que ayudarnos. Decirnos todo lo que sabes en relación al diván, a los Difuntos, a la radio esa más rápida que la luz, a la comida...

- ¿Y por qué tendría que hacerlo?

Pacientemente, Paul intentó convencerle.

- Porque de esta manera puedes compensar el daño que has causado con la fiebre. No creo que comprendas lo importante que eres, Wan. Los conocimientos que posees pueden salvar a la gente de morir de inanición. Millones de vidas humanas, Wan.

Wan meditó unos instantes, pero el término «millones», referido a personas, no significaba nada para él; todavía no se había acostumbrado a «cinco».

- Me pones de mal humor - le amonestó.

- No era mi intención, Wan.

- A lo mejor no era ésa tu intención, pero lo consigues. Bien, lo que me tenías que decir ya lo has dicho. ¿Y ahora qué? - refunfuñó con rencor.

- Queremos que nos digas todo lo que sepas - dijo Paul con rapidez -. No de una vez, claro; a medida que te acuerdes. Y queremos que nos lleves por la Factoría y nos lo expliques todo; en la medida en que seas capaz, desde luego.

- ¿Por aquí? ¡Pero si lo único que hay aquí es el diván de los sueños y no queréis que lo vuelva a usar!

- A nosotros todo nos resulta nuevo, Wan.

- ¡Pero si no vale la pena! No hay agua, no hay libros, los Difuntos se muestran reacios a hablar conmigo y nada crece por aquí. En casa tengo de todo, y casi todo funciona, de manera que podéis verlo por vosotros mismos.

- Chico, nos lo pintas como el paraíso.

- ¡Vedlo vosotros mismos! ¡Si no puedo utilizar el diván, no hay razón por la que quedarse aquí!

Paul miró a los demás perplejo.

- ¿Es que podemos ir?

- ¡Claro! Os llevaré en mi nave; bueno, no a todos, sólo a unos pocos - se autocorrigió -. Podemos dejar aquí al viejo. No tiene mujer, así que no romperemos ninguna pareja. O mejor - añadió astutamente -, podríamos ir solos Janine y yo. Así habría más espacio en la nave. Podríamos traeros de vuelta las máquinas, los libros, cosas interesantes...

- Olvídate de todo eso, Wan - dijo Janine con conocimiento de causa -. No nos dejaran hacerlo nunca.

- No tan deprisa, mi niña - dijo su padre -. No eres tú quien ha de decidirlo. Lo que dice el chico es interesante. Si nos puede abrir las puertas del paraíso, ¿por qué esperar?

Janine escrutó el rostro de su padre, pero su expresión era neutra.

- No querrás decir que nos dejáis ir solos, ¿verdad?

- Bueno - dijo Lurvy al cabo de un instante -, tampoco hace falta que lo decidamos ahora mismo. El paraíso puede esperar, tenemos tiempo por delante.

- Eso es cierto - dijo su padre -, pero expresado en términos más concretos, a algunos de nosotros nos queda menos tiempo por vivir que a otros.

Cada día llegaban nuevos mensajes de la Tierra. Era irritante, sólo hacían referencia a un lejano pasado, anterior a la aparición de Wan, sin ningún interés para lo que estaban haciendo o planeando en aquel momento. Envíen un análisis químico de esto. Pasen esto otro por rayos X. Midan esto y aquello. En aquellos momentos, los lentos grupos de fotones que transmitían su mensaje de llegada a la Factoría Alimentaria debían de estar llegando a la matriz de Vera en la Tierra, y tal vez la respuesta anduviera de camino. Pero tardaría aún varias semanas. La base de Tritón poseía una computadora más eficiente que Vera, y Paul y Lurvy discutían la conveniencia de transmitir todos sus mensajes allí para que estudiaran los datos y les aconsejaran. El viejo Peter rechazaba la idea con furia:

- ¿A esos gitanos vagabundos? ¿Por qué habríamos de darles lo que tanto esfuerzo nos ha costado conseguir?

- Pero si nadie va a poder aprovecharse de ello, papá. El contrato bien claro lo dice - intentó convencerle Lurvy.

- ¡No!

Así que metieron toda la información que Wan les había dado en Vera y la torpe y lenta inteligencia de Vera la transformó, dolorosamente, en cifras, e incluso en gráficos. En la pantalla apareció el lugar del que había venido Wan. El parecido no debía de ser demasiado grande, porque aparentemente Wan no sintió ninguna curiosidad por estudiarlo. Aparecieron los corredores. Las máquinas. Los propios Heechees; y cada vez, Wan tenía alguna corrección que hacer.

- ¡Ah, no! Los dos tienen barbas, machos y hembras. Incluso cuando son jóvenes todavía. Y los pechos de las hembras son...

Y se ponía las manos justo debajo del plexo solar para mostrar hasta dónde les colgaban.

- Y además no dais con el olor correcto.

- Wan, las proyecciones holográficas no huelen a nada - le corrigió Paul.

- ¡Claro! Pero ellos sí, ¿sabes? Cuando están en celo huelen mucho.

Y Vera murmuraba y resoplaba con los nuevos datos en su interior, y admitía con esfuerzo las nuevas revisiones. Después de varias horas, lo que había empezado siendo un juego se había convertido para Wan en un trabajo pesado. Cuando empezó a decir:

- Sí, justo, es perfecto, éste es el aspecto de la sala de los Difuntos.

Se dieron todos cuenta de que estaba asintiendo sin más a todo aquello que acabara con el aburrimiento durante un rato, y le concediera a él un descanso. Entonces Janine se lo llevó a dar una vuelta por los corredores, con el transmisor video-audio colgado al hombro - por si decía algo de interés o le mostraba algo de valor -, y hablaron de otras cosas. La ignorancia de Wan era tan sorprendente como sus conocimientos, y ambos eran imprescindibles.

Pero Wan no era el único que tenía que trabajar. A cada momento, Lurvy y el viejo Peter daban con una nueva idea para desviar la Factoría de su curso programado y poder así cumplir con su propósito originario. Pero ninguna funcionaba. Cada día llegaban nuevos mensajes de la Tierra. Seguían siendo de una utilidad nula. No eran siquiera interesantes; Janine dejó que un montón de cartas de sus admiradores se fuera almacenando en la memoria de Vera sin mostrar el más mínimo interés por contestarlas, ya que su relación con Wan satisfacía por completo sus necesidades. Aunque a veces la relación fuera un tanto extraña. A Lurvy le llegó la noticia de que su club la había nombrado Mujer del Año. Al viejo Peter, una petición formal de su ciudad natal. La leyó y se echó a reír:

- ¡En Dortmund todavía insisten en que me presente como Bürgermeister! ¡Qué idiotez!

- ¿Por qué? Si es muy bonito - dijo Lurvy conciliadora -. Es todo un cumplido.

- No es nada - le corrigió severamente su padre -. ¡Bürgermeister! Con lo que tenemos podría ser elegido presidente de la República Federal, o incluso... - Se calló y después

dijo tristemente -: Eso si es que vuelvo a ver la República Federal. - Se detuvo, mirando por encima de sus cabezas. Sus labios se movieron en silencio durante un instante, y dijo entonces -: Quizá debiéramos volver ahora.

- ¡Oh, papá! - empezó Janine. Y se calló porque le había lanzado una mirada de lobo.

Se produjo una súbita tensión entre todos ellos, hasta que Paul se aclaró la garganta y dijo:

- Sin duda que ésa es una de las opciones de que disponemos. Desde luego, hay una cláusula legal en el contrato...

Peter afirmó con la cabeza.

- Ya he pensado en ello. ¡Nos deben ya tanto! Sólo por haber acabado con la fiebre, si nos pagan un uno por ciento de los daños ahorrados, son millones. Y si no nos pagan... - vaciló y dijo -: No, no hay duda de que nos pagarán. No tenemos más que hablar con ellos. Hay que enviar un mensaje diciendo que hemos acabado con la fiebre, que no podemos mover la Factoría y que nos volvemos a casa. Para cuando llegue el mensaje de respuesta, hará ya semanas que estaremos de camino.

- ¿Y qué hay de Wan? - preguntó Janine.

- Vendrá con nosotros, claro. Estará de nuevo con los suyos, que es a buen seguro lo mejor para él.

- ¿No crees que es él quien tendría que decidirlo? ¿Y qué pasa con lo de ir a ver su paraíso particular?

- Eso no es más que un sueño - dijo su padre fríamente -. Y la realidad es que no podemos hacerlo todo. Es mejor dejar que otros lo exploren, hay de sobras para todos; y nosotros estaremos de vuelta en casa, disfrutando de fama y riquezas. No es una mera cuestión contractual - continuó, casi justificándose -. ¡Somos unos héroes! ¡Haremos giras y daremos conferencias, y nos pagarán por la propaganda! ¡Seremos gente de mucho poder!

- No, papá - dijo Janine -, escúchame. Habéis estado hablando de nuestro deber, de ayudar a la gente, alimentarla, hacer que sus vidas sean mejores. Bueno, ¿es que no vamos a cumplir con nuestros deberes?

Él la miró con rabia.

- Pequeña puta, ¿qué sabrás tú de deberes? ¡Sin mí estarías en algún cuchitril de Chicago esperando que te dieran la cartilla de racionamiento! ¡Hemos de pensar también en nosotros!

Ella le hubiera contestado, pero se contuvo al ver los ojos de Wan abiertos de espanto.

- ¡Odio todo esto! - sentenció -. Wan y yo nos vamos a dar una vuelta para perderos a todos de vista.

- No es del todo mala persona - le explicó a Wan, una vez fuera del alcance del oído de los otros.

Voces de discusión habían seguido a su marcha, y Wan, poco acostumbrado a las peleas, estaba evidentemente triste.

Wan no contestó directamente. Señaló un bulto en la pared azulada.

- Éste es uno de los pozos de agua, pero está seco. Los hay a docenas, pero la mayoría están secos también.

Sin sentirse obligada a hacerlo, Janine le echó un vistazo, apuntando al objeto con la cámara que llevaba colgada del brazo, mientras deslizaba adelante y atrás la cubierta abultada. En la parte superior había una protuberancia parecida a una nariz, y en la de abajo, lo que debía de ser un desagüe. Era lo suficientemente grande como para meterse dentro, pero estaba completamente seco.

- Dijiste que hay uno que aún funciona, pero que el agua no es potable, ¿no?

- Sí, Janine, ¿te gustaría que te lo enseñara? - Sí, creo que sí. - Añadió -: De veras, no dejes que te afecten. Lo único que pasa es que se ponen nerviosos.

- Claro, Janine - le contestó. Pero lo cierto es que no le apetecía hablar.

Ella le dijo:

- Cuando era pequeña, solía contarme historias. Casi todas eran de miedo, pero no siempre. Me contó no sé qué de un tal Schwarze Peter, que, por lo que me imagino, debía ser alguien como Santa Claus. Me decía que si me portaba bien, Schwarze Peter me traería una muñeca por navidades, pero que si no era buena, me traería carbón. O algo peor. Es por eso que yo solía llamar a mi padre Schwarze Peter. La verdad es que nunca me trajo carbón.

Wan la miraba y la escuchaba con atención, mientras iban corredor adelante, pero no decía nada.

- Fue entonces cuando mi madre murió - dijo ella - y Lurvy y Paul se casaron, y yo me fui a vivir con ellos algún tiempo. Pero la verdad es que papá no era tan malo. Venía a verme siempre que podía, bueno, eso creo. ¡Wan! ¿Entiendes lo que te estoy diciendo?

- No - dijo él -. ¿Quién es Santa Claus?

- ¡Oh, Wan!

Así que tuvo que explicárselo; y también lo que eran las navidades, y lo que era el invierno, y la nieve, y la costumbre de intercambiar regalos. Su rostro se relajó, y empezó a sonreír. Y cosa curiosa, a medida que mejoraba el humor de Wan, empeoraba el de Janine. El tener que explicarle el mundo en el que había vivido le hizo contrastarlo con el que tenía ante sí. Casi, pensó, sería mejor hacer lo que Peter proponía, meterlo todo en la nave y volver al mundo real. Las demás alternativas daban todas miedo. El lugar en el que se hallaban daba miedo, si se paraba uno a pensarlo: una especie de máquina que seguía tercamente su camino a través del espacio, en dirección a un destino desconocido. Y una vez en ese destino, suponiendo que llegaran ¿con qué se iban a encontrar? Y si en lugar de eso marchaban hacia el lugar del que procedía Wan, ¿qué encontrarían allí? ¿Heechees? ¡Heechees! ¡Qué horror! Janine había pasado su corta vida con el fantasma Heechee alrededor; terribles en caso de ser reales, pero menos reales que míticos. Algo así como Schwarze Peter o Santa Claus. Como Dios. Todos los mitos y divinidades son lo bastante tolerables como para creer en ellos; pero, ¿y si se convertían en seres reales?

Sabía que su familia tenía miedo como ella, aunque no podía asegurarlo a partir de nada de lo que hubieran dicho; intentaban ser un ejemplo de valor para ella. Sólo podía adivinar que así era. Suponía que Paul y su hermana tenían miedo, pero que habían decidido arriesgarse por los beneficios que de ello pudieran derivarse. Su propio temor particular era de un tipo bastante especial, era menos el miedo a lo que pudiera ocurrir que a lo mal que ella podía reaccionar si algo le llegaba a suceder. Lo que sentía su padre era evidente a todas luces. Tenía miedo y estaba furioso, y de lo que tenía miedo era de morir antes de embolsarse el importe de su valor.

¿Y qué podía sentir Wan? Parecía tan poco complicado, mientras le iba enseñando sus dominios, era casi como un niño mostrándole a otro las entrañas de sus juguetes. Pero si había algo que Janine había aprendido a lo largo de sus catorce años de vida era que nadie es tan poco complejo como parece. Las preocupaciones de Wan eran simplemente de otra clase, como comprobó mientras él le mostraba la instalación de agua que no funcionaba. No había podido beberla, pero había podido utilizarla para asearse. Janine, educada en la conspiración occidental que pretende que las secreciones no existen, jamás hubiera llevado a Wan a ver un lugar lleno de suciedad y malos olores, pero él no estaba en absoluto avergonzado. Ni queriendo habría conseguido que se sintiera avergonzado.

- En algún sitio tenía que hacerlo - replicó cuando ella le echó en cara no haber utilizado el sanitario de la nave como todo el mundo.

- Sí, pero de haberlo hecho como se debe, Vera hubiera sabido que estabas enfermo, ¿no te das cuenta? Ella analiza siempre nuestras, eh, secreciones.

- Pues debería haber otro método.

- Bueno, lo hay.

Estaba la unidad portátil de bioanálisis, que tomaba muestras de cada uno para analizarlas, y que de hecho, se había puesto a funcionar sobre Wan cuando la necesidad se hizo evidente. Pero Vera era una computadora poco imaginativa, y no se le ocurrió programar la unidad portátil para analizar a Wan hasta que se lo ordenaron, algo tarde ya.

Él se revolvía incómodo.

- ¿Qué te pasa?

- Cuando los Difuntos me hacían chequeos me clavaban cosas. Es algo que no soporto.

- Pero es por tu propio bien, Wan - le dijo severamente -, Oye, ¿por qué no vamos a hablar con los Difuntos?

Era la reacción típica de Janine. En realidad no quería ir a hablar con los Difuntos, lo que quería era abandonar aquel lugar que tan nerviosa la ponía. Pero cuando llegaron al lugar en que estaban los Difuntos, que era también el lugar en que se encontraba el diván de los sueños de Wan, Janine había decidido ya que quería otra cosa.

- Wan - dijo -, quiero probar el diván.

Él echó la cabeza atrás y entrecerró los ojos, observándola desde lo alto de su larga nariz.

- Lurvy me prohibió volver a usarlo - sentenció.

- Ya lo sé. ¿Cómo hago para entrar dentro?

- Primero me decís que he de hacer lo que decís - se quejó -, luego me hacéis hacer lo que me habíais prohibido. ¡No hay quien lo entienda!

Ella ya se había introducido en el interior de la estructura y asomaba la cabeza.

- ¿Tengo que bajar la cubierta por encima de mí?

- Oh, si ya te has decidido - se encogió de hombros -. Sí, se cierra de golpe ahí, donde tienes la mano, pero para salir basta con que aprietes.

Ella alargó la mano para alcanzar la cubierta de malla, y la estiró hacia sí, mirándole a Wan a la cara, petulante y preocupada.

- ¿Es que duele?

- ¿Que si duele? ¡No, vaya idea!

- Bueno, pues ¿qué se siente?

- Janine - le dijo, severo - eres tan infantil, ¿por qué haces preguntas cuando tú misma puedes comprobarlo?

Estiró la cubierta resplandeciente hacia abajo, y el cierre que ajustaba al lado chasqueó y se cerró.

- Es mejor que duermas - le aconsejó a través de la malla azulada.

- Pues no tengo sueño - le contestó -. No siento nada de nada.

Y entonces lo sintió.

No era nada que su experiencia previa de la fiebre le hubiera permitido esperar, no había ningún tipo de interferencia obsesiva con su personalidad, ni tampoco un punto del que brotaran las sensaciones. Sólo un resplandor cálido y envolvente, que la rodeó. Era sólo un átomo en un mar de sensaciones. Los demás átomos no tenían forma ni individualidad. No eran tangibles ni tenían contornos precisos. Podía ver todavía a Wan, mirándola con expresión preocupada a través de la red, cuando abrió los ojos, y aquellas otras ¿almas?, no eran tan reales ni inmediatas. Pero podía percibirlos, de un modo como no había podido nunca antes percibir una presencia. A su alrededor. A su lado. En su interior. Cálidos, reconfortantes.

Cuando Wan abrió por fin la malla metálica y presionó su brazo, se quedó tumbada mirándole. No tenía fuerzas para levantarse, ni tampoco ganas de hacerlo. Tuvo que sacarla él, y ella hubo de apoyarse en su hombro mientras emprendían el regreso.

Estaban a menos de medio camino de la nave de los Herter-Hall cuando el resto de los miembros de la familia les alcanzó, y estaban furiosos.

- ¡Mocosa estúpida! - bramó Paul -. ¡Vuelve a hacer algo parecido y te daré una patada en el culo!

- ¡No volverá a hacerlo! - dijo su padre ceñudamente -. Ya me ocuparé yo de ello ahora mismo; y en lo que a ti se refiere, señorita, hablaremos más tarde.

¡Cómo se pusieron todos! Nadie le dio a Janine una patada en el culo por haber utilizado el diván. Nadie la riñó siquiera. Lo que hicieron fue reñir unos con otros, sin parar. La tregua que habían mantenido durante tres años y medio y que cada cual se había impuesto a sí mismo - ya que durante todo aquel tiempo la única alternativa era el asesinato mutuo -, se disolvió. Paul y el viejo no se hablaron durante dos días, porque Peter había desmontado el diván sin consultar. Lurvy y su padre riñeron y se gritaron, la primera vez porque Lurvy había programado la comida demasiado salada, y la segunda porque estaba sosa. Y en cuanto a Lurvy y a Paul, bien, ya no dormían juntos; apenas se hablaban, y con toda seguridad, habrían dejado de estar casados de haber habido un tribunal que tramitara divorcios en las proximidades.

Pero en caso de haber habido algún tipo de autoridad en las proximidades, al menos las disputas hubiesen podido resolverse. Alguien hubiese podido tomar decisiones. ¿Sería conveniente regresar? ¿Deberían ir con Wan al otro lugar? Y en ese caso, ¿quién habría de ir y quién debería quedarse? Eran incapaces de ponerse de acuerdo en los grandes problemas. Ni siquiera en los asuntos más corrientes, como desmontar una máquina y correr el riesgo de dañarla a dejarla estar y olvidarse de las esperanzas de efectuar un descubrimiento maravilloso que cambiara el curso de los acontecimientos. No se ponían de acuerdo acerca de quién tendría que hablar con los Difuntos por radio, o qué tendrían que preguntarles. Wan les enseñó, gustosamente, cómo tentar a los Difuntos para iniciar una conversación, y ellos pusieron el sistema de comunicación de Vera en contacto con ellos. Pero Vera no podía soportar el toma y daca por mucho tiempo, y cuando los Difuntos no entendían sus preguntas, o no querían hablar, o eran sencillamente demasiado incoherentes, Vera quedaba fuera de combate.

Todo esto resultaba terrible para Janine, pero era aún mucho peor para el propio Wan. Todo aquel embrollo le confundió e indignó. Dejó de seguirla. Y un día, después de descabezar un sueño, cuando se incorporó y le buscó con la mirada, se había marchado.

Afortunadamente para el orgullo de Janine todos se habían ido, Paul y Lurvy al exterior, para reorientar las antenas y su padre a dormir, de modo que pudo solazarse con sus propios celos. ¡El muy cerdo!, pensó. Era estúpido por su parte no darse cuenta de que ella tenía muchos amigos, mientras que él sólo la tenía a ella, ¡pero ya se lo encontraría! Estaba ocupadísima contestando las cartas que había dejado de lado durante tanto tiempo cuando oyó llegar a Paul y a su hermana; y al decirles que hacía por lo menos una hora que Wan se había ido, le sorprendió su reacción.

- ¡Papá! - sollozó Lurvy, echando a un lado las cortinas del reservado de su padre -. ¡Despierta! ¡Wan se ha ido!

Mientras el viejo salía afuera parpadeando, Janine dijo con desagrado:

- ¿Pero se puede saber qué es lo que os pasa a todos?

- No lo entiendes, ¿eh? - le preguntó Paul fríamente -. ¿Y si se ha ido en la nave?

Era una posibilidad en la que no se le había ocurrido pensar, y fue como una bofetada en el rostro.

- ¡Imposible!

- ¿Ah, sí? - espetó su padre -. ¿Y tú cómo lo sabes, pequeña zorra? ¿Y si resulta que se ha ido? - Acabó de cerrarse el mono y se puso de pie, mirándolos con llamas en los ojos -. Os he dicho - dijo, pero mirando sólo a Lurvy y a Paul, de manera que Janine entendió que no formaba parte del «os» -, os he dicho que tenemos que encontrar una solución definitiva. Al menos, si es que tenemos que ir con él en su nave. De lo contrario, no podemos asumir el riesgo de que le dé por irse sin avisar. Esto está claro.

- ¿Y cómo lo hacemos? - preguntó Lurvy -. Papá, no seas absurdo, no podemos vigilar la nave día y noche.

- Claro, porque tu hermana es incapaz de vigilar al chico - asintió el viejo -, así que, o inmovilizamos la nave o inmovilizamos al chico.

Janine arremetió contra ellos.

- ¡Monstruos! - explotó -. ¡Lo habéis estado planeando todo mientras no estábamos!

Su hermana tosió y la sujetó.

- Cálmate, Janine - ordenó -. Sí, es verdad que hemos estado hablando del tema. ¡Teníamos que hacerlo! Pero no hay nada decidido, y desde luego, nada que vaya a hacerle daño a Wan.

- ¡Entonces, decididlo! - dijo Janine, ardiendo de indignación -. ¡Yo voto por ir con Wan!

- Si es que no se ha ido ya por cuenta propia - dijo Paul.

- ¡No se ha ido!

Lurvy, pragmática, dijo:

- Si se ha ido ya, es tarde para hacer nada al respecto. Aparte de eso, estoy con Janine, ¡vayamos! ¿Qué dices a eso, Paul?

Dudó.

- Sí, creo que sí - concedió -. ¿Peter?

El viejo dijo con empaque:

- Si todos estáis de acuerdo, ¿qué más da lo que yo vote? Sólo queda una cuestión por discutir, la de quién se va y quién se queda. Propongo...

Lurvy le detuvo.

- Papá, sé lo que vas a decir, pero no funcionará. Tenemos que dejar como mínimo, a una persona aquí, para que se mantenga en contacto con la Tierra. Janine es demasiado joven. Yo no puedo, porque soy el piloto, y ésta es una magnífica ocasión para aprender algo sobre el pilotaje de una nave Heechee. Y no quiero irme sin Paul, así que te quedas tú.

Desmontaron a Vera, componente a componente, y la redistribuyeron por toda la Factoría. La memoria rápida, las entradas de datos y procesadores, en la cámara de los sueños; la memoria muerta, a lo largo del pasillo de acceso al exterior; el equipo de transmisión quedó en su nave. Peter les ayudó, callado y taciturno; lo que estaban haciendo significaba que las próximas comunicaciones de interés procederían del equipo de exploración, a través del sistema de radio de los Difuntos. Peter estaba ayudando a quedarse incomunicado, y lo sabía. Había mucha comida en la nave, les había dicho Wan, pero Paul no se fiaba del sistema de autoabastecimiento de Dios sabía qué productos de la Factoría Alimentaria, y les hizo cargar a bordo tantas raciones propias como pudieran llevar consigo. Después de lo cual Wan insistió en que almacenaran agua, de manera que redujeron las reservas de alimentos reciclados de su nave para llenar las bolsas de agua de Wan, y las cargaron. La nave de Wan no tenía camas. Ni se necesitaban, señaló Wan, porque los cubículos individuales de aceleración servían de protección durante las maniobras y evitaban que se pusieran a flotar por el interior de la nave mientras dormían. La sugerencia fue vetada por Paul y Lurvy, quienes desmontaron los cubículos de sus propios reservados y los reinstalaron en la nave. Pertenencias personales: Janine quería su maletín de cosméticos y sus libros; Lurvy, su maletín personal de cierres herméticos; Paul, sus naipes, para jugar a los solitarios. Fue un trabajo largo y pesado, aunque descubrieron que podían aliviarlo lanzándose las bolsas de agua y los demás paquetes, en un juego de lanzamientos a cámara lenta: pero por fin terminaron. Peter se sentó amargamente contra la pared de un corredor, viendo como los demás se afanaban, e intentó pensar en qué podían haber olvidado. A Janine le pareció que le estaban tratando como si no estuviese presente, o ya muerto, y le dijo:

- Papá, no te lo tomes tan a pecho. Volveremos tan pronto como podamos.

Él asintió.

- Ya, lo que supone - dijo - déjame ver, cuarenta y nueve días por viaje, más lo que decidáis quedaros en el Paraíso Heechee de Wan.

Se incorporó, y dejó que Lurvy y Janine le besaran. Casi como si estuviera más animado, dijo:

- Bueno, buen viaje. ¿Seguro que no os dejáis nada?

Lurvy miró alrededor, pensativamente.

- Creo que no. A menos que creas que tenemos que avisar a tus amigos, Wan.

- ¿A los Difuntos? - dijo sonriendo -. Ni se enterarán. No están vivos, ¿entiendes?, y no tienen ningún sentido del tiempo.

- Entonces, ¿por qué te gustan tanto? - preguntó Janine.

Wan advirtió los celos en el tono de la pregunta y la miró ceñudo.

- Son mis amigos. No siempre se les puede tomar en serio, y a menudo, mienten. Pero jamás me han hecho tenerles miedo.

Lurvy contuvo el aliento.

- Sé que no siempre hemos sido lo bastante buenos. Pero hemos estado todos bajo una gran tensión. La verdad es que somos mejor gente de lo que podamos haberte parecido.

Aquello ya fue demasiado para el viejo Peter.

- Venga, marchaos - gruñó -. Todo eso se lo tenéis que demostrar, en lugar de quedarse hablando. ¡Y luego, volved y demostrádmelo a mí!

6 - TRAS LA FIEBRE

Menos de dos horas. La fiebre no había sido nunca tan corta. Ni tampoco tan intensa. El uno por ciento más sensible de la población había estado fuera de sí durante varias horas más, y prácticamente todo el mundo se había visto afectado de cierta consideración.

Yo fui de los más afortunados, porque después de la fiebre me encontré encerrado en mi habitación del hotel con apenas un chichón en la cabeza, como resultado de mi caída. Ni me encontraba atrapado en un autobús accidentado, ni el avión en que viajaba se había estrellado, ni me había atropellado un coche, ni me había desangrado en la mesa de operaciones mientras los cirujanos y las enfermeras se retorcían sobre el suelo del quirófano sin poder ayudarme. Sólo padecí una hora, cincuenta minutos y cuarenta segundos de mísero delirio, y aun eso diluido entre los once mil millones de habitantes del planeta que lo compartieron conmigo.

Por supuesto, la mitad de esos once mil millones había intentado ponerse en contacto con la otra mitad, todos a la vez, y las comunicaciones habían quedado fuera de servicio. Harriet se proyectó a sí misma para comunicarme que, como mínimo, se habían recibido once llamadas preguntando por mí, una de mi programa científico, una de mi programa de asesoría jurídica, tres o cuatro de los programas de contabilidad de mis holdings y unas cuantas de personas vivas, reales. Ninguna de ellas era de Essie, me explicó Harriet con embarazo cuando se lo pregunté; por el momento, los circuitos de Tucson seguían colapsados, y yo tampoco podía ponerme en contacto con ella desde donde me encontraba. Por lo demás, ninguna máquina se había visto afectada por la locura. Nunca les pasaba. Las únicas ocasiones en que había algún problema con ellas era cuando alguien se conectaba a la red de circuitos por cuestiones de mantenimiento o reajuste. Y como, estadísticamente, eso sucedía un millón de veces por minuto en algún lugar del mundo, con una máquina u otra, no era sorprendente que a algunas les llevara algún tiempo ponerse a funcionar de nuevo.

El primer mandamiento del credo de los negocios es El Negocio; tenía que reunir los fragmentos que quedaran de éste. Le pasé a Harriet una lista con una jerarquía de prioridades, y ella procedió a pasarme los informes. Un rápido boletín de las minas de comida: no había daños importantes. Estado real: algunos incendios y derrumbamientos, nada de importancia, en suma. Alguien se había dejado una barrera abierta en una de las piscifactorías, y seiscientos millones de salmonetes se había escapado para perderse en el mar abierto; pero de todas formas, yo no era más que un detallista en la cría de salmonetes. Aun sumando todos los daños, podía decirse que yo había salido incólume de la crisis, pensé, o al menos, muchísimo mejor que otros muchos. La fiebre había azotado al subcontinente indio después de la medianoche de un día en que el país había padecido el peor huracán de los últimos cincuenta años. La mortandad era inmensa. Los equipos de socorro habían permanecido inactivos las dos horas que duró la fiebre. Decenas, centenares tal vez de millones de personas no habían podido salvarse ascendiendo a tierras más elevadas y firmes, y el sur de Bangladesh era un pantano de cadáveres. A eso había que añadirle la explosión de una refinería en California, un accidente ferroviario en Gales y una serie de desastres aún por calibrar; las computadoras no poseían todavía un número aproximativo de muertos, pero los informes que se iban recibiendo la calificaban como la peor de las crisis jamás padecidas.

Cuando acabé de recibir las llamadas realmente urgentes, los ascensores empezaron a funcionar otra vez. Ya no estaba prisionero. Mirando por la ventana, comprobé que las calles de Washington estaban bastante tranquilas. Por el contrario, mi vuelo a Tucson seguía siendo impracticable de momento. Como la mitad de los reactores en vuelo se habían mantenido en el aire con el piloto automático durante casi dos horas, consumiendo peligrosamente el carburante, habían tenido que aterrizar donde buenamente habían podido, y las líneas aéreas se encontraban con la mitad de sus efectivos en un lugar equivocado. Los horarios estaban totalmente trastocados. Harriet me reservó el mejor vuelo que pudo, pero el primero en el que le fue posible reservarme plaza no salía hasta el mediodía siguiente. No podía ni siquiera llamar a Essie, ya que los circuitos seguían paralizados. Pero eso era sólo un fastidio, no un problema. Si realmente me apetecía enfrentarme a problemas graves de verdad, quedaban aún un buen número de asuntos que resolver a mi disposición; también los ricos lloran. Pero los ricos tienen también sus placeres, y decidí que sería divertido sorprender a Essie dejándome caer donde ella se encontraba.

Y mientras tanto, tenía tiempo que matar.

Y mientras, mi programa científico había estado consumiéndose a la espera de poderme informar de las novedades. Me lo había reservado como si de un postre se tratara. Lo había ido posponiendo hasta tener la oportunidad de poder mantener con él una charla larga y animada; y ese momento había llegado.

- Harriet - dije -, ponme con Albert.

Y Albert Einstein apareció en la matriz del proyector de hologramas, inclinado hacia delante, revolviéndose nervioso.

- ¿Qué pasa, Al? - le pregunté -, ¿algo bueno?

- ¡Seguro que sí, Robin! Ya sabemos de dónde procede la fiebre. ¡De la Factoría Alimentaria!

Había sido culpa mía. Si le hubiese dejado decirme lo que sabía cuando me lo había pedido, en vez de aplazarlo una y otra vez, no hubiera sido el último en enterarme de que el lugar que tantos problemas nos había estado causando era, además, la fuente de la fiebre, y que por si fuera poco, me pertenecía. Eso fue lo primero que me chocó, y mientras Albert me mostraba las pruebas, no hice más que pensar en mis posibles* responsabilidades, y calculando las ventajas que de ello pudieran derivarse. En primer

lugar, y de manera concluyente, estaban por supuesto, las pruebas recogidas sobre el terreno en

la propia Factoría Alimentaria. Pero hubiéramos debido saberlo mucho antes.

- Si hubiera cronometrado con más atención los momentos en que se producía el inicio de cada ataque de fiebre - se culpó a sí mismo -, hubiésemos podido localizar la fuente hace años. Y había montones de pistas, de acuerdo con la naturaleza fotónica de la fiebre.

- ¿Su naturaleza qué?

- Es electromagnética, Robin - explicó. Apretó el tabaco en la cazoleta de la pipa y buscó una cerilla -. Supongo que habrás comprendido que lo hemos establecido en base al tiempo de transmisión. Recibíamos la señal de lo que quiera que sea que causa la locura, no en el mismo instante en que ésta se producía, sino cuando la radiación llegaba hasta nosotros.

- Un momento. Si los Heechees tienen una onda de radio más rápida que la luz, ¿cómo te explicas entonces que esto sea distinto?

- ¡Ah, Robin! ¡Si pudiéramos saber por qué! - sus ojos brillaron al encender la pipa -. Sólo puedo conjeturar que este particular modo de transmisión no es comparable con el otro, pero de momento ni siquiera puedo especular con respecto a las causas - continuó dándole unas pipadas a la pipa -. Y por supuesto, de ello se desprenden una serie de preguntas sobre las que ahora no tenemos ni la más remota certidumbre.

- Por supuesto - dije, pero no le pregunté cuáles eran. Mi intención era otra -. Albert, muéstrame las naves y las estaciones de las que recibes información desde el espacio.

- Seguro que sí, Robin.

El cabello despeinado y el rostro arrugado y sonriente se desdibujaron, y la proyección se llenó con una representación del espacio circunsolar. Nueve planetas. Un anillo de polvo que representaba el cinturón de asteroides, y una nube de polvo en forma de concha que simulaba la nube de Oort. Y unos cuarenta puntos de luz coloreada. La representación estaba hecha en base a una escala logarítmica, para poder abarcarlo todo y el tamaño de naves y planetas se había aumentado enormemente. La voz de Albert iba explicando:

- Las cuatro naves verdes son nuestras, Robin. Los once objetos azules son instalaciones Heechees; las de forma redonda, las que sólo se han detectado; las de forma estrellada, son las que han sido visitadas, y en su mayor parte están habitadas por personal humano. Las demás son naves que pertenecen a otras compañías o gobiernos.

Estudié el esquema. Había pocos resplandores cerca de la nave verde y la estrella azul que señalaba la Factoría Alimentaria.

- Oye, Albert, si alguien quisiera llevar una nave hasta la Factoría, ¿quién crees tú que llegaría antes?

Apareció en el ángulo inferior izquierdo de la proyección, ceñudo y dando chupadas a la pipa. Un punto dorado cerca de Saturno comenzó a brillar con intermitencia.

- Hay un carguero brasileño que acaba de salir de Tetys que podría llegar en dieciocho meses - dijo -. Sólo he representado las naves que estaban en mi radio de acción, pero hay muchas - nuevas luces empezaron a brillar en dispersión por toda la imagen - que podrían llegar antes, en el supuesto de que dispongan del equipamiento adecuado y suficiente combustible, pero ninguna llegaría en menos de un año.

Suspiré.

- Apágalo, Albert - le dije -. El caso es que nos hemos topado con algo que no esperaba.

- ¿De qué se trata? - preguntó, volviendo a llenar la proyección con su figura, con las manos cruzadas sobre el vientre en una cómoda postura.

- Del diván, Albert. No me encaja. No le veo la utilidad. ¿Para qué sirve, Albert? ¿Tienes alguna idea?

- Seguro que sí, Robin - dijo, asintiendo complacido -. Mis mejores conjeturas están por debajo del índice mínimo aceptable, pero se debe a que hay demasiadas incógnitas. Imaginemos que eres un Heechee antropólogo, o algo que se le parezca, y digamos que te interesa lo referente a la evolución, y que quieres estar al tanto de lo que sucede en una civilización en desarrollo. Bien, la evolución es algo que lleva mucho tiempo, de manera que lo que quieres evitar es tener que sentarte para pasar el tiempo mirando inútilmente. Digamos que lo que quieres es ir echando vistazos para ir haciendo estimaciones, cada mil años más o menos, algo así como controles inmediatos. Teniendo algo parecido al nicho en forma de caparazón que llamamos diván de los sueños, puede enviar a alguien de vez en cuando, pongamos, cada mil años; bien, éste se sube al nicho, se tiende en el diván, cierra la cubierta del caparazón sobre su cabeza, y experimenta la sensación correspondiente a lo que está teniendo lugar. Es cuestión de minutos. - Se detuvo, para pensar, antes de continuar diciendo -: Entonces, (bueno, esto es especular sobre una conjetura, y no me jugaría un cabello a que tenga el menor viso de certidumbre), entonces, si encuentras algo de interés, puedes seguir investigando. Podrías incluso... aunque esto sea ir demasiado lejos tal vez. Podrías incluso sugerir cosas. El diván transmite igual que recibe, Robin, que es lo que produce la fiebre. Quizá pueda también transmitir conceptos, además de sensaciones. Sabemos que a lo largo de la historia de la humanidad muchos de los inventos más importantes tuvieron lugar al mismo tiempo, apareciendo, tal vez independientemente, por todo el mundo. ¿Se trata de sugerencias Heechees a través del diván?

Se sentó, dando pipadas a la pipa, y sonriéndome, mientras yo meditaba todo aquello.

Por más que pensara en ello, no podía conseguir que el asunto me pareciera claro; ni divertido. Escalofriante, tal vez. Pero desde luego, nada ante lo cual pudiera sentirme tranquilo. Desde que se descubrieran en Venus, por primera vez, excavaciones Heechees, el mundo había ido cambiando radicalmente, y cuanto más explorábamos, más cambiaba todo. Un muchacho extraviado, jugando con algo que no podía comprender, había sometido a la humanidad entera a recurrentes períodos de locura durante más de una década. Si seguíamos jugando con cosas que no entendíamos, ¿iban a darnos los Heechees una segunda oportunidad?

Sin contar la espeluznante sugerencia de Albert acerca de la posibilidad de que aquellas criaturas nos hubieran estado espiando durante cientos de miles de años, llegando de vez en cuando a arrojarnos unas cuantas migajas para ver qué éramos capaces de hacer con ellas.

Le dije a Albert que me mantuviera al corriente de todo lo que supiera en relación a lo que sucedía en la Factoría, y mientras él echaba un vistazo a los datos científicos, llamé a Harriet, Apareció en un extremo de la proyección, mirando inquisitiva, y tomó nota de lo que quería para comer, mientras Albert seguía con la conferencia. Estaba pasándome incesantemente por el monitor todas las transmisiones, incluso las que estaban recibiendo en aquellos mismos momentos, y me mostraba escenas escogidas en que aparecían el muchacho, los Herter-Hall o los interiores del artefacto. El maldito cacharro seguía empeñado en mantener su rumbo. Los cálculos más precisos parecían señalar que se dirigía a un nuevo grupo de cometas, a varios millones de kilómetros de distancia; a la velocidad actual, llegaría allí en unos pocos meses.

- ¿Y entonces? - le pregunté.

Albert se encogió de hombros a modo de disculpa.

- Presumiblemente se quedará allí hasta que consuma todos los ingredientes CHON que encuentre.

- ¿Podremos moverlo entonces?

- Parece ser que no. Pero no es imposible que así sea. A propósito, tengo una teoría acerca de los mandos de las naves Heechees. Cuando una de ellas tenga a un artefacto en funcionamiento, - Pórtico, la Factoría Alimentaria, lo que sea -, sus controles se

bloquean y puede ser re-dirigida de nuevo. Sea como sea, eso es, posiblemente, lo que le pasó a la señora Patricia Bover, de lo cual se desprenden ciertas implicaciones obvias.

No me gusta que un programa computerizado crea que es más listo que yo.

- ¿Quieres decirme con eso que quizás haya un montón de astronautas de Pórtico incomunicados a lo largo y ancho de la galaxia debido a que sus mandos se desbloquearon y no saben cómo hacer para volver?

- Seguro que sí, Robin - dijo con aprobación -. Eso podría explicar qué son lo que Wan llama «Difuntos». Ah, por cierto, hemos recibido fragmentos de conversaciones con ellos. Sus respuestas son a veces bastante irracionales, y, claro está, nos vemos impedidos para establecer contacto directamente con ellos. Pero lo que parece claro es que son, o lo fueron, seres humanos.

- ¿O sea que están vivos?

- Seguro que sí, Robin, o al menos de la misma manera en que lo está una grabación de Enrico Caruso; quiero decir, de la misma manera que esa voz perteneció en una ocasión a un tenor napolitano vivo. Que sigan vivos ahora es un problema de definición. Podrías preguntarte lo mismo - y le dio dos chupadas a la pipa - con respecto a mí.

Pensé durante un minuto.

- ¿Por qué están tan locos?

- Diría que se trata de una transcripción incorrecta. Pero eso no importa demasiado.

Esperé, mientras le daba a la pipa antes de decirme qué era lo que sí valía la pena.

- Lo que parece seguro, Robin, es que la transcripción se llevó a cabo a través de una codificación química de los cerebros de los prospectores.

- ¿Cómo? ¿Qué los Heechees los mataron y metieron sus cerebros en una botella?

- ¡Claro que no, Robin! En primer lugar, aventuraría la opinión de que los prospectores murieron de muerte natural en lugar de que los matara alguien. Eso degradaría los componentes químicos del cerebro, y en consecuencia, también la información se degradaría. ¡Y por supuesto, no en una botella! Tal vez en una especie de preparado químico análogo. Pero la pregunta es, ¿cómo sucedió todo eso?

- ¿Quieres que borre tu programa, AI? - gruñí -. Podría obtener toda esta información de manera mucho más rápida tomándola directamente de los informes sinópticos.

- Seguro que sí, Robin, pero no - parpadeó - de un modo tan entretenido. Sea como sea, la pregunta es: ¿cómo pudieron hacerse los Heechees con el equipamiento necesario para codificar cerebros humanos? Piensa en ello, Robin. Parece muy poco probable que la química Heechee fuera la misma que la nuestra. Parecida, sí. Eso lo sabemos por consideraciones generales, por ejemplo lo que comían y lo que respiraban. En lo fundamental, sus componentes químicos no eran distintos de los nuestros. Pero los péptidos son moléculas bastante complejas. Es difícil que un compuesto que representa, digamos, la capacidad para tocar un Stradivarius, o incluso el aprendizaje de la higiene personal, presente los mismos componentes químicos en nosotros que en ellos.

Comenzó a vaciar la pipa, me miró de reojo y añadió rápidamente.

- Así que la conclusión que yo saco, Robin, es que esas máquinas no estaban destinadas a cerebros Heechees.

Me sorprendió.

- ¿Y entonces? ¿Para humanos? ¿Pero con qué objeto? ¿Cómo... cómo lo sabían? ¿Cuándo...?

- Por favor, Robin. Para tu información te diré que tu esposa me ha programado para extraer conclusiones de largo alcance a partir de ciertos datos. Además, no puedo probar todo lo que digo. Pero - añadió asintiendo con convencimiento - ésa es mi opinión, ciertamente.

- Jesús - exclamé.

Parecía no querer añadir nada más, así que tragué saliva y pasé al siguiente problema.

- ¿Qué hay de los Primitivos? ¿Crees que son humanos?

Dio unos golpecitos con la pipa, mientras buscaba el paquete de tabaco.

- Creo que no - dijo al fin.

No le pregunté cuál era la otra alternativa. No quería ni oírlo.

Le había dicho a Harriet que cuando Albert no tuviera nada más que decir, me pusiera con mi programa fiscal. Pero no pude hablar con él en aquel preciso momento porque me trajeron la comida y el camarero era un ser humano. Me preguntó cómo me había ido con la fiebre, y así me pudo contar cómo le había ido a él, y la conversación nos llevó algún tiempo. Pero al fin pude sentarme frente al proyector de hologramas con mi pechuga de pollo, y le dije:

- Morton, adelante, ¿cuáles son las malas noticias?

Dijo en tono de disculpa:

- ¿Te acuerdas del pleito de Bover?

- ¿El pleito de Bover?

- El del marido de Trish Bover. O su viudo, según se mire. Decidimos apelar en relación a la comparecencia, pero el juez había sufrido un mal ataque de fiebre y... en fin. Se equivocó con la ley, Robin, pero denegó nuestra petición para fijar una sesión de careo y abrió un sumario judicial en contra nuestra.

Dejé de masticar.

- ¿Puede hacer eso? - balbucí con la boca llena de pollo.

- Sí, bueno, al menos eso ha hecho. Pero le ganaremos el pleito, aunque esto va a retrasar las cosas. Su abogado consiguió apelar y señaló que Trish había enviado un informe de la misión. Así que cabe preguntarse si completó la misión o no, ¿comprendes? Mientras tanto...

A veces creo que Morton ha sido programado demasiado parecido a un hombre; en ocasiones no sabe cómo sacar una conversación adelante.

- ¿Mientras tanto qué, Morton?

- Bueno, a raíz del, este, incidente, parece que hay otra complicación. La Corporación de Pórtico quiere actuar con calma hasta saber en qué situación les deja todo este asunto de la fiebre, así que han aceptado ponerse en manos de abogados. Se supone que ni tú ni la compañía para la explotación de la Factoría Alimentaria podéis seguir explotándola.

- ¡Mierda, Morton! ¿Tratas de decirme con eso que no podemos utilizarla después de sacarla de órbita?

- Me temo que es aún más grave - se quiso disculpar -. Se te ordena dejar de actuar en ella. Se te ordena dejar de interferir en sus actividades normales sea como sea, so pena de que te lleven a juicio. En eso ha consistido la acción legal de Bover, partiendo de la base de que si haces que la Factoría deje de producir alimentos por llevarla a otro destino distinto del suyo, estás poniendo en peligro sus intereses. Pero estoy seguro de que podemos vencerle. Pero mientras, los de la Corporación de Pórtico habrán emprendido algún tipo de proceso para hincarle el diente a todo este asunto de la fiebre.

- ¡Dios! - dejé caer mi tenedor. Había perdido el apetito -. Menos mal que esa es una orden que no pueden forzarnos a cumplir de inmediato...

- Claro, porque lleva tanto tiempo que el equipo Herter- Hall reciba un mensajes - asintió -. Por ahora...

¡Zit! Desapareció. Se deslizó en diagonal fuera de la proyección, y apareció Harriet. Su expresión era terrible. Mis programas son muy buenos ayudándome, pero no siempre me traen buenas noticias.

- ¡Robin! - gritó -. Hay un mensaje del Hospital General de Mesa, en Arizona. ¡Tu mujer!

- ¿Essie? ¿Está mal?

- Peor que mal, Robin. Sus constantes vitales han cesado. Se mató en un accidente de circulación. La mantienen con vida artificialmente, pero no hay pronóstico, no responde, Robin.

Ni siquiera me paré a reclamar mis derechos de prioridad. No quería perder ni un segundo en ello. Fui directamente al oficial de la Corporación de Pórtico en Washington, quien a su vez fue a la Secretaría de Defensa y me hizo sitio en un avión hospital que partía de Bolling al cabo de veinticinco minutos, y allá me fui.

El vuelo duró tres horas, durante las cuales mi estado de ánimo pendió de un hilo. A los pasajeros del vuelo no se nos ofreció ningún tipo de servicios de comunicación, pero ni siquiera los eché de menos. Sólo quería llegar a destino. Cuando, al morir mi madre me quedé solo, la cosa fue dura, pero yo era pobre, estaba bastante desorientado y acostumbrado al dolor. Cuando el amor de mi vida (o la mujer que parecía ser lo que más se acercaba al amor de mi vida, ahora que echaba la vista atrás) también me dejó - sin morir, en realidad, puesto que se encontraba atrapada para siempre en una especie de anomalía astrofísica, fuera de mi alcance ya para siempre -, fue también muy duro. Pero por aquella época yo no hacía más que sufrir. No estaba acostumbrado a la felicidad, no me había hecho aún a tal hábito. Carnot formuló una ley acerca del dolor. No se mide en valores absolutos, sino por el contraste entre la causa del dolor y el medio ambiente, y mi medio ambiente había sido demasiado protector y agasajador durante demasiado tiempo como para que me encontrara ahora preparado para esto. Estaba en pleno shock.

El Hospital General de Mesa apenas sobresalía por encima de la superficie, ya que había sido excavado en el desierto, en las afueras de Tucson. Todo lo que podía verse cuando llegamos eran los paneles de energía solar del «tejado», pero por debajo había seis plantas de habitaciones, laboratorios y quirófanos. Completamente abarrotados. Tucson es una ciudad dormitorio, y la crisis había sobrevenido en una hora punta.

Cuando por fin logré detener a una de las enfermeras y preguntarle, lo que oí fue que Essie estaba aún sujeta a un corazón artificial, pero que se lo iban a retirar en cualquier momento. Era una cuestión de posibilidades. Quizá los aparatos les fueran de más utilidad a otros pacientes, cuyas probabilidades de supervivencia eran mayores.

Me avergüenza reconocer con qué rapidez arrojé por la ventana cualquier consideración altruista cuando resultó ser mi mujer la que dependía de los aparatos. Ocupé la oficina de un médico - que no iba a utilizarla durante algún tiempo -, eché fuera al perito de una compañía de seguros que había tomado prestada la mesa del despacho, y me hice con las líneas telefónicas. Tenía a dos senadoras a la vez al teléfono cuando Harriet me interrumpió con un informe que enviaba nuestro programa médico. El pulso de Essie había empezado a responder. Ahora admitían que sus posibilidades eran lo suficientemente razonables para justificar el darle una nueva oportunidad de permanecer conectada al corazón artificial un rato más.

Por supuesto, poseer el Certificado Médico Completo ayudaba. Pero la sala de espera de al lado estaba llena de gente que esperaba recibir tratamiento, y por los collarines pude deducir que algunos también lo poseían. El hospital estaba colapsado.

No pude entrar a verla. En la U.V.I. no se admitían visitas, cosa que me excluía a mí también; había un policía de la ciudad en la puerta que intentaba mantenerse despierto después de un largo y duro día de trabajo, y que se mostraba más bien reticente a dejarme pasar. Anduve jugueteando con la mesa del doctor ausente hasta que descubrí que una de las líneas del circuito cerrado estaba conectada con la U.V.I., y mantuve la conexión. No pude ver qué tal le iba a Essie. No podía ni tan siquiera distinguir con claridad cuál de todas aquellas momias era Essie. Pero seguí mirando. De vez en cuando Harriet llamaba para informarme de nuevos asuntos. No me molestó con las llamadas de condolencia, aunque había recibido muchas, porque Essie me había programado una grabación que se encargaba de estas molestias protocolarias, y Harriet mostraba a los que llamaban una sonrisa y un «gracias» sin molestarme a mí para nada. Essie era muy buena para aquel tipo de cosas...

Era. Cuando me di cuenta de que estaba pensando en Essie en pasado, me sentí mal de veras.

Una hora después una enfermera me encontró y me dio caldo y biscotes, y algo después me pasé tres cuartos de hora haciendo cola en el lavabo de hombres; esa fue toda mi diversión en la tercera planta del Hospital General de Mesa, hasta que, por fin, una enfermera de muy buen ver asomó la cabeza por la puerta y dijo:

¿Señor Broadhead? Por favor.

El poli seguía a la puerta de Cuidados Intensivos, abanicándose con su sudado Stetson para mantenerse despierto, pero cuando me vio acompañado de semejante bombón llevándome firmemente cogido de la mano, no se atrevió a decirme nada.

Essie estaba debajo de un pulmón de acero. Había un rectángulo transparente justo encima de su rostro, y pude ver un tubo que salía de su nariz, y la mancha blanca de un vendaje sobre el lado izquierdo de la cara. Sus ojos estaban cerrados. Le habían recogido aquel cabello suyo color oro oscuro en una red. Seguía inconsciente.

Dos minutos fue todo lo que me dejaron estar, y con eso no había tiempo para nada. No daba tiempo de saber para qué servían todos aquellos voluminosos aparatos llenos de protuberancias que había debajo de la burbuja donde la mantenían con vida. No daba tiempo a que Essie se sentara y me hablara o para ver si había cambiado la expresión de su rostro. Ni siquiera para distinguir qué expresión tenía.

Afuera, en el vestíbulo, el doctor me concedió sesenta segundos. Era un viejo negro, bajo y tripudo, y a través de sus lentillas de color azul miró al trocito de papel que yo llevaba en el pecho, para saber con quién hablaba.

- Ah, sí, el señor Blackhead - dijo -. Su mujer está recibiendo los mejores cuidados, está respondiendo al tratamiento y hay alguna posibilidad de que tenga algún momento de lucidez esta tarde.

No me molesté en corregirle respecto de mi nombre, y le hice las tres primeras preguntas que tenía en mente:

- ¿Sufre algún dolor? ¿Qué le pasó? ¿Necesita algo?, quiero decir, alguna cosa en concreto.

Suspiró y se restregó los ojos. Evidentemente, hacía demasiadas horas que llevaba puestas las lentillas.

- Del dolor podemos encargarnos nosotros, y además ya tiene el Certificado Médico Completo. Ya sé que es usted alguien importante, señor Brackett, pero no hay nada que pueda usted hacer. Su lado izquierdo fue alcanzado cuando el autobús se estrelló contra ella. Quedó casi doblada en dos, y estuvo así durante seis o siete horas, hasta que pudieron llegar hasta ella.

No sé si hice algún tipo de ruido, pero el doctor algo debió oír. Un brillo de comprensión asomó por las lentillas mientras me miraba fijo.

- De hecho, fue lo mejor para ella, ¿sabe?, probablemente le salvó la vida. El estar doblada fue como haber llevado puestas unas vendas compresivas; de otro modo se hubiera desangrado.

Eché un vistazo al papelito que llevaba en la mano.

- Hmm. Va a necesitar, déjeme ver, sí, una prótesis nueva para las caderas, dos costillas nuevas. Ocho, diez, catorce, tal vez veinte pulgadas de piel nueva, y además ha perdido una considerable cantidad de tejido renal. Creo que va a hacer falta un trasplante.

- Si hay algo...

- Nada en absoluto, señor Blackett - dijo doblando el papel -. Nada por ahora. Váyase ahora, por favor, y vuelva si lo desea después de las seis. Quizá pueda hablar con ella un minuto. Pero de momento necesitamos el espacio que está usted ocupando.

Harriet había hecho ya los cambios necesarios para que en el hotel llevaran las cosas de Essie de su habitación a la suite del ático; había ya pedido y puesto en su sitio todos los artículos de aseo, e incluso había introducido un par de innovaciones en su vestuario. Allí me encerré. No quería salir. No quería sufrir viendo borrachines en la cafetería del

hotel, o las calles llenas de gente que había salido sana y salva de la fiebre y que tan solo querían explicarse los unos a los otros de qué poco les había ido aquella vez.

Me obligué a comer. Luego me obligué a dormir. Conseguí obligarme, pero no estuve durmiendo mucho rato. Me tomé un buen baño caliente, con música de fondo; lo cierto es que era un buen hotel. Pero cuando pasaron de Stravinsky a Carl Orff, la directa y escabrosa poesía de Catulo me hizo pensar en la última vez en que la puse en práctica con mi lasciva, voluptuosa y, de momento, seriamente contusionada esposa.

- Apágala - dije, y la siempre alerta Harriet la apagó antes de que acabara de ordenárselo.

- ¿Quieres que te pase algún mensaje, Robin? - me preguntó a través de los altavoces. Me sequé cuidadosamente, y sólo una vez seco le contesté.

- Dentro de un minuto. En cuanto esté listo.

Seco, peinado, con ropa limpia, me senté enfrente del comunicador de la suite.

No eran ni siquiera lo suficientemente amables como para facilitar a los clientes un proyector de hologramas, pero el de Harriet seguía siendo el mismo rostro familiar de siempre, aun mirándome desde la plana pantalla bidimensional. Me tranquilizó con respecto a Essie. Seguía bajo control monitorizado, y todo evolucionaba favorablemente, pero no tan deprisa como yo hubiera deseado, claro. Pero no iba mal. Harriet me pasó un mensaje de la doctora, - de la doctora de Essie de carne y hueso, no de su programa. Se resumía en un «no te preocupes, Robin». O más bien en un «no te preocupes más de lo que creas que debes».

Harriet tenía todavía que pasarme otra tanda de mensajes con los que debía enfrentarme y tomar decisiones. Autoricé medio millón más de dólares para la extinción del fuego en las minas de alimentos, le di instrucciones a Morton para que le concertara a nuestro hombre en Brasilia una entrevista con la Corporación de Pórtico, le dije a mi corredor de bolsa qué tenía que vender para tener algo más de liquidez con que poder enfrentarnos con pérdidas aún no previstas de resultados de la fiebre. Visioné, después, los programas más interesantes, acabando con la última sinopsis de Albert en relación a la Factoría Alimentaria. Lo hice todo, como podrá suponerse con una eficacia y una lucidez totales. Había aceptado el hecho de que las probabilidades de supervivencia de Essie aumentaban con certeza, así que no desperdicié mis energías lamentándome. Y lo que no me permití, al menos no completamente, fue pararme a pensar cuántos fragmentos de piel y carne habían tenido que extirpar al encantador cuerpo de mi amor, lo que ahorró toda clase de sentimientos que prefería no experimentar.

Hubo un tiempo en que estuve sometido a un largo tratamiento psiquiátrico, en el curso del cual descubrí un buen montón de cosas en mi mente que hubiera preferido no tener. Pero bueno, una vez que los expulsas y los examinas... bien, sí, son bastante horribles, pero al menos ya los has sacado fuera, no siguen dentro envenenándote. Mi antiguo programa psiquiátrico, Sigfrid von Shrink, solía decirme que era como airear las entrañas.

Tenía razón en todo lo que decía, que era mucho; una de las cosas que me disgustaban de Sigfrid es que siempre podías esperar que estuviera en lo cierto, casi hasta hacerte rabiar. Lo que sostenía es que uno no acaba nunca de airear las entrañas. Y yo seguía produciendo nuevos excrementos; y la verdad, por más que produzcas, no llegas a acostumbrarte nunca.

Apagué a Harriet, sin desconectarla por si surgía algo urgente, y estuve un rato mirando las comedias que daban por la piezovisión. Me preparé una copa gracias al bien surtido bar de la suite, y luego otra. Ni miraba el piezovisor ni disfrutaba bebiendo. Lo que sucedía es que se estaba produciendo nueva materia fecal en mi cabeza. Mi queridísima y nunca suficientemente ponderada esposa yacía en la U.V.I. completamente destrozada, y yo estaba pensando en otra persona.

Apagué a los bailarines y pedí el programa Albert Einstein. Apareció en la pantalla con el pelo blanco completamente alborotado y la vieja pipa en la mano.

- ¿En qué puedo ayudarte, Robin? - sonrió.

- Quiero que me hables de los agujeros negros - dije.

- Seguro que sí, Robin. Pero hemos hablado de ello muchas veces, ya sabes...

- ¡Mierda, Albert! ¡Haz lo que te digo! Y no quiero que me hables en términos matemáticos, lo quiero tan claro como seas capaz de explicármelo.

Un día de estos haré que Essie reescriba el programa de Albert con un poco de idiosincrasia.

- Seguro que sí, Robin - dijo alegremente, ignorando mi mal humor. Frunció sus espesas cejas -. Bien, veamos.

- ¿Tan difícil te resulta? - pregunté, con más asombro que sarcasmo.

- Claro que no, Robin. Me preguntaba únicamente hasta dónde tenía que retroceder para empezar. Bien, empecemos con la luz. Ya sabes que la luz se compone de pequeñas partículas llamadas fotones. Posee masa y ejerce presión...

- No tan atrás, por favor Albert.

- De acuerdo, pero un agujero negro empieza con el descenso de la presión de la luz. Tomemos una estrella gigante, una de la clase O, pongamos por caso. Diez veces más densa que el sol. Consume tan deprisa su combustible nuclear que vive apenas mil millones de años. Lo que evita su colapso es la presión de la radiación - llamémosla «presión lumínica» - que se produce a partir de la reacción nuclear del hidrógeno al fundirse el helio de su interior. Pero entonces la estrella se queda sin hidrógeno. La presión cesa. Se produce el colapso. Y se produce a una velocidad vertiginosa, Robin, apenas en cuestión de horas. Y una estrella que medía centenares de miles de kilómetros de diámetro pasa a medir de pronto apenas una treintena. ¿Me sigues, Robin?

- Creo que sí. Sigue.

- Bien - dijo, mientras encendía la pipa y daba un par de chupadas. A veces no puedo evitar preguntarme si no disfrutará haciéndolo -. Esa es una de las maneras como empiezan los agujeros negros. La clásica, si prefieres llamarla así. Consévala en tu mente, y ahora vayamos a la parte siguiente: la velocidad de escape.

- Ya sé lo que es la velocidad de escape.

- Seguro que sí, Robin - asintió -, tratándose de un veterano piloto prospector de Pórtico como tú. Bien. Imagina que cuando estabas en Pórtico hubieras arrojado una roca en línea recta desde la superficie, hacia arriba. Probablemente hubiera vuelto a caer, porque incluso un asteroide tiene algo de gravedad. Pero si pudieras arrojarla con la suficiente velocidad - a unos cuarenta kilómetros por hora -, no volvería. Alcanzaría la velocidad de escape y seguiría volando para siempre. En la Luna tendrías que hacerlo a mucha más velocidad, a unos dos o tres kilómetros por segundo. En la Tierra, aún más rápido, a más de once kilómetros por segundo.

Pausa.

- Ahora bien - continuó, echándose adelante para sacar la carbonilla del interior de la pipa y volverla a llenar -, si tú - golpeó la pipa antes de encenderla -, si tú estuvieras en la superficie de un cuerpo cuya gravedad, en la superficie, fuera muy elevada, las condiciones serían aún peores. Imagínate que la gravedad fuera tal que se necesitase una velocidad de escape de alrededor de los trescientos diez mil kilómetros por segundo. Es imposible arrojar una roca a esa velocidad. ¡Ni siquiera la luz es tan rápida! Así que - puf, puf -, ni siquiera la luz podría escapar, porque su velocidad es diez mil kilómetros por segundo demasiado lenta. Y, como sabemos, si la luz no puede escapar, nada puede hacerlo: esa es la teoría de Einstein, si se me permite decirlo - me guiñó el ojo -. De modo que eso es lo que es un agujero negro. Es negro porque no emite radiación alguna.

- ¿Y qué hay de las naves Heechees? Van más rápidas que la luz.

Albert sonrió molesto.

- Por favor, Robin, entiende lo que quiero decir. Ignoramos cómo lo hacen. Quizás un Heechee sea capaz de salir de un agujero negro, ¿quién sabe? Pero no tenemos pruebas de que lo hayan conseguido.

Reflexioné un instante.

- Todavía - le dije.

- Vale, Robin - admitió -. El problema de viajar a más velocidad que la luz y el de escapar de un agujero negro son en esencia el mismo problema. - Hizo una pausa; una larga pausa. Entonces, a modo de disculpa, añadió -: Me temo que eso es todo lo más que pueda decirse al respecto, por ahora.

Me levanté para ir a enfriar mi bebida, dejándolo allí sentado, chupeteando pacientemente su pipa. A veces me resulta difícil recordar que allí, en realidad, no había nada; nada excepto fracciones de luz colimatada interfiriendo unas con otras, mezcladas gracias a unas cuantas toneladas de metal y plástico.

- Albert - le dije -, dime una cosa. Se supone que vosotras • las computadoras sois casi tan rápidas como la luz. ¿Por qué tardáis tanto a veces en contestar? ¿Para proporcionar un cierto efecto dramático?

- Bueno, Bob, a veces sí que nos cuesta tanto - dijo al cabo de un instante -. Pero no sé si te das cuenta de lo difícil que resulta «hablar». Si quieres información acerca de los agujeros negros, pongamos por caso, no tengo problemas para proporcionártela. Si quisieras, hasta seis millones de bits por segundo. Pero para traducir esa información a términos que puedas entender, sobre todo en forma de conversación, tengo que echar mano de más información de la que dispongo en la memoria. Tengo que buscar las palabras a través de obras literarias y de conversaciones grabadas. Tengo que contrastar las analogías y las metáforas con las que tienes en mente. Tengo que vérmelas con esas restricciones porque son las que me imponen tus expectativas respecto de mis comportamientos, y las que imponen la importancia del tono de la voz. ¡Casi nada, chico!

- Eres más listo de lo que parece, Albert - le dije.

Sacudí la pipa y me miró desde debajo de sus greñas blancas.

- ¿Te molesta que te diga que tú también lo eres?

- ¿Sabes, viejo? - le contesté -, eres un buen cacharro.

Me estiré sobre el ventrudo sofá medio dormido con el vaso en la mano. Por lo menos había conseguido alejar a Essie de mis pensamientos durante un rato, pero seguía con una punzante pregunta en mi mente. En algún lugar, no recordaba cuándo, le había hecho esa misma pregunta a otro programa.

Harriet me despertó y me dijo que había una llamada de nuestra doctora en persona, no de su programa médico, sino de la mismísima doctora Wilma Liederman, quien, de vez en cuando, venía a vernos para comprobar si los programas médicos y los aparatos cumplían con su trabajo.

- Robin - me dijo -, creo que Essie está fuera de peligro.

- ¡Eso es... fantástico! - exclamé.

Y en el mismo instante en que lo dije deseé haberme ahorrado palabras como «fantástico», aun cuando era eso lo que sentía, porque no hacían justicia a mis sentimientos. Nuestro programa médico había ya contactado con el Hospital General de Mesa, por supuesto. Gracias a ello, Wilma sabía ya tanto del estado de Essie como el hombrecillo negro con el que había hablado, y claro está, había enviado al hospital por medio del programa todo el historial médico de Essie. Se me ofreció a tomar el primer vuelo a Tucson si así lo deseaba. Le contesté que el doctor era ella, no yo, y entonces me dijo que le pediría a un ex-compañero de la Universidad de Columbia que estaba en Tucson que se ocupara de Essie.

- Pero no vayas a verla esta tarde, Robin - me aconsejó -. Habla con ella por teléfono si quieres, es más, lo prescribiría, pero no la fatigues. Tal vez mañana esté más repuesta.

De manera que llamé a Essie y hablé con ella tres minutos. Estaba atontada, pero era consciente de lo ocurrido. Luego me volví a dormir, y justo cuando me estaba adormeciendo, recordé que Albert me había llamado «Bob».

Había otro programa con el que había tenido una buena relación, hacía ya mucho, que a veces me llamaba Robin, a veces Bob, e incluso Bobby. No había hablado con aquel programa en particular desde hacía mucho tiempo, porque no había sentido necesidad de hacerlo; pero quizás estaba empezando a sentirla ahora.

El Certificado Médico Completo es, bueno, eso: el Certificado Médico Completo. Lo es todo. Si existe un modo de mantenerte sano, y más concretamente, de mantenerte vivo, puedes contar con él. Y hay muchos modos. El Certificado Completo cuesta varios cientos de miles de dólares al año. No hay mucha gente que pueda permitírselo, algo menos del cero coma uno por ciento de la población, incluidos los países más desarrollados. Pero se pueden comprar con él muchas cosas. Al día siguiente, después de comer, me compré a Essie.

Wilma dijo que era lo más oportuno, y lo mismo me dijeron los demás. La ciudad de Tucson se había normalizado lo suficiente como para poder hacerlo. La ciudad se había sobrepuesto a las contingencias provocadas por la fiebre. Todas las estructuras volvían a funcionar como de costumbre, lo que significaba que ya estaba en condiciones de ofrecer los servicios por los que uno había pagado. Así que al mediodía una ambulancia particular trajo la cama, el corazón artificial y el pulmón de acero, el equipo de diálisis y los demás aparatos. A las doce y media un equipo de enfermeras se trasladó a la suite, y a las dos y cuarto yo subía en el montacargas junto con seis metros cúbicos de equipo, en cuyo centro estaba mi corazón, es decir, mi mujer.

Entre las muchas cosas que el Certificado Médico Completo había comprado había calmantes, corticosteroides para activar la cicatrización, y medicamentos que amortiguaban la acción de los corticosteroides; cuatrocientos kilos de tubos que se hallaban bajo el armazón de la cama, que registraban todo lo que Essie hacía y que actuarían por ella cuando Essie no pudiera hacerlo por sus propios medios. Sólo el trasladarla desde la ambulancia hasta la cama de la habitación les llevó hora y media, con el ex-compañero de Wilma dirigiendo la operación y dando órdenes. Me echaron de allí mientras duró el traslado, y me tomé dos tazas de café en el vestíbulo, en tanto observaba como los ascensores en forma de lágrima subían y bajaban. Cuando calculé que ya podía subir, me encontré con el doctor del hospital. Había logrado dormir un poco y llevaba unas gafas de montura anticuada en lugar de las lentes de contacto.

- No la fatigues - me advirtió.

- Estoy empezando a cansarme de que todo el mundo me diga lo mismo.

Me sonrió y se autoinvitó a tomar café conmigo. Resultó ser un tipo simpático; me contó que había sido el mejor base del equipo de baloncesto de Tempe, en la época en que estudiaba en Arizona. Me pareció encantador que un tipo de metro sesenta hubiera sido elegido para jugar en un equipo de baloncesto, y nos despedimos como amigos. Fue un detalle que me animó. No se hubiera permitido confraternizar de aquella manera conmigo de no haber estado seguro de que Essie iba a mejorar.

Aunque no me di cuenta entonces de lo mucho que iba a tener que mejorar.

Seguía todavía bajo la burbuja presurizada, lo que me ahorró constatar lo derrotada que estaba. La enfermera del turno matutino se retiró al salón después de aconsejarme que no cansara a Essie, y hablamos un momento. En realidad fue poco lo que dijimos. S. Ya. es poco comunicativa. Me preguntó qué noticias había de la Factoría Alimentaria, y después de facilitarle varias sinopsis de treinta segundos me preguntó qué noticias había de la fiebre. Después de contestar con rodeos a su pregunta de una sola frase, me di cuenta de lo mucho que la fatigaba hablar, y de que no debía cansarla.

Pero ella seguía hablando, y lo hacía con coherencia, sin dar muestras de estar preocupada, por lo que volví a mi consola y a mi trabajo.

Había, como de costumbre, un buen montón de informes con los que vérselas y varias decisiones que tomar. Al acabar escuché el último informe de Albert acerca de la Factoría, y después decidí que era hora de irse a la cama.

Estuve tumbado un buen rato. No estaba inquieto. Ni tampoco cansado. Pero estaba dejando que la tensión me consumiera. Oía como la enfermera del turno de noche se movía por el cuarto de estar. Por otra parte, de la habitación de Essie me llegaba el constante y débil zumbido y el gorgoteo de los aparatos que la mantenían con vida. Me estaban ocultando algo; podían engañarme a su antojo. Yo por mi parte no había conseguido asimilar aún el hecho de que cuarenta y ocho horas antes Essie había estado muerta. Kaput. Sin vida. De no haber sido por el Certificado Médico Completo y mucha suerte, en aquellos momentos hubiera estado eligiendo la ropa para el funeral.

Y en mi mente, un reducido grupo de células que habían comprendido lo que todo aquello significaba, no hacía más que sugerir... bueno, quién sabe, quizás hubiese sido lo mejor; tal vez hubiera valido más que no la rescatasen.

Esto no tenía nada que ver con el hecho de que amara a Essie; y mucho, además. No le deseaba más que lo mejor, y me había quedado hundido al enterarme de que estaba tan malherida. Aquella escasa minoría de mi cerebro pensaba por sí sola. Cada vez que se planteaba la cuestión, la inmensa mayoría votaba que amaba a Essie, sin importarle cómo o qué se le preguntase.

Nunca he estado seguro del significado de la palabra «amor». Sobre todo en relación a mí mismo. Justo antes de quedarme dormido pensé un momento en llamar a Albert para que me lo explicara. Pero no lo hice. Albert no era el programa adecuado para hacerlo, y no quería volver a empezar con el que sí lo era.

Las sinopsis continuaban llegando, y yo seguía el desarrollo de la singladura de la Factoría Alimentaria sin poder evitar el sentirme completamente desfasado. Unos cuantos siglos antes, los dominadores del mundo ingleses y españoles dirigían las operaciones a más de un mes de distancia de los frentes. Sin cables, sin satélites. Sus órdenes salían con los barcos y las respuestas llegaban cuando podían. Hubiera deseado compartir sus métodos. Los cincuenta y cinco días que nos separaban de los Herter-Hall se me hacían eternos. Aquí estaba yo en Gante, y allí estaban ellos, como Andy Jackson zurrando a los ingleses a base de bien, semanas después de que decretara el fin de la guerra en Nueva Orleans. Por supuesto que les había enviado órdenes instantáneas acerca de cómo tenían que actuar y qué tenían que preguntarle al chico, Wan. Qué hacer para conseguir desviar a la Factoría de su ruta. Y a más de cinco mil unidades astronómicas de distancia ellos hacían lo que se les ocurría, y cuando les llegaban mis órdenes habían decidido ya todos los problemas.

A medida que Essie mejoraba, mejoraba mi estado de ánimo. Su corazón latía por sí solo. Sus pulmones volvían a respirar. Le retiraron el pulmón de acero y pude tocarla y besarla en la mejilla, y ella iba tomando nuevamente interés por lo que acontecía. De hecho, no lo había perdido; cuando le dije que era una lástima que se hubiera perdido su conferencia, me sonrió y me dijo:

- Está todo grabado, cariño; la he estado grabando mientras estabas tan ocupado.

- Pero si no podías ni leer...

- ¿Eso crees? ¿Y por qué no? Te construí un programa «Robinette Broadhead» para tu uso particular, ¿no? ¿Es que no sabías que me había grabado mi propio programa? La conferencia la realizaron a base de proyecciones holográficas, y el programa S. Ya. Lavorovna-Broadhead leyó todo el texto. Con bastante acierto, además. Incluso contestó ciertas preguntas - se jactó -, sirviéndose de tu programa Albert Einstein.

La verdad es que es una persona sorprendente, eso lo he sabido siempre. El único problema es que siempre espero que lo sea, y cuando hablé con el doctor, me dejó

abatido. Me tropecé con él cuando se dirigía de vuelta al Hospital General de Mesa, y le pregunté si podía llevármela a casa. Vaciló mientras me observaba a través de sus lentillas azules.

- Probablemente - dijo -, pero no sé si es usted consciente de la gravedad de sus lesiones, señor Broadhead. Lo único que sucede ahora es que ella está haciendo acopio de energías de reserva. Va a necesitarlas.

- Bien, eso ya lo sé. Habrá que hacerle una operación.

- No, señor Broadhead, una no. Me temo que su esposa va a pasarse los dos próximos meses entre quirófanos y salas de recuperación. Y no quiero que usted piense que los resultados son una cuestión asegurada de antemano - me advirtió -. Hay riesgo en cada una de las operaciones, y va a tener que enfrentarse a algunas muy peliagudas. Cuidela, señor Broadhead. Pudimos reanimarla después de un paro cardíaco. Pero no puedo garantizarle que eso vaya a ocurrir siempre.

Así que entré para ver a Essie, y cuidarla, con un ánimo menos esperanzado.

La enfermera estaba junto a la cama, y las dos miraban las grabaciones de la conferencia de su programa en la pantalla bidimensional. Desde que habíamos conectado la pantalla de Essie a la proyectora de hologramas que yo me había hecho traer a mi cuarto, había instalada una bombilla de color amarillo que servía para llamarme. Ahora, parecía que Harriet tenía algo que decirme. Pero podía esperar, sólo cuando la luz empezaba a lanzar destellos y a cambiar a rojo se trataba de algo de importancia. Y por el momento, sólo Essie ocupaba el primer lugar entre todos mis asuntos prioritarios.

- Déjanos unos momentos, Alma - dijo Essie.

La enfermera me miró e hizo un gesto de «¿Por qué no?», y yo me senté en la silla que había junto a la cama y le tomé la mano.

- Es agradable poder volver a tocarte - dije.

Essie tiene un sentido de humor bastante rudo. Fue agradable oírlo decir:

- Podrás tocar más dentro de un par de semanas. De momento, no me opongo a que me beses.

Por supuesto que la besé, e imagino que con la suficiente fuerza como para que los aparatos registraran algo, porque la enfermera asomó la cabeza para ver qué pasaba, pero no nos interrumpió. Lo interrumpimos nosotros. Essie levantó su mano derecha - la izquierda seguía bajo los vendajes, que le cubrían Dios sabía qué - y se apartó de los ojos sus cabellos rubios.

- Muy agradable - confesó -. ¿Quieres oír lo que Harriet tiene que contarte?

- No de una manera especial.

- Mentira - dijo -; has estado hablando con el doctor Ben, ya veo, y te ha dicho que seas amable conmigo. Pero tú siempre lo eras, Robin, sólo que no todo el mundo es capaz de advertirlo - me sonrió y volvió la cara hacia la pantalla -. ¡Harriet! - llamó - Robin está aquí.

No supe hasta aquel momento que mi secretaria respondía a las órdenes de mi mujer igual que a las mías. Ni tampoco había sabido hasta entonces que podía echar mano de mi programa científico. Sin yo tener noticia, por cierto. Cuando el rostro alegre y esforzado de Harriet llenó la pantalla, le dije:

- Si son negocios, ya me ocuparé más tarde, a menos que sea algo que no pueda esperar.

- Oh, no, nada de eso - dijo Harriet -. Pero Albert quiere hablarte desesperadamente. Tiene noticias interesantes de la Factoría Alimentaria.

- Me ocuparé de ello en la habitación de al lado - empecé, pero Essie puso su mano en la mía.

- No, Robin, hazlo aquí, a mí también me interesa.

Así pues, le dije a Harriet que adelante, y nos llegó la voz de Albert, pero no su rostro.

- Echadle un vistazo a esto - se le oyó decir.

Y la pantalla se llenó con una especie de retrato de familia. Un hombre y una mujer - no exactamente -, un macho y una hembra de pie, uno junto al otro. Tenían rostros, brazos y piernas, y la hembra tenía pechos. Los dos tenían barbas ralas y pelo largo recogido en trenzas, e iban envueltos en una especie de sari con motas de color que brillaban sobre la tela mate.

Contuve el aliento. Las fotos me habían sorprendido.

Albert apareció en el ángulo inferior de la pantalla.

- No son reales, Robin, sino solamente imágenes creadas por la computadora de a bordo a partir de la descripción de Wan. Pero el muchacho dice que son bastante exactas.

Tragué saliva y miré a Essie. Tuve que controlar la respiración antes de preguntar:

- ¿Es así... es así como son los Heechees?

Él frunció el ceño y mordió la boquilla de la pipa. Las figuras de la pantalla giraron solemnemente como si bailaran una lenta danza folklórica, para que pudiéramos verles desde todos los ángulos.

- Existen algunas anomalías, Robin. Por ejemplo, está la conocida cuestión del trasero de los Heechees. Poseemos mobiliario Heechee, como por ejemplo los asientos que hay frente a las consolas de las naves. De ellas se dedujo que el trasero de los Heechees no es como el de los humanos, porque parece haber espacio para una estructura pendulante de gran tamaño, quizás un tronco dividido en dos como el de una avispa, colgando bajo la pelvis y entre las piernas. No hay nada de eso en la imagen computerizada. Pero, Robin...

- Si tuvieras tiempo podrías explicármelo - adiviné.

- Seguro que sí, Robin. Pero existe una ley en lógica que creo que conoces. En ausencia de evidencias es mejor quedarse con la teoría más simple. Sólo sabemos de dos razas inteligentes en la historia del universo. Esa gente no es de los nuestros; la forma del cerebro, y en particular la de la mandíbula, es distinta. Se trata de un arco triangular, más parecido a la de un mono que a la de un hombre, y los dientes también presentan anomalías. Así que es probable que sean los otros.

- Es más bien espeluznante - terció Essie con suavidad.

Y, la verdad, lo era. Sobre todo para mí, ya que podía considerarse competencia mía. Había sido yo el que les había ordenado a los Herter-Hall que fueran allí a explorar, y si durante el proceso se tropezaban con los Heechees...

No estaba preparado para pensar en lo que podía pasar.

- ¿Tienes algo nuevo en relación a los Difuntos?

- Seguro que sí, Robin. Mira esto - dijo asintiendo con la blanca cabeza. Las figuras desaparecieron y un texto surgió en la pantalla:

INFORME DE LA MISIÓN

Nave 5-2, viaje 08D31. Tripulación: A. Meacham, D. Filgren, H. Meacham.

La misión era un experimento científico, con la tripulación mínima para permitir un suplemento de instrumentación y equipamiento computerizado adicional. Tiempo máximo de supervivencia estimado en 800 días. Nada se ha sabido de la nave después de 100 días. Se la supone perdida.

- Sólo ofrecían una bonificación de cincuenta mil dólares, no mucho, pero fue una de las primeras de Pórtico - dijo la voz de Albert, en off, por encima del texto -. El tripulante que aparece como «H. Meacham» ha resultado ser el Difunto que Wan llama «Henrietta». Era una especie de astrofísica, ya me entiendes, de ésas con la cabeza llena de discursos, de lo que presumían. Trataba de defender su disciplina diciendo que era más psicología que física, y se fue a Pórtico. El primer nombre del piloto era Doris, lo que concuerda, y la otra persona era el marido de Henrietta, Arnold.

- Así que habéis identificado a uno. ¿Son reales, de verdad?

- Seguro que sí, Robin. Con toda probabilidad. Aunque a veces esos Difuntos sean algo irracionales - se quejó, reapareciendo en pantalla -. Y como tampoco tenemos oportunidad de interrogarlos directamente... La computadora de a bordo no sirve para ese trabajo. Pero, además de la confirmación de los nombres, la misión parece la correcta. Se trataba de una investigación astrofísica, y la conversación de Henrietta incluye referencias constantes a tal materia, dejando de lado las alusiones al sexo, desde luego - pestañeó, rascándose la mejilla con la boquilla de la pipa -. Por ejemplo: «Sagittarius A Oeste», que es una fuente de radio que hay en el centro de la galaxia. O bien «NGC 1199», una galaxia elíptica gigante que forma parte de un racimo. También dice «Velocidad radial media de las agrupaciones globulares», lo que en nuestra propia galaxia es algo así como cincuenta kilómetros por segundo. O bien, «graves alteraciones...»

- No hace falta que me des toda la lista - le dije de mal humor -. ¿Sabes qué significa todo eso? Quiero decir, al hablar de ello, ¿de qué estás hablando, en resumidas cuentas?

Una corta pausa; no estaba añadiéndole literatura al asunto, eso ya lo había hecho.

- Cosmología - dijo -. Específicamente creo que habla de la famosa controversia Hoyle-Opic-Gamow; esto es, si el universo es abierto, cerrado, finito o cíclico. De si se encuentra en un estado uniforme o si empezó con un estallido.

Se detuvo otra vez, en esta ocasión para darme tiempo para pensar. Cosa que hice sin demasiado éxito.

- No es muy alentador, ¿verdad? - dije.

- Tal vez no, Robin. Aunque tiene que ver con tus preguntas acerca de los agujeros negros.

Maldito sea tu corazón de calculadora, pensé, aunque no llegué a decir nada. Me miraba inocente como un cordero, dándole chupadas a su vieja pipa, tranquilo y serio.

- Eso es todo por el momento - ordené.

Y mantuve mis ojos fijos en la pantalla en blanco durante bastante rato después que hubo desaparecido, por si a Essie se le ocurría preguntarme qué era lo que estaba tratando de averiguar en relación a los agujeros negros.

Pero no me preguntó nada. Simplemente volvió a tumbarse, mirando los espejos del cielo raso. Al poco, dijo:

- Cariño, ¿sabes qué me gustaría?

Yo estaba listo.

- ¿Qué, Essie?

- Me gustaría poder rascarme.

Todo lo que acerté a decir fue «Oh». Me sentí desinflado. O más bien me quedé atascado. Me había preparado para autojustificarme - eso sí, con todo tipo de amabilidades y cuidados, teniendo en cuenta la pobre condición en que se encontraba Essie - y ahora no tenía que defenderme de nada. La tomé de la mano.

- Estaba preocupado por ti - confesé.

- Yo también - fue su sincera respuesta -. Dime, Robin, ¿es verdad que la fiebre la provoca una especie de radiación mental Heechee?

- Sí, algo parecido, creo. Albert dice que es electromagnética, y eso es todo lo que sé.

Le acaricé las venas del dorso de la mano y se movió inquieta, sólo de cuello para arriba, no obstante.

- Siento aprensión frente al tema de los Heechees, Robin.

- Bueno, eso demuestra sensatez. Incluso valentía, porque lo que es yo, estoy cagado de miedo.

Y era verdad. De hecho, estaba temblando. La pequeña bombilla amarilla parpadeó en el ángulo inferior de la pantalla.

- Alguien quiere hablar contigo, Robin.

- Que esperen. Da la casualidad que estoy hablando con la mujer a la que amo.

- Gracias, Robin. Pero, si tienes tanto miedo como yo, ¿por qué sigues adelante?

- ¿Y qué otra posibilidad tengo, cariño? Ante mí se abren cincuenta y cinco días de tiempo muerto. Lo que hemos oído ya es historia, de hace veinticinco días. Si ahora les dijera que dieran media vuelta y volvieran a casa, pasarían veinticinco días antes de que recibieran la orden.

- Seguramente, sí. Pero si pudieras, ¿pararías todo este asunto?

No le contesté. Me sentía bastante raro, algo asustado, de una manera que no acostumbro.

- ¿Y si no les gustamos a los Heechees? - me preguntó.

¡Esa sí que era buena pregunta! Me la había venido haciendo a mí mismo desde el primer día en que consideré la posibilidad de embarcarme en una nave de prospección de Pórtico para salir a explorar yo solo. ¿Qué pasaría si nos tropezábamos con los Heechees y no les gustábamos? ¿Y si nos espachurraban como a moscas, si nos torturaban, si nos esclavizaban, si hacían experimentos con nosotros o si, simplemente, nos ignoraban? Con mis ojos fijos en el bulbo amarillo que comenzaba a parpadear despacio, le contesté maternalmente:

- Bueno, no es demasiado probable que vayan a hacernos daño, la verdad.

- ¡Robin, no necesito que trates de tranquilizarme!

Estaba evidentemente nerviosa, y yo también. Algo debieron de registrar sus aparatos, porque la enfermera volvió a asomarse, se detuvo dubitativamente en el umbral y volvió a marcharse.

- Essie, ¿te acuerdas del año pasado en Calcuta?

Habíamos ido a uno de sus seminarios, y tuvimos que acortar nuestra estancia porque no pudimos soportar la vista de aquella abyecta ciudad de cientos de millones de pobres.

Ella me miraba con un mohín de preocupación.

- Sí, ya sé, el hambre. Siempre ha habido hambre, Robin.

- ¡Pero no como ahora! ¡No como la que se va a desatar dentro de poco si no le ponemos remedio ya! El mundo rebosa gente. Albert dice... - me detuve; no quería contarle lo que Albert decía.

Siberia había agotado su producción de alimentos, y sus debilitados campos empezaban a parecerse al desierto de Gobi por culpa de la sobrecarga. La capa de suelo cultivable en el medio oeste americano había quedado reducida a unas pocas pulgadas, e incluso las minas de alimentos empezaban a tener problemas para cubrir las demandas. Lo que me había dicho Albert es que apenas quedaba comida para diez años.

La señal luminosa había pasado a rojo y empezaba a emitir rápidas intermitencias, pero yo no deseaba interrumpir lo que estaba diciendo.

- Essie, si conseguimos que la Factoría Alimentaria funcione podremos dar alimentos CHON a toda esa gente que se está muriendo de inanición, y eso significa acabar con el hambre para siempre. Y esto es sólo el principio. Si damos con la clave que nos permita construir naves como las de los Heechees y las llevamos adonde queramos, podremos colonizar planetas, muchos planetas. Aún más. Con tecnología Heechee podemos convertir todos los asteroides del sistema solar en nuevos Pórticos. Podemos construir habitáis en el espacio. Lugares parecidos a la Tierra. ¡Podremos crear paraísos para una población un millón de veces superior a la de Tierra, y para el próximo millón de años!

Me callé porque me di cuenta de que estaba hablando demasiado. Me sentí triste y presa de delirios, preocupado y... lascivo; y por la expresión de Essie, también ella parecía estar experimentando algo raro.

- Obras son amores, Robin - empezó.

Y fue lo más que consiguió decir. La señal luminosa era ahora de color rojo rubí, y latía como el cuarzo; y entonces brilló por última vez y el rostro preocupado de Albert apareció en pantalla. Jamás había supuesto que podía aparecer sin que se le hubiese llamado.

- ¡Robin! - gritó - ¡Hay una nueva emanación de la fiebre!

Me incorporé temblando.

- ¡Pero si no es tiempo! - objeté estúpidamente.

- Pues ha sucedido y es bastante extraño, Robin. Alcanzó su punto álgido... déjame ver... sí, hace menos de cien segundos. Y creo que, sí - asintió como si estuviera escuchando una voz inaudible -, que está desapareciendo.

Y, de hecho, ya me sentía menos raro. Nunca un ataque había sido tan corto, y ninguno se le había parecido. Aparentemente, alguien más estaba probando el diván.

- Albert, envía un mensaje con prioridad a la Factoría Alimentaria. Repíteles constantemente que cesen de inmediato de efectuar nuevas pruebas en el diván, cualquiera que sea el propósito. Que lo desmantelen, si es posible, sin causarle daños irreversibles. Les rescindiremos el contrato y les dejaremos sin sueldo ni bonificaciones si hay una nueva intenciona de usar el diván, ¿de acuerdo?

- Ya está de camino, Robin - dijo antes de desaparecer.

Essie y yo nos miramos un instante.

- Pero no le has dicho nada de que abandonen la misión y den media vuelta - dijo Essie finalmente.

Me encogí de hombros.

- Eso no cambiaría las cosas.

- No, y me has dado buenas razones - admitió -. ¿Pero eran tuyas esas razones, Robin?

No le contesté.

Sabía qué pensaba Essie de mis razones para exhortar a que se continuara la exploración de la estación Heechee, sin parar mientes en la fiebre, los costes o los riesgos. Ella creía que mis razones tenían un nombre, que era el de Gelle-Klara Moynlin. Y a veces yo mismo dudaba que se equivocara al respecto.

7 - EL PARAÍSO HEECHEE

No importa en qué dirección se moviera Lurvy en el interior de la nave: siempre tenía delante la pantalla de navegación moteada de gris. La pantalla no le mostraba nada que pudiera reconocer, pero aquel vacío le resultaba familiar.

Mientras viajaron a velocidad más rápida que la luz, de camino al Paraíso Heechee, estuvieron solos. El universo en torno suyo estaba vacío, a excepción de aquel gris granuloso y cambiante. Ellos eran el universo. Ni siquiera durante el largo viaje a la Factoría Alimentaria había estado tan solo. Al menos había habido estrellas. También planetas. Pero en el espacio tau - en el irracional espacio por el que las naves Heechees volaban, o atravesaban o circunnavegaban, fuera éste del tipo que fuera - no había nada. Las últimas ocasiones en que Lurvy había estado en un vacío semejante había sido durante sus misiones para Pórtico, y aquéllos no eran precisamente recuerdos placenteros.

La nave de Wan era con diferencia la mayor que había visto. La más grande de las de Pórtico podía llevar cinco personas. Ésta podía albergar veinte o más. Comprendía ocho compartimientos separados. Tres de ellos eran de almacenaje, y se llenaban automáticamente (les había dicho Wan) con los productos de la Factoría Alimentaria mientras estaba allí amarrada. Dos parecían camarotes, pero desde luego no para seres humanos. Si es que las literas que asomaban en las paredes eran realmente literas, pues resultaban demasiado pequeñas para un humano adulto. Wan dio a conocer una de las habitaciones como la suya propia, a la que invitó a Janine para compartirla con ella. Cuando Lurvy vetó la propuesta, él se sometió de mal humor, y decidieron instalarse los chicos a un lado y las chicas en otro. La habitación de mayor tamaño, sita en el centro exacto de la nave, tenía la forma de un cilindro cerrado por ambos extremos. No tenía suelo ni techo, si se exceptuaba la diferenciación que entre ambos proporcionaban tres

asientos, sujetos a la superficie de la pared y enfrentados a los paneles de control. Como la superficie era curva, los tres asientos estaban inclinados los unos hacia los otros. Eran de diseño bastante sencillo, del tipo con el que Lurvy había pasado cuatro meses: dos planchas de metal liso unidas en forma de V.

- En las naves de Pórtico acostumbrábamos a atar una lona de plancha a plancha - sugirió Lurvy.

- ¿Qué es «lona»? - preguntó Wan; y cuando se lo hubieron explicado, dijo -: ¡Qué buena idea! Eso haré en el próximo viaje. Puedo tomar el material prestado de los Difuntos.

Como en todas las naves Heechees, los controles eran casi totalmente automáticos. Había una docena de ruedas radiadas que formaban una hilera vertical, con luces de colores en cada rueda. Cuando se las hacía girar (no en pleno vuelo, por supuesto; eso era un suicidio seguro), las luces cambiaban en color e intensidad, dibujando bandas de luz y sombra como si se tratara de las líneas de un espectro. Representaban los objetivos de viaje. Ni siquiera Wan podía leerlos, y Lurvy y los demás, aún menos. Pero desde la época de Lurvy en Pórtico, con gran pérdida de vidas humanas, los grandes cerebros electrónicos habían acumulado una buena cantidad de datos al respecto. Determinados colores significaban una magnífica oportunidad de conseguir un destino que valiera la pena. Algunos hacían referencia a la duración del viaje seleccionado. Otros - la mayoría - habían sido clasificados como números negativos, porque toda nave que había entrado en el hiperespacio con esos números en el selector, se había quedado en él, o por lo menos en algún otro sitio. O al menos no había vuelto a Pórtico. Sin haber recibido órdenes en ese sentido, y sin que fuera lo acostumbrado, Lurvy se dedicó a fotografiar cada fluctuación que apareciera en los colores o en la pantalla de navegación, incluso cuando la pantalla no mostraba nada que a ella le pareciera digno de ser fotografiado. Una hora después de haber partido de la factoría, las estrellas comenzaron a concentrarse en un punto de brillo parpadeante. Habían alcanzado la velocidad de la luz. Y después, desapareció también el punto. La pantalla tomó la apariencia de un barro gris agujereado por las gotas de lluvia, y así se quedó.

Para Wan, naturalmente, la nave era algo así como el autobús escolar de toda la vida, usado para desplazarse yendo y viniendo desde que había tenido la edad y la fuerza suficiente para desplazar la teta del selector. Paul no había estado nunca con anterioridad en una nave Heechee, y pasó algunos días atónito por completo. Tampoco Janine había estado antes en una nave Heechee, pero una nueva maravilla no era ninguna novedad en su corta vida. Para Lurvy la cosa era distinta: aquélla era una versión corregida y aumentada de las naves en que había ganado sus brazaletes de prospectora, lo cual hacía también que aumentara su miedo.

No podía evitarlo. No lograba autoconvencerse de que aquella nave, era, a fin de cuentas, un transbordador de línea regular. Había adquirido demasiados temores al lanzarse al vacío como piloto de Pórtico. Se obligó a sí misma a recorrer el vasto espacio de que disponía - relativamente vasto, ¡casi ciento cincuenta metros cúbicos! -; y se preocupó. La terrosa pantalla no era lo único que le obsesionaba: por un lado estaba el contenedor de color oro que se suponía contenía el propulsor MRL, y que explotaba si se intentaba abrirlo. Estaba también la espiral de cristal dorado que se calentaba (nadie sabía porqué) de vez en cuando, y que se iluminaba con un débil resplandor caliente al inicio y al final de cada viaje, y también en otro momento crucial.

Era ése el momento que Lurvy esperaba. Y cuando, exactamente a los veinticuatro días, cinco horas y cincuenta y seis minutos de haber abandonado la Factoría Alimentaria, la espiral se encendió y comenzó a iluminarse, no pudo evitar dejar escapar un suspiro de alivio.

- ¿Qué pasa? - preguntó Wan con suspicacia.

- Eso quiere decir que estamos a mitad de camino - respondió Lurvy anotando la hora en el cuaderno -. Este es el punto que señala la mitad del recorrido. Es la señal que esperas en las naves de Pórtico. Si alcanzas ese punto habiendo consumido sólo una cuarta parte de tus víveres, entonces estás seguro de no quedarte sin y morirte de hambre.

- ¿Es que no me crees, Lurvy? - se quejó Wan -. No nos moriremos de hambre.

- Es agradable poder estar seguro - le sonrió; y de pronto dejó de sonreír al pensar en como sería el lugar de destino.

De esta manera siguieron procurando evitar todo tipo de fricciones lo mejor que pudieron, sacándose de quicio unos a otros constantemente. Paul enseñó a Wan a jugar al ajedrez, a mantenerse ocupado sin pensar en Janine. Wan volvía una vez y otra sobre todo aquello que podía contarles acerca del Paraíso Heechee, a veces con paciencia, las más de las veces perdiendo los estribos.

Dormían tanto como podían. En la estrecha litera junto a Paul, los jóvenes humores de Wan bullían y fluían. Se revolvía nervioso y se daba la vuelta a cada una de las débiles y casuales aceleraciones de la nave, deseando estar solo para poder hacer aquellas cosas que parecían estar prohibidas en público, o mejor, con el deseo de estar a solas con Janine, para poder hacer todas aquellas cosas aún más agradables que Tiny Jim y Henrietta le habían descrito. Le había preguntado a Henrietta en numerosas ocasiones cuál era el papel que desempeñaba la hembra en la cópula. Era una pregunta a la que ella siempre respondía, incluso cuando se mostraba reacia a hablar en general; pero nunca lo hacía de tal manera que lo que decía le resultara útil a Wan. Independientemente de cómo iniciara las frases, éstas acababan volviendo indefectiblemente, y lacrimosamente, al tema de las terribles traiciones de que su marido la hacía objeto con aquella putilla, Doris.

No sabía realmente cuáles eran las diferencias físicas entre el macho y la hembra. Fotos y palabras no lo aclaraban. Hacia el final del viaje, la curiosidad venció a la falta de información y les pidió a Lurvy y a Janine que cualquiera de ellas le permitiera comprobarlo por sí mismo. Aunque fuera sin tocar.

- ¡Pero serás cerdo! - sentenció Janine. Pero no estaba enojada; al contrario, sonreía -. Espera que te llegue el momento, chico, y podrás tocar cuanto quieras.

Pero a Lurvy no le hizo ninguna gracia, y después de que

Wan se alejara desconsolado tuvo una larga conversación a solas con su hermana. Al menos, tan larga como lo toleró Janine.

- Lurvy, cariño - dijo ésta por fin -, eso ya lo sé. Ya sé que sólo tengo quince años, bueno, casi, y que Wan no es mucho mayor. Tengo muy claro que no me quiero quedar preñada a cuatro años de distancia de cualquier médico, y teniéndonos que enfrentar con montones de cosas que desconocemos. Todo eso ya lo sé. Ya sé que piensas que no soy más que tu hermanita pequeña. Vale, es lo que soy. Pero resulta que tienes una hermanita pequeña bastante espabilada. Cuando dices algo que vale la pena, te escucho.. Así que puedes irte a la porra, querida Lurvy.

Sonriendo tranquilamente se fue tras Wan, y entonces se detuvo, volvió y besó a Lurvy.

- Papá y tú, me sacáis de quicio los dos. Pero os quiero mucho. Y a Paul, también.

Lurvy sabía que no era sólo culpa de Wan. Todos olían a rayos. Entre sus sudores y secreciones había feromonas suficientes como para poner cachondo a un monje, y con más razón a un impresionable muchacho aún virgen. Y de eso no tenía la culpa Wan. Más bien todo lo contrario. De no haber insistido él, hubieran cargado menos agua en la nave, con lo cual, estarían todavía más sucios y sudorosos de lo que estaban después de sus aseos racionados. Ahora que pensaba en ello, se daba cuenta de que habían partido de la Factoría Alimentaria demasiado impulsivamente. Payter llevaba razón.

Con bastante sorpresa por su parte, Lurvy se percató de que echaba en falta al viejo. En su nave, habían estado absolutamente distantes el uno del otro. ¿Qué estaría haciendo? ¿Estaría bien? Habían tenido que llevarse consigo la unidad de bioanálisis: sólo tenían una, y cuatro la necesitaban más que uno. Lo cual no había sido realmente un acierto, ya que en tanto no pudieran volver a establecer contacto con Vera desde el Paraíso Heechee, la unidad no sería más que un amasijo de cables inmóvil. Y mientras tanto, ¿qué le sucedería a su padre?

Lo curioso del caso es que Lurvy quería al viejo, y creía que él también a ella. Lo había mostrado con todo tipo de manifestaciones salvo las verbales. Había sido su ambición y su dinero lo primero que les había puesto de camino hacia la Factoría Alimentaria, al pagarles la cuota de aspirantes, rascando, para conseguirlo, no solo el fondo de sus bolsillos, sino también de su ambición. Había sido su dinero lo que le había permitido a ella ir a Pórtico la primera vez, y cuando las cosas se le pusieron feas, no se lo reprochó. O, como mínimo, no demasiado e indirectamente.

Al cabo de seis semanas en el interior de la nave de Wan, Lurvy empezó a adaptarse. Se sentía incluso bastante cómoda, dejando de lado los olores y los malos humores; al menos, se sentía tan cómoda como le permitían los malos recuerdos que le habían dejado los viajes con los que había adquirido sus cinco brazaletes en Pórtico. Había muy pocas cosas buenas que recordar al respecto.

Su primer viaje había sido un desastre. Catorce meses, entre la ida y la vuelta, para llegar finalmente a la órbita de un planeta que había sido devorado por las llamas de una nova. Tal vez en algún tiempo hubiera habido algo allí, pero no había nada cuando Lurvy llegó, desoladamente sola y hablando consigo misma en su nave monoplaza. Aquello la escarmentó de volver a aceptar misiones individuales, y su siguiente vuelo fue en una tres. No había sido un cambio para mejor. Ninguno de los vuelos que siguieron al primero fue mejor. En Pórtico ganó cierta fama, convirtiéndose en un objeto de curiosidad; ostentaba el récord de más viajes realizados con el índice más bajo de beneficios. No era un honor que le agradara, pero la cosa fue aún peor en su último viaje.

Aquello sí que fue un desastre. Cuando todavía no habían llegado a su objetivo, despertó al horror después de un sueño agitado y en absoluto reparador. La mujer que se había convertido en su mejor amiga flotaba junto a ella bañada en sangre, y la otra yacía muerta un poco más allá, y los dos hombres, que constituían el resto de la tripulación de la Cinco, estaban enzarzados en un cuerpo a cuerpo a muerte, entre gritos y navajazos.

Las normas de la Corporación de Pórtico establecían que todo pago resultante de un viaje tenía que dividirse a partes iguales entre los supervivientes. Al parecer, su compañero de tripulación Stratos Kristianides había decidido ser el único superviviente.

En la actualidad ya no vivía. Perdió la batalla frente al otro tripulante, Héctor Possanbee, el amante de Lurvy. El vencedor, junto con Lurvy, siguió adelante para encontrar... nada, nuevamente. Un gigante gaseoso en llamas, lastimero acompañante de una estrella tipo M con la que formaba un sistema binario. Y no hubo manera de acercarse sin perecer al único planeta del sistema, una especie de Júpiter cubierto de metano.

Lurvy había vuelto a la Tierra con el rabo entre las piernas, después de aquel último viaje, sin más oportunidades a la vista. Había sido Payter quien le había proporcionado aquella nueva oportunidad, y no creía que hubiese podido encontrar ninguna otra. Los ciento y pico mil dólares que le había costado pagarle a ella el pasaje a Pórtico habían mellado considerablemente el capital que él había ido ahorrando durante los sesenta o setenta años - ignoraba cuántos años tuviera el viejo - de su vida. Y le había fallado. No solo a él. Y ella acabó por aceptar que, al margen de su amabilidad y de la imposibilidad

de que la odiara, el viejo la quería, quería a su hija de verdad, y también, con cariño y sin duda, a Paul y a la tonta de Janine. Payter les quería a todos a su manera.

Y no era mucho lo que recibía a cambio, juzgó Lurvy.

Acarició con afecto sus cinco brazaletes: habían costado mucho de conseguir.

No se engañaba a sí misma con respecto a su padre, ni con respecto a lo que les aguardaba todavía.

Hacer el amor con Paul le ayudó a pasar el tiempo; eso cuando conseguían convencerse mutuamente de que podían pasar un cuarto de hora sin vigilar a los jóvenes. Pero no le resultaba igual que hacerlo con Héctor, el hombre que había sobrevivido con ella al último viaje de Pórtico, el hombre que la había pedido en matrimonio. El hombre que le pidió embarcarse una vez más con él para construir una nueva vida juntos. Bajo, robusto, siempre activo, siempre alerta, una dinamo en la cama, atento y paciente cuando ella estaba enferma, irritada o asustada; había mil razones por las que hubiera aceptado casarse con él. Y sólo una, en realidad, para no hacerlo. Al despertar de aquel terrible sueño encontró a Héctor y Stratos peleando. Mientras los observaba, Stratos murió.

Héctor le explicó que Stratos había enloquecido y había intentado matarlos a todos. Pero ella estaba dormida cuando la reyerta empezó. Uno de los hombres había tratado, obviamente, de acabar con sus compañeros.

Pero jamás supo con certeza cuál de los dos.

Él se le declaró en el peor momento, un día antes de llegar a Pórtico, durante el lastimoso viaje de vuelta.

- Estamos mucho mejor juntos, Dorema - le dijo mientras la rodeaba consoladoramente con sus brazos -. Nosotros solos sin nadie más. Creo que no hubiera podido soportar esto con los demás alrededor. ¡Habrás más suerte la próxima vez! Así que, ¿por qué no nos casamos?

Ella clavó la barbilla en el hombro de él, duro, cálido, color chocolate.

- Tengo que meditarlo, cariño - le contestó ella mientras sentía en su nuca la mano que había matado a Stratos.

De modo que Lurvy se alegró de que el viaje terminara y de que Janine la llamara a gritos, nerviosísima, desde el otro lado de la habitación; la gran espiral de cristal estaba iluminada con rayos de hiriente luz dorada, la nave avanzaba a trompicones en una dirección u otra, la película gris moteada había desaparecido de la pantalla, y había estrellas. Más que eso, lo que había era un objeto de brillo azulado entre el fondo monótono de color gris. Tenía forma de limón y rotaba lentamente, y Lurvy no pudo hacerse una idea exacta de su tamaño hasta que observó que la superficie del objeto no era uniforme. Había finas protuberancias apuntando aquí y allí, y reconoció las más pequeñas como naves de las del tipo de Pórtico: Unos, Tres, e incluso una Cinco, allí, sí. ¡El limón aquel debía de medir más de un kilómetro de largo! Wan, sonriendo con orgullo, se instaló en el asiento central de pilotaje - lo habían cubierto con lona sobrante, ardid que nunca se le había ocurrido a Wan - y sujetó las palancas del control de aterrizaje. Todo lo que Lurvy podía hacer era estarse quieta. Wan se había pasado media vida realizando aquella maniobra. Con una tosca pericia, condujo la nave a bandazos hacia una espiral que sobresalía del limón azulado, en uno de los lentos giros que éste efectuaba, e interceptó uno de los fosos de anclaje, apagó los motores y se volvió en espera de un aplauso. Habían llegado al Paraíso Heechee.

La Factoría Alimentaria resultó ser una nadería en comparación al limón, que era un todo un mundo. Tal vez, al igual que Pórtico, hubiera sido un asteroide; pero de ser así, había sido tan manipulado y remodelado que no quedaba rastro de la estructura original. Tenía kilómetros cúbicos de masa. Era una especie de montaña en rotación. ¡Había tanto que explorar! ¡Tanto que aprender!

¡Y tanto de que asustarse! Anduvieron remoloneando, o paseando, a través de las viejas estancias, y Lurvy notó como apretaba la mano de su marido. Y como él apretaba

la suya. Lurvy se obligó a observarse y a hacer comentarios. Las paredes, a ambos lados, estaban surcadas por venas de color escarlata brillante; el cielo raso era del habitual metal Heechee azul brillante. En el suelo (y era un suelo de verdad; había gravedad allí si bien una décima parte de la gravedad normal de la Tierra), montículos en forma de diamante contenían tierra donde crecían plantas.

- Bayas - dijo Wan con orgullo, por encima del hombro, señalando hacia un arbusto que le llegaba a la cintura y del que colgaban hojas color esmeralda -. Si os apetece, podemos parar y comer unos cuantos.

- Ahora no - dijo Lurvy. A una docena de pasos de distancia, más allá corredor adelante, había otro recipiente para plantas, que contenía unos zarcillos de color verde pizarra y unos matos de apariencia blanda parecidos a coliflores.

- ¿Qué es eso? - preguntó.

Wan se detuvo y la miró. Pensaba, a las claras, que aquélla era una pregunta tonta.

- No son comestibles - dijo con desprecio su voz aguda -. Probad las bayas. Tienen un sabor bastante bueno.

De manera que se detuvieron en un lugar en que dos corredores de estrías rojas se cruzaban y uno de ellos cambiaba a azul. Pelaron las peludas cáscaras de color caqui y mordisquearon, expectativamente al principio, con placer después, los sabrosos jugos de su interior, mientras Wan explicaba la geografía interna de aquel Paraíso Heechee. Aquella era la sección roja, y en la que mejor se estaba. Allí había comida, y buenos lugares donde dormir; la nave estaba cerca y los Primitivos no se acercaban nunca por allí. ¿Es que nunca se alejaban de sus lugares habituales en busca de bayas? ¡Desde luego que sí! Pero nunca venían aquí (y su voz se elevó una octava). Nunca había sucedido. En los azules, sí. Su voz se diluyó, en volumen y tono. Allí los Primitivos iban con cierta frecuencia, o al menos, a ciertos lugares de los pasillos azules. Pero todo aquello estaba muerto. De no ser porque los Difuntos estaban en la zona azul, él no se hubiera ni acercado. Y Lurvy, al mirar hacia el pasillo al que él señalaba, sintió el escalofrío de hallarse en un antiguo recinto. Parecía Stonehenge, Gizeh o Angkor. Hasta los techos eran más oscuros en la zona azul, y las plantas escaseaban y eran más raquílicas. En los verdes, continuó, no se estaba mal del todo, pero no funcionaban correctamente. Los motores del agua no funcionaban. Las plantas morían. Y los pasillos dorados...

Todo el placer que experimentaba al hablar desapareció al hacerlo sobre los dorados. Era allí donde vivían los Primitivos. Porque necesitaba los libros y algo de ropa, pues de lo contrario no iría allí jamás, si bien los Difuntos no hacían más que decirle que fuera. No le gustaba encontrarse con los Primitivos.

Paul aclaró su garganta antes de decir:

- Pues me temo que hemos de hacerlo, Wan.

- ¿Por qué? - exclamó - ¡Si no son interesantes!

Lurvy le puso la mano sobre el brazo.

- ¿Qué pasa, Wan? - le preguntó con amabilidad, observando su expresión. Lo que el chico sentía se veía en su cara; nunca había tenido necesidad de disimular.

- Parece que el chico tiene miedo - comentó Paul.

- El chico no tiene miedo - le contestó Wan -. ¡Es que no entendéis este sitio! ¡No vale la pena ir a los pasillos dorados!

- Wan, cariño, el caso es que hemos de hacer todo lo posible por saber más acerca de los Heechees. No sé si sabría explicarte lo que eso significa para nosotros, pero cuanto menos, significa dinero. Mucho dinero.

- No sabe qué quiere decir dinero - interrumpió Paul con impaciencia -. Wan, presta atención. Vamos a hacer lo siguiente. Dinos cómo podemos hacer para ir los cuatro a explorar los pasadizos dorados.

- ¡Los cuatro es imposible! Una persona sí puede. Yo puedo - rugió.

Estaba molesto y lo demostraba. ¡Paul! Sus sentimientos hacia Paul eran encontrados, y más de la mitad eran negativos. Al hablar con él, Paul elegía las palabras tan cuidadosamente, tan despreciativamente. Como si no le creyera lo suficientemente inteligente como para entenderle. Cuando él y Janine estaban juntos, Paul estaba siempre cerca. Si Paul era una muestra de lo que eran los machos humanos, Wan lamentaba ser uno de ellos.

- ¡He ido a los dorados millones de veces - gruñó -, a por libros, o bayas, o simplemente para observar las tonterías que hacen! ¡Son tan divertidos! Pero tampoco son tontos de remate. Yo puedo ir allí sin correr riesgos. Una persona sola puede hacerlo, pero si vamos todos, seguro que nos ven.

- ¿Y? - preguntó Lurvy.

Wan se encogió de hombros a manera de respuesta. Desconocía la respuesta, pero sabía que su padre había pasado mucho miedo.

- No son interesantes - repitió contradiciéndose.

Janine chasqueó los dedos y echó las bayas vacías a los pies del arbusto.

- ¿Sabéis - suspiró - que sois muy poco prácticos? Wan, ¿hasta dónde llegan los Primitivos?

- Hasta el límite de los dorados, siempre, y a veces se meten en los azules o en los verdes.

- Bien, si les gustan las bayas, y si conoces un lugar al que vayan a buscarlas, ¿por qué no dejamos una cámara allí? Podemos verlos a ellos y ellos no nos verán a nosotros.

Wan gritó triunfante.

- ¡Claro! ¡Lo ves, Lurvy, como no hace falta ir allí! Janine tiene razón, sólo que - dudó -, Janine, ¿qué es una cámara?

A medida que avanzaban, Lurvy tenía que hacer acopio de valor cada vez que cruzaban una intersección, sin poder evitar el echar miradas a los pasillos que seguían en ambas direcciones. Pero no oyeron nada, ni nada vieron que se moviera. El lugar era tan silencioso como la Factoría Alimentaria antes de llegar ellos, y era igual de extraño. O más extraño aún. Los hilillos de luz sobre los muros, los contenedores de cultivos, y sobre todo, el atemorizante pensamiento de que podía haber Heechees vivos en cualquier lugar cerca de ellos. En cuanto hubieron ocultado la cámara en un arbusto de bayas situado en la intersección donde se encontraban pasillos verdes, azules y dorados, Wan los sacó de allí a toda prisa, llevándolos directamente a la habitación en que vivían los Difuntos. Eso era lo que debía hacerse en primer lugar: llegar hasta la radio que les permitiría ponerse en contacto con el resto del mundo. Aun cuando el resto del mundo no fuera más que el viejo Payter, dando vueltas por la Factoría lleno de resentimiento. Si ni tan siquiera conseguían hacer eso, razonó Lurvy, no les quedaría ya nada que hacer allí, excepto volver a la nave y después a casa; no tenía sentido explorar si no conseguían radiar sus informes.

Wan, recobrando el valor en la misma proporción en que se alejaba de los Primitivos, encabezaba la marcha a través, primero, de un trecho verde; después, hacia arriba, ya en la zona azul, hasta llegar finalmente a una puerta también azul.

- Veamos si aún funciona correctamente - dijo con afectación al pisar una placa metálica que había ante ella.

La puerta vaciló, dejó escapar un suspiro y se abrió con un quejido, y Wan, satisfecho, les guió al interior.

Como mínimo, aquel lugar parecía humano. Aunque no dejara de ser extraño. Hasta olía a humano, seguramente porque Wan había pasado aquí la mayor parte de su corta vida. Lurvy tomó una de las minicámaras de Paul y se la echó al hombro. El pequeño aparato susurró mientras la película pasaba ante la lente, al filmar una sala octogonal en que había tres asientos Heechees, dos de ellos rotos, y una sucia pared en que se veían

los instrumentos Heechees, hileras de luces de colores. Había un ligero zumbido, un chasquido apenas perceptible tras aquella pared, a la cual se dirigió Wan.

- Aquí es donde viven los Difuntos - dijo -, si es que «vivir» es la palabra adecuada para describirlo - añadió intentando ser chistoso.

Lurvy apuntó la cámara hacia los asientos y las esferas radiadas que había delante de éstos, y después, hacia un objeto convexo que había debajo de la sucia pared. Estaba a la altura del pecho, y se hallaba montado sobre unos cilindros algo aplanados sobre los que se podía desplazar el objeto con una sola mano.

- ¿Qué es eso, Wan?

- Es lo que los Difuntos utilizan para capturarme de vez en cuando - balbució -. No lo usan muy a menudo. Es muy viejo. Cuando se estropea, tarda una eternidad en autorrepararse.

Paul miró la máquina con desconfianza y se alejó de ella.

- Pon en marcha a tus amigos, Wan - le ordenó.

- Por supuesto, es tan sencillo... - dijo con orgullo -. Si prestáis atención, también vosotros conseguiréis hacerlo.

Se sentó, con un desparpajo que demostraba familiaridad, en el único asiento no roto, y se concentró en los controles.

- Os enseñaré a Tiny Jim - decidió, y tecleó los controles ante sí. Las luces sobre la pared manchada se encendieron después de refulgir un instante, y Wan dijo -: Despierta, Tiny Jim. Hay alguien que quiere verte.

Silencio.

Wan frunció el ceño, miró a los demás por encima del hombro y ordenó acto seguido:

- ¡Tiny Jim! ¡Contéstame inmediatamente!

Apretó los labios y escupió a la pared. Lurvy comprendió qué producía las manchas de la pared, pero no dijo nada.

Una voz cansada sonó por encima de sus cabezas:

- Hola, Wan.

- Eso está mejor - gritó sonriendo a los otros -. Escucha, Tiny Jim, diles a mis amigos algo interesante, o volveré a escupirte.

- Me gustaría que fueras más respetuoso - suspiró la voz -, pero en fin. Veamos. En el noveno planeta de la estrella Saiph hay una antigua civilización. Sus gobernantes forman una curia de «manejadores de mierda» y ejercen el poder limpiando tan sólo los excrementos de aquellas personas que son honestas, trabajadoras e inteligentes y que no dejan de pagar sus impuestos. El día de su festividad principal, a la que denominan con el nombre de Fiesta de San Gautama, las primogénitas de cada familia que sean todavía doncellas, se bañan en aceite de flores, se ponen una avellana entre los dientes y, de modo ritual...

- Tiny Jim - le interrumpió - ¿es verdad lo que nos cuentas?

Pausa.

- Metafóricamente, sí - contestó de mal humor.

- Qué tonto eres - le reprochó Wan -. Me avergüenzas ante mis amigos. Presta atención. Ésta es Dorema Herter-Hall, pero debes llamarla Lurvy; ésa es su hermana Janine. Y Paul. Salúdales.

Larga pausa.

- ¿Hay más humanos contigo, Wan? - preguntó la voz dubitativamente.

- ¡Pero si te acabo de decir quién hay!

Otra larga pausa. Entonces:

- Adiós, Wan - dijo la voz tristemente.

Y no volvió a hablar, por más que Wan se lo ordenase gritando furiosamente y escupiendo a la pared.

- ¡Cristo! - soltó Paul - ¿Siempre se porta así?

- No, no siempre. Pero a veces es peor. ¿Lo intento con algún otro?

- ¿Será más efectivo?

- Bueno, no - admitió Wan -. Tiny Jim es el mejor de todos.

Paul cerró los ojos desesperado, y cuando volvió a abrirlos, miró a Lurvy.

- Qué asquerosamente divertido es todo esto. ¿Sabes qué estoy empezando a pensar? Pues que tu padre tenía razón. Tendríamos que habernos quedado en la Factoría.

Lurvy respiró profundamente.

- Pues no nos quedamos allí - señaló -. Estamos aquí. Concédamonos cuarenta y ocho horas más y entonces decidiremos.

Antes de que transcurrieran las cuarenta y ocho horas había decidido quedarse. Al menos, un cierto tiempo. Simplemente había demasiadas cosas de los Heechees como para abandonar el artefacto.

El factor que más influyó en la decisión fue el contactar con Payter a través de la radio MRL. A nadie se le había ocurrido preguntarle a Wan si se podía llamar a la Factoría Alimentaria desde el Paraíso Heechee, dado que sí podía hacerlo a la inversa. Resultó que no era así. Wan no había tenido nunca la oportunidad de comprobarlo, ya que cuando él no estaba allí, no había nadie en la Factoría Alimentaria. Lurvy ayudó a Janine a acarrear comida y alguna otra cosa desde la nave a la habitación de los Difuntos, y estuvo todo el trayecto luchando contra la depresión y la preocupación; al regresar, se encontraron con un Paul orgulloso y un Wan lleno de júbilo. Habían establecido contacto.

- ¿Cómo está? - preguntó de inmediato.

- ¿Tu padre? Está perfectamente - contestó Paul -. Ahora que lo pienso, parecía un poco enfadado. El mal de camarote, me temo. Había una burrada de mensajes. Los despachó todos en una sola transmisión condensada y los tengo aquí grabados. Pero nos llevará una semana pasarlos uno a uno.

Revolvió entre las cosas que Lurvy y Janine habían traído hasta encontrar las herramientas que buscaba. Trataba de arreglar un transmisor de imágenes digitalizadas para utilizarlo juntamente con los circuitos audio de la radio MRL.

- Sólo podemos recibir de momento - dijo con los ojos fijos en la pantalla -, pero si nos quedamos lo suficiente, puedo construir un transmisor digitalizado. De momento, ya tenemos voz y... ah, sí, el viejo dijo que te besara de su parte.

- Entonces supongo que nos vamos a quedar por algún tiempo - dijo Janine.

- Entonces supongo que será mejor sacar más cosas de la nave - coreó su hermana -. Wan, ¿dónde dormiremos?

Así que mientras Paul trabajaba en las comunicaciones, Wan y las dos mujeres se dieron prisa por amontonar lo más necesario en unas habitaciones que había en la zona de los corredores rojos. Wan estaba orgulloso de poder hacer de guía. Las paredes ofrecían unos nichos algo mayores que los de la nave de Wan, lo suficientemente largo incluso para Paul, en caso de que no le importara dormir con las piernas ligeramente encogidas. Había una especie de cuarto de baño, de diseño no demasiado humano. Consistía en una serie de placas metálicas sobre el suelo, al modo de las letrinas del este de Europa. Hasta había una especie de bañera. Era algo a medio camino entre la ducha y la bañera, con una protuberancia que se parecía a una alcachofa de ducha, de la que salía agua tibia cuando uno se ponía debajo. Todos empezaron a oler mucho mejor. Wan, en concreto, se bañaba exageradamente a menudo, desvestiéndose a veces para bañarse de nuevo cuando tenía el cogote todavía húmedo del baño anterior. Tiny Jim le había dicho que era una costumbre que debía observarse entre la gente educada. Además, se había dado cuenta de que Janine lo hacía con cierta frecuencia. Lurvy, observándolos, recordó lo difícil que había sido conseguir que Janine se bañara de camino a la Factoría Alimentaria, y guardó silencio.

Como piloto, y por ello capitán, Lurvy se constituyó en cabeza del grupo. Le asignó a Paul la tarea de establecer y mantener comunicación con su padre, allá en la Factoría, con la ayuda de Wan cuando se trataba de comunicarse con los Difuntos. Asignó a Janine, contando con su propia ayuda y la de Wan, las tareas de una ama de casa, como lavar la ropa en el chorro de agua tibia. A Wan, con la ayuda de quien estuviera disponible, le asignó recorrer las zonas no peligrosas para grabar y fotografiar de cara a enviar una transmisión a su padre y a la Tierra. Generalmente, la compañera de Wan era Janine. Cuando se podía, alguno de los adultos hacía de carabina, pero eso sucedía raras veces.

A Janine parecía darle igual. Para ella era todavía una aventura poder disfrutar de la tan reciente compañía de Wan, y no parecía tener prisa por llevar las cosas a un plano distinto... salvo cuando se tocaban. O cuando le sorprendía mirándola. O cuando percibía aquel abultamiento en la haraposa falda que él llevaba. En aquellas ocasiones, sus fantasías y ensoñaciones se acercaban bastante a aquel otro plano, lo suficiente para ella por el momento. Jugaba con los Difuntos, comía aquellas bayas marrones por fuera, verdes por dentro, hacía sus tareas y esperaba a ser un poquito mayor.

No había demasiadas objeciones que hacer a las reglas de Lurvy, ya que ésta se había preocupado por asignarle a cada uno las tareas que prefería hacer, lo cual, además, le permitía a ella estudiar las recomendaciones grabadas que le llegaban de su padre, y a través de éste, de la lejana Tierra.

Las comunicaciones distaban de ser satisfactorias. Lurvy no había apreciado lo bastante la ayuda de Vera hasta que se encontró sin ella. No podía decidir qué mensajes eran verdaderamente prioritarios, ni agruparlos por temas a través de la computadora. No había allí computadora alguna de que servirse, a no ser la sobrecargada computadora de su cabeza. Los mensajes llegaban en desorden, y cuando los contestaba o enviaba los informes que debían pasar a la Tierra, no estaba jamás segura de que llegaran a donde debían.

Los Difuntos parecían ser básicamente memorias de lectura solamente, interactivas pero limitadas, y sus circuitos habían sido además perturbados por el esfuerzo adicional de servirse de ellos para establecer contacto con la Factoría Alimentaria, una tarea para la que no habían sido diseñados. (¿Pero para qué habían sido diseñados? ¿Quién los había programado?) Wan, que no hacía más que fanfarronear en su pose de experto, de pronto se vio obligado a reconocer tristemente que no era aquella la función que se esperaba que los Difuntos desempeñaran. A veces, conectaba a Tiny Jim y salía Henrietta, y a veces, un antiguo profesor de literatura que se llamaba Willard; en una ocasión, hasta salió una voz que no había oído nunca antes, una voz que temblaba y murmuraba casi en el límite de lo perceptible, balbuciendo presa de una vieja locura.

- Ve a los dorados - lloriqueó Henrietta, más alarmada que nunca.

Y acto seguido, se oyó la voz de tenor de Tiny Jim sobresalir por encima de la de aquella:

- ¡Te matarán! ¡No les gustan los parias!

Aquello daba miedo. Sobre todo porque Wan decía que Tiny Jim era el más sensato de todos ellos. Lurvy se sorprendió al comprobar que no podía estar más asustada de lo que ya estaba, aunque lo cierto era que había tenido que sobreponerse a demasiadas alarmas y temores, y ya se había acostumbrado a ello. También sus circuitos estaban sobrecargados.

¡Y los mensajes! Un solo minuto de grabación digital concentrada contenía catorce horas de grabación. Las órdenes del contacto de la Tierra eran: Informar de la distribución de los controles que impulsaban el artefacto. Intentar hacerse con muestras del tejido de los Heechees o Primitivos. Congelar y almacenar tallos, hojas y frutos de los arbustos de bayas. Extremar las precauciones. Había media docena de mensajes inconexos de su padre; estaba solo; no se encontraba bien; no podía recibir la adecuada atención médica

puesto que se habían llevado la unidad de bioanálisis; le bombardeaban desde la Tierra con órdenes perentorias. Los mensajes de la Tierra eran: Sus primeros informes habían sido recibidos, analizados e interpretados, y en aquellos momentos se estaban efectuando sugerencias para llevar a cabo programas en consonancia con los informes. Debían interrogar a Henrietta acerca de los fenómenos astrofísicos a que se refería; la computadora de su nave, Vera, no era capaz de interpretarlos, la matriz de Vera en la Tierra no podía establecer comunicación inmediata con ella, y el viejo Peter no sabía la suficiente astrofísica como para formular las preguntas adecuadas, de forma que el interrogatorio de los Difuntos era cosa suya. Tendrían que interrogar a los Difuntos acerca de los recuerdos de las misiones de Pórtico que habían realizado, en el supuesto de que recordaran algo. Tendrían que intentar averiguar cómo los prospectores vivos eran convertidos en programas computerizados. Tendrían que... tendrían que hacerlo todo, ellos solos. Y deprisa. Y prácticamente todo lo que tenían que hacer era imposible ¡Muestras de tejido! ¡Menuda ocurrencia! Cuando llegaba un mensaje claro, de tipo personal y que nada pedía, Lurvy lo guardaba como oro en paño.

Y algunos eran auténticas sorpresas. Además de las cartas de los fans y amigos de Janine y de las constantes súplicas a propósito de cualquier información que pudiesen conseguir para el viudo de Trish Bover, llegó uno personal destinado a Lurvy, de Robinette Broadhead:

«Dorema, sé que estáis sobrecargados de trabajo. Ya antes de empezar, vuestra misión era vital y peligrosa, y ahora lo es mucho más. Sólo espero que lo hagáis lo mejor posible. No tengo el poder suficiente como para pasar por encima de las órdenes de la Corporación de Pórtico. No puedo cambiar los objetivos que os asignaron. Pero quiero que sepáis que estoy con vosotros. Averiguad todo lo que podáis. Procurad no embarcaros en nada de lo que tengáis que arrepentiros. Y yo haré todo lo que esté en mi mano para que se os recompense tanto y tan generosamente como tenéis derecho a esperar. De veras, Lurvy, te doy mi palabra.»

Era un mensaje raro, una extraña atención. Le sorprendía incluso que el propio Broadhead supiera su sobrenombre. Su relación había sido estrictamente profesional. Mientras ella y los suyos eran interrogados para obtener la misión de la Factoría Alimentaria, habían estado con Broadhead muchas veces. Pero la relación había sido la del monarca y el súbdito, y no había habido en ningún caso una mutua amistad demasiado estrecha. Y además, no le había gustado demasiado. Era bastante amable y cándido - un multimillonario con bastante don de gentes -, pero estaba preocupadísimo por cada dólar que gastaba y por cada nuevo paso dado en cada proyecto en que sus intereses se veían afectados. No le había gustado demasiado ser el cliente de un caprichoso magnate de las finanzas.

Y, para ser sinceros, ella había acudido a cada una de sus entrevistas con un cierto prejuicio. Había oído hablar de Robinette Broadhead mucho antes de que tuviera que ver con sus vidas. En la época en que ella estuvo en Pórtico, había salido en una Tres, de cuya misión formaban parte también una mujer madura que en cierta ocasión había sido compañera de viaje de Gelle-Klara Moynlin. La mujer le contó la historia del último viaje de Broadhead, la que le había convertido en millonario. Había algo cuestionable en relación a aquella misión. Habían muerto nueve personas. Broadhead había sido el único superviviente. Y una de las víctimas había sido Klara Moylin, de quien - decía la mujer -, Broadhead había estado enamorado. Tal vez la propia experiencia de Lurvy en una misión en que casi toda la tripulación había muerto, hacía que viera las cosas de determinado modo. Pero no podía evitarlo.

Lo curioso respecto de la misión de Broadhead fue que la palabra «muerto» no era la que mejor podía aplicarse a las víctimas. La tal Klara y los demás habían quedado

atrapados en un agujero negro, y quizás allí seguían, tal vez vivos, prisioneros de un tiempo más lento, a lo mejor apenas unas horas más viejos a pesar de los años transcurridos.

Así que ¿cuál era la orden oculta del mensaje de Broadhead? ¿Estaba tratando de incitarles a que encontraran un modo de penetrar en la prisión de Gelle-Klara Moynlin? ¿Era él mismo consciente de ello? Lurvy no podía asegurarlo, pero al menos se percató de que por primera vez pensaba en su jefe como en un ser humano. Semejante pensamiento era conmovedor. No la ayudaba a sentirse menos atemorizada, pero sí menos sola. Cuando le llevó a Paul la última remesa de mensajes, a la sala de los Difuntos, para que los grabara a alta velocidad y los enviara cuando pudiera, se detuvo un momento, le pasó los brazos alrededor y le abrazó, lo que a él le sorprendió muchísimo.

Algo le decía a Janine que avanzara con cautela cuando regresó a la sala de los Difuntos de una exploración con Wan. Pudo mirar adentro sin que la oyeran, y vio a su hermana y a su cuñado sentados cómodamente contra la pared, escuchando a medias la absurda charla de los Difuntos, a medias diciéndose cosas el uno al otro. Se dio la vuelta, con el índice sobre los labios y guió a Wan afuera.

- Creo que prefieren estar solos - explicó -, y además, yo estoy cansada. Vamos a descansar un poco.

Wan se encogió de hombros. Encontraron un lugar adecuado en la intersección de varios corredores, a una docena de pasos de distancia, y él se instaló, pensativo, detrás de la muchacha.

- ¿Están copulando?

- ¡Caramba, Wan! Es la única idea que tienes en mente - pero no estaba enfadada, y le dejó que se acercara un poco a ella, hasta que la mano de él se plantó en su pecho -. Quítala de ahí - dijo con suavidad.

Él retiró la mano.

- Estás muy molesta estos días - se quejó él.

- ¡Oh, sal de detrás mío de una vez!

Pero cuando se separó de ella unos milímetros, Janine se dejó caer para estar cerca de él. Estaba satisfecha de haber conseguido que él la deseara, y estaba bastante segura de que, de suceder algo, pues estaba claro que «algo» iba a suceder, sucedería cuando ella quisiera. Después de casi dos meses con Wan había llegado a quererle, incluso a tenerle confianza, y lo demás podía esperar. Disfrutaba teniéndolo a su lado.

Incluso cuando estaba malhumorado.

- No estás rindiendo al máximo - se quejó.

- ¿Rindiendo en qué sentido, por amor de Dios?

- Tendrías que hablar con Tiry Jim - le respondió severamente -. Él te podría explicar comportamientos más adecuados en lo referente a la reproducción. Yo estoy seguro de estar rindiendo al máximo porque él me ha explicado cuál debe ser mi comportamiento. Claro que en tu caso es distinto. Básicamente lo mejor que puedes hacer es consentir en que copule contigo.

- Sí, eso ya me lo habías dicho. ¿Sabes una cosa, Wan? Hablas demasiado.

Él se calló, perplejo. No podía defenderse de semejante acusación. No comprendía ni tan siquiera por qué ello constituía una acusación. Durante la mayor parte de su vida, la única forma de comunicación había sido hablar. Repasó mentalmente todas las explicaciones de Tiny Jim, y entonces, su expresión se iluminó.

- Comprendo. Lo que quieres es que te bese antes.

- ¡No! Ni antes ni después. ¡Y quítame la rodilla de la entrepierna!

La soltó de mala gana.

- Janine - le explicó -, el contacto físico es esencial en el amor. Eso reza para los animales inferiores lo mismo que para nosotros. Los perros se huelen. Los primates se

pavonean. Los reptiles se enroscan unos a otros. Hasta los brotes de las rosas crecen cerca de las plantas adultas; al menos, eso dice Tiny Jim, aunque no cree que se trate de una manifestación sexual. Pero vas a quedarte fuera de la competición sexual si no te andas con cuidado, Janine...

Ella se echó a reír.

- ¿Ah, sí? ¿Desplazada por quién, por la vieja Henrietta?

Pero al ver que se molestaba, sintió lástima por él, y dijo con la suficiente suavidad:

- ¿Sabías - habló mientras se levantaba - que tienes unas cuantas ideas equivocadas? Lo último que deseo, si es que alguna vez llegamos a «copular», como tú dices, es quedarme encinta en un lugar como éste.

- ¿Encinta?

- Preñada - le aclaró -. No quedarme fuera de la competición sexual y tener que cargar con una criatura. Oh, Wan - le dijo revolviéndole el cabello -, sigues sin enterarte de nada. Seguro que vamos a copular hasta hartarnos un día de estos, y a lo mejor hasta acabamos casándonos o algo así, y lo de la competición sexual nos importará un bledo. Pero de momento, no eres más que un mocoso, y yo lo mismo. Tú no quieres reproducirte, lo único que quieres es hacer el amor.

- Sí, bueno, eso es cierto, pero Tiny Jim dice...

- ¿Pero es que no vas a dejarme en paz con Tiny Jim? - se irguió del todo y le miró un instante, y luego dijo cariñosamente -: Mira, ¿sabes qué? Yo me vuelvo a la sala de los Difuntos. ¿Por qué no vas a leer un rato hasta que se te enfríen los ánimos?

- ¡Pareces tonta! - le gritó -. ¡No tengo ni libros ni descifradores!

- ¡Por el amor de Dios! ¡Entonces vete a dar una vuelta hasta que se te pase la calentura!

Wan la miró, y después se miró su ropa recién lavada. No había ningún bulto a la vista, pero sí se veía una mancha pálida y creciente de humedad. Sonrió con cara de bobo.

- Me temo que ya no hace falta - dijo.

Cuando volvieron, Paul y Lurvy habían dejado de acunarse amorosamente, pero Janine pudo observar que estaban más tranquilos que de costumbre. Lo que Lurvy pudo detectar en Janine y en Wan era menos tangible. Los miró pensativamente, estuvo a punto de preguntarles qué habían estado haciendo, pero se calló. Paul estaba, a todas luces, mucho más interesado en lo que acababan de descubrir.

- Escuchad esto, muchachos.

Marcó el número de Henrietta, esperó hasta que la voz llorosa balbució un saludo, y le preguntó:

- ¿Quién eres?

La voz sonó decidida.

- Soy un análogo computerizado. Mientras estuve viva, era la señora de Arnold Meacham, en misión orbital 74D19. Poseo la licenciatura en Ciencias y la cátedra de la Universidad de Tulane, y el doctorado en Físicas por la Universidad de Pensilvania, y mi especialidad es la astrofísica. Tras veintidós días de viaje llegamos a un artefacto, en el que aterrizamos, a consecuencia de lo cual sus ocupantes nos capturaron. En el momento de mi muerte, tenía treinta y ocho años, dos menos que... - la voz vaciló -, que Doris Filgren, nuestro piloto, la cual... - vaciló de nuevo -. La que... a quien mi marido creo que... con quien tuvo un lío con la cual...

La voz comenzó a sollozar, y Paul la desconectó.

- Bueno, no es mucho, pero al menos ya es algo - dijo -. La pobre Vera le ha conseguido una conexión con el mundo real. Y no solo a ella. ¿Quieres saber cómo se llamaba tu madre, Wan?

El muchacho le miraba con ojos desorbitados.

- ¿El nombre de mi madre? - preguntó.

- O de cualquier otro. El de Tiny Jim, por ejemplo. Era un piloto de la flotilla de Venus que marchó a Pórtico, de Pórtico llegó aquí. Su nombre era James Cornwell. Willard era un profesor inglés. Desfalcó el dinero destinado a los estudiantes para pagarse el viaje a Pórtico, y por lo que se ve, le sirvió de bien poco. Su primera misión le trajo aquí. La matriz de Vera en la Tierra escribió un interrogatorio para Vera, y ella lo ha puesto en práctica. ¿Pero qué te pasa, Wan?

El chico se pasó la lengua por los labios.

- ¿El nombre de mi madre? - repitió.

- Oh, lo siento - se disculpó Paul, recobrando los modales. No se le había ocurrido pensar que la noticia podía haber afectado los sentimientos del muchacho -. Se llamaba Elfega Zamorra. Pero según parece, no es ninguno de los Difuntos, Wan. No sé por qué. Y tu padre..., bueno, eso resulta curioso. Tu padre real estaba ya muerto cuando ella llegó aquí. El hombre al que te referías como tu padre debe de ser otra persona. No sé quién. ¿Tienes idea?

Wan se encogió de hombros.

- Quiero decir, por qué tu madre o, me imagino que es así como tendrías que llamarle, tu padrastro no están entre los Difuntos.

Wan abrió los brazos sin saber qué decir.

Lurvy se le acercó. ¡Pobre chico! Intentó calmarle pasándole el brazo alrededor, y le dijo:

- Supongo que esto es duro para ti, Wan. Estoy segura de que averiguaremos aún mucho más.

Señaló a la maraña de grabaciones, codificadores y procesadores que llenaba la sala antaño vacía.

- Todo lo que averiguamos lo transmitimos a la Tierra - explicó.

Él la miró con agradecimiento pero sin acabar de comprender, mientras ella trataba de explicarle cómo aquel vasto complejo de computadoras en la Tierra analizaba, comparaba, cifraba e interpretaba cada pequeña muestra del Paraíso Heechee y de la Factoría Alimentaria, sin mencionar, claro está, cualquier otro bit de información que les llegara desde dondequiera que fuese. Hasta que Janine intervino.

- Oh, dejadle en paz. Entiende lo bastante - dijo inteligentemente -. Dejad que lo asimile.

Revolvió la caja de raciones de comida en busca de las cajas verde pizarra, y entonces dejó caer:

- A propósito, ¿por qué está la cosa esa haciéndonos señales?

Paul prestó atención y se arrojó sobre la masa informe de sus aparatos. El monitor conectado a las cámaras portátiles estaba emitiendo un débil cuip-cuip. Maldiciendo en voz baja, le dio la vuelta para que todos lo vieran.

Era la cámara que habían dejado donde los arbustos de bayas, abandonada allí para que grabara pacientemente la inamovible escena y sonar la alarma en cuanto notara el menor movimiento.

Y eso era lo que estaba pasando. Un rostro les miraba ceñudo.

Lurvy sintió un escalofrío de terror.

- Heechee - resolló.

Pero si de ello se trataba, aquel rostro no daba muestras de albergar una inteligencia capaz de colonizar una galaxia. Parecía estar a cuatro patas, mirando la cámara con preocupación, y detrás había cuatro o cinco más como él. El rostro carecía de barbilla. El arco supraciliar se proyectaba hacia adelante desde un cráneo peludo; había más vello en el rostro que en la cabeza. De haber tenido un abultamiento occipital, podría haber sido un gorila. En conjunto, no difería demasiado de la reconstrucción computerizada de la descripción de Wan, pero era de apariencia más cruda, más animalesca. Y sin embargo, no eran animales sin más. Al desplazarse la cabeza hacia un lado, Lurvy pudo ver que los

otros, desperdigados en torno al arbusto, llevaban algo que un animal jamás llevaría de forma espontánea. Iban vestidos. Había además indicios de ornamentación en lo que llevaban puesto, motas de color cosidas a sus túnicas, tatuajes o algo parecido en los lugares en que la piel aparecía desnuda, incluso una tira de cuentas de bordes afilados alrededor del cuello de uno de los machos.

- Supongo - dijo Lurvy convulsivamente - que hasta los Heechees degeneran con el tiempo. Y han tenido mucho tiempo para degenerar.

La imagen de la cámara viró vertiginosamente.

- Maldita sea - espetó Paul -. No habrá degenerado tanto cuando ha sido capaz de descubrir la cámara. ¡La ha levantado! ¡Wan! ¿Crees que saben que estamos aquí?

El muchacho se encogió de hombros indiferente.

- Claro que lo saben. Siempre lo saben. Lo que pasa es que no les importa.

La imagen se estabilizó, el Primitivo que la había levantado se la estaba pasando a otro. Wan lo vio y dijo:

- Ya os dije que casi nunca vienen a esta parte de la zona azul. Tampoco van a la roja. Y no hay razón para que vayan a la verde. Allí nada funciona, ni los surtidores de agua ni los descifradores. Casi siempre se quedan en los dorados. Siempre y cuando no se hayan comido todas las bayas y quieran más.

El altavoz del monitor soltó una especie de aullido y la imagen volvió a temblar. Se detuvo momentáneamente en una de las hembras, que se chupaba un dedo; al punto, ésta se acercó funestamente a la cámara, que volvió a dar vueltas hasta quedarse definitivamente en blanco.

- ¡Paul! ¿Qué han hecho? - preguntó Lurvy.

- La han roto, me imagino - dijo, mientras intentaba en vano recuperar la imagen -. La pregunta es más bien: ¿Qué hacemos nosotros? ¿No es suficiente ya? ¿No sería hora de ir pensando en volver?

Y en eso estuvo pensando Lurvy. Todos pensaron en ello. Por más solapadamente que se lo preguntaran, Wan insistía tozudamente en que no había de qué tener miedo. Los Primitivos nunca le habían causado problema alguno en los corredores de luz roja. En los verdes no los había visto jamás, aunque a decir verdad, él iba allí bien poco. En los azules, rara vez los había visto. Y, sí, por supuesto que sabían que había gente - los Difuntos le habían asegurado que los Primitivos tenían máquinas que escuchaban, y que a veces veían también, por todas partes; eso cuando no estaban rotas, claro. Simplemente, les traía sin cuidado.

- Si no nos metemos en los corredores dorados, no nos causarán problemas - dijo lleno de optimismo -. A menos que salgan de ellos, claro está.

- Wan - dijo Paul con sorna -, no puedes hacerte una idea de lo tranquilo que me dejas.

Aquella no era sino la manera que tenía el muchacho de decir que las apuestas a su favor eran bastante altas.

- Suelo ir a los corredores dorados para divertirme - dijo con presunción -. También a por libros. Y nunca me han cogido, ¿sabes?

- ¿Y qué pasa si a los Primitivos les da por venir aquí a divertirse o a por libros? - preguntó Paul.

- ¡A por libros! ¿Y qué diantres iban a hacer ellos con los libros? En todo caso, a por bayas. A veces salen con las máquinas. Tiny Jim dice que sirven para reparar lo que se estropea. Pero no siempre. Y las máquinas no es que funcionen muy bien, ni muy a menudo. Además, ¡si se les oye a kilómetros de distancia!

Se sentaron en silencio durante unos instantes, mirándose unos a otros. Entonces Lurvy dijo:

- Lo que yo creo es que deberíamos concedernos aún otra semana más aquí. No creo que eso sea abusar demasiado de nuestra suerte. Tenemos... ¿cuántas son en total,

Paul? Cinco cámaras más. Las plantamos por ahí, las conectamos al monitor y las dejamos. Si lo hacemos con cuidado, podemos ocultarlas de modo que los Heechees no las vean. Exploraremos los corredores rojos, que son los más seguros, y los verdes y azules en la medida de lo posible, recogiendo muestras y haciendo fotos. Quiero echarles un vistazo a las máquinas para reparaciones. Y cuando hayamos hecho todo lo que podamos, veremos... cuánto tiempo nos queda. Y entonces tomaremos la decisión de ir o no ir a los pasadizos dorados.

- Pero no más de una semana a partir de ahora - reiteró Paul. En realidad no es que insistiera en ello; es que quería dejar las cosas bien claras.

- No, no más de una semana - acordó Lurvy, y Janine y Wan asintieron.

Pero cuarenta y ocho horas después ya estaban en los dorados, a pesar de todo lo dicho.

Habían decidido reemplazar la cámara estropeada, y así, los cuatro juntos, volvieron sobre sus pasos hasta la triple intersección en que crecían los arbustos de bayas, desnudos de frutos maduros. Wan marchaba el primero, de la mano con Janine, quien se separó del grupo para inclinarse sobre los restos de la cámara.

- La espachurraron a base de bien - se maravilló -. No nos habías dicho que fuera tan fuertes, Wan. ¡Mira! ¿Es eso sangre?

Paul se la arrebató de las manos, dándole la vuelta y mirando concentradamente la costra negra que había a lo largo de uno de los bordes.

- Parece que hubieran intentado abrirla. Yo mismo no podría hacerlo sólo con la fuerza de mis manos. Debió de resbalar y se cortó.

- Oh, sí - dijo Wan indiferente -, son bastante fuertes.

Pero su atención no se centraba en la cámara. Miraba corredor adelante, olisqueando el aire, prestando más atención a cualquier sonido distante que a lo que le decían.

- Me estás poniendo nerviosa - se quejó Lurvy -. ¿Es que oyes algo?

Wan se mostró irritado.

- Se les huele antes de verles; pero no, no huelo nada. No están cerca. ¡Y no tengo ningún miedo! Vengo aquí a menudo a buscar libros y a divertirme con las tonterías que hacen.

- Ya - dijo Janine, recibiendo de Paul la cámara rota mientras éste buscaba un sitio en que ocultar la nueva. No habla demasiados escondrijos. La decoración Heechee era más bien escasa.

Wan estalló.

- ¡He llegado por este pasillo hasta donde alcances a ver! - presumió -. El mismo lugar donde están los libros se encuentra mucho más adentro, ¿te enteras? Sólo algunos están en los pasillos.

Lurvy miró en la dirección que Wan señalaba sin estar segura de entenderle. A una docena de metros o así, había un montón brillante de desperdicios, pero nada de libros. Paul, que estaba cortando cinta adhesiva para colgar del muro la cámara tan alta como pudiera, dijo:

- Qué pesado estás con los dichosos libros. ¿Quieres explicarme qué es lo que puede hacer un Heechee con Moby Dick o Don Quijote?

Wan entonó con dignidad:

- Paul, eres idiota. Ésos no son más que los que me dan los Difuntos, no los libros de verdad. Los de verdad son éstos.

Janine le miró con curiosidad y avanzó unos pasos corredor adentro.

- ¡No son libros! - gritó por encima del hombro.

- ¡Claro que lo son! ¡Acabo de decírtelo!

- Que no, que no lo son. Míralo tú mismo.

Lurvy abrió la boca para pedirle que volviera; dudó y la siguió. El pasillo estaba vacío y Wan no parecía más agitado que de costumbre. Cuando estaba a medio camino del montón reluciente reconoció lo que veía, y se reunió rápidamente con Janine para coger uno.

- Wan - le dijo -, los he visto antes. Son molinetes de oraciones Heechees. Los hay a cientos en la Tierra.

- ¡No! - se estaba enfadando -. ¿Por qué insistes en que miento?

- No digo que mientas, Wan.

Lo desenrolló entre las manos. Era como una cinta de plástico; se abría fácilmente, pero en cuanto su mano soltaba el extremo, se enrollaba de nuevo. Era el artefacto más corriente de la cultura Heechee, hallados a montones en los túneles abandonados de Venus, llevados de regreso a Pórtico después de cada misión exitosa. Nadie había sabido jamás qué hacían con ellos los Heechees, ni tampoco si el nombre que se les daba era el apropiado.

- Se les llama molinetes de oraciones, Wan.

- ¡Que no! - chilló contrariado, llevándose uno y yendo en dirección a la intersección de pasillos -. No se usan para rezar. Se leen así.

Empezó a poner el rollo sobre uno de los salientes en forma de tulipán que había en las paredes; le echó un vistazo y lo tiró al suelo.

- Éste es uno de los malos - dijo mientras revolvía por entre los montones de molinetes que había por el suelo -. Espera. Sí. No es que éste sea de los buenos, pero al menos es de los que se pueden entender.

Lo deslizó dentro del tulipán, se produjo un súbito y débil crepitar, y el rollo y el tulipán desaparecieron. Una nube coloreada en forma de limón los envolvió, y tomó la forma de un libro cosido por el lomo, abierto por una página que mostraba líneas verticales de ideogramas. Una voz débil - ¡humana! - empezó a declamar algo en un idioma de registros tonales agudos.

Lurvy no entendía las palabras, pero dos años en Pórtico la habían hecho cosmopolita. Carraspeó.

- ¡Creo... creo... que es japonés! ¡Y eso de ahí parecen poesías Haiku! Wan, ¿qué es lo que hacen los Heechees con los libros japoneses?

Él le contestó con un tono de superioridad:

- Pues éstos no son los originales, Lurvy, sólo copias de otros libros. Los buenos son todos como éste. Tiny Jim dice que todos los libros y las cintas de los Difuntos, todos los Difuntos, incluso los que no están aquí ya, están ahí almacenados. Eso es lo que suelo leer.

- Dios mío - dijo Lurvy -. ¡La de veces que los he tenido entre las manos sin saber qué hacer con ellos ni para qué servían!

Paul movió la cabeza pensativamente. Entró dentro de la resplandeciente imagen y sacó el molinete de oración fuera del tulipán. Salió con facilidad; la imagen se desvaneció y la voz quedó interrumpida a media sílaba. Volvió el molinete del revés entre sus manos.

- Me ha dejado pasmado - reconoció -. Todos los científicos del mundo han hecho alguna intentona. ¿Cómo demonios es que a nadie se le ocurrió lo que podían ser?

Wan se encogió de hombros. Ya no estaba enfadado: ahora disfrutaba con el triunfo de haberles demostrado a todos ellos que les superaba en conocimiento.

- A lo mejor es que también ellos son idiotas - espetó. Y luego, con más cuidado -: O tal vez es que sólo hayan encontrado los que no hay quien entienda... a excepción de los Primitivos, si es que alguna vez se han molestado en leerlos.

- ¿Tienes alguno de éstos a mano, Wan? - preguntó Lurvy.

Él negó con petulancia.

- Nunca pierdo el tiempo con éstos - explicó -. Sin embargo, si no me crees...

Revolvió entre los montones, con una expresión que manifestaba a las claras que estaban perdiendo el tiempo en cosas que él ya había investigado previamente y que había catalogado como de nulo interés.

- Sí, creo que éste es uno de los desechables.

Cuando lo deslizó en el interior del tulipán, el holograma que brotó era brillante... y desconcertante. Era tan difícil de leer como el juego de colores de los controles que dirigían las naves Heechees. Más difícil incluso. Unas extrañas y oscilantes líneas que se mezclaban unas con otras, que se precipitaban en una cascada de colores y volvían a unirse. Si se trataba de un lenguaje escrito, estaba a tanta distancia del alfabeto occidental como lo estaba el cuneiforme. O tal vez más. Todos los alfabetos terrestres comparten algunas características, como mínimo, el hecho de representar símbolos dispuestos en una superficie plana. Esto, en cambio, parecía tener que percibirse en tres dimensiones. Y al mismo tiempo se oía algo así como el zumbido ininterrumpido de un mosquito, como el ruido de la telemetría captado erróneamente por una radio de bolsillo. En conjunto, desconcertante.

- No creí que fuera a gustaros - observó Wan con rencor.

- Apágalo, Wan - dijo Lurvy; y entonces añadió con energía -: Hemos de llevarnos tantos como podamos. Paul, quítate la camisa. Reúne tantos como puedas y llévatelos a la sala de los Difuntos. Y llévate también la cámara rota; dásela a la unidad de bioanálisis para ver si puede sacar alguna conclusión a partir de la sangre Heechee.

- ¿Y qué vais a hacer vosotros - preguntó Paul. Pero mientras tanto, ya se había quitado la camisa y la estaba llenando con los resplandecientes «libros».

- Iremos a continuación. Adelántate, Paul. Wan, ¿puedes decirnos cuáles son los de cada tipo? Quiero decir, los que no te interesaban y los que sí.

- Por supuesto que puedo, Lurvy. Son mucho más antiguos, a veces están incluso un poco oscurecidos, como puedes ver.

- De acuerdo. Vosotros dos, quitaos también la ropa... la que necesitéis para hacer un hatillo. Venga, ya racionaremos otras cosas - dijo quitándose el mono.

Se quedó en sujetador y panties, haciendo nudos a las mangas y perneras de la prenda. Calculó que podrían meter dentro cincuenta o sesenta molinetes, y sumados a los que podrían llevarse en la túnica de Wan y el vestido de Janine, se llevarían más de la mitad de los objetos. Con eso bastaría. No había que ser avariciosos. De todas formas, había más en la Factoría Alimentaria, aunque se trataría sólo de los que Wan había llevado allí, lo que significaba que serían únicamente de los que él era capaz de entender.

- ¿Hay descifradores en la Factoría Alimentaria, Wan?

- Claro, ¿cómo si no iba a llevarme los libros allí? - contestó.

Iba seleccionando de mala gana los molinetes, murmurando para sí mientras les pasaba los más viejos, los inservibles, a Janine y a Lurvy.

- Tengo frío - se quejó.

- Todos tenemos frío. Preferiría que llevaras puesto un sujetador, Janine - le dijo ceñuda a su hermana.

Janine contestó indignada:

- ¿Sabes? No había planeado quitarme la ropa. Wan tiene razón, hace frío.

- Es sólo un momento. Date prisa, Wan, y tú también, Janine, a ver si podemos recoger rápido los libros de los Heechees.

Habían llenado prácticamente su mono, y Wan, muy digno con su falda escocesa, estaba empezando a meterlos en su túnica de mal humor. Sería posible incluso, observó Lurvy, meter una docena en la falda. Al fin y al cabo, debajo llevaba un slip. Pero de todas maneras, había suficientes. Paul se acababa de llevar, por lo menos, treinta o cuarenta. Su propio mono parecía contener unos setenta y cinco. Y, en todo caso, podían volver a por el resto si así lo decidían.

Lurvy no creía que fueran a tomar semejante decisión. Con aquéllos, sobraba. Fuera lo que fuera lo que el Paraíso Heechee les reservaba todavía, de momento tenían ya algo de incalculable valor. ¡Los molinetes de oraciones eran libros! Sabiendo eso, media batalla se había ganado; con la certidumbre de su parte, los científicos podrían, con toda seguridad, dar con la clave de su lectura. Si no conseguían hacerlo de buenas a primeras, siempre contaban con los descifradores de la Factoría Alimentaria. En el peor de los casos, podían leer cada molinete ante alguno de los monitores de Vera, codificar sonido e imagen y enviar toda la información a la Tierra. Tal vez consiguieran separar uno de los descifradores y llevárselo de vuelta a casa. Pues de vuelta iban, de pronto Lurvy se sintió segura. Si no encontraban la manera de mover de su sitio la Factoría Alimentaria, la abandonarían. Nadie podría reprochárselo. De haber necesidad, otros grupos podían seguir sus huellas, pero mientras... ¡Mientras tanto, los objetos llevados por ellos a la Tierra serían los más valiosos descubrimientos del asteroide Pórtico! Se les recompensaría en consonancia con tales hallazgos, sin duda alguna. Tenía incluso la palabra de honor de Robinette Broadhead. Por primera vez desde que abandonaran la Luna, sobre la ondulante llama de sus cohetes de despegue, Lurvy pensó en sí misma ya no como en una persona que está luchando por un premio, sino como en quien ya lo ha ganado... ¡Y qué contento iba a ponerse su padre!

- Ya es suficiente - dijo, ayudando a Janine a sujetar el desbordante saco de molinetes -. Y ahora, directos a la nave.

Janine apretó el torpe bulto contra sus pequeños pechos, y cogió algunos más con la mano que le quedaba libre.

- Lo dices como si nos fuéramos a ir a casa - dijo.

- A lo mejor - sonrió Lurvy -. Por supuesto que tendremos que decidirlo y votar. ¿Wan, qué pasa?

Wan estaba en el umbral de la puerta, con la túnica llena de molinetes debajo del brazo. Y parecía asustado.

- Nos hemos demorado demasiado - susurró, escudriñando corredor adelante -. Hay Primitivos junto al árbol de bayas.

- Oh, no.

Pero así era. Lurvy miró con cautela hacia el fondo del pasillo, y allí estaban, mirando la cámara que Paul había fijado al techo. Con dificultad, uno de ellos la alcanzó y la arrancó mientras ella miraba.

- Wan, ¿hay otra manera de llegar a resguardo?

- Sí, a través de los dorados, pero...

Su pituitaria trabajaba con denuedo.

- Creo que también allí hay unos cuantos. Puedo olerlos. ¡Y, sí, también puedo oírles!

Y era verdad. Lurvy podía oír un débil susurro de gruñidos agudos y gorjeos, que llegaban desde el lugar en que el corredor se doblaba en un recodo.

- No tenemos elección - dijo -. Sólo hay dos de ellos en el camino por el que vinimos. Les tomaremos por sorpresa y nos abriremos paso a la fuerza. ¡Vamos!

Sujetando todavía los molinetes, empujó a los otros dos delante de sí. Los Heechees podían ser fuertes, pero Wan había dicho que eran lentos. Con un poco de suerte...

Pero no la tuvieron. Al llegar a la intersección se dieron cuenta de que había más de dos, tal vez media docena o incluso más, de pie y observándoles desde las bocas de los pasillos.

- ¡Paul! - le gritó a la cámara -. ¡Nos han cogido! Ve a la nave, y si no aparecemos...

No pudo decir más, porque los Primitivos se les echaron encima, ¡y eran condenadamente fuertes!

Les hicieron subir a empellones media docena de niveles, con un raptor a cada brazo, estólidamente hablando entre ellos mediante gorjeos, absolutamente indiferentes a

cualquier cosa que ellos tres pudieran decir, y también a sus forcejeos. Wan no hablaba. Dejó que le empujaran a placer durante todo el recorrido, hasta que todos desembocaron en un espacio abierto en forma de huso, donde esperaba otra media docena de Primitivos, a cuyas espaldas una enorme máquina de brillo azulado aguardaba en silencio. ¿Practicaban los Heechees sacrificios? ¿Realizaban experimentos con sus prisioneros? ¿Acabarían ellos mismos como los propios Difuntos, llenos de obsesiones, divagando en espera del siguiente grupo de visitantes? Lurvy contempló aquel abanico de interesantísimas preguntas sin poder contestar a ninguna. No había llegado todavía a experimentar miedo. Sus sentimientos no se habían adecuados aún a la nueva situación, hacía demasiado poco que se había permitido experimentar la sensación del triunfo. El temor tendría que esperar.

Los Primitivos se comunicaron entre sí mediante gorjeos, gesticulaciones en dirección a los prisioneros, a los corredores, a la gran máquina silenciosa que parecía un tanque sin cañones. Era como una pesadilla. Lurvy no entendió ni una sola palabra, si bien la situación era más que clara. Tras unos minutos de charla desordenada los empujaron al interior de un cubículo en el que encontraron - ¡sorprendentemente! - objetos más que familiares. Una vez cerrada la puerta, Lurvy deambuló entre ellos: había ropa, un juego de ajedrez, raciones de comida deshidratadas desde hacía mucho. En la punta de un zapato había un grueso rollo de billetes brasileños, más de un cuarto de millón, calculó. ¡No habían sido los primeros cautivos del lugar! Pero no había nada parecido a un arma entre aquellos desperdicios. Se volvió hacia Wan, quien temblaba palidísimo.

- ¿Qué pasará? - quiso saber.

Él sacudió la cabeza como uno de los Primitivos. Era todo lo más que podía contestar.

- Mi padre - empezó, y tuvo que tragar saliva antes de poder continuar -...Capturaron a mi padre una vez, sí, de veras, y le dejaron marchar. Pero me temo que ésa no es la regla general, porque mi padre me advirtió que no debía dejarme capturar jamás.

Janine intervino:

- Al menos Paul ha podido escapar. Tal vez... tal vez pueda conseguirnos ayuda.

Pero se detuvo sin esperar respuesta alguna. Cualquier respuesta esperanzada hubiera sido un alarde de fantasía, ya que a cualquier nave le llevaría cuatro años llegar hasta la Factoría Alimentaria. En caso de que recibieran ayuda, tardaría en llegar.

Empezó a escoger prendas de entre la ropa.

- Al menos podremos ponernos algo encima - dijo -. Ánimo, Wan, vístete.

Lurvy siguió su ejemplo, y entonces un extraño sonido emitido por su hermana la paralizó. ¡Era una carcajada!

- ¿Qué es lo que te divierte tanto? - explotó.

Janine se puso un viejo jersey antes de contestarle. Le venía demasiado grande, pero era cálido y confortable.

- Pensaba en las órdenes que recibimos, las que decían que debíamos recoger muestras de tejido Heechee, ¿te acuerdas, no? Bueno, a la vista de los acontecimientos, parece que son ellos los que tienen las muestras. De todas las clases, por cierto.

8 - SCHWARZE, PETER

Cuando sonaba el timbre que comunicaba la llegada del correo, Payter se despertaba inmediatamente y por completo. Una de las pocas ventajas de la vejez era el sueño superficial y el despertar inmediato. Se levantó, enjuagó su boca, orinó y se lavó las manos y se llevó consigo a la terminal dos paquetes de comida.

- Deposita el correo - ordenó mientras masticaba algo que sabía a pan ácimo y que se suponía que tenía que ser un pastelito.

Al ver en qué consistía el correo, se le pasó el buen humor. Había seis cartas para Janine, una para Paul y otra para Dorema y para él había únicamente una petición dirigida a «Schwarze, Peter», firmada por mil niños en edad escolar de la ciudad de Dortmund, en la que le pedían que volviese para convertirse en su Bürgermeister.

- ¡Cabeza hueca! - insultó a la computadora -. ¿Por qué me despiertas para esto?

Vera no pudo responderle porque no había tenido tiempo de identificarle, y rebuscó por entre sus dinamos electromagnéticas en busca de su nombre. Antes de que lo consiguiera, él se estaba quejando de nuevo.

- ¡Y además la comida no vale ni para los cerdos! ¡Encárgate de ello inmediatamente!

La infeliz Vera anuló la orden de interpretar la primera pregunta y se ocupó de la segunda con paciencia.

- El sistema de reciclaje está por debajo de los niveles de masa adecuados..., Mr. Herter - dijo -. Además, mis sistemas procesadores han estado sobrecargados algún tiempo. Muchos programas han sido aplazados.

- Pues no vuelvas a aplazar el asunto de la comida nunca más - le espetó él -, o me matarás, que todo tiene un límite.

De mal humor le ordenó dar paso al correo, mientras se obligaba a sí mismo a masticar el resto de su desayuno. Las órdenes fueron apareciendo durante diez largos minutos. ¡Qué ideas tan geniales le preparaban en la Tierra! Y si al menos él pudiera desdoblarse en cien tal vez conseguiría realizar la centésima parte de las tareas que le proponían. Dejó que el rollo de papel siguiera saliendo hasta el final, sin mirarlo siquiera, mientras se afeitaba las viejas mejillas rosadas y peinaba su escaso cabello ¿Y por qué estaba el sistema de reciclado tan congestionado como para no funcionar correctamente? Porque sus hijas y sus respectivos consortes se habían ido llevándose los utilísimos derivados, así como el agua que había robado Wan. ¡Robado, sí! No había otra palabra para definirlo. Se habían llevado también la unidad autónoma de bioanálisis de manera que sólo tenía el analizador del sanitario para controlar su estado de salud. ¿Y cómo le podía ayudar eso si le subía la temperatura o sufría una arritmia cardiaca? Además se habían llevado consigo todas las cámaras menos una, así que él tenía que cargársela al hombro cada vez que iba a algún sitio. Y se habían llevado también...

Y se habían llevado también sus propias personas, y, Schwarze, Peter, por primera vez en su vida, estaba completamente solo.

Y no era sólo que lo estuviera, sino que nada podía hacer para remediarlo. Si su familia volvía, lo haría cuando le pareciera oportuno, no antes. Hasta entonces, él no era más que una unidad de reserva, un soldado de plomo en una caja, un programa auxiliar. Él tenía demasiadas cosas de que ocuparse, pero el verdadero centro de la acción estaba muy lejos de allí.

A lo largo de su longeva vida, Peter se había enseñado a sí mismo a ser paciente, pero jamás había conseguido aprender a disfrutar de tal virtud. Era enloquecedor verse obligado a esperar de aquella manera: cincuenta días de espera para recibir respuesta a las razonables preguntas y propuestas que hacía a la Tierra. Esperar casi lo mismo a que su familia y el gamberro del chico llegaran adonde se dirigían, (si es que llegaban) y comunicarle luego que habían llegado (si tenían la amabilidad de hacerlo). Esperar no es tan malo si uno puede disponer del suficiente tiempo, ¿pero cuánto le quedaba a él realmente? Pongamos por caso que sufría una apoplejía. O que se le declaraba un cáncer. O que alguna de las delicadas conexiones que hacían que su corazón latiera, su sangre circulara, sus intestinos trabajaran o su cerebro pensara se estropeaba. ¿Y entonces, qué?

Y eso había de pasar algún día, porque Payter era viejo. Había mentido tantas veces acerca de su edad que ni siquiera él mismo estaba ya seguro de cuál era. Tampoco sus hijas lo sabían. Las historias que les había contado acerca de la juventud de su abuelo pertenecían en realidad a su propia juventud. La edad, en sí misma, no era el problema.

El Certificado Médico Completo se ocupaba de cualquier contingencia, en cuestión de reparar o sustituir, mientras no fuera el cerebro la parte dañada; y su cerebro estaba en la mejor de las formas. ¿O acaso no se había ocupado éste de planearlo todo y apañado para traerle hasta aquí?

Pero «aquí» no había la posibilidad de hacer valer el Certificado Completo, y los años empezaban a ser un problema.

¡Ya no era ningún jovenzuelo! Pero una vez lo había sido, y ya entonces había sabido que de algún modo, algún día, poseería todo lo que poseía en la actualidad: la clave del deseo humano. ¿Bürgermeister de Dortmund? ¡Eso era menos que nada! El joven y huesudo Peter, el más joven y bajito de su ciudad en las Juventudes Hitlerianas, y aun así, su líder, se había prometido mucho más. Había llegado incluso a adivinar que se hartaría de algo como esto, una enorme silueta futurista que emergería ante él, y sólo él sería capaz de encontrar el modo de gobernarla, como si de un arma se tratara, como un hacha, como una guadaña, para castigar, segar o rehacer el mundo. ¡Bien, helo aquí! ¿Y qué es lo que estaba haciendo con todo ello? Esperar. En las historias de su juventud, las de Juve, Gail, Dominik, o las del francés, Verne, las cosas no sucedían de esta manera, los personajes nunca tenían que malgastar su tiempo esperando.

Pero al fin y al cabo ¿qué otra cosa podía hacer?

De modo que mientras esperaba a que aquella pregunta se solucionara por sí sola, siguió con su rutina diaria. Tomaba cuatro comidas ligeras al día, una sí y otra no a base de comida CHON, y dictaba a Vera metódicamente sus impresiones acerca del sabor y la consistencia. Le ordenó a Vera que diseñara un nuevo modelo de bioanalizador, utilizando todos los sensores que pudieran emplearse, y que trabajara en su construcción en cuanto tuviera tiempo libre, para ir completando así las diferentes partes del proyecto. Él por su parte trabajaba diariamente diez minutos con las pesas por la mañana, y por la tarde dedicaba media hora a las flexiones y estiramientos. Metódicamente, recorría a diario los distintos pasillos de la factoría, cámara en ristre. Escribía largas cartas a sus superiores en la Tierra quejándose y argumentando cautelosamente la conveniencia de abortar la misión y de regresar a la Tierra tan pronto como pudiera reunir a su familia de nuevo, y llegó a enviar incluso un par de ellas. A su abogado le escribía finas y perentorias indicaciones, en que discutía su postura y le pedía que revisara su contrato. Pero sobre todo, concebía proyectos, la mayoría sobre la Traümeplatz.

Rara vez conseguía ahuyentar de sus pensamientos el lugar aquel de los sueños con todo su sorprendente potencial. Cuando se sentía deprimido y preocupado pensaba en lo bien empleado que le estaría a la Tierra que él lo reparara y llamara a Wan para que volviera a sacudirles con la fiebre. Cuando se sentía lleno de fuerza y determinación iba a mirarlo, con la cubierta colgando de una protuberancia ornamental de la pared y las juntas y sujeciones siempre en el macuto de su mono de trabajo. Qué fácil sería utilizar un soplete y soltarlo, meterlo en la nave junto con el comunicador de los Difuntos y todos los demás tesoros que pudieran encontrar y salir disparado en el cohete en dirección a la Tierra reanudando la larga espiral descendente que finalmente le traería... ¿Qué le traería? ¡Dios de los cielos! ¡Qué es lo que le traería! ¡Fama! ¡Poder! ¡Prosperidad! Todo aquello que se le debía, sí, todo lo que constituía su propiedad de pleno derecho, sólo con que consiguiera regresar a tiempo para disfrutarlo.

Le ponía enfermo pararse a pensarlo. El reloj seguía pasando las horas sin cesar. Cada minuto que se consumía le acercaba al final de su vida. Cada segundo desperdiciado en la espera, era un segundo robado al tiempo de feliz grandeza y lujo que él había ido atesorando. Se obligó a comer, sentado en el límite de su reservado, mirando con ansia los mandos de la nave.

- La comida no mejora, Vera - le reprochó.

La compungida máquina no contestó.

- ¡Vera! ¡Tienes que hacer algo al respecto! - Pero la máquina siguió sin contestarle durante unos cuantos segundos.

Y luego tan solo:

- Un momento, por favor... Mr. Herter.

Aquello enfermaba a cualquiera. De hecho, notó, se sentía mareado. Miró con hostilidad al plato que se había obligado a deglutir con tozudez, que se suponía tenía que ser una especie de Schnitzel, o algo parecido teniendo en cuenta la limitada capacidad de Vera, pero que sabía a whisky o a saverkrant, o ambas cosas a la vez. Lo puso en el suelo.

- No me encuentro bien - anunció.

Pausa. Luego:

- Un momento, por favor... Mr. Herter.

Pobrecita Vera, qué estúpida e incapaz era. Estaba procesando un nuevo envío de mensajes desde la Tierra, intentando mantener una conversación con los Difuntos a través de la radio ultralumínica, codificando y transmitiéndolo todo a través de su propia telemetría, todo a un tiempo. Simplemente no tenía tiempo para ocuparse de sus náuseas. Pero lo que resultaba innegable era su creciente malestar: una hipersecreción de saliva bajo la lengua, rápidas contracciones del diafragma. Apenas si consiguió echar algo en el sanitario. Lo vomitó casi todo allí mismo, todo lo que se había tomado. Al final, soltó una maldición. Prefería no vivir para ver una vez más como aquellos desechos orgánicos del demonio eran reciclados para volver a pasar por su intestino. Una vez estuvo seguro de que había acabado de vomitar se acercó a la consola y pulsó los botones de prioridad.

- Que todas las funciones queden paralizadas salvo ésta - ordenó - Conecta el analizador del sanitario inmediatamente.

- Muy bien - contestó acto seguido -...Mr. Herter.

Hubo unos momentos de silencio mientras el analizador del sanitario hacía lo que podía con lo que Peter acababa de depositar.

- Sufre usted una intoxicación por ingerir alimentos en mal estado - informó -, Mr. Herter.

- ¡Vaya! ¡Eso ya lo sé! ¿Qué es lo que tengo que hacer?

Pausa mientras el débil cerebro trataba el problema.

- Si pudiera usted añadirle agua al sistema, la fermentación y el reciclado estarán mejor controlados - dijo -, Mr. Herter. Como mínimo cien litros. Ha habido una pérdida considerable, debida a la evaporación en el volumen mucho mayor de espacio de que se dispone ahora, así como a la cantidad que se llevó el resto de su equipo. Mi recomendación es que llene usted el sistema con agua tan pronto como le sea posible.

- ¡Pero si el agua de que se dispone aquí es mala incluso para los cerdos!

- Las soluciones presentan problemas - reconoció -, por ello opino que al menos la mitad del agua que se añada sea destilada antes. El sistema puede encargarse del resto de los residuos tóxicos, Mr. Herter.

- ¡Dios del cielo! ¿Es que además de crear una depuradora de la nada, tengo que convertirme también en aguador? ¿Y qué hay de la unidad autónoma de bioanálisis, para que esto no vuelva a suceder?

Vera dudó cuál de las dos preguntas contestar primero.

- Sí, creo que eso será lo adecuado - asintió -. Si lo desea, puedo facilitarle planos constructivos. También... Mr. Herter, es posible que debiera usted considerar la posibilidad de incrementar el porcentaje de comida CHON en su dieta, ya que no parece provocarle reacciones de importancia.

- Aparte el hecho de que sepa a galletas para perro - bromeó -. Muy bien. Termina los planos constructivos de inmediato. Por escrito, usa todos los materiales disponibles ¿me has entendido?

- Sí..., Mr. Herter.

La computadora permaneció muda un rato inventariando las piezas sobrantes, ideando las conexiones que realizarían el trabajo. Era una tarea formidable para su pobre inteligencia. Peter tomó un vaso de agua y se enjuagó la boca, desenvolvió mohíno uno de los pocos atractivos paquetes de comida CHON, y mordisqueó vacilante una esquina. Mientras esperaba por si volvía a vomitar, se enfrentó a la posibilidad de que podía morir allí solo. Ni siquiera le quedaba la opción que había estado acariciando, la de abandonarlo todo a la deriva y volver solo a la Tierra, lo que no era posible si no añadía el agua que hacía falta y se aseguraba al máximo de que ninguna otra cosa funcionaba mal.

Y sin embargo, la tentación era cada día mayor.

Ello significaba abandonar a su yerno y a sus hijas a su suerte.

¿Pero es que iban a volver? Supongamos que no. Supongamos que ese muchacho maleducado apretaba la palanca equivocada o se quedaba sin carburante. O lo que sea. Supongamos que se morían. ¿Tendría que sentarse a esperar, consumiéndose hasta morir él también? ¿En qué beneficiaría ello a la humanidad, si él moría allí, y había que empezar otra vez, con una nueva tripulación? ¿Y en qué le beneficiaría a él, Schwarze, Peter, si se quedaba sin recompensa, sin fama, sin poder, sin vida?

¿O acaso había - una idea le sobrevino - otra opción? ¿Qué pasaría si daba con los controles que dirigían a la maldita Factoría Alimentaria, en constante movimiento? ¿Qué sucedería si conseguía cambiar su curso y llevarla a la Tierra, no en más de tres años sino en cuestión de días? A decir verdad, eso condenaría a muerte a su familia. Pero tal vez no. Tal vez regresaran - si es que regresaban - a la misma Factoría Alimentaria, estuviera donde estuviera. ¡Incluso en la misma órbita terrestre! Ah, de qué manera tan prodigiosa se les solucionarían todos los problemas de una vez por todas...

Arrojó los restos de la comida al sanitario, para añadirlos a la reserva de orgánicos.

- ¡Du bist verrückí, Peter! - se dijo.

El fallo de aquella fantasía suya no podía ignorarlo: lo había intentado tanto como había podido, pero los controles de la factoría no habían aparecido.

El sonido como de aceite friéndose de la impresora lo sacó de sus pensamientos. Tiró de la tira de papel y se concentró en ello un momento. ¡Qué cantidad de trabajo! ¡Como mínimo veinte horas! Y no era sólo el tiempo, sino que gran parte era duro trabajo físico. Tendría que salir al espacio a por tubos de los montantes que sujetaban en su sitio los transmisores auxiliares, separarlos y llevarlos a la nave; sólo entonces podría empezar a soldarlos en forma de espiral. ¡Y solo para el condensador! Se percató de que volvía a temblar. Llegó al sanitario justo a tiempo.

- ¡Vera! - rugió - ¡Necesito medicarme contra esto!

- Enseguida... Mr. Herter. En el equipo médico encontrará unas tabletas en las que se lee...

- ¡Cabeza hueca! ¡El equipo médico se lo han llevado a Jauja!

- Oh, es cierto... Mr. Herter. Un momento. Sí. Puedo proporcionarle los medicamentos yo misma, tengo un programa adecuado. Llevará unos veinte minutos prepararlos.

- En veinte minutos puedo haberme muerto - soltó Peter. Pero como no podía hacer otra cosa, se sentó y estuvo consumiéndose durante veinte minutos.

Malestar, hambre, soledad, agotamiento, resentimiento, temor. ¡Ira! En eso se fundían finalmente todos aquellos sentimientos. Cuando el dispensario de Vera arrojó las píldoras, aquel sentimiento de ira había condensado todos los demás. Se las tragó ávidamente y se retiró a su reservado en espera de resultados.

Parecía que funcionaban. Se tumbó boca arriba mientras el fuego que le quemaba el vientre se iba calmando, y se quedó dormido imperceptiblemente.

Al despertarse se sintió al menos físicamente mejor. Se lavó, se limpió los dientes, se peinó su escaso cabello rubio y entonces vio aquella especie de árbol navideño que eran

las luces de alarma en la consola de Vera. Sobre la pantalla aparecía en brillantes letras rojas:

SOLICITO PERMISO URGENTE
PARA VOLVER A LOS SISTEMAS HABITUALES

Se rió para sus adentros. Había olvidado borrar la orden de prioridad. Hubo un estallido de luces y pitidos y una casca da de papel salió de la impresora cuando ordenó a la computadora que volviera al trabajo habitual. De la memoria de Vera salió también una voz, la de su hija mayor:

- Hola, papá. Siento no haberte podido comunicar antes ¡que llegamos bien. Vamos a explorar. Me pondré en contacto contigo más tarde.

Debido a que Peter Herter amaba a su familia, la noticia de su llegada sana y salva alegró su corazón y le animó... durante unas horas. Casi dos días. Pero la felicidad es una flor delicada que no puede sobrevivir en una atmósfera de irritación y preocupaciones. Habló con Lurvy un par de veces, y no más de treinta segundos cada vez. Vera era sencillamente incapaz de aguantar la conexión durante más tiempo. La pobre Vera estaba incluso sometida a más presión que el propio Peter, sobre todo después de haberse tenido que desprender de ciertos componentes y ser reajustada nuevamente, manteniendo como estaba una comunicación de sentido doble entre el Paraíso Heechee y la Tierra, debiendo aplazar las prioridades más relevantes cuando se presentaban problemas que reclamaban una prioridad aún más acuciante. La conexión rnonocanal con el Paraíso Heechee no podía con todo el volumen de comunicación que se suponía que debía soportar, y lo que no podía permitirse era una mera charla intrascendente entre el padre y su hija.

La cosa no le parecía injusta a Peter. Lo cierto es que estaban encontrando cada maravilla; lo injusto era que entre los mensajes urgentes y trascendentales, Vera encontraba tiempo para pasarle una mezcolanza de órdenes dirigidas a él, ninguna de las cuales era razonable. Algunas era literalmente imposible llevarlas a cabo. Cambiar los reactores de lugar. Inventariar los alimentos CHON. Enviar a vuelta de mensaje un análisis de los paquetes de 2cm x 3cm x 1,5cm de color rojo y lavanda ¡No enviar análisis innecesarios! Enviar un análisis metalúrgico del «diván de los sueños». Preguntarles a los Difuntos en relación a la navegación Heechee. Preguntarles a los Difuntos en relación a los paneles de control. ¡Preguntarles a los Difuntos! ¡Qué fácil era ordenarlo! Y qué difícil llevarlo a cabo, cuando empezaban a divagar y a chillar y a quejarse, eso cuando podía oírles, ya que rara vez se le permitía hacer uso de la radio MRL. Algunas de las órdenes de la Tierra se contradecían entre sí, y muchas llegaban fuera de tiempo con la etiqueta «prioritario» completamente obsoleta. Y algunas no llegaban. Los circuitos de memoria y almacenado de Vera estaban llegando a la sobrecarga, y ella trataba de eliminar el exceso de datos poniéndolos por escrito, para que él se encargara de ellos como pudiera; pero eso creaba un nuevo tipo de problemas ya que el sistema de reciclado de los rollos de papel era el mismo que alimentaba el sistema de reciclado de la comida de que se alimentaba él, y la reserva de materia orgánica estaba casi agotada. Así que Peter tenía que arrojar comida CHON al sanitario y apresurarse en la construcción de la depuradora.

Incluso de haber tenido Vera tiempo que dedicarle, a él no le quedaba tiempo para dedicárselo a Vera. Tenía que forcejear con su equipo espacial. Salir al exterior y deambular por sobre el casco de la Factoría Alimentaria. Cortar tubos y atarlos juntos. Sudar la gota gorda al llevarlos al interior de la nave, luchando sin cesar contra la enojosa y empecinada aceleración de la Factoría Alimentaria a medida que ésta avanzaba en una u otra dirección. Sólo ocasionalmente podía entretenerse echándoles un vistazo a las imágenes que se recibían del Paraíso Heechee. Vera las exhibía en cuanto llegaban, una imagen por vez; pero cada nueva imagen desaparecía para poder disponer del suficiente espacio de almacenado para todas, y si Peter no estaba allí para verlas, desaparecían sin que nadie las hubiera visto. Incluso de esta forma ¡Santo Dios, qué cosas se veían! Los

Difuntos, tan informes. Los pasillos del Paraíso Heechee. Los Primitivos, que hicieron que casi se le paralizara el corazón a Peter cuando vio el ancho rostro de uno de ellos en pantalla. Pero sólo tenía tiempo de echar un vistazo y cuando la construcción de la depuradora quedó completada, tuvo que ponerse manos a la obra en una nueva tarea. Construirse un balancín para llevar pesos a la espalda. Fundir piezas de plástico para hacer cubos (¿una nueva gotera?) en el sistema de reciclado. Acuciarse impaciente junto al único surtidor de agua en función - aunque apenas funcionaba - para recoger el agua sucia en botellas. Cargar el agua y vaciarla, la mitad en la depuradora, la otra mitad directamente en los tanques de reciclado. Dormir a salto de mata. Comer cuando conseguía obligarse a hacerlo. Atender su propia correspondencia, que le llegaba con cuentagotas, cuando no podía efectuar ningún trabajo físico. Otro mensaje desde Dortmund, esta vez trescientos trabajadores municipales; ¡estúpida Vera, dejar pasar semejantes mensajes! Una carta codificada de su abogado que le llevó media hora traducirla. Y cuando acabó de hacerlo sólo decía: «Estoy intentando conseguir términos más favorables. No prometo nada. Mientras, aconsejo obediencia total a sus superiores.» ¡Mundo cerdo! Peter, jurando, se sentó ante la consola, pulsó el botón de prioridad y dictó su respuesta.

- ¿Que obedezca a todos esos estúpidos superiores que acabarán matándome? ¡¿Y luego, qué?!

Y lo envió a las claras, sin codificar; que Broadhead y los de la Corporación de Pórtico le entendieran como quisieran.

Y sin embargo, tal vez el mensaje no fuera un embuste. Entre tanto estrés y precipitación, Peter no tenía tiempo para preocupaciones y dolores de cabeza. Siguió comiendo los alimentos CHON, y cuando el sistema de reciclado empezó a producir los suyos de nuevo, también echó mano de ellos. Incluso cuando sabían mal - a veces a trementina, a veces a moho -, no le sentaban mal. No era lo que se dice una comida ideal. Peter era consciente de estar sobreviviendo gracias al estrés y a la adrenalina, y que llegaría el momento en que lo pagaría caro. Pero no veía manera de evitarlo.

Y cuando finalmente consiguió que el procesador de alimentos volviera a funcionar relativamente bien otra vez, y consiguió solventar lo que parecía la más perentoria de sus obligaciones, se sentó medio dormido ante la consola de Vera, y asistió a la mayor maravilla de todas. Su rostro reflejó su estupefacción. ¿Qué es lo que estaba haciendo el inútil del chico con un molinete de oración? ¿Por qué - en la siguiente imagen - lo introducía en aquellos objetos absurdos que parecían floreros? Y entonces la siguiente imagen apareció en pantalla y Peter soltó un grito. De pronto había aparecido una imagen, la imagen de un libro, chino o japonés, a juzgar por las apariencias.

Estaba fuera de la nave y a medio camino de la Traütmepplatz antes de que la parte consciente de su cerebro pudiera articular lo que la otra parte había entendido de pronto. ¡Los molinetes contenían información! No se detuvo a preguntarse por qué aquella información estaba en lenguaje terrestre, o en lo que parecía serlo. Había conjeturado el hecho esencial y estaba determinado a comprobarlo por sí mismo. Jadeando, se precipitó en la habitación y rebuscó enfebrecido entre los molinetes. ¿Cómo se haría? ¿Por qué demonios no había esperado a ver más para saber cómo se hacía? Pero allí estaban los candelabros o floreros, o lo que fueran; metió con sus manos, a presión, uno de los molinetes en el más cercano. Nada ocurrió.

Lo intentó con seis molinetes, metiendo primero el extremo más estrecho, luego el más ancho, de todas las maneras que se le ocurrieron, hasta que pensó que tal vez no todas las máquinas de lectura funcionasen. Y el segundo con el que probó estiró el molinete de su mano y a continuación se iluminó. Se encontró mirando a seis bailarines que llevaban caretas negras y unas mallas del mismo color, y oyó una canción que no escuchaba desde hacía muchos años.

¡Era la grabación de un espectáculo de Piezovisión! ¡No! Ni tan siquiera eso. Era aún más vieja. Tenía muchos años, quizá fuera un poco más reciente que el descubrimiento del asteroide Pórtico; su segunda mujer estaba viva todavía, y Janine no había nacido aún, cuando empezó a popularizarse aquella tonada. Se trataba de una grabación televisiva, anterior a la época en que los circuitos piezoeléctricos Heechees se incorporaron a los sistemas de comunicación humanos. Quizá formara parte de una colección de algún prospector de Pórtico, sin duda alguno de los Difuntos, que de algún modo había sido transcrita a un molinete de oraciones.

¡Vaya decepción!

Pero entonces se acordó de que había miles de molinetes de oraciones en la Tierra, en los túneles de Venus incluso en el propio Pórtico; allí donde los Heechees habían estado, habían dejado molinetes tras de sí. Cualquiera que fuera la procedencia de aquél en concreto, la mayoría de los demás los habían dejado los propios Heechees. ¡Y sólo aquél, Dios, sólo aquél valía incluso más que la mismísima Factoría Alimentaria, ya que desvelaba la clave de todo el conocimiento Heechee! ¡Menuda bonificación le iban a dar por ello!

Exultante, Peter probó otro molinete (una vieja película), y otro más (un delgado volumen de poesía en inglés, de alguien llamado Elliot), y otro más aún. ¡Qué desagradable! Si era de éste de donde Wan había adquirido sus nociones del amor - algún prospector lascivo que se había llevado de Pórtico consigo grabaciones pornográficas para pasar el rato - no era de extrañar que su comportamiento hubiera sido tan asqueroso. Pero no pudo permanecer enfurruñado largo rato, porque tenía mucho de que alegrarse. Lo sacó del descifrador, y entonces, en la quietud, oyó el distante timbre de Vera que reclamaba con urgencia su atención.

El sonido le pareció escalofriante, antes incluso de que regresara a la nave, antes incluso de que oyera la voz de su yerno, crispada por el miedo.

- ¡Mensaje con prioridad absoluta! ¡Para Peter Herter y de inmediato a la Tierra! ¡Lurvy, Janine y Wan han sido capturados por los Heechees, y creo que vienen a por mí!

La ventaja de su nueva situación es que ahora que no llegaban mensajes desde el Paraíso Heechee, Vera se las apañaba mejor con su sobrecarga. Con paciencia, Peter consiguió recuperar todas las fotografías que habían llegado antes de la grabación del mensaje de Paul, y pudo ver al grupo de Heechees al final del pasillo, el confuso forcejeo, media docena de rápidas tomas del techo del pasillo, algo que parecía la nuca de Wan, y después, nada. O nada que significara algo. Peter no podía saber que la cámara había sido metida en la blusa de uno de los Primitivos, pero pudo ver que quizá no había nada que ver: formas oscuras entre sombras, tal vez el relieve de una textura.

La mente de Peter se mantenía clara. Pero también vacía. No quiso permitirse pensar en lo vacía que, de pronto, se había quedado su vida. Programó a Vera con cuidado para continuar sobre los mensajes audio y a seleccionar lo más significativo, y escuchó todo lo que habían dicho. No pudo extraer nada que le permitiera abrigar esperanzas. Ni siquiera cuando una imagen, y después otra, y otra más, tomaron cuerpo en la pantalla. En una media docena de tomas no había nada que tuviera sentido, quizá se tratara de un puño que tapaba la lente, o una toma del suelo. De pronto, en un ángulo de la última imagen, apareció algo que podía ser... ¿qué? ¿Uno de aquellos Sturmkampfwagen de su tierna adolescencia? Pero desapareció enseguida, y la cámara volvió a enfocar la nada, y así se mantuvo durante cincuenta secuencias.

Lo que no hizo en ningún caso fue mostrar rastro alguno de sus hijas o de Wan después de ser capturados. Y por lo que hacía a Paul, el viejo no poseía pista alguna; después de su frenético mensaje, había desaparecido.

De un rincón olvidado de su mente afloró la idea que ahora bien pudiera ser, era a buen seguro, el único superviviente de la misión, y que cualesquiera que las bonificaciones fueran, le pertenecían ahora todas.

Mantuvo aquel pensamiento donde podía soportarlo. Pero a fin de cuentas nada significaba. Se encontraba ahora irremediadamente solo, más solo que nunca, tan solo como Trish Bover, congelada en su nave que giraba en una órbita eterna que no la conduciría a lugar alguno. Quizás podría evitar la muerte. ¿Pero cómo evitaría volverse loco?

Le costó mucho conciliar el sueño. No temía dormir. Lo que le causaba pavor era el despertar que seguiría al sueño, y cuando sucedió, fue tan terrible como había temido. En un primer momento fue un día como otro cualquiera, y fue sólo después de un apacible lapso en que se desmereció y bostezó cuando recordó lo sucedido.

- Peter Herter - se dijo en voz alta -: Estás solo en este maldito lugar, y cuando te mueras, aquí mismo, seguirás estando solo.

Se percató de que se estaba hablando a sí mismo. Ya.

Siguiendo con los hábitos adquiridos durante todos aquellos años, se lavó, se limpió los dientes, se peinó el cabello y entonces se tomó cierto tiempo para recortarse los pelillos que le sobresalían de los oídos y de la base del cuello. De todas formas daba igual lo que hiciera. Después de abandonar su reservado, tomó dos paquetes de comida CHON y se los comió metódicamente antes de preguntarle a Vera si había mensajes del Paraíso Heechee.

- No - dijo -,...Mr. Herter. Pero hay órdenes de la Tierra.

- Más tarde - dijo. No le importaban.

Le dirían que hiciera cosas que ya había hecho, seguramente. O le dirían que hiciera cosas que no tenía intención de hacer, quizás que saliera al exterior para cambiar la situación de los reactores, para volver a intentarlo. Pero la factoría, por supuesto, volvería a contrarrestar cada aceleración con una aceleración de igual intensidad y de sentido inverso, para continuar Dios sabía dónde y por razones que Él podía conocer. De todas formas, nada de lo que se recibiera de la Tierra en los siguientes cincuenta días tendría relevancia alguna en relación a los nuevos acontecimientos.

Y en menos de cincuenta días...

En menos de cincuenta días, ¿qué?

- Te comportas como si tuvieras un abanico de posibilidades donde elegir, Peter Herter - gruñó para sí.

Bueno, tal vez las tuviera, pensó, de poder darse cuenta de cuáles eran. Mientras tanto, lo mejor que podía hacer era continuar lo que había hecho siempre. Mantenerse fastidiosamente limpio. Realizar todas aquellas tareas que razonablemente podía hacer. Mantener sus perfectamente establecidos hábitos. Durante todas aquellas décadas había aprendido que el mejor momento para evacuar era unos cuarenta y cinco minutos después de desayunar; era casi aquella hora; lo apropiado era hacerlo. Mientras estaba acucillado en el sanitario sintió una débil aceleración que le preocupó. Era un fastidio que las cosas sucedieran sin él saber el motivo, y no dejaba de ser una interrupción de lo que estaba haciendo con su acostumbrada eficacia. Desde luego que uno no podía esperar demasiada eficacia de unos esfínteres que habían sido comprados y trasplantados gracias a un desgraciado (o hambriento) donante, o de un estómago que había sido trasplantado intacto de otro cuerpo. Sin embargo, le agradaba que funcionaran tan bien.

«Te interesa el funcionamiento de tus intestinos hasta un límite que raya la morbosidad», se dijo sin hablar.

También sin hablar - aunque no parecía tan malo hablarse a uno mismo mientras nadie le oyera -, se autodefendió. No carecía de justificación, pensó. Eso sucedía porque tenía en mente el ejemplo de la unidad de bioanálisis, que durante tres años y medio había

estado mostrándoles cada producto de deshecho de sus cuerpos. ¡A fin de cuentas, es lo que tenía que hacer! ¿Cómo, sino, iba a controlar su salud? Y si a una máquina le era lícito pesarle y evaluarle los excrementos a uno, ¿no le era lícito al padre de la criatura?

- Du bist verrückt - dijo en voz alta, sonriendo.

Asintió con la cabeza, completamente de acuerdo consigo mismo mientras se limpiaba y se abrochaba el mono, porque lo había asumido del todo. Se había vuelto loco.

En relación al comportamiento del hombre medio.

¿Pero es que acaso un hombre medio se hubiera encontrado en su misma situación?

Así pues, cuando uno decía estar loco, no decía nada que tuviera importancia, después de todo. ¿Qué le importaba a Schwarze, Peter el comportamiento del hombre medio? A fin de cuentas era sólo en relación a los hombres extraordinarios como se le podía juzgar, ¡y éstos constituían un grupo bien variopinto! Drogadictos y borrachos. Adúlteros y traidores. Tycho Brahe tenía nariz de gutapercha, y nadie dejó de considerarlo extraordinario por ello. El Reichsfürer no comía carne. El propio Federico el Grande invirtió mucho tiempo que podía haber dedicado a la construcción de un imperio en escribir música para grupos de cámara. Paseó en dirección a la computadora y llamó:

- Vera, ¿qué ha sido el empujón ese de hace un momento?

La computadora se demoró mientras contrastaba la descripción que de él poseía con la imagen que captaba.

- No puedo asegurarlo... Mr. Herter. Pero la inercia se patentiza en el momento en que alguno de los cargueros observados aterriza o despega.

Él, de pie, apretó el borde del asiento de la consola.

- ¡Qué imbécil! - gritó -. ¿Por qué no se me ha dicho que podía tratarse de eso?

- Lo siento... Mr. Herter - se disculpó -. El análisis en que sugería tal posibilidad le ha sido transcrito por copia de impresora. Tal vez lo pasó por alto.

- ¡Qué imbécil! - repitió, pero esta vez no quedó muy claro a quién se refería -. ¡Los cargueros, claro!

Habían pasado por alto durante todo el tiempo que la producción de comida de la Factoría tenía que ir a parar a algún sitio y habían pasado también por alto que las naves tenían que volver de vacío para ser reabastecidas. ¿Para qué? ¿Dónde?

Eso era lo de menos. Lo que importaba era darse cuenta de que quizás no siempre iban a volver de vacío. Y, siguiendo el razonamiento, darse cuenta de que al menos una nave, que debía volver a la Factoría Alimentaria, estaba ahora en el Paraíso Heechee. Si tenía que volver, ¿qué o quién habría dentro?

Peter se frotó un brazo, que había empezado a dolerle. Con dolor o sin él, tal vez pudiera hacer algo al respecto. Pasarían varias semanas antes de que la nave volviera. Podía... ¿Qué? ¡Sí! Hacer una barricada en el pasillo. Podía arreglárselas para mover máquinas, armarios - todo lo que tenía masa - para bloquearlo, de modo que cuando regresara, si regresaba, quienquiera que fuese se vería detenido, o al menos obstaculizado. Y era tiempo de empezar a hacerlo.

No se entretuvo más y empezó a buscar material para construir una barricada.

Teniendo en cuenta la imperceptible aceleración de la Factoría Alimentaria, no era difícil mover objetos incluso de gran volumen. Pero era agotador. Y empezaron a dolerle ambos brazos. Y poco después, mientras empujaba un objeto de metal azul parecido a una canoa corta y ancha en dirección al pozo de aterrizaje, notó una extraña sensación que parecía provenir de la raíz de sus dientes, casi como un dolor de muelas; y la saliva empezó a manar de debajo de su lengua.

Peter se detuvo y respiró profundamente, obligándose a relajarse.

No consiguió nada, como había previsto. Poco después empezó a dolerle el pecho, primero ligeramente, como si alguien presionara sobre su esternón con un palo de esquí,

y después sintió una dolorosa, profunda, abrasadora punzada, como si sobre el palo de esquí se apoyara un individuo de cien kilos.

Estaba demasiado lejos de Vera para conseguir ayuda médica. Tendría que esperar a que se precipitaran los acontecimientos. Si era una angina de pecho, tal vez sobreviviría. Se sentó, paciente y calmado, para ver qué ocurría, mientras la ira le crecía en el pecho. ¡Qué tremenda injusticia!

¡Qué tremenda injusticia! A cinco mil Unidades Astronómicas de distancia, las gentes del mundo, libres de toda preocupación, seguían con sus asuntos, sin saber ni interesarles que el hombre que tanto iba a hacer por ellos - ¡que ya había hecho! - podía estar muriéndose, solo y atormentado por el dolor.

¿Serían capaces de sentir gratitud? ¿De mostrar respeto, aprecio, o al menos un comportamiento decente?

Tal vez les diera una oportunidad. Si respondían, sí, les colmaría de regalos nunca antes vistos. Pero si eran malvados y desobedientes...

¡En ese caso Peter Schwarze les colmaría de tales maldiciones que todo el mundo temblaría y se estremecería de terror! De una forma u otra nunca habían de olvidarle... con sólo que consiguiera sobrevivir a lo que se le avecinaba.

9 - BRASILIA

Lo que importaba era Essie. Cada vez que salía del quirófano - catorce veces en seis meses - me sentaba a su lado, y cada vez su voz era algo más débil y estaba más demacrada. Todos me perseguían a un tiempo; la vista que se celebraba contra mí en Brasilia iba mal, nos llovían los informes de la Factoría Alimentaria, el fuego de las minas de alimentos seguía sin extinguirse. Pero Essie era lo primero para mí. Harriet tenía órdenes claras. En cuanto Essie preguntaba por mí, estuviera dormido o despierto, se nos ponía en contacto de inmediato: «Por supuesto, señora Broadhead, Robin se pondrá en seguida. No, no le molestará en absoluto. Acaba de levantarse hace un momento.» O bien: «En estos momentos está descansando entre dos entrevistas.» O «En estos momentos sube del embarcadero del mar de Tappan.» O cualquier cosa que no impidiera que Essie se pusiera en comunicación conmigo. Y entonces yo tenía que dirigirme a la habitación oscurecida, bronceado y sonriente con aspecto descansado, para decirle qué buen aspecto tenía. Habían convertido mi sala de billar en un auténtico teatro de operaciones, y habían tenido que sacar los libros de la biblioteca contigua para acondicionarle un dormitorio. Ella estaba allí la mar de bien. O, al menos, eso decía.

Y de hecho, no es que tuviera tan mal aspecto. Habían realizado ya todos los injertos y soldaduras óseos, y añadido dos o tres kilos de órganos de repuesto y tejidos injertados. Hasta le habían repuesto la piel, o le habían trasplantado la de alguien. Su rostro parecía normal, a excepción del ligero vendaje que le cubría parte de la cara, sobre la que cepillaba su espléndido pelo rubio.

- Ya, ya, ligón - me saludaba -. Y tú, ¿cómo estás?

- Bien, bien, un poco ajetreado - solía contestarle yo, restregando mi nariz contra su mejilla -. ¿Cómo te encuentras?

- Bien.

Y así nos dábamos mutuo ánimo; y tampoco es que mintiéramos. Ella mejoraba día a día, me lo decían los médicos. Y yo también... ¡yo qué sé qué es lo que iba haciendo! Pero temblaba de impaciencia cada mañana. Trabajaba con un promedio de cinco horas de sueño cada noche. Sin sentirme cansado ni un solo instante. Jamás me había sentido mejor en toda mi vida.

Pero ella continuaba adelgazando cada vez más. Los doctores me dijeron qué era lo que debía hacerse; yo se lo dije a Harriet y ella se ocupó de reajustar su dieta. Dejamos

de comer ensaladas y bistecs a la plancha. Nada de café ni zumos en el desayuno, sino tvoroznikyi, pastelillos de queso y tazones de humeante cacao. Para comer, platos de cordero del Cáucaso con guarnición de arroz. Urogallo cocido con salsa de leche agria para cenar.

- Me estás malcriando, Robin querido - me acusaba.

Y yo le decía:

- Sólo te estoy engordando. Nunca me han gustado las mujeres flacuchas.

- De acuerdo, pero te estás pasando con tanta comida folklórica. ¿Es que no hay nada que engorde que no sea ruso?

- Espérate al postre - le sonreí -. Pastel de fresas. Aderezado con crema Devonshire.

Por amor de la psicología, la enfermera me había convencido de que debíamos empezar con pequeñas cantidades en platos grandes. Essie se obligaba a comerlo todo, y a medida que aumentábamos las raciones, comía más. No dejó por ello de perder peso, pero al menos lo hacía mucho más lentamente, y al cabo de seis meses los doctores opinaron, precavidos, que su estado podía calificarse de estable. Casi.

Cuando le di la buena nueva ya se levantaba, conectada, eso sí, a la maraña de tubos de debajo de su cama, aunque podía moverse por toda la habitación.

- Ya era hora - me dijo mientras se me acercaba para besarme -. Has pasado demasiado tiempo en casa.

- Es un placer - contesté.

- Es todo un detalle - me corrigió -. Ha sido delicioso que estuvieras siempre aquí. Pero ahora que ya estoy bien, Robin, hay asuntos de los que debes ocuparte.

- No creas, me las arreglo bastante bien con la terminal de la habitación de los cerebros electrónicos. Claro que sería formidable que nos pudiéramos ir los dos a otro sitio. Creo que no has estado nunca en Brasilia. Tal vez dentro de unas pocas semanas...

- No, dentro de unas pocas semanas, no. Al menos conmigo. Si tienes necesidad de ir, ve, Robin, por favor.

Dudé:

- Bueno. Morton cree que sería aconsejable.

Ella asintió nuevamente y dijo:

- ¿Harriet? El señor Broadhead saldrá mañana para Brasilia. Haz la reserva, etcétera, etcétera.

- Ciertamente, señora Broadhead - contestó Harriet desde la consola a la cabecera de su cama. Su imagen se disolvió en la oscuridad tan rápidamente como había aparecido, y Essie me rodeó con los brazos.

- Me ocuparé personalmente de que tengas a tu disposición un servicio de comunicación completo en Brasilia - prometió -, y Harriet te mantendrá informado todo el tiempo acerca de mi estado. Estáte tranquilo, Robin. Si te necesito, lo sabrás al instante.

- Bien... - le dije al oído.

Ella musitó contra mi hombro:

- Nada de «bien». Está decidido y, ¿sabes?, te quiero mucho.

Albert me ha dicho que cada mensaje que envío por radio es, de hecho, una larga hilera de fotones lanzada al espacio como una flecha. Una transmisión de treinta segundos se convierte en una columna de nueve millones de kilómetros de longitud, cada uno de los fotones disparado a la velocidad de la luz, en perfecta línea recta. Pero incluso a esa larga, veloz, fina línea le lleva casi una eternidad cruzar las cinco mil U.A. que hay hasta la Factoría Alimentaria. La fiebre que había dañado a mi mujer había tardado en llegar veinticinco días. La orden de que no hicieran locuras con el diván de los sueños había recorrido apenas una fracción de la distancia cuando se cruzó con la segunda emanación de la fiebre, la que había provocado Janine. Nuestro mensaje de felicitación para los Herter-Hall con motivo de su llegada a la Factoría Alimentaria, en algún lugar

más allá de la órbita de Plutón, se cruzó con el que nos comunicaba que casi todos se habían marchado en una nave espacial hacia el «Paraíso Heechee». Por ahora, seguían allí; y nuestro mensaje, en el que se les decía qué debían hacer, hacía días que aguardaba en la Factoría Alimentaria, en espera de una respuesta. Por una vez, dos sucesos acaecidos en fechas tan cercanas habían estado lo suficientemente próximos cómo para influirse mutuamente.

Y lo mismo iba a pasar cada vez. ¡Qué fastidio! Tenía necesidad de muchas de las cosas de la Factoría Alimentaria, pero sobre todo necesitaba la radio MRL. ¡Debía de ser algo sorprendente! Cuando le recriminé a Albert que no se hubiera esperado la sorprendente existencia de un invento de tal calibre, él se limitó a sonreírme con aquella sonrisa suya tan gentil y humilde y, metiéndose el extremo del mango de la pipa en la oreja, me dijo:

- Seguro que sí, Robin, si te refieres al tipo de sorpresa que siente uno cuando algo que sólo consideraba remotamente posible se hace realidad. Pero recuerda que se trata, en cualquier caso, de algo perfectamente posible. Acuérdate de que las naves Heechees son capaces de navegar sin error hacia blancos en movimiento. Cosa que sugiere la posibilidad de comunicación casi instantánea a través de distancias astronómicas, ergo, la existencia de una radio de mayor rapidez lumínica.

- ¿Y por qué no me lo habías dicho? - inquirí.

Él se rascó un tobillo, desnudo, con la zapatilla de deporte que calzaba el otro pie.

- Sólo era una posibilidad, Robin, no superior al cero coma cinco. Una condición suficiente, pero no necesaria. Simplemente, carecíamos hasta ahora de pruebas suficientes.

Hubiera podido seguir hablando con Albert de camino a Brasilia. Pero viajaba en el avión de una compañía aérea - las naves de mi compañía viajaban demasiado despacio en distancias como aquella -, y como además me gusta poder ver a Albert cuando hablo con él, utilicé mi tiempo y el comunicador audio en asuntos de negocios y con sólo la voz de Morton. Y la de Harriet, claro, que tenía la orden de pasarme cada hora un rápido informe del estado de Essie, siempre y cuando no me encontrara durmiendo.

Aunque se trate de un avión supersónico, un vuelo de diez mil kilómetros lleva algunas horas, y tuve tiempo de sobras para dedicar a los asuntos de la compañía. Morton quería tanto de aquel tiempo como pudiera robarme, sobre todo para intentar convencerme de que me entrevistara con Bover.

- Tienes que tomártelo en serio, Robin - se me quejó al oído -. Le representan Anjelos, Carpenter y Guttmann, y ésa es gente poderosa, con programas legales muy buenos.

- ¿Mejores que tú?

Pausa.

- Bien, espero que no, Robin.

- Explícame una cosa, Morton. Si Bover no tuviera un asunto importante entre manos, ¿por qué iba gente tan importante a molestarle en ayudarlo?

Aunque no podía verle, sabía que Morton estaría adoptando una de sus miradas defensivas, medio disculpándose, medio queriendo decir «tú que eres un simple ciudadano de a pie no lo entiendes.»

- No es tan sencillo, Robin. Y por ahora la cosa no nos va bien. Y está cobrando dimensiones mayores de las que le habíamos supuesto en un principio. Me imagino que lo que ellos piensan es que sus informadores descubrirán tus puntos débiles, y me imagino que en el peor de los casos esperan embolsarse una buena cantidad como pago a sus servicios. Sería mejor que trataras de reforzar tus puntos débiles en lugar de verte con él. Tu corresponsal el senador Praggler es miembro del comité de supervisión del mes en curso. Ve a verle antes.

- Iré a verle, pero no antes - le dije a Morton, y corté la comunicación mientras virábamos para aterrizar.

Pude ver la enorme torre de los jefazos de Pórtico ensombreciendo el techo plano en forma de plato del Palacio de Congresos, y en la superficie de todo el lago vi los reflejos metálicos de los tejados de la Zona Franca. Había cortado la comunicación justo a tiempo. Mi cita con el viudo de Trish Bover (o con su marido, según se mire) estaba fijada para algo menos de una hora más tarde, y lo cierto es que no quería hacerle esperar.

Y no le hice esperar. Acababa de tomar una mesa en el comedor al aire libre del hotel Brasília Palace cuando apareció. Delgado, alto, con una calvicie incipiente, tomó asiento con su ademán nervioso, como si tuviera una prisa extraordinaria, o unas ganas incontenibles de estar en cualquier otro sitio. Pero cuando le ofrecí que me acompañara, se tomó diez minutos para estudiar atentamente la carta, y luego la pidió entera de cabo a rabo. Ensalada de palmitos frescos, cangrejos de agua dulce recién traídos del lago, todo el menú hasta el final, para rematarlo con aquella divina pina natural que traían en avión desde Río.

- Este es mi hotel favorito en Brasilia - le informé en un alarde de genialidad, como si fuera su anfitrión, mientras aliñaba la ensalada de palmitos -. Es viejo, pero bueno. Supongo que habrá contemplado las magníficas vistas, ¿no?

- Hace ocho años que vivo aquí, señor Broadhead.

- Ah, ya veo.

Realmente, no tenía ni idea de dónde podía haber vivido semejante hijo de mala madre, para mí no había sido más que un nombre y un fastidio. Y eso por referencias. Intenté abordar el tema de los intereses comunes.

- Recibí un rápido informe de camino aquí sobre la Factoría Alimentaria. El equipo Herter-Hall lo está haciendo muy bien; están descubriendo un montón de maravillas. ¿Sabía que hemos podido identificar a cuatro de los Difuntos como antiguos prospectores de Pórtico?

- Sí, algo de eso he visto en la piezovisión, señor Broadhead. Parece bastante interesante.

- Más que interesante, Bover. Puede cambiar todo este mundo que nos rodea. Y puede hacernos ricos hasta la médula, además.

Asintió con la boca llena de ensalada, y siguió llenándose. Lo cierto es que no estaba logrando sonsacarle gran cosa.

- Muy bien - le dije -, ¿qué tal si hablamos de negocios? Quiero que retire su querrela.

Masticó y tragó. Con el tenedor lleno y apoyado en los labios, dijo:

- Eso ya lo sé, señor Broadhead.

Y se volvió a llenar la boca.

Yo tomé un largo y lento sorbo de mi copa de vino y le dije, sin que mi voz o un gesto me traicionaran:

- Señor Bover, me temo que no se da cuenta de qué es lo que está en juego. No es que le tome por tonto. Simplemente, creo que no es usted consciente de la magnitud de este asunto. Vamos a salir perdiendo los dos si sigue adelante con la demanda.

Seguí explicándole cuidadosamente el caso, por entero, tal como Morlón me lo había explicado a mí, con pelos y señales: lo de la intervención de la Corporación de Pórtico, su evidente dominio de la situación, el problema que representaba someterse a las decisiones de un tribunal cuando lo que éste pudiera ordenar tardaría en llegar a los interesados más de mes y medio más tarde, en cuyo caso esas personas ya habrían hecho por su cuenta todo lo que hubieran planeado hacer previamente; le hablé de la posibilidad de llegar a un acuerdo.

- Lo que trato de decirle - le expliqué - es que se trata de un asunto verdaderamente grande. Demasiado grande como para que dividamos nuestras fuerzas. No es que nos vayan a joder un poquito, es que van a por nosotros, van a quedarse con lo que es nuestro.

Mientras tanto, él se limitaba a masticar, y cuando ya no le quedó nada a que hincarle el diente, dio un sorbo a su café y dijo:

- Creo que no tenemos nada más que discutir, señor Broadhead.

- ¡Por supuesto que sí!

- No, a menos que así lo creamos ambos - señaló -, y yo no lo estimo así. Yo ya no sigo adelante con una demanda judicial; está usted mal informado respecto de ciertos detalles. Es una vista lo que tengo ahora entre manos.

- Que puede ponerle en aprietos.

- Sinceramente, no lo creo. La ley seguirá su curso, lo que llevará cierto tiempo. No pienso hacer ningún trato mientras tanto. Trish ya pagó con creces lo que pueda salir de todo este asunto. Y ahora que ella no puede defender sus propios intereses, me temo que he de hacerlo yo.

- ¡Pero eso nos va a costar el pellejo a los dos!

- Es una posibilidad, como dice mi abogado. Él me previno en contra de esta entrevista.

- Entonces, ¿por qué ha venido?

Él miró a los restos de su comida, y luego a las fuentes del patio. Tres prospectores recién llegados de Pórtico estaban sentados junto al borde del estanque con una azafata de la Varig algo bebida, cantando y arrojando pedacitos de pastel a las carpas. Habían vuelto ricos.

- Resulta un cambio muy agradable, señor Broadhead - me dijo.

Al otro lado de la ventana de mi suite, en lo alto de la moderna Palace Tower, podía ver la corona de espinas de la catedral brillando al sol. Desde luego, era mejor que ver a mi programa de asesoría jurídica, de cuerpo entero en el monitor, pues me estaba poniendo enfermo.

- Puede que hayamos puesto el caso en contra nuestra, Robin. No sé si te das cuenta de lo grave que es este asunto.

- Eso mismo le dije yo a Bover.

- No, de veras, Robin. No se trata solamente de Robin Broadhead Inc., ni de la Corporación de Pórtico. Ahora es el gobierno el que está empezando a meter baza. Y tampoco es un asunto que afecta tan solo a los signatarios de la convención de Pórtico. Puede convertirse en un asunto de la O.N.U.

- ¡Venga, hombre! ¿Pueden hacerlo?

- Claro que pueden, Robin. Y tu amigo Bover no nos está poniendo las cosas más fáciles. Acaba de solicitar que un auditor se haga cargo de la correcta administración de los holdings a tu nombre y de los que estén asociados a ti.

Menudo hijo de perra. Supongo que ya había cursado su petición mientras se tomaba la comida que yo le había pagado.

- ¿Qué significa eso de «correcta»? ¿Es que he hecho algo que no sea correcto?

- Bueno, hay algo - dijo mientras enumeraba con los dedos -. Primero, te excediste en el uso de tu autoridad al concederle al equipo Herter-Hall más autonomía de acción de la preestablecida. Segundo, eso fue lo que les permitió ir hasta el Paraíso Heechee, con todos los riesgos que semejante decisión comporta. Y tercero, uno de los riesgos es una situación de grave riesgo nacional. Grábate eso en la cabeza: grave riesgo humano.

- ¡Menuda guarrada, Morton!

- Eso es lo que escribió en su solicitud, sí - asintió -. Tal vez convenzamos a alguien de que es una guarrada. Más pronto o más tarde. Pero ahora hemos de esperar a que la Corporación decida.

- Cosa que significa que es mejor que me entreviste con el senador.

Me libré de Morton y llamé a Harriet para que se encargara de conseguirme una cita.

- Puedo ponerte con el programa secretarial ahora mismo - sonrió.

Se disolvió para dar paso a una imagen más bien esquemática de una hermosa muchacha de color. Era un simulacro bastante pobre, en nada similar a los programas que me escribía Essie. Pero por aquel entonces Praggler era un simple senador de los EE.UU.

- Buenas tardes - me saludó -. El senador me ha dicho que le comunique que esta tarde se encuentra en Río de Janeiro por asuntos del comité, pero que estará encantado de verse con usted a cualquier hora mañana por la mañana. ¿A las diez por ejemplo?

- A las nueve, mejor - le contesté sintiendo cierto alivio.

Me había temido que Praggler no pudiera volver a tiempo ahora que le necesitaba. Pero entonces me di cuenta de que tenía una buena razón para hacerlo: los lupanares de Ipanema.

- Harriet, ¿cómo está mi mujer? - le pregunté al reaparecer su imagen.

- No hay cambios, Robin. Está despierta, si quieres hablar con ella ahora - me sonrió.

- ¡Bendito cerebro electrónico! - le dije.

Ella desapareció tras asentir. Harriet es realmente un buen programa. No siempre entiende lo que uno trata de decirle, pero es capaz de entender qué decisión tiene que tomar según el tono de mi voz, así que cuando Essie apareció, le dije:

- S. Ya. Lavorovna, hace usted bien su trabajo.

- Pues, sí, la verdad, Robin querido - aceptó jactanciosa. Se levantó y se dio la vuelta poco a poco -. Igual que nuestros doctores, como puedes ver.

No me di cuenta al primer instante. ¡No llevaba los tubos!

Aún llevaba las vendas en el lado izquierdo, pero ya no estaba conectada a los aparatos.

- ¡Dios! ¿Qué ha pasado?

- Pues que a lo mejor ya me he curado - dijo con un tono que emanaba serenidad -. Aunque es sólo un experimento. Lo han autorizado los médicos, y voy a probar durante seis horas. Luego me examinarán otra vez.

- Tienes un aspecto condenadamente bueno.

Estuvimos hablando de naderías durante algunos momentos; ella me contaba cosas de los médicos, y yo de Brasilia, mientras la estudiaba tan atentamente como lo permitía el monitor de la piezovisión. Seguía paseándose, encantada con su nueva libertad de movimientos, tanto, que acabé por preocuparme.

- ¿Seguro que puedes hacer todo eso?

- Bueno, me han dicho que nada de esquí acuático de momento, ni nada de bailar. Pero no todo lo que significa juerga está prohibido.

- Essie, cochina, ¿es un brillo de lascivia lo que leo en tus ojos? ¿Es que te encuentras tan bien?

- Bastante bien, sí. Bueno: bien, bien, no - subrayó -; me siento como después de una de aquellas borracheras que solíamos coger juntos no hace tanto. Un poco débil. Pero no creo que un amante delicado fuera a hacerme daño.

- Mañana mismo estoy de vuelta.

- No, ni mañana ni pasado mañana. Volverás cuando hayas solventado todos tus asuntos en Brasilia, y ni un minuto antes, o no me encontrarás disponible para satisfacer tus bajos instintos.

Me despedí colorado como un tomate.

Rubor que duró veinticinco minutos, hasta que llamé a la consulta de la doctora para que me asegurara que todo iba bien.

No la entretuve demasiado, porque cuando llamé estaba a punto de volver a la Universidad de Columbia.

- Siento tener que ir tan deprisa, señor Broadhead - se disculpó mientras se ajustaba la chaqueta de su traje gris -, pero tengo que enseñarles a unos estudiantes a coser tejido nervioso en diez minutos.

- Generalmente me llama Robin, doctora Liederman - dije, desanimándome por segundos.

- Sí, es cierto, Robin. No te preocupes. No hay malas noticias.

Continuó abotonándose hasta la altura del pecho, antes de ponerse una bata de quirófano encima. Wilma Liederman es una mujer bastante atractiva, pero yo no la había llamado para disfrutar de sus encantos.

- Pero tampoco es que tengas buenas noticias, ¿no es eso?

- Todavía no. Has hablado con Essie, así que ya sabes que estamos probando sin los aparatos. Tenemos que saber hasta dónde puede aguantar por sus propios medios, y no lo sabremos hasta dentro de veinticuatro horas. Al menos, no creo que lo sepamos antes.

- Essie dijo seis horas.

- Seis horas para reunir los datos, veinticuatro horas para extraer conclusiones a partir de los análisis. A no ser que los síntomas empeoren en menos de seis horas y haya que conectarla de nuevo a las máquinas.

Me hablaba por encima del hombro, mientras se lavaba las manos en una pequeña pila. Se acercó al comunicador con las manos mojadas en alto.

- No quiero que te preocupes, Robin - dijo -. Todo esto no es más que rutina. Lleva encima un centenar de trasplantes, y quiero comprobar si hay rechazos. No iría tan lejos si no creyera que las probabilidades son, como mínimo, razonables.

- ¡Caramba, Wilma, eso de «razonables» no acaba de gustarme!

- Más que razonables, pero no me atosigues. Y no te preocupes. Recibes informes con regularidad, y puedes llamar a mi programa siempre que lo desees, y a mí también, si lo crees preciso. ¿Quieres que nos apostemos algo? Dos contra uno a que todo va a salir bien. Cien contra uno a que si falla algo lo podemos enmendar. Y ahora, tengo que hacer un trasplante de genitales a una joven dama que quiere asegurarse unos cuantos años más de buena vida.

- Creo que mi obligación es volver - le dije.

- ¿Para qué? Lo único que harás será estorbar. Robin, te prometo que no la dejaré morir mientras estés fuera. - A su espalda, el sistema piezofono dejaba oír una melodía -. Esa es mi señal, Robin, te llamo más tarde.

Hay ocasiones en que me siento el centro del mundo, sabiendo que puedo dirigirme a cualquiera de los programas que mi mujer ha escrito para mí, enfrentarme a cualquier situación o dar la orden que sea.

También hay veces en que, sentado frente a la consola llena de instrumentos y con la cabeza llena de preguntas candentes, soy incapaz de sacar nada en claro, porque ni siquiera sé cómo empezar a formular las preguntas.

Hay otras ocasiones en que tengo tanto que aprender, ser y hacer, que los instantes pasan volando y los días se evaporan; y otras en que estoy como en aguas tranquilas junto a una corriente por la que el mundo se escurre aceleradamente. Había mucho que hacer. Y no me apetecía hacerlo. Albert me acosaba con noticias del Paraíso Heechee y de la Factoría Alimentaria. Le dejé que se explayara, pero sus extractos y sus esquemas caían en saco roto, sin que yo hiciera una sola pregunta; cuando estaba en plena disertación acerca de las deducciones que había extraído de las divagaciones de los Difuntos, lo desconecté. Era de lo más interesante, pero por algún motivo no era interesaba en absoluto. Ordené a Harriet que pusiera en marcha mi simulacro para que se encargara de la rutina diaria, y le dije que toda llamada que no fuera urgente esperara hasta más tarde. Me estiré en uno de los sofás, contemplando el increíble cielo de Brasilia, deseando que fuera el diván aquel de la Factoría Alimentaria, conectado a alguien a quien yo amaba.

¿No habría sido maravilloso? Ser capaz de contactar con alguien muy lejano, de la misma manera que Wan había contactado con la humanidad, y sentir lo que esa persona siente, y dejar que ella sienta tu interior. ¡Qué milagro para los amantes!

Y, ante pensamiento tan espiritual, no se me ocurrió mejor reacción que llamar a Morton para consultarle la posibilidad de patentar este nuevo uso del diván de los sueños.

No, no fue una reacción demasiado romántica para semejante pensamiento. El problema estribaba en que yo no sabía con quién deseaba contactar. Si con mi querida esposa, a la que tanto quería, tan necesitada de mi cariño en aquellos momentos, o si con otra persona mucho más alejada de mí, y mucho más difícil de contactar.

Y así acabé de pasar mi larga tarde brasileña, con un chapuzón en la piscina, una siesta bajo el sol poniente y una suculenta cena en mi suite, regada con una buena botella de vino, y entonces llamé de nuevo a Albert para preguntarle lo que deseaba saber.

- Albert, ¿dónde está exactamente Klara?

Se tomó su tiempo, mientras apretujaba el tabaco en la cazoleta de su pipa, reconcentrado en lo que hacía. Dijo por fin:

- Gelle-Klara Moynlin está en un agujero negro.

- Ya. ¿Y eso qué significa?

Dijo a modo de disculpa:

- Eso es difícil saberlo. Quiero decir que no es fácil explicarlo con palabras sencillas, y además es difícil porque no lo sé. Me faltan datos.

- Inténtalo.

- Seguro que sí, Robin. Supongo que está en la nave de exploración que quedó en órbita, justo debajo del incierto horizonte de la sorpresa aquella con la que os topasteis, que - se apartó de golpe y detrás de él apareció una pizarra - está, por supuesto, dentro del radio Schwarzschild.

De pie, metiéndose la pipa aún por encender en el bolsillo superior de su arrugada bata de algodón, sacó un trozo de tiza y escribió:

2GM

c2

- Llegado a este límite, la luz no puede seguir avanzando. Es algo así como un frente inmóvil de olas, el último punto al que la luz ha podido llegar. Más allá de él no puedes ver lo que hay en el agujero negro. Nada puede volver hacia atrás desde el otro lado de ese frente inmóvil. Estos símbolos significan, por supuesto, gravedad y masa, y supongo que a alguien como tú, acostumbrado a viajar más rápido que la luz, no hará falta decirle qué es c2, ¿no? De acuerdo con los instrumentos de la nave en que volviste, aquel agujero negro tenía sesenta kilómetros de diámetro, lo que hace pensar en una estrella diez veces mayor que el sol. ¿No te estaré explicando más de lo que quieres saber?

- Tal vez un poco, Albert.

Me moví incómodo sobre el colchón de agua. Realmente, seguía sin saber exactamente qué era lo que quería saber.

- Quizá lo que quieres averiguar es si está muerta, Robby - dijo -. No, no lo creo. Habrá mucha radiación por allí, y sabe Dios qué tipo de fuerzas. Pero es que, además, no ha pasado el tiempo suficiente como para que haya muerto. Depende de la velocidad angular. Tal vez ni sepa que te has ido. El tiempo se dilata. Esa es una de las consecuencias de...

- Ya sé lo de la dilatación del tiempo - le interrumpí. Y lo hice porque estaba empezando a padecer todo aquello en propia carne -. ¿Hay manera de saberlo?

- No hay manera de saberlo, Robby - subrayó solemnemente -. Según la ley de Carter-Werner-Robinson-Hawking, lo único que puede saberse de un agujero negro es su masa, su carga y su momento angular. Nada más.

- A no ser que te metas dentro, como le pasó a ella.

- Bien, sí, Robby - admitió sentándose y ocupándose de la pipa de nuevo. Hizo una pausa, chupeteó la pipa, y después dijo:

- Robin...

- ¿Sí, Albert?

Me dio la sensación de que estaba avergonzado o, al menos, tan avergonzado como pueda estarlo una proyección holográfica.

- Me temo que no he sido totalmente sincero contigo. Podemos saber algo más de los agujeros negros. Pero eso nos llevaría a cuestiones de mecánica cuántica, y no creo que te sea de gran ayuda en tus propósitos.

No me hizo ninguna gracia que mí programa computerizado insinuara que sabía cuáles eran mis «propósitos». Sobre todo porque ni yo mismo estaba demasiado seguro de saber cuáles eran.

- ¡Cuéntame! - ordené.

- Está bien. Bueno, lo cierto es que no sabemos demasiado. Se trata de lo que Stephen Hawking enunció en uno de sus principios. Señaló que, en cierto modo, puede decirse que los agujeros negros tienen temperatura, lo que implica cierta clase de radiación. Algunas partículas, pues, sí escapan. Pero no de los agujeros negros que te interesan, Robby.

- ¿De qué clase de agujeros negros escapan esas partículas?

- Bien, más que nada de los más pequeños. De los que tienen la masa, digamos, la masa del monte Everest. Los sub-microscópicos. Llegan a alcanzar temperaturas altísimas, cien mil millones de grados Kelvin, e incluso más. Cuanto más pequeños se hacen y mayor es la aceleración cuántica, más se calientan. Hasta el punto de explotar. Pero los grandes, no. Con los grandes sucede al revés. Cuanto mayores son, más difícil es que recuperen su masa, Y más les cuesta a las partículas escapar. Uno como el de Klara tiene una temperatura inferior a un millón de grados Kelvin, y esa es una temperatura bajísima, Robin. Y se enfría cada vez más.

- Así que no hay manera de salir de uno como ése.

- No de un modo que yo conozca. Robin, ¿contesta esto tu pregunta?

- Por ahora sí - le dije al acercarme para desconectarlo.

Y era cierto que satisfacía mi curiosidad, menos en un punto: ¿Por qué al hablarme de Klara me llamaba «Robby»?

Essie creaba programas francamente buenos, pero tenía la impresión de que empezaban a pasarse de la raya. Era cierto que uno de mis programas utilizaba, al hablar conmigo, diminutivos de mi infancia, pero es que al fin y al cabo era mi psiquiatra. Tenía que decirle a Essie que reajustara sus programas, porque desde luego, los servicios de Sigfrid von Shrink no me hacían ninguna falta en aquellos momentos.

La oficina provisional del senador Praggler no se encontraba en la Torre de Pórtico, sino en la planta vigesimosexta del edificio de la magistratura, cortesía del congreso brasileño hacia un colega, todo un detalle, porque era apenas dos plantas por debajo de la azotea. A pesar de haberme levantado al salir el sol, llegué allí un par de segundos tarde. Me había pasado la mañana deambulando por la ciudad, que empezaba a despertar, paseando por las calzadas elevadas que colgaban por encima de mi cabeza, hasta que llegué al solar del parking. Paseando. Me encontraba padeciendo todavía una especie de estasis temporal.

Pero Praggler acabó de despabilarme, desbordante de energía y radiante como estaba.

- ¡Buenas noticias, Robin! - gritó llevándome a su despacho después de ordenar que nos trajesen café -. ¡Jesús, qué imbéciles hemos sido!

Por un momento creí que iba a decirme que Bover había retirado la demanda, lo cual no hizo sino evidenciar el estado de imbecilidad en el que yo me encontraba sumido todavía. De lo que me hablaba era de las últimas noticias llegadas desde la Factoría

Alimentaria. Los libros Heechees, tan buscados, habían resultado ser los molinetes de oraciones que teníamos entre nosotros desde hacía décadas.

- Creí que ya lo sabías - se disculpó cuando hubo acabado de informarme.
- He estado paseando por ahí - le dije.

Le resultaba bastante desconcertante tener que contarme algo de tal importancia relacionado con mi propio proyecto. Pero soy de recuperación rápida.

- Eso me hace pensar, senador, que tenemos un argumento más para impugnar la vista.

Me sonrió

- ¿Sabes?, hubiera tenido que imaginarme que reaccionarías así. ¿Te importaría mucho explicarme cómo crees que vas a poder hacerlo?

- Bueno, a mí me parece que está la mar de claro. ¿Cuál es el principal objetivo de la misión? Adquirir conocimientos nuevos acerca de los Heechees. Y ahora nos enteramos de que hay un montón de información por ahí tirada, esperando que se nos ocurra recogerla.

Frunció la frente.

- Aún no estamos seguros de cómo decodificar los malditos cacharros.
- Ya aprenderemos. Ahora que sabemos qué son, algo inventaremos para hacerlos funcionar. El misterio ha sido desvelado. Todo lo que necesitamos ahora, es cuestión de ingeniería. Deberíamos...

Me detuve a media frase. Iba a decir que deberíamos comprar todos los molinetes de oraciones disponibles en el mercado, pero era una idea demasiado buena incluso para decírsela a un amigo. Así que en su lugar, dije:

- Tendríamos que obtener resultados más deprisa. La cuestión es que la expedición Herter-Hall ya no es un asunto que nos concierna a nosotros sólo, de modo que toda cuestión en relación al interés de la nación, pierde peso específico.

Pragglar tomó la taza que le tendía su secretaria, la secretaria real, la de carne y hueso, a quien la representación holográfica no hacía justicia, y se encogió de hombros.

- Es un argumento. Se lo haré saber al comité.
- Esperaba de ti que hicieras algo más, senador.
- Si lo que quieres es que le dé carpetazo al asunto, me temo que no tengo suficiente autoridad. Sólo estoy aquí para supervisar las actividades del comité. Durante un mes. Puedo volver a casa y armar una buena en el senado, y tal vez lo haga, pero más que eso no puedo hacer.

- ¿Y qué es lo que va a hacer el comité? ¿Apoyar la solicitud de Bover?

Vaciló antes de contestar.

- Me temo que será todavía peor. La opinión general es la de expropiártelo todo. O sea que pasará a ser asunto de la Corporación de Pórtico, lo que significa que se quedará con todo ello hasta que los consignatarios del acuerdo lo decidan. Por supuesto que, a largo plazo, te reembolsarán el importe total de la operación.

Estrellé la taza contra el plato.

- ¡Que se metan el reembolso en el culo! ¿Es que os habéis creído que me metí en este berenjenal sólo por el dinero?

Pragglar es un buen amigo mío. Sé que me aprecia, incluso que confía en mí, pero su mirada no era precisamente de amistad cuando me dijo:

- A veces me pregunto por qué te metiste, Robin.

Me miró un instante sin expresión alguna. Yo no ignoraba que él sabía lo que hubo entre Klara y yo, de la misma manera que sabía que había sido huésped de Essie en Tappan.

- Siento lo de tu esposa - dijo, por fin -. Espero que se recupere pronto del todo.

Me detuve en la antesala de su despacho para enviarle a Harriet un mensaje codificado y ordenarle que empezara a comprar todos los molinetes de oraciones disponibles en el mercado. Harriet tenía multitud de mensajes que pasarme, pero sólo escuché uno, en el que se me comunicaba que Essie había pasado una noche tranquila y que los doctores irían a verla una hora más tarde. No pude atender más mensajes, porque tenía prisa por ir a cierto sitio.

No es fácil conseguir un taxi a las puertas del congreso brasileño; los ujieres tienen órdenes que cumplir, y saben a quién dar prioridad. Tuve que ascender hasta la calzada más próxima y detener allí uno. Entonces, cuando le di la dirección al taxista, éste me la hizo repetir y me la hizo enseñársela por escrito. No se trataba de mi mal portugués, sino de que no quería ir a la Zona Franca.

Nos pusimos en marcha y dejamos atrás la vieja catedral, a la sombra de la inmensa Torre Pórtico, el congestionado Bulevard y llegamos al altiplano. Un altiplano de dos kilómetros. Esa era la zona verde, el cordón sanitario con el que los brasileños defendían su capital; al otro lado empezaba la zona de chabolas. En cuanto entramos, cerré la ventanilla. Me crié en las minas de alimentos de Wyoming, de modo que estaba acostumbrado a soportar malos olores las veinticuatro horas del día. Pero aquel hedor era distinto. No era sólo hedor de petróleo. Era el hedor de los wateres al aire libre y de porquería en descomposición, el hedor de dos millones de personas que no disponían de agua corriente. Las chabolas habían sido hechas para facilitarles un cobijo a los trabajadores mientras construían la bella ciudad de ensueño. Se suponía que iba a desaparecer tan pronto como finalizaran las obras. Pero los villorrios de chabolas no desaparecen jamás. Simplemente se institucionalizan.

El taxista hizo avanzar su vehículo a través de casi un kilómetro de callejones estrechos, murmurando entre dientes, a paso de tortuga. Las cabras y la gente se apartaban muy lentamente de nuestro camino. Los niños alborotaban mientras corrían a nuestro lado. Hice que me llevara hasta el sitio exacto, y que saliera y preguntara dónde vivía el señor Hanson Bover, pero antes de que lo averiguara vi al propio Bover sentado en los viejos escalones de una barraca móvil, vieja y oxidada. En cuanto le hube pagado, el taxista dio media vuelta y se alejó a mucha más velocidad de la que había venido, soltando las maldiciones esta vez en voz alta.

Bover permaneció sentado mientras me acercaba a él. Tampoco dejó de masticar el pastelillo que se estaba comiendo. Se limitó a mirarme.

Para lo que era el barrio, vivía en una gran mansión. Aquellas antiguas caravanas llegaban a tener incluso tres habitaciones en su interior y hasta tenía maceteros a ambos lados de los escalones. La parte superior de su cabeza estaba calva y quemada por el sol, y vestía unos vaqueros viejos, sucios, cortados y deshilachados, y una camiseta con algo escrito en portugués que no pude entender pero que debía de ser una cochinada. Acabó de tragarse un trozo de pastel y dijo:

- Le hubiera ofrecido que comiera conmigo, pero estoy acabando de comer, Broadhead.

- No quiero almorzar. Lo que quiero es un trato. Le daré la mitad de lo que saque de la expedición y además le daré un millón de dólares si retira su demanda.

Se acarició con cuidado la cabeza. Me pareció extraño que se le hubiera quemado con tanta rapidez, porque no le había apreciado síntomas de quemaduras el día antes. Pero entonces me di cuenta de que tampoco le había visto la calva, su gran calva. Debía de haber llevado puesto un postizo. Se había disfrazado de arriba abajo para codearse con la clase alta. No cambiaba gran cosa. Sus modales me disgustaban, como me disgustaba el corrillo de gente que se había ido formando a nuestro alrededor.

- ¿Podemos hablar dentro?

No me contestó. Se metió en la boca el último pedazo de pastel y lo masticó mientras me miraba.

Ya era suficiente. Pasé junto a él y subí los escalones hacia la casa.

Lo que primero me sacudió fue el hedor. Dios, cien veces peor que el de la calle. Tres de las paredes de la habitación estaban cubiertas por montones de jaulas en las que había crías de conejos. Olía a mierda de conejo, y la había a kilos. Y no solo de conejo. Había también un crío con los pañales sucios, acunado por una mujer joven. No, era una chiquilla, tendría apenas quince años. Me miró inquieta pero no dejó de acunar al niño entre sus brazos.

¡Así que aquel era el devoto santuario a la memoria de su esposa! No pude evitar el soltar una carcajada.

No había sido una buena idea entrar dentro de la caravana. Bover me siguió y cerró la puerta tras de sí, y la peste se intensificó. Ya no permanecía impasible, ahora estaba enojado.

- Ya veo que no aprueba mi estilo de vida.

Me encogí de hombros.

- No he venido hasta aquí para hablar de su vida sexual.

- No. Tampoco tiene ningún derecho a hacerlo. No creo que lo entendiera.

Intenté mantener la conversación donde me interesaba.

- Bover, le hice una oferta mucho mejor que la que obtendrá jamás de un tribunal, y bastante mejor de lo que tiene derecho a esperar. Acéptela, por favor, y así podré seguir con lo que tengo entre manos.

Tampoco entonces me contestó directamente, sino que le dijo a la chica algo en portugués. Ella se levantó, arrolló un trapo en torno al trasero del crío y se fue a las escaleras, cerrando la puerta al salir. Bover dijo, como si no me hubiese oído:

- Trish se marchó hace más de ocho años. Aún la quiero, pero sólo tengo una vida para vivir, y sé que está todo en contra para que Trish y yo volvamos a estar juntos.

- Si damos con la manera de dirigir las naves Heechees, tal vez podamos dar con Trish - dije.

No era mi intención hacerlo, pero todo lo que conseguí fue que me mirara con abierta hostilidad, como si creyera que aquella era una manera de intentar convencerle.

- Un millón de dólares, Bover. Puede usted abandonar este lugar esta misma noche. Con su señora, el crío y los conejos. Certificado Médico Completo para todos. El futuro del chico asegurado.

- Le dije que no lo entendería, Broadhead.

Después de meditarlo, le dije:

- Entonces, hágame entenderlo. Cuénteme lo que no sé.

Recogió uno de los paños sucios y dos pinzas del asiento en que había estado sentada la muchacha. Por un momento creí que, en un instante de debilidad, iba a mostrarse hospitalario, pero fue él quien se sentó allí, y me dijo:

- Broadhead, hace ocho años que vivo de la beneficencia. De la beneficencia brasileña. Si no nos hubiéramos dedicado a criar conejos no hubiésemos podido comer carne, y de no haber sido por las pieles, no hubiera podido comprar el billete de autobús gracias al cual me reuní con usted, ni el que me permite verme con mi abogado. Un millón de dólares no me van a resarcir de todo eso, ni de la pérdida de Trish.

Yo intentaba conservar la calma, pero su actitud y el hedor aquel estaban empezando a hartarme. Lo intenté con otras estrategias.

- ¿Siente alguna simpatía por sus vecinos? ¿Quiere ver cómo se les ayuda? Bover, con la tecnología Heechee podemos acabar con este tipo de pobreza. ¡Comida en abundancia para todos! ¡Lugares acogedores en los que vivir!

Él contestó con un gesto de paciencia:

- Usted sabe tan bien como yo que lo primero que se obtenga de la tecnología Heechee no va a tener nada que ver con la gente del barrio. Sólo servirá para que gente

como usted se haga más rica todavía. Quién sabe, tal vez llegue a suceder como dice, ¿pero cuándo? ¿A tiempo de servirles aún de algo a mis vecinos?

- ¡Sí! ¡Si puedo conseguir que sea a tiempo, lo haré!

Él asintió.

- Usted dice que lo haré. Yo sé que lo hará si consigo hacerme con el control de todo ello. ¿Por qué tendría que confiar en usted?

- ¡Porque le doy mi palabra, pedazo de mierda! ¿Por qué cree que estoy tratando de ganar tiempo?

Se arrellanó en el sillón y me miró.

- En cuanto a eso, creo que sí sé por qué tiene usted tanta prisa. No es por nada que tenga que ver con mis vecinos. Mis abogados le han seguido la pista muy de cerca, y ya sé todo lo referente a su chica de Pórtico.

No pude más. Exploté.

- ¡Si sabe tanto acerca de mí - grité -, entonces también sabrá la prisa que tengo por sacarla de donde la metí! ¡Y escuche esto con atención, Bover: no voy a dejar que ni usted ni su puta de presidio me impidan hacerlo!

Su rostro se puso entonces tan colorado como su calva.

- ¿Y qué es lo que piensa su mujer de lo que está usted intentando hacer? - preguntó para incomodarme.

- ¿Por qué no se lo pregunta usted mismo? Si es que vive lo suficiente como para discutirlo con usted. Me largo, Bover. Jódase. ¿Cómo puedo conseguir un taxi?

Me sonrió de manera repugnante. Me abrí paso y me fui sin volver la vista atrás.

Cuando llegué al hotel comprendí por qué sonreía. Lo había comprendido ya, después de esperar el autobús dos horas en una plaza próxima a una letrina pública. No voy a explicar cómo fue el viaje en autobús. He viajado de maneras peores, pero no desde que dejé Pórtico. Había grupos de gente en el vestíbulo del hotel, y me miraron con extrañeza mientras atravesé la planta. Por supuesto, sabían quién era, todo el mundo sabía lo de los Herter-Hall, y mi foto había salido en la PV junto con las de ellos. No me cabía ninguna duda de que ofrecía un aspecto peculiar, sudoroso y aún enfadado.

Al cerrar de golpe la puerta de mi suite a mis espaldas, vi que las luces de emergencia de mi consola brillaban todas a la vez como si fueran fuegos de artificio. Lo primero que tenía que hacer era ir al cuarto de baño, pero por encima del hombro, a través de la puerta abierta, grité:

- ¡Harriet! Mantén todos los mensajes a la espera un minuto más y ponme con Morton. Comunicación de un solo sentido, no quiero que me conteste, sólo voy a darle una orden.

El rostro de Morton apareció en una esquina de la imagen, pequeño pero dispuesto.

- Morton, acabo de volver de casa de Bover. Le dije todo lo que se me ocurrió pero no le hizo ningún efecto. Quiero que me consigas detectives privados y que le sigan la pista como nadie lo haya hecho antes. El muy hijo de perra ha tenido que cometer algún error. Voy a hacerle chantaje. Si el error consiste en una multa de aparcamiento impagada de hace diez años, quiero su extradición por ello. ¡Apúrate!

Asintió en silencio, pero no desapareció, con lo que me daba a entender que obedecía mis órdenes pero que tenía algo que comunicarme, si se lo permitía. Por encima suyo, la cara de Harriet seguía esperando, contando los segundos que faltaban para que transcurriera el minuto de silencio que le había impuesto. Volví al cuarto y dije:

- Está bien, Harriet, pásamelos. Los de alta prioridad, primero, uno por uno.

- Sí, Robin, pero - dudó, mientras efectuaba rápidas evaluaciones - es que hay dos de igual importancia. En primer lugar está Albert, que quiere discutir contigo la captura de los Herter-Hall, aparentemente a manos de los Heechees.

- ¡Capturados! ¿Por qué demonios no me...? - me detuve.

Evidentemente no me lo había dicho porque no había podido localizarme en toda la tarde. Pero Harriet continuó, sin darme tiempo a seguir pensando en ello.

- Sin embargo, supongo que preferirás que te pase primero el informe de la doctora Liederman, Robin. Me he puesto en contacto con ella, y puede hablar ahora mismo contigo, en persona.

Me dejó de piedra.

- Ponme - aunque sabía que no podía ser nada bueno si Wilma Liederman en persona quería hablar conmigo. En cuanto apareció, le pregunté -: ¿Qué ocurre?

Llevaba puesto un traje de noche, con una orquídea en el hombro. Por primera vez la veía así desde que vino a nuestra boda.

- No te alarmes, Robin, pero Essie ha sufrido una recaída. La hemos vuelto a conectar a los aparatos de emergencia otra vez.

- ¡¿Qué?!

- No es tan grave como parece. Está despierta, consciente y lúcida, no le duele nada y se mantiene estable. Podemos mantenerla así tanto tiempo como haga falta...

- ¡Siempre hay un pero!

- Pero hay un rechazo de riñón, y los tejidos de alrededor no se regeneran. Necesita otra tanda de trasplantes. Sufrió un colapso urémico hace dos horas y ahora está bajo diálisis total de nuevo. Pero eso no es lo peor. Se le han añadido tantas partes y fragmentos que su sistema inmunológico está resentido. Vamos a tener que encontrarle una muestra de tejido similar al suyo, pero de todas formas habrá que darle dosis masivas de droga que estimulen sus propias autodefensas.

- ¡Mierda! ¡Eso es como volver al tiempo de las cavernas!

Asintió.

- Generalmente, conseguir un tejido similar a los del paciente no es difícil, pero sí en este caso. Para empezar, pertenece a un grupo sanguíneo poco frecuente. Es rusa, y ese tipo es raro en esta parte del mundo, así que...

- ¡Por amor de Dios! ¡Conseguidla en Leningrado!

- Así que, estaba diciendo, hemos rebuscado por todos los bancos de tejidos del mundo. Los hay parecidísimos, casi iguales al suyo. Pero en su actual estado no deja de haber riesgos.

La miré con atención, intentando descubrir algo en el tono de su voz.

- De que vuelva a suceder, ¿no es eso?

Movió afirmativamente la cabeza con dulzura.

- ¿De que se muera quieres decir? ¡No puedo creerlo! ¿De qué narices sirve el Certificado Médico Completo?

- Robin, casi se nos muere hace dos horas. Tuvimos que reanimarla. Hay un límite más allá del cual nadie puede resistir.

- ¡Entonces al diablo con la operación! Has dicho que se mantenía estable, ¿no?

Wilma se miró las manos entrelazadas en su regazo, y luego me miró a mí.

- El paciente es ella, Robin, no tú.

- ¿Qué quieres decir con eso?

- Es cosa suya. Acaba de decirme que no quiere pasarse el resto de su vida conectada a una máquina de soporte vital. Vamos a empezar mañana por la mañana.

Me quedé sentado mirando la imagen mucho rato después de que Wilma Liederman desapareciera y de que mi paciente programa secretarial volviera a aparecer, esperando en silencio mis órdenes.

- Eh, Harriet - dije por fin -. Quiero que me reserves plaza en un vuelo a casa esta misma noche.

- Sí, Robin, ya lo he hecho. No hay ninguno directo esta noche, pero hay uno que puedes tomar en Caracas y que te dejará en Nueva York a las cinco de la mañana. La operación está prevista para las ocho.

- Gracias.

Ella siguió esperando en silencio. La estúpida cara de Morton seguía también en pantalla, chiquita y llena de reproche, en el ángulo inferior izquierdo. No hablaba, pero de vez en cuando se aclaraba la garganta o tragaba saliva para hacerme saber que seguía a la espera.

- Morlón - le dije -, creo haberte dicho que te esfumaras.

- No puedo hacer eso mientras tenga dudas. Me diste ciertas órdenes con respecto al señor Bover.

- Ya lo creo que lo hice. Y si aun así no consigo pillarle, haré que le maten.

- No tienes por qué preocuparte - añadió rápidamente -. Hay un mensaje de sus abogados. Ha decidido aceptar tu oferta.

Le miré sin darle crédito, con los ojos y la boca abiertos.

- No lo entiendo, ni sus abogados tampoco, Robin - dijo rápidamente -. Están bastante contrariados. Pero ha dejado un mensaje personal para ti, si es que eso explica algo.

- ¿Qué dice?

- Cita: «Quizá él lo entienda.» Fin de cita.

A lo largo de una vida llena de confusión, vida que además se está convirtiendo en especialmente larga, he tenido muchos días confusos, pero aquél fue algo especial. Me metí debajo del chorro del agua caliente durante media hora, tratando de aclararme la mente. Pero no conseguí calmarme.

No sabía qué hacer en las tres horas que me quedaban antes de salir hacia Caracas. Y no por falta de cosas. Harriet intentaba captar mi atención; Morton, que le firmara el acuerdo con Bover; Albert quería que discutiéramos el bioanálisis de sangre Heechee que no sé quién había llevado a cabo. Todos querían hablarme de algo, y yo no quería hacer nada de lo que me decían. Me había quedado atrapado en mi propio tiempo dilatado, mientras veía al mundo pasar volando ante mí. Aunque en realidad, más que pasar volando, se arrastraba. No sabía qué hacer. Era gracioso pensar que Bover hubiera creído que le había entendido tan bien. Me preguntaba cómo podía creer que me entendía siquiera a mí mismo.

Al cabo de un rato conseguí reunir las suficientes energías como para dejar que Harriet me pasara alguno de los mensajes que reclamaban mi atención, y tomé las decisiones que me pareció oportuno, y algo después, mientras me entretenía tomando leche y galletas, escuché un resumen informativo. No se hablaba de otra cosa que de la captura de los Herter-Hall, cosa que podía explicarme Albert mucho mejor que cualquiera de los locutores de la Piezovisión.

Y en aquel momento recordé que Albert quería hablar conmigo, y por un instante me sentí mejor. Aquello me facilitaba un objetivo vital. Había alguien a quien poder gritar.

- Listillo - le espeté en cuanto se materializó -. Las cintas magnéticas tienen cien años. ¿Cómo es que no puedes leerlas?

Me miró con calma por debajo de sus pobladas cejas blancas.

- Te refieres a los mal llamados molinetes de oraciones, ¿no? Desde luego que lo hemos intentado, muchas veces. Hasta llegamos a sospechar que existía algún tipo de sinergia, porque lo intentamos con varios tipos de campos magnéticos a la vez, directos y oscilantes, con oscilaciones de diversa velocidad. Lo intentamos incluso con radiaciones simultáneas de microondas, aunque, por lo que se ve, no del tipo adecuado.

Yo seguía abstraído, pero no tanto que no me sintiera interesado por lo que decía.

- O sea que hay ciertas microondas con las que sí se puede.

- Seguro que sí, Robin - sonrió -. Tan pronto obtuvimos una pista adecuada gracias a los instrumentos de los Herter-Hall, la reprodujimos. El mismo tipo de microondas que hay en la Factoría Alimentaria, en su medio ambiente, un flujo de unos cuantos microwatios de microonda de un millón de ángstroms de polarización elíptica. Y se obtiene la señal.

- ¡Realmente fantástico, Albert! ¿Y qué es lo que obtenemos?

- Bueno - dijo, mientras buscaba su pipa -, no demasiado por ahora, de hecho. Se trata de información contenida en hologramas, de modo que lo que puede verse es una especie de nube de símbolos. Y, claro está, no sabemos leer esos símbolos. Se trata de lenguaje Heechee. Pero por lo menos ahora se trata de una mera cuestión de criptografía, por así decir. Lo único que necesitamos es una nueva Piedra de Rosetta.

- ¿Y cuánto tiempo nos va a llevar eso?

Se encogió de hombros, estiró los brazos, abrió las palmas de las manos y entrecerró los párpados.

Medité durante algunos instantes.

- Bien, sigue en ello. Otra cosa. Quiero que busques en mi programa legal todo lo referente a frecuencia de microondas, etcétera. Tiene que haber una patente en algún sitio y quiero hacerme con ella.

- Seguro que sí, Robin. ¡Ah! ¿No quieres saber lo de los Difuntos?

- ¿Qué pasa con ellos?

- Bien, pues resulta que no todos son humanos. Hay algunos cerebritos realmente extraños en los circuitos de aquella memoria, Robin. Creo que son lo que tú llamas «Primitivos».

- ¿Los Heechees?

- No, no, Robin, casi humanos, pero no. No usan bien el lenguaje. Sobre todo los que parecen más antiguos, y apuesto a que no eres capaz de imaginar siquiera la factura que vas a tener que pagar por el análisis que hay que hacer para entender lo que dicen.

- ¡Dios mío! Essie se sorprenderá cuando...

Me callé. Por un momento me había olvidado de ella.

- Bueno - dije -, eso es interesante. ¿Qué más ibas a decirme?

Lo cierto es que ya no me interesaba. Había consumido mi última gota de adrenalina, y ya no me quedaba nada de nada.

Le dije que siguiera con el resto de su informe, pero casi todo me resbaló por encima. Se sabía con certeza que tres miembros del equipo Herter-Hall habían sido capturados. Los Primitivos los habían llevado a un lugar en forma de huso en el que había cierta máquina. Las cámaras seguían enviando información poco interesante en forma de monótonas imágenes. Los Difuntos se habían estropeado por completo, hablaban sin ningún sentido. El paradero de Paul Hall se desconocía; quizás seguía con vida, en libertad. La conexión entre los Difuntos y la Factoría Alimentaria seguía funcionando, aunque mal, pero no se podía predecir hasta cuándo seguiría haciéndolo, en el supuesto de que a los Difuntos les quedara algo interesante que decir todavía. La química orgánica Heechee era bastante sorprendente, porque era menos diferente de la bioquímica humana de lo que cabía esperar. Le dejé hablar hasta que acabó, sin animarle a que continuara, y después conecté con los canales de la Piezovisión. Había dos comediantes riéndose el uno del otro. El único problema era que hablaban en portugués. Pero me daba igual. Tenía que pasar aún otra hora, y dejé que transcurriera. Como mínimo podría admirar a aquella preciosa carioca, con su sombrero-ensalada en la cabeza, de cuyo llamativo atuendo los dos comediantes la iban despojando entre carcajadas.

La señal de alarma de Harriet se iluminó, de rojo brillante.

Antes de que pudiera decidir si contestaba o no, la imagen de los comediantes desapareció y una voz de hombre dijo algo en portugués. No pude entenderlo, pero comprendí perfectamente la imagen que apareció acto seguido.

Era la Factoría Alimentaria, una imagen de archivo, y una fotografía de los Herter-Hall mientras se acercaban para aterrizar. Y en la corta frase que acababa de pronunciar el locutor hubo dos palabras que muy bien podían haber sido «Peter Herter».

Podía ser.

Era.

La imagen quedó congelada, pero una voz empezó a hablar, y era la voz del viejo Peter Herter, airada pero firme.

- Este mensaje - dijo - se transmite por todas las emisoras. Es un ultimátum de dos horas. Dentro de dos horas me instalaré en el diván y provocaré una fiebre de un minuto empleando... esto... las necesarias proyecciones. Tomad precauciones. Si no lo hacéis, es responsabilidad vuestra, no mía. - Hizo una pausa y continuó -: Recordad, tenéis dos horas hasta que yo empiece. No más. Luego, volveré a hablaros para deciros la razón de eso y lo que pido en pleno derecho si no queréis que eso vuelva a suceder otras veces. Dos horas. Empiezan... ahora.

Y la voz calló.

El locutor reapareció, balbuciendo algo en portugués con aspecto atemorizado. No le entendí, pero me era igual.

Entendí perfectamente lo que Peter Herter dijo. Había reparado el diván de los sueños e iba a volver a utilizarlo. No por ignorancia, como Wan. Ni como un experimento rápido, como el de la chica, Janine. Iba a usarlo como arma. Estaba apuntando a toda la humanidad con una pistola.

Y mi primer pensamiento fue: lástima de contrato con Bover. Porque los de la Corporación de Pórtico iban a tomar cartas en el asunto de una vez por todas. Y no podía culparles por ello.

10 - EL PATRIARCA

El Patriarca se movió lentamente, primero un órgano, luego otro, otro más después.

Primero los receptores piezofónicos exteriores. Llamémosles «oídos». Estaban siempre en funcionamiento, en el sentido de que los sonidos siempre llegaban a ellos. Sus frágiles cristales facetados captaban las vibraciones del aire, y cuando las ondas se ajustaban al nombre con que sus criaturas le llamaban, traspasaban la primera barrera y activaban lo que correspondía a su sistema nervioso periférico.

Cuando alcanzaba este estadio, el Patriarca no estaba aún despierto, pero era consciente de que estaba siendo despertado. Sus verdaderos oídos, los internos, que analizaban e interpretaban el sonido, volvían activarse. Sus circuitos de cognición recogían las señales. El Patriarca oyó las voces de sus criaturas y entendió lo que decían. Pero sólo de un modo inmediato y distraído, como un somnoliento individuo que captara el ruido del vuelo de una mosca. No había «abierto los ojos» todavía.

Llegado a este punto, alguna decisión empezaba a tomar forma. Si la interrupción parecía digna de tenerse en cuenta, el Patriarca despertaba más circuitos. Si no, no. Un individuo puede despertarse para aplastar una mosca. Si al Patriarca le despertaban por razones triviales siempre acababa «aplastando» a alguna de sus criaturas de un modo u otro. No solían despertarle a la ligera. Pero si él decidía acabar de despertarse para actuar o para castigarles por haberle interrumpido el sueño, el Patriarca activaba entonces sus lentes exteriores de mayor tamaño y, junto con ellas, multitud de sistemas de procesado de información y bancos de memoria de alcance limitado. Ya estaba, pues, totalmente despierto, como un hombre que se despierta mirando al techo después de haber descabezado un sueño.

Sus cronómetros internos le informaron de que aquel sueño había sido más breve. Había durado menos de diez años. A no ser que hubiera una razón de peso por la que le hubieran despertado, alguien habría de pagar por ello.

En aquel momento era ya completamente consciente de la realidad que le rodeaba. Su telemetría interna estaba recibiendo informes del estado en que se encontraban sus sensores menos remotos, a través de los diez millones de toneladas de masa en que él y sus criaturas vivían. Un centenar de inputs recirculaban a través de sus bancos de

memoria de alcance limitado: las palabras con que le habían despertado; las imágenes de tres prisioneros que le habían traído sus criaturas; un fallo en los sistemas de reparación en las secciones 4700A; el hecho de que había una actividad poco usual en las inteligencias almacenadas; temperatura; inventarios; momentos de aceleración. Sus bancos de memoria general, aunque dormidos aún, eran accesibles en caso de necesidad.

La más capacitada de sus criaturas estaba de pie ante él, gotas de sudor cayéndole por entre el ralo pelo de sus mejillas. El Patriarca se percató de que era un nuevo líder, más bajo y joven que el último que recordaba, pero llevaba puesto el collar de rollos de lectura que simbolizaban el cargo de que le hacían acreedor, mientras esperaba sus órdenes. El Patriarca volvió sus lentes exteriores hacia él, como señal de que podía hablar.

- Hemos capturado ciertos intrusos y te los hemos traído - dijo el líder temblando; y añadió -: ¿Hemos hecho bien?

El Patriarca volcó su atención en los prisioneros para observarlos. Uno de ellos no era ningún intruso, sino el cachorro que había autorizado a que naciera quince años atrás, ahora casi un adulto. Los otros dos, no obstante, sí eran intrusos, y ambos hembras, además. Esa era una opción que valía la pena tener en cuenta. En las anteriores ocasiones en que habían aparecido intrusos no había sabido aprovechar la ocasión para establecer una reserva nueva de cría, hasta que fue demasiado tarde para utilizar los especímenes. Y después, dejaron de llegar.

Aquella era una oportunidad que el Patriarca había dejado escapar, una oportunidad que, a la vista del terrorífico pasado, no hubiera debido dejar escapar. A lo largo de varios milenios, el Patriarca había podido constatar que no todas sus decisiones habían sido correctas, ni todas sus opiniones necesariamente fiables. Se estaba consumiendo poco a poco. Era susceptible de equivocarse. El Patriarca ignoraba qué pena habría de pagar por cada error cometido, y prefería no pensar en ello.

Empezó a tomar decisiones. Buscó en sus bancos de memoria de alcance limitado precedentes y líneas directrices de actuación, y encontró una serie de alternativas satisfactorias. Su enorme cuerpo de metal se irguió sobre sus soportes; puso en marcha su sistema de movilidad y los brazos mecánicos, y se desplazó más allá de donde permanecía el líder, en dirección al cubículo en que estaban encerrados los prisioneros. Oyó la respiración agitada de sus criaturas mientras se desplazaba. Estaban asombrados. Algunos de los más jóvenes, que jamás le habían visto moverse, estaban aterrorizados.

- Habéis hecho bien - sentenció, y hubo un prolongado suspiro de alivio.

El Patriarca no podía penetrar en el cubículo debido a su tamaño, pero gracias a sus largos sensores de blando metal llegó al interior y palpó a los cautivos. Le trajo sin cuidado que gritaran y forcejaran. En aquel momento su interés se centraba en su estado físico, que era muy satisfactorio: dos de ellos, incluido el macho, eran muy jóvenes, y por ello mismo, aptos para muchos años de uso. Fuera cual fuera el modo en que decidiera utilizarlos. Todos parecían gozar de una salud excelente.

Por lo que se refería a establecer algún tipo de comunicación con ellos, existía el problema de que sus gritos e imprecaciones pertenecían a una de aquellas desagradables lenguas que sus predecesores habían utilizado. El Patriarca no entendió una palabra. Aunque aquél no era un problema grave, ya que podía comunicarse con ellos con la ayuda de las memorias almacenadas de sus antecesores. Incluso sus propias criaturas, con el tiempo, habían acentuado la tendencia a desarrollar su idioma de tal modo que no se hubiera podido comunicar con ellos de no haber almacenado una o dos de sus propias criaturas cada doce generaciones para que le sirvieran de traductores; y únicamente como traductores, pues tales criaturas, lamentablemente, no parecían servir para mucho más. Así que aquéllos eran problemas que sí podían resolverse. De momento, los hechos eran favorables. Hecho: los especímenes se encontraban en

buenas condiciones. Hecho: eran claramente inteligentes, capaces de utilizar herramientas, capaces incluso de cierto grado de tecnología. Hecho: de él dependía cómo utilizarlos.

- Alimentadlos. Mantenedlos a buen recaudo. Esperad nuevas instrucciones - ordenó a las criaturas apiñadas detrás de él.

Entonces apagó sus receptores externos para ponderar cómo emplearía a aquellos intrusos y llevar a buen término los imperativos que constituían el núcleo de su existencia.

Como individuo salvaguardado en una máquina, las esperanzas de vida normal del Patriarca eran muy elevadas - de varios miles de años, tal vez - pero no lo suficientemente extensas como para llevar a cabo sus planes. Había conseguido prolongar su vida diluyéndola. Mientras permanecía fuera de servicio apenas envejecía, de modo que pasaba casi todo el tiempo desconectado, sin moverse. Se limitaba a perdurar mientras sus criaturas consumían sus existencias realizando sus deseos, y mientras el universo, afuera, se expandía lentamente.

De vez en cuando, alertado por sus cronómetros internos, se despertaba para comprobar, corregir, revisar. En otras ocasiones eran sus criaturas las que le despertaban. Les había aleccionado para que lo hicieran sólo en caso de necesidad y, muy a menudo, la contingencia se presentaba - aunque, después de todo, no tan a menudo, de acuerdo con los patrones que él mismo había establecido.

Hubo un tiempo en que el Patriarca había sido una criatura de carne y hueso, de naturaleza tan animal como la de sus propias criaturas o la de los prisioneros que le habían traído. Ciertamente, aquel período había sido corto de verdad, de menor duración que cualquiera de sus sueños, un momento que quedó comprendido entre el momento en que fue expulsado del retorcido y sudoroso vientre materno y el terrible momento final, en el que yació indefenso y unas extrañas agujas vertieron el sueño en sus venas, mientras los tornos aguardaban antes de trepanarle el cráneo. Cuando así lo decidía, podía recordar muy claramente aquel momento. Podía recordar cualquier cosa, de lo sucedido durante aquella su breve vida animal o de la larguísima pseudovida que siguió a la primera, con la única condición de que recordara el banco de memoria en el que tenía que buscar sus recuerdos. Y eso no siempre era posible. Había demasiado tiempo almacenado.

El Patriarca no poseía un sentido demasiado claro acerca de cuántos recuerdos disponía, ni del tiempo que había pasado entre una cosa y otra. Ni tan siquiera sabía a ciencia cierta dónde estaba almacenado cada recuerdo. El lugar en el que él y sus criaturas se encontraban era «Aquí». Aquel otro lugar que aparecía con tanta viveza en sus recuerdos era «Allí». Todo lo demás en el universo se encontraba simplemente en «Cualquier Otro Lugar», y no se molestaba en situar la exacta localización de cada lugar ni tampoco en saber cuál era la posición de unos en relación a los otros. ¿De dónde procedían los intrusos? De un sitio u otro. Daba igual saber exactamente de dónde. ¿Cuál era aquella fuente de abastecimiento que solía visitar el muchacho? Cualquier otro lugar. ¿Desde dónde había llegado su gente, en los remotos días que habían precedido a su nacimiento? No importaba. Ese punto central que era «Aquí» existía desde hacía mucho, mucho tiempo, más incluso del que cualquiera podía abarcar, más de lo que él mismo era capaz de aprender. «Aquí» había estado viajando por el espacio desde que fue construido, puesto a punto y botado; «Aquí» había visto muchos nacimientos y muchas defunciones, cerca de cinco millones, a pesar de que nunca había cobijado a más de unos pocos centenares de seres vivos a la vez, que raramente habían constituido otra cosa que reducidos grupos. Durante todo aquel tiempo «Aquí» había presenciado cambios constantes. A medida que el tiempo pasaba los nuevos seres eran de mayor tamaño, más blandos, más gruesos, y también más torpes. Los adultos eran más altos, más lentos, menos peludos. También los cambios habían sido rápidos en ocasiones. En esos casos las criaturas tenían que despertar al Patriarca.

A veces se trataba de cambios políticos, ya que «Aquí» había albergado un millón de sucesivos sistemas diferentes. Había períodos de una o dos generaciones, a veces de hasta varias centurias, en que la cultura existente era sensata y hedonística, o en que nadie descollaba sobre los demás. A veces se trataba de una sociedad puritana; en otras ocasiones algún individuo se convertía en déspota o en divinidad. Pero jamás se había desarrollado una república democrática como las de la Tierra - no había suficiente espacio «Aquí» para albergar a un gobierno representativo - y sólo en una ocasión había habido una sociedad estratificada en castas (que acabó cuando los sojuzgados piel parda se alzaron contra los amos piel marrón y los barrieron, afortunadamente). Había habido muchas ideologías «Aquí», bien variadas, pero una sola religión; al menos, durante el último milenio. Sólo había sitio para una mientras el dios viviente permaneciera junto a sus criaturas a lo largo de las vidas de éstas, y mientras siguiera despertando para castigarles o premiarles a su antojo.

A lo largo de muchos siglos, «Aquí» no había albergado gente de verdad, sino sólo un grupo de estupefactos seres semi-perceptivos enfrentados a una serie de contingencias ideadas para robustecer su inteligencia. El proceso funcionó, pero llevó mucho tiempo. Se tardó cien mil años en que el primero de ellos llegara a concebir el mero concepto de la escritura, y casi medio millón más de años en que apareciera uno lo suficientemente inteligente como para que se le pudiera confiar alguna tarea. Aquel honor le había correspondido al propio Patriarca. Ningún otro desde entonces había sido merecedor de semejante honor.

Y el Patriarca sabía que también aquello había sido un error. Había fracasado de una manera u otra. ¿Y en qué había fallado?

¡Sin duda alguna él había dado lo mejor de sí mismo! Siempre, y en particular durante los primeros siglos de su vida posterior en el interior de la máquina, había sido cuidadoso y diligente a la hora de supervisar cada uno de los actos de sus criaturas. Les había castigado cuando se equivocaban. Y cuando acertaban, no dejaba de alabarles. Siempre había estado atento a sus necesidades.

Pero tal vez era ahí donde se había equivocado. Mucho, muchísimo tiempo atrás se había despertado con una terrible sensación de «dolor» en la carcasa metálica en la que habitaba. No era dolor carnal, sino el informe que los sensores le habían facilitado acerca de un daño físico inaceptable, pero había sido tan alarmante como si se hubiera tratado de dolor real. A su alrededor se apiñaban sus criaturas, aterrorizadas, gritando, al tiempo que le mostraban el cuerpo destrozado de una joven hembra.

- ¡Estaba loca! - gritaron temblando - ¡Intentaba destruirte!

El rápido sistema de evaluación informó al Patriarca de que los daños eran despreciables. Había utilizado algún tipo de explosivo, y todo lo más que había dañado eran unos cuantos instrumentos y alguna que otra red de control, nada que no pudiera repararse. Preguntó porqué había sucedido aquello. Sus respuestas fueron lentas pues estaban aterrorizados.

- Quería que te destruyésemos. Decía que nos estabas perjudicando y que no podríamos evolucionar mientras tú siguieras vivo. ¡Te pedimos clemencia! ¡Sabemos que nos hemos equivocado, que hubiéramos debido matarla antes!

- Os habéis equivocado, sí - sentenció el Patriarca -, pero no por eso. Si vuelve a aparecer alguien así entre vosotros, despertadme de inmediato. Debéis reducirlo por la fuerza si es necesario, pero no lo matéis.

Y después... ¿algunos siglos más tarde? Parecía ayer mismo. Y después, tuvo lugar aquel período en el que no le despertaron a tiempo. Durante una docena de generaciones, sus criaturas no obedecieron las leyes, y no cumplieron con los planes de reproducción, y el censo total de sus criaturas vivas descendió a cuatro individuos en el momento en que decidieron afrontar el riesgo de su ira y le despertaron. Y realmente la experimentaron. Aquello casi constituyó el fin de sus planes, porque de los cuatro

individuos sólo uno era hembra, y era casi demasiado vieja para poder criar. El Patriarca tuvo entonces que pasar doce años de su vida despertándose continuamente cada pocos meses, preocupado por imponer su disciplina, por enseñar, por ocuparse de todo. Con ayuda del conocimiento depositado en sus más antiguas memorias consiguió que las dos crías que la hembra pudo concebir fueran, asimismo, hembras. Con el esperma que había conservado de los temerosos machos mantuvo la reserva genética tan diversificada como pudo. Pero aquello había sido casi el fin. Y algunas cosas se habían perdido definitivamente. Ningún otro asesino se había lanzado en contra de él. ¡Si por lo menos hubiera aparecido uno! Pero ningún otro individuo semejante apareció.

El Patriarca se vio obligado a reconocer que no aparecería ningún otro. De haber sido posible, ya hubiese sucedido. Había habido tiempo más que suficiente. Diez mil generaciones de sus criaturas se habían sucedido desde entonces, a lo largo de un período de un cuarto de millón de años.

Cuando el Patriarca volvió a desplazarse de lugar, todas sus criaturas lo hicieron con él. Sabían que iba a actuar. Pero no sabían cómo.

- Que se reemplacen los mecanismos de reparación de los pasillos de 4700A - dijo -. Enviad tres técnicos.

Un apagado rumor de alivio escapó de entre los setenta y pico adultos. Los castigos eran lo primero que se padecía, y si las primeras órdenes no habían sido castigos era que - de momento - no los habría. Los tres técnicos que había escogido el líder estaban menos tranquilos, porque su elección significaba varios días de pesado trabajo manual llevando y trayendo las maquinarias de reparación; pero también era una buena excusa para alejarse de la angustiada presencia del Patriarca, y la aprovecharon de inmediato.

- El prisionero macho y la hembra de más edad, que sean encerrados juntos - dijo. Si habían de servir para la reproducción, sería mejor empezar cuanto antes, y hacerlo con la hembra más adulta -. ¿Hay alguno entre vosotros que sepa cómo funciona la máquina de los sueños?

Tres de las criaturas se adelantaron con recelo.

- Que uno de vosotros eduque a la hembra más joven - ordenó -. ¿Hay alguno entre vosotros que sepa cómo almacenar la memoria de los intrusos?

- Yo preparé a los dos últimos - dijo el líder -, y algunos de los que me ayudaron siguen vivos.

- Comprueba si todavía recordáis cómo hacerlo - ordenó el Patriarca -. Si alguno de vosotros ha de morir, que se le prepare para el almacenaje, y que algunos de los más jóvenes aprendan a hacerlo.

Era realmente necesario. Si habían olvidado la técnica - y sus vidas eran tan breves que olvidaban muchas de las técnicas mientras él dormía - sería necesario que algunas de sus criaturas practicasen la cirugía cerebral con otros individuos de su misma especie, para que estuvieran preparados en caso de que él decidiera que alguno de los intrusos tenía que ser conservado en los bancos de memoria. Siguió adelante con su lista de asuntos prioritarios y dio órdenes adicionales. Al menos una vez al mes, las zonas de acceso permitido habrían de ser visitadas y las plantas muertas habrían de reemplazarse por otras en buen estado. Y puesto que el número de jóvenes y niños era tan solo de once, tendría que conseguir que nacieran al menos cinco individuos al año durante los siguientes diez.

Después de aquello, el Patriarca desconectó sus receptores externos, recuperó su posición en la central de las terminales de comunicación y se conectó a los bancos de memoria general. En la sala en forma de huso sus criaturas se apresuraban a cumplir las órdenes que recibían a medida que el líder iba repartiendo tareas. Una media docena salieron a plantar arbustos de bayas y enredaderas con las que reemplazar a las plantas que habían resultado dañadas, otros fueron a ocuparse de los cautivos y a atender las

tareas de mantenimiento, varias de las parejas jóvenes fueron enviadas a sus habitáculos para criar. Fuera cuales fueran sus otros planes, habían quedado aplazados. En este caso en particular, el Patriarca no lamentaba que sus criaturas le hubiesen despertado; y, por supuesto, ni se le ocurrió considerar que sus criaturas sí lamentaban haberlo hecho.

Sus preocupaciones eran muy otras.

A pesar de haber reducido sus receptores externos a un estado de reposo por desconexión, él no había vuelto a reposar. Estaba asimilando los nuevos factores en sus memorias. Las cosas habían cambiado, y el cambio significaba peligro. Pero también nuevas oportunidades, si abordaba el riesgo de manera adecuada. Podía utilizar la posibilidad del cambio para adelantar sus propósitos y podía evitar que el riesgo interfiriera en ellos. Ahora, su atención se cifraba en las estrategias que habían de llevar sus propósitos a buen término.

Buscó por entre las memorias generales. Algunas almacenaban sucesos acaecidos tan lejos en el tiempo y el espacio que llegaron a atemorizarle. (¡Cómo se había atrevido con aquella temeridad!) Algunos de los acontecimientos eran, por el contrario, bastante cercanos y en absoluto escalofriantes, por ejemplo aquellas memorias a las que el chico llamaba «Difuntos». No habría en ellos nada que pudiera atemorizarle. Pero eran terriblemente irritantes.

Cuando los intrusos llegaron, por error, la primera vez, náufragos quebrantados en frágiles naves, el Patriarca había sentido un momento de terror. Era inexplicable. ¿Quiénes eran? ¿Eran acaso los señores a los que él trataba de servir, llegados para castigarle por su prepotencia?

Comprendió rápidamente que no. ¿Eran, pues, otra casta de servidores de los señores, de quienes él podría aprender nuevos métodos para poder seguir sirviéndoles? Tampoco se trataba de eso. No eran más que viajeros. Habían llegado Aquí por casualidad, en naves antiguas, abandonadas, que ellos no sabían manejar a ciencia cierta. Cuando los mandos de las naves quedaron bloqueados al llegar Aquí, como tenían que hacer, se alarmaron.

Ni siquiera habían resultado ser interesantes. El Patriarca había empleado muchos de sus días en ellos a medida que habían ido apareciendo, primero uno, después otro aventurero solitario, un grupo de tres más tarde. En total habían llegado a sumar unos veinte, llegados en nueve naves, sin contar al chico que había nacido Aquí, y ninguno de ellos se hizo merecedor de la atención que les había dedicado. A los primeros había hecho que los sacrificaran sus criaturas, para que sus cerebros pudieran ser almacenados y él pudiera utilizarlos mejor. A los otros, había ordenado que los dejaran circular libremente, pues le pareció que tal vez serían de mayor provecho e interés dejándoles llevar una vida independiente en las áreas que eran frecuentadas rara vez. Les había facilitado todo lo que creyó que podía hacerles falta. A algunos les había hecho inmortales de la misma manera que él mismo había sido inmortalizado, cosa que había hecho con menos del cinco por ciento de sus criaturas. Pero todo aquello había resultado ser un derroche. Vivos a su capricho o conservados para la eternidad, causaban más problemas de los que cabía soportar por su causa. Les contagiaron enfermedades a sus criaturas, llegando a morir algunas de ellas. A su vez, sus criaturas les contagiaron las suyas a los intrusos, de los que también murieron algunos. Y, además, no era posible almacenar sus cerebros en buen estado. A pesar de utilizar las mismas técnicas que se habían utilizado con él, y que él empleaba con sus criaturas, para almacenarlos adecuadamente, su percepción del tiempo resultaba deficiente; las respuestas que daban a los interrogatorios, vagas. Algunos eran imposibles de entender, y no porque las técnicas utilizadas hubieran fallado; es que, de entrada, eran defectuosos.

Después de haber sido inmortalizado tras la muerte de su carne, el Patriarca despertó a su verdadero ser. Todos sus conocimientos y habilidades los duplicó la máquina, y lo

mismo sucedía con sus criaturas cuando decidía incorporarlos a la máquina. Eso mismo había sucedido con sus antecesores, hacía ya tanto que su propia avanzadísima edad parecía menguar en comparación. Otro tanto ocurría con aquellas memorias que había almacenado y que prefería no consultar.

No así con los intrusos. Algo pasaba con sus componentes químicos. Quedaban registrados de manera defectuosa y de cualquier manera, y había ocasiones en que se sentía tentado de borrarlos. Había confinado sus sistemas de síntesis a la periferia de Aquí, adonde sus criaturas no se acercaban nunca. Había decidido conservarlos finalmente por cuestión de economía. Tal vez llegara un tiempo en que los necesitaría.

Y quizás la ocasión había llegado.

Con un cierto receloso disgusto, como haría alguien que descendiera a las alcantarillas a por una gema extraviada, el Patriarca abrió las conexiones que le unían a las mentes de los intrusos.

Y retrocedió asustado.

Tres de las criaturas, que metían prisas a Janine mientras recorrían la curvatura en forma de huso que iba desde la celda de Janine hasta la máquina de los sueños, vieron cómo los sensores del Patriarca se estremecían y las lentes externas se abrían de golpe. Tropezaron y se detuvieron, esperando muertos de miedo qué pasaría a continuación.

Pero no sucedió nada. Los sensores se relajaron y los lentes volvieron a cerrarse en posición de reposo. Poco después las criaturas se reagruparon y empujaron a Janine en dirección al diván metálico en forma de concha que les aguardaba.

Pero allá en el interior de su carcasa de metal, el Patriarca había recibido el mayor shock de los últimos tiempos. ¡Alguien había estado utilizando las memorias de los intrusos! No era únicamente que hubieran enloquecido, ya que siempre habían estado locos; peor aún, podía decirse que de algún modo estaban más cuerdos ahora, o como mínimo más lúcidos, como si alguien hubiera intentado reprogramarlos. Poseían inputs que jamás les había facilitado. Tenían datos de los bancos de memoria que él no había compartido jamás con nadie. Y no eran informaciones que hubieran salido a la superficie desde sus vidas pasadas. Eran nuevas. Era como un conocimiento organizado a una escala que empequeñecía el suyo propio. Naves espaciales y máquinas, inteligencias vivientes que se contaban por miles de millones. Máquinas inteligentes que en relación a él eran lentas y casi estúpidas, pero que disponían de increíbles datos de memoria de los que alimentarse. No cabía la menor duda de que había reaccionado físicamente, como alguien que se sorprendiera y pellizcara después de sufrir una alucinación.

De alguna manera, los intrusos que había almacenado habían establecido contacto con su propia cultura.

Le era fácil saber cómo habían establecido aquel contacto. Desde Aquí hasta el dispensario de alimentos a través de la red de comunicaciones durante tanto tiempo olvidada. En el dispensario de alimentos, una máquina prácticamente torpe había interpretado y procesado la información que había sido transmitida en ambas direcciones. El Patriarca se encontraba como un ingeniero hidráulico paralizado a los pies de un embalse contemplando cómo un finísimo hilillo de agua saltaba a cientos de metros de distancia a través del aire, escapando de un minúsculo agujero del tamaño del ojo de una aguja. La cantidad era despreciable, pero esa pequeña cantidad que se vertía a través de un agujero tan pequeño respondía a la presión de un enorme cuerpo que empujaba desde el otro lado del embalse.

Y él escape circulaba en ambas direcciones.

El Patriarca tuvo que admitir que se había descuidado. Al interrogar a los intrusos que habían almacenado, les había permitido aprender mucho de sí mismo, de Aquí y de la tecnología que sustentaba.

Al menos, el escape había sido mínimo, y las transmisiones se habían visto afectadas por culpa de las propias imperfecciones de los «Difuntos». No había lugar en aquellas memorias que no le fuera accesible. Las escudriñó para estudiarlas y siguió la pista de cada fragmento de información. No les «habló». Dejó que las mentes de ellos fluyeran a través de la suya. Los Difuntos no podían resistírsele, de la misma manera que una rana preparada para ser disecada no puede resistirse al escalpelo del taxidermista.

Cuando hubo acabado se retiró a meditar.

¿Peligraban sus planes?

Activó sus scanner interiores y una proyección tridimensional de la galaxia brotó en su mente. No tenía corporeidad, no existía ningún punto de fuga desde el que la proyección pudiera ser vista. De hecho, ni siquiera él la «veía», simplemente era consciente de su presencia. Era una especie de ilusión. Una ilusión óptica, pero con la particularidad de que no era de naturaleza óptica. En la proyección, muy a lo lejos, apareció un objeto rodeado por un halo de luz. Había pasado muchísimo tiempo desde que por última vez se decidiera observarlo. Pero ahora tenía que volver a hacerlo.

El Patriarca se sumergió en los bancos de memoria durante tanto tiempo inalterados y los activó.

No era una experiencia sencilla. Equivalía a una sesión en el diván del psicoanalista de los seres humanos, ya que lo que estaba haciendo era airear pensamientos, recuerdos, culpas, preocupaciones e incertidumbres que su mente «consciente» - los circuitos que razonaban y resolvían los problemas - había decidido hacía mucho tiempo dejar de lado. Pero aquellos recuerdos no habían desaparecido, ni se habían debilitado. Seguían representando «culpa» y «miedo» para él. ¿Estaba actuando correctamente? ¿Se atrevería a actuar bajo su propia responsabilidad? Los viejos razonamientos en círculo fulguraron como entonces. Y al Patriarca no se le permitía refugiarse en la histeria o en la depresión. Sus circuitos lo impedían.

Le era posible, sin embargo, sentir pánico.

Después de un largo intervalo, emergió de su introspección. Seguía atemorizado. Pero estaba decidido. Tenía que actuar.

Las criaturas volvieron a dispersarse con temor cuando el Patriarca se desplazó nuevamente.

Sus brazos prensiles delanteros se estremecieron, se estiraron y señalaron a una joven hembra que estaba pasando junto a él. Cualquier otra hembra hubiera servido lo mismo.

- Ven conmigo - le ordenó.

Ella sollozó, pero le siguió. Su macho dio un paso tras ellas cuando los dos se apresuraron pasillo dorado adelante. Pero no se le había dicho que fuera con ellos, de modo que se detuvo y los contempló alejarse lastimeramente. Diez minutos antes habían estado copulando, obedientes y complacidos. Ahora no sabía siquiera si volvería a verla.

El desplazarse del Patriarca no era mucho más rápido que un paso ligero, pero esa ligera diferencia obligó a la hembra a trotar y jadear para mantenerse a su altura. Él se deslizó adelante, dejando atrás máquinas que ni siquiera sus memorias recordaban haber utilizado: correctoras de muros; módulos grandes como casas; un extraño objeto para una tripulación de seis semejante a un helicóptero, con el que se había poblado el Paraíso Heechee con sus ángeles. Los enmarañados garabatos espirales de las paredes pasaron del dorado a un color plata brillante y después al blanco más puro. Un corredor que jamás habían recorrido sus criaturas se abrió ante ellos, con las pesadas puertas abiertas de par en par. Llegaron a una cámara que la hembra ignoraba que existiera, donde las madejas de símbolos de las paredes se cruzaban entre sí en una confusión de una docena de colores y extraños dibujos parpadeaban en los paneles. La hembra había perdido el resuello.

Sin concederle descanso, el Patriarca le ordenó:

- Ve allí. Ajusta las esferas. Mira como lo hago yo.

A ambos lados de la sala, tan separados el uno del otro que una sola persona no podía utilizarlos a la vez, había ciertos controles. En el suelo, al lado de cada control había una especie de bancos angulares en que la hembra se sintió muy incómoda. Ante cada asiento había una especie de hilera de ruedas radiadas, diez por hilera, con luces con los colores del arco iris brillando débilmente entre ellos. El Patriarca hizo caso omiso del asiento y con uno de sus brazos prensiles fue dándole la vuelta a la rueda más cercana. Las luces temblaron y oscilaron.

El verde brilló hasta hacerse amarillo, naranja pálido, con una triple línea ocre en el centro.

- ¡Ajusta tu combinación a la mía!

La pobre hembra trató de obedecerle. Las ruedas apenas se movían, como si nadie las hubiera hecho girar en mucho tiempo (como de hecho había sucedido). Los colores se fundieron y arremolinaron, y le llevó mucho tiempo conseguir la misma combinación de colores. Él, por su parte, ni la apremió ni reprochó su tardanza. Se limitó a esperar. Sabía que ella lo estaba haciendo lo mejor que podía. Cuando las diez ruedas mostraron el color escogido, las lágrimas habían dado paso a gruesas gotas de sudor que nublaban los ojos de la hembra y resbalaban por entre su rala barba.

Los colores no eran perfectos. Entre ambos controles, la pantalla circular que hubiera debido mostrar las coordenadas de su objetivo, seguía en blanco. Lo cual no era para sorprenderse. Lo sorprendente, después de casi mil años, habría sido que los controles funcionaran.

Pero funcionaron.

El Patriarca palpó algo debajo de su propio panel de controles, y rápida, magníficamente, las luces se avivaron por cuenta propia. Parpadearon y volvieron a resplandecer, y tan pronto como los precisos selectores automáticos se ocuparon de ello, ambos paneles se igualaron. La pantalla circular se iluminó con una imagen de puntos y líneas brillantes. La joven hembra contempló la pantalla con temor. Ignoraba que lo que estaba viendo era un campo de estrellas. Jamás había visto una estrella, ni había oído hablar de su existencia.

Lo que vino acto seguido pudo sentirlo por sí misma.

Como los demás habitantes de Aquí. Los prisioneros en sus celdas, las casi cien criaturas en sus habitáculos, la joven hembra y el Patriarca lo sintieron, sintieron un repentino mareo cuando la secular gravedad desapareció y fue sustituida por la falta de peso que las oscilaciones de la pseudoaceleración interrumpía por momentos.

Después de más de tres cuartos de millón de años de lenta traslación alrededor del distante sol de la Tierra, el artefacto se desplazó hacia una nueva órbita y se movió.

11 - S. YA. LAVOROVNA

A las cinco y cuarto en punto de la madrugada un discreto resplandor verdoso brilló en el monitor a la cabecera de la cama de S. Ya. Lavorovna-Broadhead. No hubiera bastado para sacarla de una modorra profunda, pero ella había permanecido medio despierta.

- Muy bien - dijo en voz alta -, ya estoy despierta, no es necesario seguir con este programa. Pero concédeme un momento.

- Sí, compañera - contestó su secretaria.

Pero la lucecita siguió brillando. Si al cabo de un minuto S. Ya. no daba muestras de estar despierta, volvería a llamarla, tanto si ella le pedía que lo hiciese como si no; cuando S. Ya. escribió el programa, le insertó aquella orden.

Pero esta vez no hizo falta. Essie se despertó con la mente bastante despejada. La volvían a intervenir aquella misma mañana, y Robin estaría ausente. Como el viejo Peter Herter había anunciado con antelación que volvería a invadir las mentes de todo el

mundo, había habido tiempo para preparar las cosas. No se había producido prácticamente alteración alguna. Al menos, ninguna que fuera grave; pero todo ello había sido posible merced a una frenética actividad de reajustes y aplazamientos, en el curso de la cual los vuelos de Robin se habían visto inextricablemente liados.

Lástima. Más aún, qué miedo. Pero no era porque él no lo hubiera intentado. Essie aceptó aquel consuelo. Era agradable saber que lo había intentado.

- ¿Puedo comer? - preguntó.

- No, compañera Broadhead. Nada de nada, ni siquiera un vaso de agua - contestó su secretaria inmediatamente -. ¿Deseas que te informe de los mensajes recibidos?

- No sé, ¿qué mensajes?

Decidió que los atendería si eran de interés; cualquier cosa servía para desterrar de su mente el pensamiento del quirófano y al pensar en la esclavitud a que la sometían los catéteres y los tubos que la ataban a su cama.

- Hay una comunicación en audio de tu marido, compañera, pero si lo deseas puedo obtener una comunicación en directo. Tengo una dirección, en el supuesto de que siga aún allí.

- Hazlo.

A modo de tentativa, Essie se incorporó para sentarse en el borde de la cama mientras esperaba a que llevaran a cabo la comunicación, o más bien, a que encontraran a su marido en alguna sala de espera y le llamaran al comunicador. Al tiempo que se ponía de pie consiguió que los doce tubos no se liaran. Aparte de mareada, no se sentía mal. Amedrentada. Sedienta. Destemplada. Pero sin dolores. Tal vez todo le hubiera parecido más grave de haberle dolido más, aunque quizás hubiese sido ése un buen síntoma. Aquellos meses en que la preocupación había disminuido habían resultado ser sólo un fastidio; había lo bastante de Ana Karenina en Essie como para que desease el sufrimiento. ¡Hasta qué punto se había trivializado el mundo! Su vida estaba en la cuerda floja y todo lo más que sentía era un cierto malestar en las partes más íntimas.

- ¿Compañera Broadhead?

- ¿Sí?

La imagen del programa se visualizó, con cara de circunstancias.

- No puedo comunicar con tu marido ahora, está de camino hacia Dallas desde Ciudad de México, y acaba de despegar; todos los sistemas de comunicación del avión están siendo empleados ahora mismo en previsión de posibles contingencias durante la navegación.

- ¿Ciudad de México? ¿Dallas? - Pobre hombre, pensó, le iban a hacer dar la vuelta al mundo antes de llegar -. En ese caso pásame la llamada.

- Sí, compañera.

El rostro y el resplandor desaparecieron, y la voz de su marido le llegó desde los circuitos audio:

- Cariño, estoy teniendo problemas para ponerme en comunicación contigo. Tenía que tomar un chárter hacia Mérida, que se suponía que enlazaba con otro hacia Miami, pero lo he perdido. Creo que ahora puedo hacer una escala en Dallas y... en fin, que estoy en camino.

Pausa. Parecía nervioso, cosa que no extrañó a Essie, casi podía verlo intentando decir algo gracioso. Pero sólo conseguía divagar. Dijo algo acerca de unas extraordinarias noticias en relación a los molinetes de oraciones. Y algo más acerca de los Heechees... en definitiva, divagaciones. ¡Pobre! Estaba intentando parecer ocurrente delante de ella. Essie prestó más atención a sus sentimientos que a sus palabras, hasta que volvió a detenerse y dijo:

- Demonios, Essie, ojalá ya estuviera ahí. Pero llegaré. Tan pronto como pueda. Mientras tanto... cuídate. Si tienes tiempo antes de que... antes de que Wilma empiece, le

he dicho a Albert que te grabara una síntesis de lo más esencial. Es un buen tipo, sí señor. - Pausa -. Te quiero.

Y la voz se desvaneció.

S. Ya. se tumbó de nuevo en su cama llena de apacibles zumbidos, preguntándose qué hacer durante la próxima - y quizás última - hora de su vida. Echaba a su marido de menos, sobre todo por lo infantil que le resultaba. «Es un buen tipo.» ¡Qué tontería antropomorfizar programas computerizados! Todo lo más que ella era capaz de decir de su programa A. Einstein es que era preciso. Había sido idea de él que la unidad autónoma de bioanálisis tuviera forma de perro. ¡Y mira que ponerle nombre! ¡Squiffy! Era como ponerle un nombre al lavavajillas o a un rifle. Menuda idiotez. A menos que uno lo hiciera por cariño... en cuyo caso era un detalle encantador.

Pero las máquinas no son más que máquinas. En el Instituto Superior de Akademogorsk, la joven S. Ya. Lavorovna había comprendido perfectamente que la inteligencia de las máquinas no era «personal». Se las construía añadiendo las máquinas a los procesadores. Se las llenaba de datos. Se les construía un banco de memoria con respuestas adecuadas a los estímulos recibidos y se les proporcionaba una escala jerarquizada de adecuación a las preguntas. Por supuesto que, de vez en cuando, uno mismo podía llegar a sorprenderse de lo que hacía un programa propio. Claro que sí, era parte de la naturaleza del proceso. Pero nada de todo aquello indicaba la existencia de libre albedrío por parte de la máquina, ni tampoco la existencia de identidad individual.

De todas formas no dejaba de ser conmovedor ver como hablaba a propósito de sus programas. Era un hombre enternecedor. Conseguía desarmarla tocando sus fibras más sensibles, los lugares en que ella era más vulnerable y estaba más desprotegida, porque en algunas cosas se parecía al otro único hombre que le había importado realmente, su padre.

Cuando Semya Yagrodna era niña, su padre era la persona más importante del mundo, un hombre alto, delgado, entrado en años, que tocaba la mandolina y el ukelele y que daba clases de biología en el instituto. A él le encantaba tener una hija tan despierta e inquisitiva. Y aún se habría sentido más complacido si ella hubiera dirigido su interés a las ciencias de la vida en lugar de hacerlo hacia la física y las matemáticas, la ingeniería, pero él la aceptaba tal como era. Cuando ya no pudo enseñarle más matemáticas, pues los conocimientos de su hija superaban a los suyos, le enseñó cosas de la vida.

- Tienes que ser consciente de lo que te vas a encontrar - le explicó -. Tanto aquí y ahora como cuando yo era joven, en tiempos de Stalin, cuando los movimientos feministas promovieron la igualdad y el que las muchachas pudieran igualmente disparar un cañón o conducir un tractor; siempre ha sido lo mismo, Semya. Está comprobado que las matemáticas son cosa de los jóvenes, y que las chicas pueden competir con los muchachos hasta, por lo menos, los quince, o a lo mejor, los veinte años. Y entonces, justo cuando los chicos empiezan a convertirse en Lobachevskys o Fermats, las chicas se detienen. ¿Por qué? Porque se convierten en madres, en esposas, sabe Dios porqué. Pero no vamos a dejar que eso te pase a ti, paloma mía. ¡Estudia, lee, aprende, comprende! ¡Tantas horas al día como puedas! Que yo te ayude tanto como me sea posible.

Y lo hizo; y desde los ocho a los dieciocho, Semya Yagrodna Lavorovna cada día al llegar a casa de la escuela, dejaba en el apartamento una cartera llena de libros, cogía otra igualmente repleta y se iba corriendo al edificio amarillo donde vivía su tutor, más allá de la Avenida Nevsky. Nunca dejó de lado las matemáticas, cosa que tuvo que agradecerle a su padre. Jamás aprendió a bailar, ni tampoco a maquillarse o a citarse con chicos, hasta que llegó a Akademogorsk, cosa que también tuvo que agradecerle a su padre. Allí donde el mundo pretendía obligarla a desempeñar su papel de mujer, él la defendía como un tigre. Pero en casa, a decir verdad, había que cocinar, y coser, y barnizar las sillas de palisandro; y él no hacía ninguna de todas aquellas tareas.

Físicamente, Robin y su padre no se parecían en nada... ¡Pero en otras cosas, se parecían tanto!

Robin le había propuesto que se casaran cuando hacía menos de un año que se conocían. A ella le hizo falta otro año para decir sí. Lo comentó con todo el mundo. Con su compañera de habitación, con el decano de su departamento, con su novio, que se había casado con la chica de la habitación de al lado. Mantente lejos de ése, S. Ya., le habían aconsejado. A la vista de los hechos el consejo parecía lógico, porque ¿quién era él, a fin de cuentas? Un millonario irresponsable, de luto aún por la mujer de su vida, desconsoladamente solo, con complejo de culpabilidad, recién salido de un largo tratamiento psiquiátrico... ¡Una perfecta descripción de los inevitables riesgos del matrimonio! Pero por otra parte, sin embargo...

Sin embargo la conmovía. Fueron juntos a Nueva Orleans el martes de carnaval, con un tiempo frío que calaba los huesos, y se pasaron la mayor parte del tiempo en el Café Du Monde, sin ver un solo desfile. El resto lo pasaron en el hotel, lejos del mundanal ruido, haciendo el amor, saliendo sólo por las mañanas para desayunar un delicioso café con leche y pastelillos cubiertos de azúcar en polvo. Robin se esforzaba por ser galante:

- Podríamos hacer una travesía por el río. ¿Quieres ver alguna exposición de pintura? ¿Te apetece ir a bailar esta noche?

Pero era evidente que no quería hacer nada de todo lo que le proponía, él, un hombre que le doblaba la edad y que tan solo quería casarse con ella, sentado con las manos en torno a la taza como si el simple hecho de calentárselas así fuera una tarea como para dedicarle todo el día. Y entonces ella se decidió.

Le dijo:

- Creo que lo que tendríamos que hacer es casarnos.

Y así lo hicieron. No aquel mismo día, pero sí tan pronto como pudieron. S. Ya. jamás había tenido motivos para arrepentirse; no era nada de lo que pudiera arrepentirse. Tras las primeras semanas había dejado de preocuparle incluso cómo acabaría siendo la relación. No era celoso ni tacaño. A menudo le absorbía el trabajo, pero a ella le sucedía otro tanto, al fin y al cabo.

Quedaba tan solo el problema de aquella mujer, Gelle-Klara Moynlin, su amor perdido.

Seguramente estaba muerta. O como si lo estuviera, porque se hallaba más allá de su alcance, para siempre. Bien claro lo decían las leyes físicas fundamentales... pero había veces, Essie estaba segura, en que su marido no acababa de aceptarlo.

Y entonces ella se preguntaba:

- Si existiera la más mínima posibilidad de que Robin tuviera que hacer una elección entre ambas, ¿a cuál escogería?

¿Y qué pasaría si al final las leyes físicas acabaran por permitir una excepción de vez en cuando?

La cuestión de cómo aplicar las leyes físicas a las naves Heechees seguía abierta. Al igual que a cualquier otro individuo pensante, los interrogantes abiertos por los Heechees la habían intrigado durante mucho tiempo. El asteroide Pórtico fue descubierto siendo ella una niña. Mientras estuvo en la universidad, nuevos hallazgos habían ido apareciendo cada semana. Algunos de sus compañeros de clase habían dado el gran salto y se habían especializado en Teoría de los Sistemas de Control Heechees. Dos estaban en Pórtico ahora. Y al menos tres de ellos habían salido en las naves y no habían regresado.

Las naves Heechees no eran incontrolables. De hecho, se las podía manejar con precisión. Se conocían los mecanismos más superficiales del procedimiento. Cada nave poseía cinco nonios de conducción principales, y otros cinco auxiliares, los cuales establecían coordenadas en el espacio (¿pero cómo?), a las que se encaminaba la nave en cuanto éstas se fijaban (de nuevo, ¿cómo?). Una vez alcanzado el objetivo, la nave volvía inequívocamente al punto de origen, generalmente, a menos que se quedara sin combustible o se encontrara con una contingencia repentina. Era un triunfo de la

cibernética que S. Ya. sabía irreproducible por ninguna inteligencia humana. La dificultad estribaba en que seguía sin saberse a ciencia cierta cómo interpretar los controles.

¿Pero podría llegar a saberse? Gracias a la información que llegaba de la Factoría Alimentaria y del Paraíso Heechee; gracias a lo que decían los Difuntos; con un piloto humano - Wan, el chico - semicapaz de hacerlo; gracias, sobre todo, al nuevo saber que podía obtenerse de los molinetes de oraciones...

¿Cuánto se tardaría en desvelar alguno de aquellos misterios? Tal vez no demasiado.

S. Ya. hubiese deseado estar en el meollo del asunto, como lo estaban sus ex-compañeros de clase, ahora en Pórtico. Igual que lo había estado su marido. Aunque lo que deseaba de verdad era no sospechar dónde querría estar él en caso de poder escoger. Pero la sospecha subsistía. Si Robin consiguiera que una nave Heechee le llevara a un destino escogido por él mismo, ella creía saber cuál sería ese destino.

Semya Yagrodna Lavorovna-Broadhead llamó a su secretaria:

- ¿Cuánto tiempo me queda aún?

El programa apareció y dijo:

- Son las cinco y veintidós. Se espera a la doctora Liederman a las siete menos cuarto. Entonces te prepararán para la operación, que empezará a las ocho en punto. Te queda algo más de hora y cuarto. ¿Te apetece descansar?

S. Ya. se echó a reír. Le encantaba que sus propios programas se permitieran aconsejarla. Pero no sintió necesidad de contestar, sino que preguntó:

- ¿Están preparados los menús de hoy y de mañana?

- No, compañera.

Aquella pregunta era a la vez un alivio y una contrariedad. Al menos, Robin no le había prescrito más menús para cebarla aquel día... ¿o, simplemente, su orden había quedado anulada por la operación?

- Elige alguno - ordenó.

El programa era, de sobra, capaz de programar menús; lo que, de hecho, se debía a que Robin había decidido que ninguno de los dos se preocuparía jamás de tales menudencias. Robin era Robin, y a veces le apetecía practicar en la cocina, y se ponía a cortar cebolla y a darle vueltas con un cucharón. En ocasiones lo que cocinaba era horrible, otras veces no tanto; pero Essie no se lo recriminaba, porque le importaba poco lo que comía. Y también porque le agradecía no tener que preocuparse de esas enojosas rutinas; en este sentido, al menos, Robin superaba a su padre.

- No, espera - añadió al recordar algo -. Cuando Robin llegue tendrá hambre. Prepárale un café y pasteles de aquellos de Nueva Orleans. Como los del Café Du Monde.

- Sí, compañera.

«Qué sucio juegas», pensó Essie, sonriéndose. Le quedaban una hora y doce minutos. No le vendría mal descansar.

Aunque, a decir verdad, no tenía sueño.

Podía, pensó, volver a interrogar a su programa médico. Pero no le apetecía realmente escuchar de nuevo el proceso al que tendría que enfrentarse. ¡Todas aquellas piezas que había que extraerle a alguien para que ella se beneficiara! El riñón, sí, se podía vender uno y seguir viviendo. En su época de estudiante, Essie había sabido de compañeros que lo habían hecho, y también ella lo hubiera tenido que hacer de haber sido algo más pobre de lo que era. Pero aunque sabía poco más de anatomía de lo que le había enseñado su padre, sentada en sus rodillas, sabía que aquella persona que le había facilitado los demás tejidos no podía seguir viva. Era una sensación nauseabunda.

Tanto como la sensación que le sobrevino al enterarse de que a pesar del Certificado Médico Completo, podía perfectamente no superar la próxima intervención de Wilma Liederman en su organismo.

Una hora y once minutos todavía.

Volvió a incorporarse. Tanto si había de sobrevivir como si no, era una esposa tan atareada como lo había estado siendo una estudiante, y si Robin quería que se ocupara del asunto de los molinetes de oraciones, lo haría. Se dirigió a la terminal de la computadora:

- Ponme con el programa Albert Einstein.

12 - SESENTA MIL MILLONES DE GIGABITS

Cuando Essie Broadhead dijo: «Ponme con el programa Albert Einstein», puso en marcha una enorme cantidad de procesos. De los cuales, muy pocos eran evidentes de por sí a los sentidos. No tenían lugar en el mundo de la física macroscópica, sino en un microuniverso compuesto en su mayor parte por cargas y conexiones que operaban a la escala de un electrón. Las partículas individuales eran minúsculas, pero no así el conjunto que formaban, ya que estaba compuesto por unos sesenta mil millones de gigabits de información.

En Akademogorsk, los profesores de la joven S. Ya. la habían introducido en el estudio de la entonces en boga lógica computacional de lentes de iones y campos magnéticos, y ella había aprendido a adiestrar sus computadoras en la realización de unos cuantos prodigios, como hallar un millón de números primos o calcular las mareas de una marisma durante un período de cien años. Podían convertir los garabatos de un niño que representaban «una casa» o «Papá» en un plano arquitectónico o en un maniquí de sastre, respectivamente. Podían darle la vuelta a la casa, añadirle un porche, darle una mano de cal o cubrirla de hiedra. Podían afeitarse la barba a un hombre, ponerle un peluquín y vestir al maniquí de gala o sport. A la joven Semya de diecinueve años aquéllos le parecían unos programas fantásticos. Los encontraba apasionantes. Pero había madurado desde entonces. En comparación a los programas que estaba escribiendo para su secretaria, para «Albert Einstein» y para sus muchos clientes, aquellas tentativas primerizas no eran más que unas caricaturas lentas y balbuceantes. Claro que no habían podido aprovecharse de la incorporación de los circuitos Heechee, ni de la ventaja que suponía disponer de una memoria inmediata de sesenta mil millones de gigabits.

Por supuesto, ni siquiera Albert utilizaba los sesenta mil millones de bits de información él solo. Si, por una parte, no se veía obligado a compartir la totalidad de los datos disponibles, no era menos cierto que aquellos bancos de memoria comunes se veía obligado a compartirlos con varios cientos de millares de programas tan sutiles y complejos como él mismo, y con otros varios millares de programas menos sofisticados. El programa llamado «Albert Einstein» se movía entre todos ellos sin interferencias: ciertas «señales de tránsito» le advertían de cuáles eran los circuitos que estaban siendo utilizados. Otros indicadores le conducían a aquellos programas auxiliares que necesitaba para alimentar sus funciones. El camino que seguía para llevar a cabo sus cometidos no era nunca una línea recta. Era un árbol en las yemas de cuyas ramas se iban tomando decisiones sucesivas, una especie de zigzagueante relámpago de acuse de recibos. En realidad, no era ni tan siquiera un camino; Albert no necesitaba moverse de su sitio, ya que, de hecho, jamás estaba en un lugar específico desde el que moverse. Era incluso discutible el que Albert existiera en algún sentido. No tenía una existencia continua. Cuando Robin Broadhead se cansaba de él y le desconectaba, su existencia cesaba, y los programas auxiliares que lo conformaban se dedicaban a otras tareas. Cuando volvía a conectarlo, se recreaba de nuevo gracias a los circuitos que estaban ociosos en aquel momento, de acuerdo con el programa que S. Ya. había creado. Albert no era más real que una ecuación, y por ello mismo, no menos real que Dios.

«Ponme con...», había dicho S. Ya. Lavorovna-Broadhead. Antes de que su voz acabara de pronunciar la primera palabra, la entrada del receptor de su monitor, que se activaba por sonido, activó a su vez el programa de su secretaria, que no llegó a aparecer en pantalla. Su secretaria captó el primer atisbo del nombre que seguía, «...el programa Albert...», lo contrastó con su banco de órdenes, efectuó una evaluación aproximada del resto y formuló una serie de instrucciones.

Pero no fue eso todo lo que su secretaria hizo. Primero tuvo que reconocer la voz de S. Ya. y confirmar que se trataba de la voz de una persona autorizada; la de quien la había diseñado, para ser más exactos. Echó un vistazo a los mensajes que habían quedado por comunicar, que eran muchos, y evaluó su importancia. Realizó un rápido rastreo a través de los índices telemétricos de Essie para saber cuál era su estado, recordó la próxima intervención quirúrgica a la que debía someterse y, sopesando los índices telemétricos en contraste con la orden que Essie le había dado y en relación a los mensajes que debían ser despachados, concluyó que éstos bien podrían seguir esperando, más aún, que el programa sustituto de Essie podía encargarse de ellos. Todas estas operaciones le llevaron a Harriet apenas unos instantes que, sumados, no ocuparían más que una mínima fracción del tiempo de que disponía el programa secretarial. Ya que en ocasiones como aquella no le era necesario preocuparse por su aspecto o por el tono de su voz, prescindió de todo ello.

La orden de la secretaria despertó a «Albert Einstein».

Él, al principio, ignoró que «era» Albert Einstein. A medida que avanzó a través de su programa recordó muchas cosas acerca de sí mismo. En primer lugar, que era un programa interactivo de información e interpretación; a partir de lo cual se lanzó a buscar información y encontró las direcciones de las principales categorías de información que se suponía que tenía que facilitar. En segundo lugar, que su naturaleza era heurística y normativizada, lo que le obligaba a atenerse a una serie de reglas - en forma de conexiones de libre circulación y bloqueo - que determinaban las tomas de decisiones. En tercer lugar, que era propiedad de Robin - o también Robinette, Rob o Robby, Bob o Bobby - Stetley Broadhead, en relación al cual debía mostrar el comportamiento de un conocido. Esto hizo que el programa Albert Einstein accediera a la información acerca de Robin Broadhead, y repasara su contenido, lo que constituyó, con mucho, el proceso más largo de sus operaciones por el momento.

Una vez hecho todo esto, descubrió su propio nombre y los pormenores de su aspecto. Efectuó una selección arbitraria de usos y actitudes - un jersey de cuello alto, o una camiseta gris con cercos de sudor, zapatillas de deporte o playeras por cuyo extremo asomaban los dedos de sus pies, con o sin calcetines - y aparecía en imagen a manera de un Albert Einstein real, con la pipa en la mano, unos ojos chispeantes, todo ello antes de que muriera el último eco de la orden: «...Einstein.»

Había tenido tiempo de sobra. Essie había tardado casi cuarenta centésimas de segundo en pronunciar su nombre.

Como ella había hablado en inglés, él la saludó en el mismo idioma:

«Buenos días», dijo después de una rápida evaluación del tiempo local. A continuación, una instantánea apreciación del estado de la salud y del humor de Essie: «...Señora Broadhead.» De haber estado ella en la oficina, se habría dirigido a Essie como «Señora Lavorovna.»

Essie le observó con aprobación unos cuantos segundos, toda una eternidad en el cómputo temporal de Albert. Tiempo que él no desaprovechó. Era un programa con el tiempo apretadísimo, y todas aquellas funciones que en aquel preciso momento no entraron en acción fueron empleados en otras tareas, cualesquiera que éstas fueran. Mientras esperaba, algunas de sus capacidades fueron requeridas para ayudar a otros programas, en la elaboración del pronóstico del tiempo para una flotilla pesquera que partía de Long Island, para ayudar a una chiquilla a conjugar los verbos franceses, activar

una muñeca sexual para un recluso viejo pero lleno de energía y algo peculiar en sus gustos, y para verificar el precio del oro en la bolsa de Pekín. Casi siempre había otras cosas de que ocuparse. Y cuando no las había, era necesario ocuparse de las hornadas de cuestiones menos importantes o menos urgentes que estaban a la espera: análisis de partículas nucleares, elaboración de las órbitas de asteroides, el balance de un millón de cuentas corrientes... Asuntos que cualquiera de los sesenta mil millones de gigabits de información podía ayudar a resolver.

Albert no era uno más de los programas de Robin - como el abogado, el psiquiatra, la doctora, la secretaria o cualquier otro subordinado - que éste ponía en marcha cuando estaba demasiado atareado o muy poco interesado en algo. Albert compartía con ellos algunas de sus memorias. Cada uno de ellos tenía libre acceso a los archivos de los demás, cada cual tenía un específico campo de acción, programado para cubrir determinadas necesidades; pero no podían llevar adelante su respectivas tareas sin que los otros lo supieran.

Además de eso, todos eran propiedad particular de Robin Broadhead y estaban sometidos a sus deseos. Albert, en cambio, era tan sofisticado que podía entender indicaciones no explicitadas y deducir cuáles eran los imperativos dado un contexto. Sus respuestas no estaban totalmente condicionadas por lo que Robin dijera. Era capaz de descubrir solapados interrogantes a partir de lo que Robin les había dicho a los demás programas. Pero Albert no podía traicionar una confidencia que le hubiera hecho Robin, ni podía dejar de comprender cuándo algo era confidencial. Por lo general.

Pero había excepciones. La persona que había creado el programa de Albert podía escribir una contraorden de prioridad. Y eso era lo que había hecho.

- Robinette te dio instrucciones para que me prepararas informes - le dijo Essie a su creación -. Pásamelos ahora.

La mirada de Essie revelaba crítica atención y también admiración contenida mientras el programa asentía, se rascaba el oído con la boquilla de la pipa y empezaba a hablar. Albert era un programa francamente bueno, pensó con orgullo. Para ser poco más que un montón de impulsos electromagnéticos amontonados en bancos de memoria, Albert resultaba una persona bastante interesante.

Reajustó los tubos y pipetas y se tumbó sobre los almohadones para escuchar lo que Albert tenía que decirle, que por cierto era de lo más interesante. Interesante incluso para ella en aquellos momentos, cuando faltaba - ¿cuánto era? - menos de una hora y diez minutos para que la lavaran, le cortaran el pelo, le afeitaran el vello y la anestesiaran antes de que la operaran de nuevo. Puesto que todo lo que le pedía a Albert era reproducir conversaciones que había grabado y que guardaba en sus memorias, sabía que gran parte de sus capacidades estaban siendo empleadas en otras tareas. Pero aun así, lo que Albert le mostraba era un trabajo realmente pulido. La transición de Albert a la espera de sus preguntas al Albert grabado en otra conversación mantenida con su marido se llevaba a cabo sin saltos, suavemente, siempre y cuando uno pasara por alto ciertos pequeños detalles como la pipa, que aparecía súbitamente encendida, o los calcetines, de pronto bien puestos y estirados por encima de los tobillos. Satisfecha con su creación, Essie prestó atención a lo que le estaba diciendo. Se dio cuenta de que no se trataba de una única conversación. Se trataba como mínimo de fragmentos de tres conversaciones distintas. Robin debía de haber echado mano muy a menudo de su programa científico mientras estaba en Brasilia, y mientras una parte de sí misma seguía atentamente las emocionantes noticias que se iban recibiendo del Paraíso Heechee, la otra parte sonreía para sí. ¡Qué bien que no hubiera utilizado su suite para otros menesteres! (O, al menos, no solo para eso, se corrigió.) No hubiera podido culparle de haber escogido compañía humana en vez de Albert. Incluso si tal compañía era femenina. Dadas las circunstancias, con su principal amante incapacitado para mostrar afecto recíproco, también ella se

hubiera sentido libre de hacer otro tanto, sin duda alguna. (Mejor sería decir sin duda alguna. Quedaban en ella los suficientes escrúpulos adquiridos con la más temprana educación soviética como para dejar lugar al menos para la duda.) Pero tuvo que admitir que se alegraba de ello, tras lo cual se obligó a escuchar todas aquellas fascinantes noticias que Albert seguía contándole. ¡Habían pasado tantas cosas! ¡Había tanta información que asimilar!

En primer lugar, los Heechees. ¡Los Heechees del Paraíso Heechee no eran Heechees! Como mínimo, los así llamados Primitivos no lo eran. Lo demostraba el análisis del DNA, según Albert le comunicaba con absoluta seguridad a su marido, subrayando su argumentación con el mango de la pipa. El bioanálisis había dado como resultado no una clara respuesta, sino un verdadero enigma, una química cuya base no era humana ni tampoco lo suficientemente no humana como para pertenecer a unas criaturas desarrolladas en torno a otra estrella.

- Además - dijo Albert chupando la pipa -, sigue en pie la cuestión de los asientos Heechees. No fueron diseñados para ajustarse a la anatomía humana, pero tampoco para la de los Primitivos. ¿Para quién, entonces? Lástima, Robin, no lo sabemos.

Un veloz salto, ahora aparecía sin calcetines, la pipa en la mano mientras la llenaba de tabaco, y Albert que hablaba esta vez de los molinetes de oraciones. Albert se disculpaba por no haber dado aún con la clave. Había consultado toda la vastísima literatura al respecto: no había ni una sola aplicación energética o tecnológica existente que no hubiese utilizado todavía. Sin embargo, continuaban mudos.

- Hay quien especula - dijo Albert acercando una cerilla a la pipa - con la posibilidad de que todos los molinetes que los Heechees nos han dejado estén amañados para desanimarnos. Pero yo no lo creo. Raffiniert ist der Herr Hietschie, aber Boshaft ist er nicht.

Sin poder evitarlo, Essie soltó una carcajada. ¡Así que Der Herr Hietschiel ¿Había programado ella semejante histrión? Estuvo a punto de interrumpirle y pedirle que le mostrara la parte de sus instrucciones que se referían a semejantes habilidades, pero en aquel momento la filmación cambió y un Albert menos alborotado apareció hablando de astrofísica. En este punto, Essie casi se tapó los oídos, porque se hartó de oír curiosidades cosmológicas. El universo, ¿era abierto o cerrado? No le importaba demasiado. ¿Que faltaba una gran cantidad de masa en el universo porque la que había no podía dar razón de los conocidos efectos gravitacionales? Bueno, pues que siguiera faltando. No veía la necesidad de que siguieran buscándola. Le interesaban muy poco las elucubraciones de un tal ¿Klube? respecto de la posibilidad de crear masa a partir de la nada. Pero cuando la conversación derivó hacia los agujeros negros, prestó muchísima atención. Lo cierto es que el asunto en sí le interesaba bien poco. Lo que le preocupaba en que preocupara tanto a Robin.

Y ése, se dijo a sí misma cuando Albert empezó a divagar, era asunto suyo. Robin no había tenido secretos para ella. Al poco de conocerse le había explicado lo del amor de su vida, la mujer llamada Gelle-Klara Moynlin, a la que había abandonado en el agujero negro. De hecho, le había explicado más de lo que ella quería saber.

- Alto - dijo.

Instantáneamente, la figura tridimensional en el proyector dejó la palabra que estaba pronunciando a media sílaba. Aguardó amablemente, en espera de órdenes.

- Albert - dijo cuidadosamente -, ¿por qué me dijiste que Robin estudiaba el problema de los agujeros negros?

La imagen tosió.

- Bueno, señora Broadhead - dijo Albert -, le acabo de pasar una grabación especialmente preparada para usted.

- No me refiero a esta grabación. ¿Por qué le facilitaste esta información en otras ocasiones?

La expresión de Albert se dulcificó y dijo humildemente:

- Esa orden no figuraba en mi programa.

- ¡Lo suponía! ¡Has entrado en interacción con el programa psiquiátrico!

- Sí, compañera Broadhead, como tú misma me programaste para hacerlo.

- ¿Y cuál es el propósito del programa de Sigfrid von Shrink?

- No podría asegurarlo, pero... - añadió de mala gana - tal vez podría hacer una conjetura. Quizá se trate de que Sigfrid opina que tu marido debería mostrarse más abierto contigo.

- ¡Pero ese programa no debería ocuparse de mi salud mental!

- No, compañera, de la tuya no, sino de la de tu marido. Compañera, si deseas más información te sugiero que le consultes directamente al programa psiquiátrico, no a mí.

- ¡Puedo hacer mucho más que preguntarle! - cortó.

Y vaya si podía. Con sólo decir tres palabras, «Daite gorod Polymath», Albert, Harriet, Sigfrid von Shrink y todos los demás programas de Robin quedarían subordinados a su potente programa, Polimath, el mismo que había utilizado para programarlos a todos ellos, el programa que poseía la orden máxima de prioridad y todas las instrucciones de todos los demás programas. ¡Se vería entonces si se atrevían a probar sus estrategias con él! ¡Entonces se vería si eran capaces de seguir confiando en la capacidad de sus memorias!

- ¡Dios - dijo en voz alta -, tener que hacer planes para enseñarles a mis propios programas a comportarse!

- ¡Perdón!

Essie contuvo el aliento. Fue mitad carcajada, mitad sollozo.

- Nada, olvídalo. No tengo nada que objetar a tu programación, Albert, ni a la de von Shrink. Si el programa psiquiátrico cree que Robin padece tensiones internas, no bloquear su programa ni lo intentaré.

Lo curioso de Essie Lavorovna-Broadhead era que «honestidad» era un concepto que significaba algo para ella, incluso en su relación con sus creaciones. Un programa como el de Albert Einstein era grande, sutil, complejo y muy poderoso. Ni siquiera ella, S. Ya. Lavorovna, podía programarlo sola; por eso necesitaba a Polimath. Un programa como el de Albert Einstein crecía, aprendía y se afinaba a medida que pasaba el tiempo. Ni siquiera su propio creador podía explicar por qué el programa facilitaba determinada información y no otra. Lo único que podía decirse con seguridad era que el programa cumplía con su cometido. Era injusto culpar al programa, y Essie no podía ser tan injusta.

Pero mientras se revolvía inquieta entre los almohadones (¡le quedaban veintidós minutos!) se le ocurrió pensar que el mundo no era del todo justo con ella. ¡En absoluto justo! No era justo que todos aquellos sucesos extraordinarios empezaran a lloverle encima al mundo como el maná, ni que todos aquellos peligros se manifestaran ahora, justo cuando ella podía no sobrevivir para ver cómo terminaba el asunto. ¿Conseguirían hacer entrar en razón a Peter Herter? ¿Estarían aún vivos los otros miembros de la expedición? ¿Podría llevar a cabo Robin todas sus promesas: alimentar al mundo, hacer a todos los hombres felices, permitir que la humanidad explorara el universo, gracias a la ayuda de los molinetes de oraciones? Todas aquellas preguntas esperaban aún respuesta, y antes de que se pusiera el sol de aquel nuevo día ella podía haber muerto sin llegar a conocer jamás las respuestas. Era totalmente injusto. Y lo que era aún más injusto, si moría a consecuencia de la nueva operación, jamás sabría con certeza cuál habría sido la elección de Robin en el supuesto de que hubiera podido encontrar a su perdido amor.

Se apercibió de que pasaba el tiempo. Albert, en la proyección, seguía sentado, moviéndose ocasionalmente para darle pitadas a la pipa o para estirar el elástico de su jersey, para indicarle con todo aquello que seguía a la espera.

Su ahorrador espíritu de programadora de computadoras le ordenaba con indignación que se sirviera de su programa o lo desconectara. ¡Menuda pérdida del tiempo de la máquina!

Pero ella dudaba. Quedaban todavía preguntas que quería hacerle.

Desde la puerta, la enfermera la miró.

- Buenos días, señora Broadhead - dijo al ver que Essie estaba completamente despierta.

- ¿Es ya la hora? - preguntó Essie con la voz repentinamente entrecortada.

- No, todavía le quedan unos minutos. Puede seguir con su máquina si lo desea.

Essie sacudió la cabeza.

- Da igual - dijo.

Despidió al programa. Fue una decisión precipitada, pues no se le ocurrió pensar que podía ser oportuno formular alguna de las preguntas que tenía en mente.

Y cuando desconectó a Albert, éste se mostró reacio a desaparecer.

«Jamás se cuenta toda la verdad», había dicho Henry James. Albert sólo conocía a Henry James como una fuente en la que buscar información, considerada, eso sí, de cierta «importancia», información que él dejaba pasar o cuyo paso obstaculizaba. Un asunto sencillo. Pero el programa era repetitivo. Algunos fragmentos de información conseguían atravesar algunas barreras, a veces, hasta varios centenares de ellas; y cuando algunas barreras daban paso y otras lo cerraban, ¿qué se suponía que tenía que hacer? Había algoritmos para sopesar la importancia, pero al llegar a cierto grado de complejidad los algoritmos comprobaban también la fuente de los sesenta mil millones de bits de información. Los problemas de Albert no eran de semejante envergadura, pero no había algoritmo que decidiera por él; por ejemplo, si debía o no echar mano de las complicadas implicaciones del principio de Mach en relación a los asuntos Heechees. Y para acabar de complicar las cosas, era un programa en propiedad. Hubiera sido interesante llevar adelante sus conjeturas para efectuar un programa científico. Pero eso era algo que impedía su programación básica.

De modo que Albert se mantuvo cohesionado durante una milésima más de segundo, reconsiderando sus posibilidades. ¿Debía revelar todas sus dudas acerca de la - potencialmente - terrible verdad que se ocultaba tras el Paraíso Heechee la próxima vez que le llamara Robin?

No llegó a ninguna conclusión durante aquella milésima de segundo, y fue requerido en otra parte.

Y entonces se permitió desaparecer.

Una parte de sí mismo pasó a los bancos de memoria, otra pasó a solucionar problemas menores, y así hasta que todo Albert Einstein se diluyó en los sesenta mil millones de bits, como sal en el agua, hasta que no quedó nada de él. Algunas de sus funciones más banales pasaron a integrarse en los circuitos de un videojuego bélico. Otras funciones pasaron a ayudar a las del controlador aéreo de Dallas-Fort Worth, ya que el avión de Robin iba a aterrizar allí. Mucho, mucho más tarde, algunas de sus funciones fueron a ayudar al monitor de seguimiento de las funciones vitales de Essie cuando la doctora Wilma Liederman empezó a cortar. Un poco más tarde, horas después, ayudó a resolver el misterio de los molinetes de oraciones. Y sus circuitos más sencillos y elementales supervisaron el programa que se encargaba de preparar el desayuno de Robin y de que la casa estuviera a punto para cuando llegara. Sesenta mil billones de bits de información pueden hacer muchas cosas, incluso las tareas domésticas.

Amar a alguien es un don. Casarse con alguien es un contrato. La parte de mi persona que amaba a Essie lo hacía con todo el corazón, sumergiéndose en el terror y el dolor cada vez que empeoraba, embriagándose de temerosa felicidad cuando mostraba signos de recuperación. Tuve numerosas oportunidades de experimentar ambas sensaciones. Essie murió dos veces durante la operación antes de que yo llegara a casa, y otra vez aún doce días después, cuando tuvieron que volver a intervenirla. En aquella última ocasión la muerte clínica fue provocada. Detuvieron su corazón y sus pulmones, y mantuvieron tan solo su cerebro con vida. Y cada vez que la reanimaban yo temblaba al pensar que podía salir con vida, porque sí vivía tendría que morir una vez más, y no podía soportarlo. Pero lentamente, dolorosamente, empezó a ganar peso y Wilma me dijo que el peligro empezaba a retroceder, como cuando la espiral empieza a iluminarse en el interior de una nave Heechee a mitad de camino, y tienes la certeza de que sobrevivirás al viaje. Pasé todo aquel tiempo, semanas y semanas, dando vueltas alrededor de la casa para que Essie pudiera verme tan pronto como despertara.

Y durante todo aquel tiempo, la parte de mi persona que estaba casada con Essie empezaba a lamentar haber establecido el contrato y a desear ser libre.

¿Cómo explicarlo? Esa era una buena oportunidad para experimentar culpabilidad, y ése era un sentimiento al que me mostraba muy proclive, según solía decirme mi programa psiquiátrico. Y cuando entré para ver a Essie, que parecía una sombra de sí misma, la felicidad y la preocupación llenaron mi corazón y la culpabilidad y el resentimiento trabaron mi lengua. Hubiera dado mi vida para que se salvara. Pero esa no parecía ser una estrategia demasiado práctica, ya que no veía el modo de llevarla a cabo, y mi otra parte, la hostil y culpable, ansiaba ser libre para ocuparse de mi pérdida Klara y de la manera de dar con ella.

Pero Essie se recuperó. Y rápido, las bolsas de debajo de sus ojos, ahora hundidas, se llenaron hasta no ser más que sombras. Le sacaron los tubos de la nariz. La cebaron como a un lechón. Se estaba hinchando ante mis propios ojos, su seno volvió a marcarse y sus caderas a ganar todo su poder de sugestión.

- Mi enhorabuena al doctor, - le dije a Wilma Liederman cuando la alcancé de camino a la habitación de su paciente.

Ella respondió amargamente:

- Sí, se está recuperando con rapidez.

- No me gusta la manera que tienes de decirlo, - le dije -. ¿Qué pasa?

Demoró la respuesta.

- En realidad, nada, Robin. Todas las pruebas son favorables. ¡Pero es que tiene tanta prisa!

- Pero eso es bueno, ¿no?

- Hasta cierto punto. Y ahora - añadió -, tengo que entrar a ver a mi paciente. Que por cierto se levantará y se pondrá a andar cualquier día de estos, y que tal vez vuelva a la vida normal dentro de un par de semanas.

Aquellas eran buenas noticias; y sin embargo, de qué manera tan reluctante las recibí.

Pasé aquellas semanas con la sensación de que algo pendía sobre mi cabeza. En ocasiones parecía tratarse de un aciago destino que tomaba la apariencia del viejo Peter Herter chantajeando al mundo sin que éste pudiera hacer nada para evitarlo, o la de los Heechees montando en ira porque nos habíamos atrevido a invadir su complejo mundo particular. En otras ocasiones se me presentaba en forma de doradas oportunidades, nueva tecnología, nuevas esperanzas, nuevos interrogantes para explorar y explotar. Se diría que sé distinguir entre esperanzas y preocupaciones, ¿no? Pues no. Me dan tanto miedo las unas como las otras. Como solía decirme el bueno de Sigfrid, tengo una innata habilidad no solo para sentirme culpable sino también para preocuparme.

Y si me paraba a pensarlo, tenía unas cuantas cosas de las que preocuparme. No se trataba sólo de Essie. Cuando uno alcanza cierta edad, tiene derecho a esperar que

ciertas parcelas de la vida se estabilicen. Como por ejemplo, el dinero. Yo me había acostumbrado a disponer de dinero a raudales, mira tú por donde mi programa jurídico me salía ahora con que tenía que controlar hasta el último céntimo que gastaba.

- Pues le prometí a Hanson Bover que le pagaría un millón en efectivo y pienso hacerlo. Vende.

- Es que ya he vendido, Robin.

No estaba enfadado. En realidad no estaba programado para poder estar enfadado, pero podía mostrar preocupación y la estaba mostrando.

- Pues vende más. ¿Qué es lo mejor de lo que podemos deshacernos?

- No hay nada que sea «mejor» como tú dices, Robin. Las minas de alimentación están fuera de combate por culpa del fuego. Las piscifactorías no se han repuesto aún de las pérdidas de salmonetes. Dentro de unos dos meses...

- Dentro de unos dos meses ya no necesitaré el dinero. Vende.

Y cuando lo desconecté y pedí que me pusieran con Bover para saber adonde había que enviarle el dinero, se mostró sorprendido de verdad.

- En vista de las medidas que ha tomado la Corporación de Pórtico, - dijo - pensé que no mantendría nuestro trato.

- Un trato es un trato - dije -. Podemos dejar de lado las formalidades. Los detalles legales han dejado de tener sentido para mí ahora que los de Pórtico me han despojado de lo que es mío.

Se puso en guardia de inmediato. ¿Por qué será que consigo atraerme las sospechas de la gente precisamente cuando soy más honrado que de costumbre?

- ¿Por qué quiere dejar de lado los formulismos? - preguntó mientras se frotaba agitadamente la calva. ¿Se le habría vuelto a quemar con el sol?

- No es que quiera - contesté -, es que ya me da igual.

Tan pronto como retire su pleito, Pórtico interpondrá su demanda.

Junto al ceñudo rostro de Bover apareció mi secretaria. Parecía un dibujo del buen ángel susurrando al oído de Bover, aunque lo que estaba diciendo era para mí.

- Faltan sesenta segundos para emisión de Herter - dijo.

Se me había olvidado que el viejo Peter nos había vuelto a enviar uno de sus mensajes con un anticipo de cuatro horas.

Le dije a Bover:

- Llegó la hora de la cuenta atrás del próximo ataque de Peter Herter - y colgué.

No es que me importara el recordárselo, lo único que quería era dar por terminada la conversación. No habría que esperar demasiado. Era todo un detalle - sobre todo era práctico - que el viejo Peter nos avisara cada vez, y que actuara de manera tan puntual. Pero eso era algo que concernía más bien a los pilotos y a los conductores, y no a los que como yo se quedaban en casa.

Y a pesar de eso, yo tenía que ocuparme de Essie. Eché un vistazo a su habitación para asegurarme de que no le estaban haciendo ningún trasplante en ese momento, o que no le estuvieran dando de comer. Dormía, de manera bastante apacible, con su cabello oro oscuro desparramado por la almohada, roncando ligeramente. Y de vuelta a mi cómoda consola sentí a Peter Herter colarse en mi cabeza.

Me había convertido en un experto en esto de las invasiones mentales. No es que fuera una habilidad mía especial. La entera humanidad se había convertido en una experta a lo largo de doce años, desde que el loco de Wan había ido por primera vez a la Factoría Alimentaria. Las suyas habían sido las peores invasiones, porque duraban mucho y porque compartía con todos sus sueños. Los sueños son poderosos; son una especie de locura a la que se da vía libre. Por el contrario, la única que nos había proporcionado Janine Herter no había sido nada, y las dosis de dos minutos de Peter Herter no eran peores que un semáforo: te detienes durante un minuto, esperas con impaciencia y sigues tu camino cuando se ha pasado. Con Peter sentía lo mismo que él experimentaba, a

veces la náusea de la edad, otras veces hambre o sed, y en una ocasión, la airada lascivia de un hombre mayor abandonado a su soledad. Mientras me sentaba me dije a mí mismo que en esta ocasión no había sido nada. Como mucho parecía un vértigo momentáneo, como el que te produce el levantarte de golpe, y tienes que esperar un instante hasta que se te pasa. Pero no se pasó. Experimenté la confusa sensación de ver las cosas a través de dos pares de ojos, y la inarticulada ira y amargura del viejo, pero no con palabras, sino como si alguien me lo susurrara al oído sin que yo pudiera acabar de entenderlo.

Y siguió sin desaparecer. La confusa sensación persistió y aumentó. Empecé a delirar. Esa segunda visión, siempre confusa, empezó a mostrarme cosas que no había visto nunca antes. Cosas irreales, fantasías. Mujeres con picos de ave del paraíso. Enormes monstruos de brillante metal azul que se movían por detrás de mi retina. Fantasías. Sueños.

La amenaza en dosis de dos minutos había excedido su duración. El muy hijo de perra se había quedado dormido en el interior del diván.

¡Gracias a Dios que los viejos padecen insomnio! La cosa no llegó a durar ocho horas, sino apenas un poco más de una hora.

Pero fueron sesenta minutos de lo más desagradable. Cuando noté que los indeseados sueños abandonaban mi mente sin dejar rastro y me aseguré de que habían desaparecido del todo, corrí hacia la habitación de Essie. Estaba completamente despierta, echada sobre los almohadones.

- Me encuentro perfectamente, Robin - dijo en seguida -. Fue un sueño interesante. Un agradable cambio en relación a los míos.

- Voy a matar a ese viejo bastardo - afirmé.

Essie movió la cabeza, sonriéndome.

- No sé cómo.

Tal vez tuviera razón, pero tan pronto hube comprobado que Essie estaba bien, llamé a Albert Einstein.

- Quiero tu consejo, Albert. ¿Hay algo que podamos hacer para detener al viejo Peter Herter?

Se rascó la nariz.

- Supongo que a lo que te refieres es a una acción directa. No, Robin, con los medios de que disponemos ahora.

- ¡No te admito esa respuesta! ¡Tiene que haber algo que podamos hacer!

- Seguro que sí, Robin - dijo despacio -, pero me temo que no le estás consultando al programa adecuado. Tal vez medidas indirectas resulten más indicadas. Si no he entendido mal, tienes que resolver todavía unos cuantos problemas legales. Es probable que cuando los hayas resuelto puedas llegar a un acuerdo con Herter.

- ¡Eso ya lo he intentado! ¡Es justo al revés, maldita sea! Si pudiera detener a Herter tal vez conseguiría que los de Pórtico me devolvieran el control del asunto. Y mientras, él se dedica a volvernos locos a todos, ¡y quiero acabar con eso de una vez! ¿No podemos emitir algún tipo de interferencia?

Albert le dio una chupada a la pipa.

- No lo creo - dijo por fin -. No dispongo de suficientes datos.

Aquella sí que era buena.

- ¿Es que ya no te acuerdas de lo que se siente?

- Robin - dijo armándose de paciencia -, yo no siento nada en absoluto. Te haría bien recordar que no soy más que un programa computerizado. Y me temo que no soy el programa más indicado para discutir acerca de la exacta naturaleza de las emisiones del señor Herter. Tu programa de psicoanálisis te sería de mucha más utilidad. Analíticamente sé lo que sucede, poseo todas las mediciones de las radiaciones que

utiliza. Pero experimentalmente no sé nada. No afecta a las inteligencias artificiales. Que los seres humanos experimentan algo lo sé porque hay informes que así lo explican. Al parecer, existen también evidencias de que los mamíferos dotados de grandes cerebros se ven afectados: primates, delfines, elefantes; y tal vez afecte también a otros mamíferos, aunque no se sepa con certeza. Pero yo no he podido experimentarlo directamente... Por lo que se refiere a emitir interferencias desde aquí, sí, quizá sea posible hacerlo. ¿Pero cuál sería el efecto, Robin? Date cuenta de que además, se trataría de emitir una señal parecida a la suya pero desde un punto cercano, no a veinticinco días luz de distancia; si Herter nos causa una cierta desorientación, ¿cuál sería el efecto de una emisión hecha al azar desde un punto próximo a nosotros?

- Desastroso, me imagino.

- Seguro que sí, Robin. Probablemente más de lo que te imaginas, pero no podría asegurarlo sin experimentarlo. Tendría que ser humano para sentirlo, y eso es algo que excede mis capacidades.

Desde detrás de mí me llegó la voz de Essie con un tono de orgullo.

- Desde luego que excede tus capacidades, ¿quién mejor que yo va a saberlo?

Se me había acercado por la espalda sin hacer ruido, con los pies descalzos sobré la gruesa moqueta. Llevaba un camión cerrado desde el cuello hasta los tobillos, y le habían recogido el pelo.

- Essie, ¿qué demonios estás haciendo fuera de la cama? - le pregunté.

- Mi cama se está volviendo de lo más aburrido - me dijo acariciándome el lóbulo de la oreja -, sobre todo porque estoy yo sola. ¿Tienes algún plan para esta tarde, Robin? Porque si me invitas, me gustaría compartirlo contigo.

- Pero... Essie... - fue todo lo que conseguí decirle.

Y lo que hubiera querido decirle era o bien, «no deberías estar diciendo estas cosas, todavía» o bien, «al menos, no delante de la computadora». Pero no me dio tiempo a que le dijera ninguna de las dos. Apoyó su mejilla sobre la mía, tal vez para que notara lo redonditas que volvían a estar sus formas otra vez.

- Robin - dijo dulcemente -, estoy muchísimo mejor de lo que te piensas. Pregúntale a la doctora si no me crees, y te dirá lo rápido que me he repuesto - volvió la cabeza hacia mí para besarme rápidamente y añadió -: Tengo unos cuantos asuntos de que ocuparme esta tarde. Continúa hablando con Albert hasta que acabe, por favor. Estoy segura de que tiene muchas cosas interesantes que contarte, ¿verdad, Albert?

- Seguro que sí, señora Broadhead - confirmó el programa dando alegres caladas a la pipa.

- Entonces, está decidido.

Me palmeó cariñosamente la mejilla y dio media vuelta, y he de decir en honor a la verdad que mientras iba de vuelta a su habitación no parecía en absoluto que hubiera estado enferma. La tela no estaba totalmente tersa, pero se le ajustaba lo suficiente al cuerpo, y la figura que se marcaba era realmente

soberbia. No podía creer que el trasplante de piel de su lado izquierdo no le hubiera dejado señales, pero no se le veía ninguna.

Detrás de mí, mi programa científico tosió. Me volví y allí estaba, fumando y parpadeando por culpa del humo.

- Tu mujer tiene muy buen aspecto, Robin - afirmó juiciosamente asintiendo con la cabeza.

- Albert, a veces me pregunto cómo te las apañas para parecer tan antropomórfico. Bueno, ¿qué era todo eso que tenías que contarme?

- Lo que tú quieras que te cuente, Robin. ¿Continúo con lo de Peter Herter? Existen otras posibilidades, como por ejemplo abortar sus emisiones. Consistiría en ordenarle a la computadora de a bordo, conocida con el nombre de Vera, que explosionara los tanques

de combustible de la estación orbital. Ese sería básicamente el plan, dejando de lado las complicaciones del tipo legal que pudiera implicar, claro está.

- ¡Ni hablar! ¡Ibamos a destrozar el mayor tesoro jamás encontrado!

- Seguro que sí, Robin, y me temo que sería mucho peor que eso. Es muy poco probable que una explosión exterior llegara a dañar las instalaciones que el señor Herter está utilizando. Lo único que conseguiríamos sería enfurecerle. O dejarle allí atrapado para que actúe como mejor le parezca mientras siga con vida.

- ¡Olvídalo! ¿No tienes nada mejor que eso?

- En realidad, sí, Robin - me sonrió -, lo tengo. Hemos encontrado por fin nuestra Piedra de Rosetta.

Se diluyó en una serie de reflejos de colores y desapareció. Cuando la imagen de una masa en forma de huso de color azul lavanda le sustituyó en la proyección holográfica, dijo:

- Esta es la imagen del principio de un libro.

- ¡Pero si está en blanco!

- Aguarda un momento - explicó.

La figura era más alta que yo, y casi tan gruesa como alta. Empezó a transformarse ante mis propios ojos; el color se fue aclarando hasta que conseguí ver a su través, y entonces uno, dos, tres, puntos aparecieron en su interior, tres puntos de luz roja brillante que se pusieron a virar en una espiral. Se oía un triste sonido agudo, como el ruido de la telemetría o los chillidos de las golondrinas amplificadas. Entonces la imagen se congeló. La voz se detuvo. La voz de Albert dijo:

- He sido yo el que ha detenido la imagen en este punto, Robin. Es probable que el sonido que se escucha sea un lenguaje, pero no hemos podido aislar unidades semánticas todavía. De todas formas el «texto» está claro. Hay ciento treinta y siete puntos de luz. Estáte atento mientras paso rápidamente unos cuantos segundos del libro.

La espiral de ciento treinta y siete pequeñas estrellas se desdobló en otra igual. Otra tira de estremitas se despegó de la original y subió flotando hasta el extremo de la espiral, donde permaneció suspendida en silencio. El lamento aquel empezó de nuevo, y la primera espiral se expandió mientras todos sus puntos de luz trazaban una espiral por su cuenta. Cuando el proceso concluyó había una única espiral compuesta por ciento treinta y siete espirales más pequeñas compuestas a su vez por ciento treinta y siete puntos de luz. Entonces la imagen se coloreó de naranja y se congeló de nuevo.

- ¿Quieres probar a interpretarlo, Robin? - preguntó la voz de Albert.

- Bueno, hasta ahí me temo que no puedo contar, pero creo que se trata de ciento treinta y siete veces ciento treinta y siete, ¿no es eso?

- Exacto, Robin, ciento treinta y siete al cuadrado, lo que hace un total de dieciocho mil setecientos sesenta y nueve puntos de luz. Y ahora mira.

Unas pequeñas líneas verdes cortaron la espiral en diez segmentos. Uno de los segmentos se separó del resto, ascendió y se dejó caer, enganchándose al extremo inferior de la espiral, y pasó del naranja al rojo otra vez.

- Esa no es exactamente la décima parte del número total - dijo Sigfrid -. Si los cuentas te darás cuenta de que en el extremo inferior hay sólo mil ochocientas cuarenta estremitas. Continúa.

Una vez más, la figura central cambió de color, ahora al amarillo.

- Fíjate en la figura del extremo superior.

Miré atentamente y vi como la primera estremita cambiaba al naranja y la tercera al amarillo. Entonces la figura central giró sobre su eje vertical y generó una columna de espirales en tres dimensiones, y Albert dijo:

- Ahora tenemos un total de ciento treinta y siete puntos de luz al cubo en la figura central. A continuación, el proceso se vuelve bastante tedioso de mirar - dijo amablemente -. Lo voy a pasar a alta velocidad.

Y así lo hizo, y los puntos de luz iban de un lado para otro, cambiando de color del amarillo al verde, del verde al celeste, del celeste al marino, hasta recorrer todo el espectro dos veces.

- ¿Te das cuenta ahora de lo que tenemos? Tres números, Robin. Ciento treinta y siete en el centro. Mil ochocientos cuarenta en el extremo inferior. Ciento treinta y siete elevado a dieciocho, que es aproximadamente lo mismo que tenemos en el extremo superior, diez elevado la treinta y ocho. O sea, tres números que dan una dimensión y que son, respectivamente, el de la estructura constante, el del radio entre el fotón y el electrón, y el de número de partículas del universo. Robin, acabas de recibir una lección acelerada sobre teoría de partículas de manos de un profesor Heechee.

- Vaya por Dios.

Albert reapareció en imagen, radiante.

- Ni más ni menos, sí señor, - dijo.

- ¡Pero Albert! ¿Significa eso que puedes leer ya todos los molinetes de oraciones?

Ocultó el rostro.

- Sólo los más sencillos - se lamentó -. De hecho, éste era el más sencillo. Pero a partir de ahora será mucho más fácil. Pasamos cada molinete y lo grabamos. Buscamos las posibles correspondencias. Damos por buenas ciertas deducciones en los campos semánticos y las aplicamos en tantos contextos como podemos... Lo conseguiremos, Robin. Pero llevará algún tiempo.

- No quiero ni oír hablar de eso - refunfuñé.

- De acuerdo, Robin, pero en primer lugar hay que localizar cada molinete, después hay que leerlo, grabarlo y codificarlo para poderlo pasar por las computadoras, y...

- He dicho que no quiero oírlo - dije -. Limítate... pero, bueno, ¿qué es lo que pasa ahora?

Su expresión había cambiado.

- Se trata del presupuesto, Robin - se disculpó -. Vamos a necesitar mucho material.

- ¡Tú ponte manos a la obra! Hasta donde llegues. Hablaré con Morton para que venda. ¿Tienes alguna otra cosa que enseñarme?

- Sí, algo curioso, Robin - me sonrió mientras disminuía de tamaño hasta no ser más que un rostro que me observaba desde un extremo de la imagen.

En el centro de la proyección fluyeron bandas de colores hasta convertirse en un panel de mandos Heechee en el que aparecían iluminadas cinco de las diez pantallas. Las demás estaban apagadas.

- ¿Sabes lo que es eso, Robin? Es una composición con los vuelos cuyo destino es el Paraíso Heechee. Las señales que ves son idénticas a las de las siete naves que fueron allí. Las demás varían, pero es casi seguro que las diferencias no influirían decisivamente en lo que se refiere al destino de las naves.

- ¿Qué es lo que estás diciendo, Albert? - le pregunté. Me había cogido por sorpresa. Me di cuenta de que estaba empezando a temblar -. ¿Quieres decir que si conseguimos esa combinación las naves nos llevarán al Paraíso Heechee?

- Es más que probable, Robin - me sonrió -. Y he localizado tres de las cinco naves, dos de ellas en Pórtico y una en la Luna, que aceptan ese destino.

Me eché un jersey sobre los hombros y me acerqué al agua. No quería oír ni una palabra más.

Habían estado regando. Me descalcé para sentir bajo mis pies la mullida y húmeda hierba, mientras miraba pescar a unos muchachos en la orilla de Nyack, y me dije: Esto es lo que has obtenido después de arriesgar tu vida en Pórtico, lo que has logrado a cambio de Klara.

¿Acaso quería volver a arriesgar mi vida?

Pero en realidad no se trataba de querer o no querer algo. Si alguna de aquellas naves salía en dirección al Paraíso Heechee y yo podía comprar o robar un pasaje, iría.

Por fortuna la cordura me salvó, y me di cuenta de que, después de todo, no iba a poder ir. Al menos no a mi edad. Y desde luego, no en vista de la opinión que les merecía a los de

Pórtico. Y sobre todo, no a tiempo. El asteroide Pórtico estaba en la órbita adecuada justo en aquellos instantes. Llegar hasta él desde la Tierra supone un largo y fastidioso viaje de algo más de veinte meses si se viaja por las elipses de Hohmann, y no menos de seis meses si se viaja bajo los efectos de la máxima aceleración. Para cuando llegara allí, las naves ya estarían de vuelta.

En el caso de que volvieran, claro.

Aquel razonamiento tuvo tanto de alivio como de un malsano sentimiento de pérdida.

Sigfrid von Shrink jamás me explicó cómo librarme del sentimiento de culpa. Sólo me explicó cómo enfrentarme a ello. La receta es, básicamente, dejar que se produzca. Antes o después se pasará (según él). Por lo menos no necesariamente tienen que dejarle a uno paralizado. Así que mientras aquel sentimiento ambivalente se consumiera por sí solo, podía pasearme tranquilamente por la orilla, disfrutando del agradable aire que contenía la burbuja y mirando con orgullo la casa en la que vivía y el ala en la que, así esperaba de todo corazón, se estaba recuperando mi queridísima - durante algún tiempo querida tan solo de manera platónica - esposa. Desde luego, hiciera lo que hiciera, no lo estaba haciendo sola; dos veces aquella tarde un taxi había traído a alguien a casa desde la parada del ferrocarril. Las dos eran mujeres; en cambio, ahora, un taxi había traído a un hombre, que por cierto miraba a su alrededor con recelo mientras el coche daba media vuelta y se apresuraba a recoger a su próximo cliente. Dudé que fuera cosa de Essie, pero no había razón para pensar que fuera una visita para mí, o en cualquier caso, alguien de quien Harriet no pudiera ocuparse. Por eso me extrañó que los telecomunicadores que había bajo los aleros se alargaran y la voz de Harriet me llamara a través de ellos.

- ¿Robin? Hay un tal señor Haagenbusch aquí. Creo que deberías atenderle tú mismo.

Era poco frecuente que Harriet se comportara de esa manera. Pero como rara vez se equivocaba, ascendí la cuesta, me sequé los pies junto a las ventanas francesas e invité al hombre a que pasara a mi despacho. Pertenecía a uno de esos grupos en vías de extinción, de calva rosada, con un par de atildadas patillas blancas y un acento meticulosamente americano, de esos que no acostumbran a tener ni siquiera los nacidos en los Estados Unidos.

- Gracias por atenderme, señor Broadhead - dijo al tenderme una tarjeta que rezaba:

Herr Doktor Advokat Wm. J. Haagenbusch

- Soy el abogado del señor Peter Herter - dijo -. He llegado esta mañana de Frankfurt porque quiero hacer un trato con usted.

«¡Cuánta amabilidad!», pensé; «¡Qué detalle venir en persona a llevar los negocios!» Pero si Harriet quería que le atendiera personalmente debía de haberlo consultado previamente con mi asesor legal, así que lo que le dije fue:

- ¿Qué clase de trato?

Estaba esperando que le invitara a sentarse. Lo hice. Tuve la sensación de que también esperaba que pidiera café y coñac para los dos, pero a mí no me apetecía particularmente hacerlo. Se quitó los guantes de tafilete negro, se miró las bien cuidadas uñas y dijo:

- Mi cliente ha pedido doscientos cincuenta millones de dólares, que deberán serle ingresados en cierta cuenta, además de asegurarle que se verá libre de cualquier tipo de persecución. Recibí este mensaje codificado ayer.

Solté una carcajada.

- ¡Dios, Haagenbusch! ¿Y por qué me cuenta todo eso? ¡No tengo un céntimo!

- No, ciertamente - convino -. Aparte de lo que lleva invertido en la financiación del equipo Herter-Hall y algunas piscifactorías, no le queda nada excepto un par de propiedades inmobiliarias y algunos bienes personales. Imagino que en total ascenderá a unos seis o siete millones, sin contar la inversión en el asunto de la Factoría Alimentaria. Y sabe Dios lo que valdrá eso en estos momentos.

Me eché atrás en mi asiento y le miré.

- Así que ya sabe que me he deshecho de mis negocios de turismo. Se ha informado a base de bien, ¿eh? Pero se olvida de las minas de alimentos.

- No lo creo, señor Broadhead. Según tengo entendido las vendió esta misma mañana.

No fue en absoluto agradable encontrarme con que conocía mi situación financiera mejor que yo mismo. ¡Así que Morton había vendido también aquello! No tuve tiempo de evaluar lo que todo ello implicaba, porque Haagenbusch se acarició las patillas y siguió hablando.

- La situación es la siguiente, señor Broadhead: he advertido a mi cliente que un contrato conseguido bajo coacción no es válido. Por lo tanto, él no alberga ya ninguna esperanza de llegar a un acuerdo, sea con la Corporación de Pórtico, sea a través del sindicato de usted. Así que me ha dado nuevas instrucciones: asegurar el pago inmediato de la suma que le he mencionado; depositarla en una cuenta secreta a su nombre; ponerla a su disposición cuando vuelva, si es que vuelve.

- A los de Pórtico no les va a hacer ninguna gracia que los chantajeen. Pero quizás no les quede otra alternativa - dije.

- Desde luego que no la tienen - puntualizó -. El único defecto del plan del señor Herter es que no funcionará. Estoy seguro de que le pagarán. Pero estoy igualmente seguro de que intervendrán mis comunicaciones y me llenarán las oficinas de micrófonos, y de que los gobiernos de todas las naciones signatarias del acuerdo con Pórtico prepararán un dossier de acusaciones en contra del señor Herter para cuando éste regrese. Y no quiero que se me acuse de cómplice, señor Broadhead. Sé lo que ocurrirá. Darán con el dinero y se harán con él. Y rescindirán el contrato previo con el señor Herter en base al incumplimiento de su parte. Y lo meterán en la cárcel, a él solo, en el mejor de los casos.

- Su situación es delicada, señor Haagenbusch.

Se rió secamente, pero por su mirada comprendí que no le hacía ninguna gracia. Se acarició las patillas un instante y dijo a continuación:

- ¡Ni se lo imagina! ¡Cada día recibo enormes listas de órdenes! ¡Exija esto, asegúrese de esto otro, le hago a usted personalmente responsable! Y entonces yo le envío una respuesta que tarda en llegarle veinticinco días, y para entonces él me ha enviado otros cincuenta mensajes, y sus pensamientos están ya totalmente alejados de lo que yo le aconsejo, y me recrimina y me amenaza. ¡Dios! No está bien, y además es viejo. No creo que vaya a vivir lo suficiente para recoger los beneficios de su chantaje... pero tal vez sí.

- ¿Y por qué no abandona?

- ¡Lo haría si pudiera! ¿Pero qué pasará si lo hago? Se quedará solo sin nadie de su parte. ¿Y qué hará entonces, señor Broadhead? Además - se encogió de hombros -, es un viejo amigo. Fue a la escuela con mi padre. No, no puedo abandonarle. Pero tampoco puedo hacer lo que me pide. Y sin embargo, tal vez usted pueda. No desembolsando los doscientos cincuenta millones de dólares, no, puesto que jamás ha dispuesto de semejante cantidad de dinero. Pero podría usted hacerle socio en sus ganancias. Creo que aceptará; no, creo que «quizás» acepte un trato así.

- ¡Pero si acabo...! - me callé. Si Haagenbusch no se había enterado de que acababa de cederle a Bover la mitad de mis holdings, no lo iba a saber por mí.

- ¿Y por qué cree que no trataré de rescindir el contrato después? - le pregunté.

- Tal vez lo haga - se encogió de hombros -. Pero creo que no lo hará. ¿Sabe?, es usted una especie de símbolo para él, y creo que confiará en usted, señor Broadhead. Mire, tengo la impresión de que sé qué es lo que quiere obtener con todo este asunto. Quiere poder llevar la vida que usted lleva, para lo que le queda de vida.

Se levantó.

- No necesito que me dé una respuesta ahora mismo - dijo -. Calculo que dispongo de veinticuatro horas antes de enviarle una respuesta. Por favor, considere mi oferta. Le llamaré dentro de veinticuatro horas.

Estreché su mano y ordené a Harriet que le consiguiera un taxi, y esperé con él en la calzada hasta que el taxi lo recogió y desapareció rápidamente en la creciente oscuridad.

Cuando entré en mi habitación encontré a Essie frente a la ventana, mirando las luces del mar de Tappan. De pronto entendí quiénes habían sido sus visitantes aquella tarde. Por lo menos una de las visitas había sido la peluquera; su cascada de cabello rubio volvía a caer pesadamente hasta su cintura una vez más, y cuando se volvió para sonreírme, era la misma Essie que se había despedido de mí al partir hacia Arizona, hacía ya tanto tiempo.

- ¡Cuánto rato has estado con ese hombre! - señaló -. Debes de estar hambriento.

Me miró un momento y se echó a reír. Supongo que mi cara debía reflejar todas las preguntas que me estaba haciendo, porque las contestó todas.

- En primer lugar, la cena ya está lista. Una cena ligera, para que podamos comerla cuando nos apetezca. Dos, está preparada en nuestra habitación, lista para cuando te decidas acompañarme. Y en tercer lugar, cuento con la aprobación de Wilma para todo. Estoy mucho mejor de lo que supones, cariño.

- La verdad es que parece estar tan bien como cualquiera podría estarlo - dije, y debí de quedarme sonriendo porque sus perfectas cejas rubias se fruncieron en un mohín.

- ¿Te divierte el espectáculo de tu esquelética esposa? - me preguntó.

- ¡Oh, no, no es eso! - contesté ciñéndola con mis brazos -. Hace un momento me preguntaba por qué alguien podía querer llevar una vida como la mía, y ahora entiendo el porqué.

Bien, pues hicimos el amor. Despacio y delicadamente primero, y cuando constaté que no se iba a romper, lo hicimos de nuevo de manera un poco más violenta. Después nos acabamos prácticamente toda la comida que nos esperaba en el carrito del servicio, y estuvimos haciéndonos arrumacos hasta que volvimos a hacer el amor. Luego nos limitamos a permanecer abrazados medio dormidos hasta que Essie me susurró al oído:

- Ha sido una demostración de facultades realmente impresionante para ser un viejo cabrón. No hubiera estado mal ni para un amante de diecisiete años.

Me estiré y bostecé tal como estaba, restregando mi espalda contra su vientre y sus pechos.

- Con un poco de entrenamiento tú también puedes llegar a hacerlo bien - le contesté.

Ella no dijo nada, y se limitó a frotar su nariz contra mi cuello. Yo poseo un radar que me avisa siempre cuando las cosas no son lo que parecen. Seguí tumbado un momento y entonces me separé de ella y me incorporé.

- Essie, querida - dije -, ¿por qué no me lo cuentas?

- ¿Por qué no te cuento qué? - preguntó con aire de inocencia.

Se apoyó contra mi costado, con la cabeza contra mis costillas.

- Vamos, Essie. ¿Es que voy a tener que sacar a Wilma de la cama para que me lo cuente? - le dije al no contestarme.

Ella bostezó y se sentó. Pero el bostezo había sido provocado; cuando me miró vi que estaba completamente despejada.

- Wilma es bastante conservadora - dijo indiferente -. Hay ciertos medicamentos que aceleran la recuperación, como los corticosteroides, que se negaba a suministrarme,

porque su consumo puede producir secuelas con el tiempo, pero al cabo de mucho tiempo, y para entonces seguro que el Certificado Médico Completo es capaz de eliminarlas, estoy convencida. De modo que insistí en que me las diera. Se puso furiosa.

- ¡O sea leucemia!

- Tal vez. Pero es casi seguro que no. Desde luego, no en breve.

Me senté desnudo en el borde de la cama para verla mejor.

- ¿Por qué, Essie?

Ella deslizó los pulgares por debajo de su cabellera y la retiró antes de devolverme la mirada.

- Porque tenía prisa - contestó -, porque al fin y al cabo tienes derecho a disfrutar de una esposa sana. Porque es incómodo tener que orinar por un tubo, sin mencionar lo poco estético que resulta. Porque era la decisión que debía tomar y eso es lo que he hecho.

Retiró las sábanas de encima suyo y se tumbó de espaldas.

- Examíname, Robin - me invitó -. ¡Ni una cicatriz! Y por dentro, debajo de la piel, todo trabaja a pleno rendimiento: puedo comer, digerir, excretar, hacer el amor, ¡hasta tener hijos si así lo deseamos! Y sin tener que esperar al año próximo. Ahora.

Y era totalmente cierto. Podía comprobarlo por mí mismo. Su esbelto y pálido cuerpo estaba intacto; bueno, no del todo: su lado izquierdo presentaba partes de la piel de color ligeramente más claro, en los lugares en que había sido injertada la nueva piel. Pero no era visible a simple vista, y no había ninguna otra evidencia que mostrase que unas cuantas semanas antes hubiera estado destrozada, mutilada y en definitiva, muerta.

Me estaba enfriando. Me levanté a buscar la bata de Essie y me puse la mía. Quedaba aún algo de café, todavía caliente.

- Ponme a mí también - dijo Essie mientras vertía el café.

- ¿No deberías descansar un poco?

- Cuando esté cansada - dijo con tono pragmático - serás el primero en enterarte, porque me dejaré caer redonda y me echaré a dormir. Hace mucho tiempo que no estábamos los dos juntos de esta manera. Lo estoy saboreando.

Tomó la taza que le tendí y me miró por encima del borde mientras sorbía.

- Pero tú no - observó.

- ¡Sí que disfruto! - y era cierto; pero un arranque de honestidad me hizo añadir:

- Es tan sólo que a veces no puedo evitar el preocuparme. Essie, ¿por qué cada vez que me muestras amor mi mente lo transforma en un sentimiento de culpabilidad?

Ella dejó la taza y se recostó.

- ¿Deseas hablar de ello, cariño?

- Acabo de hacerlo. - Entonces añadí -: Supongo que en todo caso tendría que llamar a Sigfrid von Shrink y hablarlo con él.

- Puedes hacerlo - me contestó.

- Hum. Si empiezo otra vez, sabe Dios cuándo terminaré. Además, no es el programa con el que deseo hablar. ¡Están pasando tantas cosas, Essie! Y no puedo intervenir en ninguna. Me siento totalmente marginado.

- Sí - contestó -, sé cómo te sientes. ¿Se trata de hacer algo que acabará con esa sensación de estar al margen?

- Bueno... quizá - dije -. Peter Herter, pongamos por caso. He estado acariciando un proyecto que me gustaría discutir con Albert Einstein.

- ¿Y por qué no? - asintió -. Pásame las zapatillas, por favor. Manos a la obra.

- ¿Ahora? ¡Pero si es muy tarde! Essie, no deberías...

- Robin - dijo amablemente -, yo también he hablado con Sigfrid von Shrink. Es un buen programa, aunque no lo haya escrito yo. Dice que eres un buen hombre, Robin, equilibrado, generoso, y de todo ello yo misma puedo dar cuenta, eso sin mencionar que

eres un amante maravilloso y una persona encantadora de cuya compañía me encanta disfrutar. Ven al estudio.

Me tomó de la mano mientras nos dirigíamos a la gran sala que dominaba el mar de Tappan, y nos sentamos frente a mi consola.

- Sin embargo - prosiguió -, Sigfrid también me ha dicho que eres muy bueno inventando excusas para no hacer lo que debes. Así que te voy a ayudar a salir de este atolladero. Daite gorod Polymat.

No me hablaba a mí sino al tablero, que se encendió acto seguido.

- Quiero los programas Sigfrid y Albert - ordenó -. Acceso a la información por modo interactivo. ¡Ahora, Robin, vamos a intentar responder a tus preguntas! ¡Al fin y al cabo, también a mí me interesan!

Aquella mujer, con la que hacía ya varios años que me había casado, S. Ya. Lavorovna, seguía sorprendiéndome cuando menos lo esperaba. Se sentó tranquilamente a mi lado, cogiéndome la mano, mientras yo hablaba de manera bastante abierta sobre cosas que hubiera preferido no querer hacer. No se trataba sólo de ir al Paraíso Heechee y a la Factoría Alimentaria para detener al viejo Peter Herter en su intento de volver loca a la humanidad. Se trataba también de adonde quería ir después de aquello.

Aunque al principio dio la sensación de que no iba a ir a ningún sitio.

- Albert, me dijiste que habías conseguido establecer la combinación que permite ir al Paraíso Heechee, a partir de los archivos de Pórtico. ¿Puedes hacer lo mismo con la Factoría Alimentaria?

Los dos estaban sentados juntos en la proyección holográfica, Albert dándole chupadas a la pipa, Sigfrid escuchando atentamente con las manos cruzadas. No hablaría en tanto no se le preguntara, y de momento no iba a hacerlo.

- Me temo que no - dijo en tono de disculpa -. Sólo teníamos una nave que aceptara ese destino, la de Trish Bover, y eso no nos basta para estar seguros. Hay sólo un cero coma seis por ciento de posibilidades de que consiguiéramos enviar una nave allí. ¿Y una vez allí, qué, Robin? No podría regresar. Al menos la de Trish Bover no pudo. - Se arrellanó en su asiento y continuó -: Claro que hay ciertas alternativas - miró a Sigfrid, sentado junto a él -. Podría sugestionarse la mente de Herter para que cambiara de proceder.

- ¿Podría hacerse eso?

Yo seguía hablando con Albert Einstein. Él se encogió de hombros, y Sigfrid se movió en su asiento, pero no dijo una palabra.

- ¡Vamos, no seas tan infantil! - soltó Essie -. Contesta, Sigfrid.

- Compañera Lavorovna - dijo mirándome -, me temo que no. Tengo la impresión de que mi colega ha planteado la pregunta sólo para que yo la refute. He estudiado las grabaciones de los mensajes de Peter Herter. El simbolismo es bastante obvio: la mujer angelical con una nariz picuda. ¿Qué es una nariz ganchuda, compañera? Piense en la infancia de Peter Herter, y en lo que oyó decir acerca de la confabulación judía para acabar con el mundo. Piense también en la violencia, en los castigos. Está bastante enfermo, ha sufrido de hecho una insuficiencia coronaria y ya no actúa bajo los mandatos de la razón; para ser más precisos diré que ha sufrido una regresión a un estadio muy infantil. Ni la sugestión ni ninguna llamada al sentido común le harán cambiar, compañera. La única posibilidad sería un tratamiento de larga duración. Pero seguramente él se mostrará reacio, la computadora de a bordo no podría llevarla a cabo correctamente y, en cualquier caso, no hay tiempo ya. No puedo ayudarles, compañera, al menos no con un mínimo de garantías.

Hacia ya bastante tiempo yo mismo había pasado algo así como unas doscientas horas bastante desagradables escuchando la voz razonable y enloquecedora de Sigfrid, y

me había jurado no volver a oírla. Pero la verdad es que, después de todo, no me resultaba tan exasperante.

A mi lado, Essie se estiró.

- Polimath - ordenó -, que preparen café. - Y dirigiéndose a mí -: Me temo que vamos a estar un buen rato.

- No sé para qué - repuse -, al parecer estoy atado de pies y manos.

- Pues si resulta que lo estás, en vez de tomarnos el café, nos iremos a la cama - dijo tranquilamente -; pero de momento me lo estoy pasando bastante bien.

Bueno, ¿y por qué no? Curiosamente no tenía más sueño del que demostraba Essie. De hecho, me encontraba alerta y relajado a un tiempo, y nunca había estado tan despejado.

- Albert - pregunté - ¿hay algún progreso en relación a la lectura de los libros Heechees?

- No mucha - se disculpó -, Robin. Hay unos cuantos volúmenes más de matemáticas como el que viste, pero nada nuevo en lo que se refiere a una lengua. ¿Algo más, Robin?

Me retorcí los dedos. El pensamiento errabundo que había estado dando vueltas en lo más recóndito de mi cabeza, salió a la superficie.

- Los Números Universales - dije -. Los números que aparecían en el libro. Son los mismos que los Difuntos llamaban «Números Universales».

- Seguro que sí, Robin - asintió -. Son las constantes adimensionales del universo; al menos, las de este universo. Sin embargo, ahí está el principio de Mach, que sugiere...

- ¡Ahora no, Albert! ¿De dónde supones que los sacaron los Difuntos?

Se detuvo, frunciendo el entrecejo. Sacudiendo la pipa para sacar el tabaco, miró de reojo a Sigfrid y dijo:

- Supongo que de alguna interferencia con las inteligencias artificiales Heechees. Sin duda que ha habido flujo informativo en ambos sentidos.

- ¡Exacto, eso mismo pensaba yo! ¿Qué más supones que saben los Difuntos?

- Es difícil decirlo, la información está registrada de manera bastante defectuosa. Incluso en los momentos en que la comunicación fue mejor, resultaba más bien difícil obtener respuestas claras, y ahora la comunicación ha sido interrumpida por completo.

Me puse de pie.

- ¿Y qué pasará si se restablece la comunicación? ¿Y si alguien va al Paraíso Heechee para hablar con ellos?

Albert tosió y tratando de no sonar demasiado paternalista, dijo:

- Robin, varios miembros de la expedición Herter-Hall, además del chico, Wan, han fracasado en el intento de obtener de ellos alguna respuesta coherente. Incluso nuestras computadoras han tenido un éxito más que reducido, aunque - añadió de manera bastante moderada - eso se debe en parte por tener que hacerlo a través de la computadora de la nave, Vera. Están mal equipados, Robin. Y los Difuntos, mal registrados, son obsesivos, incoherentes y a menudo, irracionales.

Detrás de mí, Essie estaba de pie con la bandeja y las tazas de café. Yo apenas si había oído la campanita de la cocina que anunciaba que ya estaba listo.

- Pregúntale a él - me recomendó.

Yo preferí no disimular que no la había entendido.

- ¡Demonios! - dije -. Está bien, Sigfrid, así es como trabajas. ¿Cómo se consigue hablar con ellos?

Sigfrid sonrió y separó las manos.

- Es agradable volver a hablar contigo, Robin - dijo -. Me gustaría felicitarte por tu considerable progreso desde la última vez que...

- ¡Contesta a mi pregunta!

- Desde luego, Robin. Queda una posibilidad. La memoria del prospector hembra, Henrietta, parece bastante completa, dejando de lado su única obsesión, es decir, la

infidelidad de su marido. Creo que si se consiguiera elaborar un programa computerizado con lo que sabemos de su marido y la enfrentáramos con ello...

- ¿Falsificarle un marido, como si fuera uno de los Difuntos?

- Más o menos, Robin - asintió -. Aunque no fuera una réplica exacta. Porque, en general, los Difuntos están tan mal registrados que cualquier respuesta inadecuada por parte nuestra pasaría desapercibida. Desde luego, el programa sería bastante...

- Ahórratelo, Sigfrid. ¿Podrías escribir un programa semejante?

- Sí, con la ayuda de tu esposa, sí.

- Y una vez lo tengamos, ¿cómo nos ponemos en contacto con Henrietta?

Miró abiertamente a Albert.

- Creo que mi colega puede ser de utilidad en este punto.

- Seguro que sí, Sigfrid - contestó alegremente Albert, frotándose un pie con la punta del otro -. Punto uno: escribir el programa dotado de alternativas. Dos: pasarlo por un procesador instantáneo PMAL-2 que posea una memoria de un gigabit y todas las unidades auxiliares. Tres.: montar el procesador en una Cinco y enviarla al Paraíso Heechee. Entonces, someter a Henrietta al interrogatorio. Le concedería una probabilidad de éxito del, digamos, cero con nueve.

- ¿Y por qué tenemos que enviar allí toda la maquinaria?

- Por la cuestión de la velocidad, Robin - explicó pacientemente -. Al no tener una radio ultralumínica tenemos que mandar el procesador a su lugar de trabajo.

- Pero la computadora de los Herter-Hall sí tiene una radio MRL.

- Pero es demasiado torpe y demasiado lenta, Robin. Y no has escuchado lo peor. Toda esa maquinaria es enorme. Ella solita podría llenar una Cinco. Lo que significa enviarla sola y desprotegida al Paraíso Heechee, y no sabemos quién saldrá a recibirla al muelle de aterrizaje.

Essie estaba de nuevo sentada a mi lado, con una deliciosa expresión de preocupación en el rostro y una taza de café en la mano. La tomé automáticamente y la vacié de un sorbo.

- Has dicho que podría llenar una Cinco. ¿Significa eso que un piloto podría caber también en la nave?

- Me temo que no. Sólo quedaría espacio para otros ciento cincuenta kilos.

- ¡Pues yo sólo peso la mitad de eso!

Noté que Essie se ponía tensa detrás de mí. Estábamos llegando al meollo del asunto. Por primera vez en varias semanas me sentía despejado y totalmente seguro de mí mismo. La parálisis de la inactividad iba desapareciendo por instantes. Me daba perfecta cuenta de lo que estaba diciendo, y era completamente consciente de lo que significaba para Essie. Y aun así prefería seguir adelante.

- Eso es cierto. Robin - concedió -, ¿pero es que quieres llegar allí muerto? Necesitarás agua, aire, comida. Calculando por bajo, la cantidad mínima de provisiones que necesitarías para un viaje de ida y vuelta suman un total de trescientos kilos, y no hay...

- Corta el rollo, Albert - espeté -. Sabes tan bien como yo que estamos hablando de un viaje sólo de ida. Hablamos de ¿cuántos son?, sí, veintidós días. Eso fue lo que tardó en llegar Henrietta. No necesito más. Sólo serán veintidós días. Cuando haya llegado al Paraíso Heechee, lo demás dará igual.

Sigfrid me miraba muy interesado pero sin decir palabra. Albert parecía preocupado.

- De acuerdo, Robin - admitió -, eso es cierto. Pero el riesgo sigue siendo enorme, sin margen para el error.

Moví la cabeza resignado. Le llevaba demasiada delantera; iba incluso más allá de lo que él era capaz, de imaginar, seguía sin comprender lo que estaba insinuando.

- Has dicho que hay una Cinco en la Luna que aceptaría ese destino. ¿Hay allí algún procesador PMAL o como quiera que se llame?

- No, Robin - contestó, pero añadió con voz triste -: No obstante hay uno en Kourou, a punto de salir para Venus.

- Gracias, Albert - dije medio en broma, porque había tenido que tirarle de la lengua para que me lo dijera. Y me senté para considerar lo que había sido dicho hasta entonces.

No había sido yo el único en escuchar atentamente. A mi lado, Essie depositó su taza de café.

- Polimath - ordenó -, ponnos con el programa Morton, con acceso informativo por modo interactivo. Adelante, Robin. Lo que tengas que hacer, hazlo.

En la proyección se oyó abrir una puerta y entró Morton, quien saludó a Albert y a Sigfrid estrechándoles las manos mientras miraba hacia mí por encima del hombro. A medida que avanzaba para sentarse iba recibiendo información, y por la cara que puso adiviné que no le gustaba lo que averiguaba. Pero me daba igual. Le dije:

- ¡Morton! Hay un procesador PMAL en el muelle de despegue de la Guayana. Cómpralo.

Él se volvió hacia mí y enfrentó mi mirada.

- Robin, no sé si te das cuenta de lo rápidamente que te estás quedando sin capital. Solamente este programa te cuesta unos mil dólares por minuto. Voy a tener que vender...

- ¡Pues vende!

- No es sólo eso. Si lo que estás pensando es embarcarte con esa computadora rumbo al Paraíso Heechee, ¡olvídalo! ¡Ni lo sueñes! En primer lugar, el pleito de Bover te lo prohíbe. En segundo lugar, suponiendo que lograras hacerlo, podrías hacer que recayera sobre ti una demanda por daños y perjuicios que...

- No te he pedido tu opinión al respecto, Morton. Suponte que consigo que Bover retire su pleito. ¿Podrían impedirlo?

- ¡Sí! Aunque - añadió conciliador -, hay una posibilidad de que no lo hicieran. Al menos, no a tiempo para impedirte.

No obstante, como tu asesor jurídico tengo que advertirte..

- No tienes nada que advertirme. Compra el procesador. Albert, Sigfrid, programadlo según hemos discutido. Y ahora desapareced los tres. Que venga Harriet. ¿Harriet? Consígueme un vuelo de Kourou a la Luna, en la misma nave en que viaja la computadora que va a comprarme Morton, tan deprisa como puedas. Y mientras tanto mira si puedes localizarme a Hanson Bover. Quiero hablar con él.

Cuando hubo asentido y desapareció de la imagen, me volví para mirar a Essie. Tenía los ojos húmedos, pero sonreía.

- ¿Sabes una cosa? - le pregunté - Albert no me ha llamado ni una sola vez «Rob» o «Bobby».

Ella me pasó los brazos alrededor y me apretó fuerte.

- Tal vez considere que ya no hay que tratarte como a un niño - dijo -. Y yo tampoco soy una niña, Robin. ¿O acaso crees que sólo quería recuperarme porque tenía prisa por hacer el amor? No. Se trataba más bien de que no te sintieras coaccionado por una esposa a la que consideras poco atento abandonar. Y se trataba también de que yo estuviera lo bastante repuesta para enfrentarme a ello - añadió -, cuando quiera que sea que te vayas.

Aterrizamos en Cayena de noche cerrada y lloviendo a mares. Bover me esperaba medio adormilado en un butacón de la terminal del aeropuerto mientras yo liquidaba el papeleo en la aduana. Le agradecí reiteradas veces el que hubiera venido a esperarme, pero se mostró indiferente, y dijo:

- Sólo nos quedan dos horas. Vamos a por ello.

Harriet había fletado un transporte aéreo. Despegamos por encima de las palmeras en el momento en que el sol asomaba por encima del Atlántico. Cuando llegamos Kourou era

ya de día, y el módulo lunar se erguía junto a su torre de soporte. Era pequeño si se lo comparaba a los gigantes que despegan de cabo Kennedy o de California, pero el Centro Espacial de la Guayana, al estar en el ecuador, efectúa lanzamientos seis veces más precisos, por lo que sus cohetes no necesitan ser tan grandes. La computadora estaba ya cargada y bien sujeta, por lo que Bover y yo subimos a bordo de inmediato. Un ruido terrible. Una sacudida. Con el desayuno - que no hubiera debido tomar en el avión - en la boca, me encontré de pronto de camino.

Llegar a la Luna lleva tres días. De los cuales pasé tanto tiempo como pude durmiendo, y el resto, hablando con Bover. Era el período de tiempo más prolongado que pasaba alejado de mis comodidades en, por lo menos, doce años, y aunque pensé que se me haría eterno, se me pasó volando. Me despertaron las sacudidas de la desaceleración, y vi el rostro cobrizo de la Luna. Ya estábamos allí.

Teniendo en cuenta lo lejos que había llegado a volar, no dejaba de ser curioso que pisara la Luna por vez primera. No sabía qué esperar de la ocasión. Me cogió absolutamente desprevenido: la acrobática y danzarina sensación de no pesar más que una pelota de goma y la voz de tenor aflautada que salió de mi garganta en la tenue atmósfera del veinte por ciento de helio. En la Luna no se respiraba la mezcla Heechee. Aquí las perforadoras Heechees podían trabajar con la mayor facilidad, y con toda la luz solar de que se disponía era sencillísimo mantenerlas trabajando con un mínimo esfuerzo. El único problema consistía en llenarlas de aire, por lo que añadían helio, mucho más barato y fácil de conseguir que el N2.

El huso Heechee en la Luna está cerca de la base de lanzamientos, o para ser más exactos, la base de lanzamientos está donde está porque es allí donde los Heechees habían excavado más de un millón de años antes. Todo estaba bajo la superficie, incluidos los muelles de atraque, situados al abrigo de una hendidura. En cierta ocasión, un par de astronautas americanos habían pasado un fin de semana deambulando por allí, Shepard y Mitchell, sin darse cuenta en ningún momento. Ahora una comunidad de más de mil personas vivía en el túnel en forma de huso, y los nuevos túneles crecían en todas direcciones, mientras que la superficie lunar se había visto convertida en un amasijo de emisoras de microondas, reflectores y tuberías.

- Eh, tú - le dije al primer individuo de aspecto robusto que vi -, ¿cómo te llamas?

Se me acercó medio flotando de modo perezoso, mordiendo un cigarrillo apagado.

- ¿Y a ti qué te importa?

- Están sacando cierto cargamento del interior del módulo. Lo quiero a bordo de la Cinco que está en el muelle de despegue ahora. Necesitarás a media docena de ayudantes, y probablemente un equipo de descarga, y el trabajo va a ser duro.

- Ya - dijo -, ¿y tiene la necesaria autorización?

- Te la mostraré cuando te pague - le dije -. Y la paga será de mil dólares por barba, con una gratificación especial de diez mil dólares para ti si lo hacéis en menos de tres horas.

- Hum. Veamos cuál es la carga.

Salía en aquel momento de la nave. La observó cuidadosamente, se rascó durante un ratito y se lo pensó otro poco. Y lo hizo todo acompañándose de unas cuantas palabras dichas de vez en cuando, por las que me pude enterar de que se llamaba A. T. Walthers, Jr., y de que había nacido en los túneles de Venus. Por el brazalete que llevaba en la muñeca constaté que había probado suerte en Pórtico, y por el hecho que desempeñaba tareas un tanto extrañas en la Luna, constaté que su suerte no había sido buena. Bueno, la mía tampoco lo había sido las dos primeras veces; y de sopetón, cambió. En qué sentido, era difícil saberlo.

- Puede hacerse, Broadhead - dijo por fin -, pero no disponemos de tres horas. El simpático de Herter volverá a la carga dentro de veinte minutos, de manera que habrá que descargarlo antes.

- Tanto mejor - le contesté -. Bien, ¿por dónde quedan las oficinas de la Corporación de Pórtico?

- Al final del huso. Cerrarán dentro de una media hora,

Tanto mejor, volví a pensar, pero me lo callé, arrastrando a Bover detrás de mí, medio bailé en la liviana atmósfera mientras desandábamos nuestro camino en dirección a la caverna en forma de huso donde estaban las oficinas de la zona, y encaminé nuestros pasos al despacho de la jefa de Embarques.

- Necesitará un circuito abierto con la Tierra para la Identificación. Yo soy Robin Broadhead, y éstas son mis huellas dactilares - le dije -. Me acompaña Hanson Bover; por favor, Bover, si es tan amable...

Presionó la placa que había junto a él.

- Y ahora diga lo que tiene que decir - le invité.

- Yo, Alien Bover - contestó automáticamente -, declaro que retiro mi pleito en contra de Robin Broadhead, la Corporación de Pórtico et al.

- Gracias, Bover. Y ahora, mientras verifica usted todo eso, ahí va una copia por escrito de lo que Bover acaba de decir, para que figure en sus archivos, más una copia del plan de nuestra misión. En virtud a mi contrato con la Corporación de Pórtico estoy autorizado a utilizar los servicios de la misma en todo aquello que concierna a la expedición Herter-Hall, y eso me dispongo a hacer a continuación. Para tal propósito necesito la Cinco que se encuentra actualmente estacionada en sus muelles. Por el plan de nuestra misión verá usted que tenemos intención de ir al Paraíso Heechee, y desde allí a la Factoría Alimentaria, lugar en el que intentaré evitar que Peter Herter siga infligiendo daños a la Tierra, así como intentaré rescatar al resto de componentes del equipo Herter-Hall y conseguir cuanta información de valor sea posible para que la Corporación de Pórtico pueda procesarla y utilizarla. Y me gustaría partir antes de una hora - sentencié.

La verdad es que durante un minuto o así, la cosa pareció que iba a funcionar. La jefa de Embarques miró nuestras huellas en las placas, cogió el carrito con nuestro plan y lo sopesó en la mano, mirándome en silencio por espacio de un minuto con la boca abierta. Pude escuchar el silbido del gas volátil que utilizaban para calentar los motores, cumpliendo el ciclo de Carnor desde las lentes de Fresnel hacia arriba, a los reflectores en forma de alcachofa que había encima de nuestras cabezas. No oí nada más. Entonces la jefa de embarques suspiró y dijo:

- ¿Ha oído eso, senador Praggler?

La voz de Praggler me llegó por el aire desde detrás de su escritorio.

- Puedes apostar lo que quieras a que sí lo he oído, Milly. Dile a Broadhead que no va a servirle de nada. No puede hacerse con la nave.

Habían sido los tres días de viaje los que me habían ganado la partida. En el momento de embarcarnos, los pasaportes de todos los pasajeros habían sido radiados a la Luna automáticamente, de modo que los oficiales supieron que estaba de camino antes incluso que la nave abandonara la Guayana. Fue pura casualidad que Praggler estuviera allí; pero incluso de no haber estado él, hubiesen tenido tiempo de sobra para recibir órdenes de los cuarteles generales de Brasilia. En un primer momento llegué a pensar que ya que estaba Praggler allí podríamos discutir el asunto. Pero no hubo lugar. Pasé media hora imprecándole, y otra media rogándole, pero no hubo nada a hacer.

- No hay nada de malo en tu plan - admitió -. El problema eres tú. Ya no se te permite utilizar los servicios de Corporación porque la Corporación ha decidido privarte de es prerrogativa ayer mismo, mientras entrabas en órbita. Y aunque no lo hubieran decidido así, Robin, tampoco te dejaría ii Estás metido en este jaleo hasta el cuello. Dejando de lado e hecho de que ya no estás para estos trotes.

- ¡Te recuerdo que soy un piloto de Pórtico experimentado

- Eres una puñetera mierda, Robin, además de estar algo loco. ¿Qué crees que un solo hombre podría hacer en el Paraíso Heechee? No, Robin. Vamos a utilizar tu plan, e incluso te pagaremos por ello, pero vamos a hacer bien las cosas, desde el propio Pórtico, con tres naves como mínimo, llenas de hombres jóvenes, bien pertrechados y dispuestos a todo.

- ¡Déjame ir, senador! - le rogué -. ¡Si se llevan el procesador hasta Pórtico tardarán meses, años!

- No, si utilizamos para ello la Cinco que hay aquí estacionada - dijo - Seis días. Y puede salir acto seguido en el con voy. Pero sin ti. Sin embargo - añadió compasivo -, te pagaremos por el procesador y por el programa, no lo dudes. Deja! estar, Robin, deja que otro corra los riesgos. Te lo digo come amigo.

Bien, sí, era mi amigo y los dos lo sabíamos, pero quizá fuera menos amigo mío después de lo que le dije que podía hacer con su amistad. Al final, Bover tuvo que sacarme de allí Lo último que vi del senador fue que estaba sentado en borde del escritorio mirándome con el rostro encendido por la ira y con los ojos a punto de llorar.

- Mala suerte, señor Broadhead - dijo compadeciéndose.

Tomé aire para ponerle las peras a cuarto también a é pero me contuve a tiempo. Hubiera sido gratuito hacerlo

- Le conseguiré un billete de vuelta a Kourou - le dije

Me sonrió, mostrándome al hacerlo una dentadura reluciente. Al parecer había invertido ya en sí mismo parte de dinero que yo le había dado.

- Me ha hecho usted rico, señor Broadhead. Puedo pagarme el billete yo mismo. Además, es la primera vez que estoy aquí y no creo que vaya a volver, así que voy a quedarme algún tiempo.

- Como guste.

- ¿Y usted, Broadhead, cuáles son sus planes?

- No tengo.

Y ni tan solo se me ocurría alguno. Era incapaz de pensar. Es imposible describir la sensación de vacío que tenía. Me había armado de valor para enfrentarme a otro viaje misterioso en una nave Heechee, ciertamente no tan misterioso como cuando estaba de prospector en Pórtico, pero seguía siendo un viaje peligroso. Había dado un paso en mi relación con Essie que había intentado evitar durante mucho tiempo. Y todo para nada.

Miré pensativo al largo y desierto túnel que conducía a la zona de despegues.

- Voy a ponerme de camino yo mismo - dije.

- ¡Broadhead! Pero... pero...

- ¡Bah, no se preocupe! Lo cierto es que no voy a hacerlo, más que nada porque todas las armas de los alrededores deben de estar concentradas en torno a esa Cinco. Y no creo que vayan a dejarme entrar.

Me miró a la cara.

- Bueno - dijo dubitativo -, tal vez prefiera disfrutar de su estancia aquí...

Y entonces su expresión cambió.

Apenas si lo percibí; de hecho, yo mismo estaba sintiendo lo que él, y aquello bastó para acaparar mi atención. El viejo Peter había vuelto a meterse en el diván de los sueños. Era peor que nunca. No eran únicamente sus sueños y fantasías lo que estaba experimentando, lo que todo ser vivo estaba sintiendo. Era dolor. Desesperación. Locura. Una terrible presión se apoderó de mis sienes, experimenté un doloroso ardor en el pecho y en los brazos. Mi garganta estaba seca, y de pronto, en carne viva, mientras se llenaba de coágulos que vomité.

Jamás nos había llegado nada similar desde la Factoría Alimentaria.

Pero es que nadie antes había agonizado en el diván de los sueños. No duró un minuto, ni diez. Los pulmones me daban convulsivas arcadas. Lo mismo le pasaba a Bover. Lo mismo le sucedía a todo aquel que se encontraba dentro del radio de acción de

la transmisión. El dolor siguió en aumento, y cada vez que alcanzaba un nuevo estadio, una nueva explosión de dolor lo acompañaba; y todo ello aderezado por el sentimiento de terror, de ira, de sobrecogedora miseria de un hombre que era consciente de que iba a morir y no se resignaba.

Pero yo sabía de qué se trataba.

Sabía de qué se trataba, y sabía lo que podía hacer, lo que al menos podía hacer mi cuerpo, si conseguía mantener mi mente entera el tiempo suficiente. Me obligué a dar un paso, y otro más. Me obligué a trotar a lo largo de aquel pasillo fatigoso y anchísimo mientras Bover se retorció sobre el suelo a mis espaldas y los guardias se tambaleaban sin poder evitarlo. Pasé a trompicones delante de ellos, y dudo mucho que me vieran, hasta que conseguí meterme por la estrecha escotilla del módulo, cayendo magullado y tembloroso dentro de la nave, luchando enconadamente por conseguir que se cerrara tras de mí.

Y allí estaba yo de nuevo, en la desagradablemente familiar cabina, rodeado de formas plásticas de color oscuro. Walthers había cumplido con su parte del trato; aunque en aquel momento me resultaba del todo imposible recompensarle por ello, si hubiera aparecido su mano por la portezuela, habría depositado en ella un millón.

En un determinado momento, Peter Herter murió. Pero su miseria no murió con él, sino que se apagó paulatinamente. Jamás hubiese podido imaginar cómo sería encontrarse en el interior de la mente de hombre que ha muerto, mientras siente pararse su corazón y aflojarse sus vísceras y la certidumbre de la muerte irrumpe en su cerebro. Era algo mucho más largo de lo que hubiera podido suponer. Persistió mientras liberaba la nave de sus ataduras y la mandaba hacia arriba impulsada por sus pequeños propulsores de hidrógeno, hacia el punto en que el sistema de conducción Heechee empezaría a funcionar. Giré convulsivamente las ruedas de selección de destino hasta que conseguí la combinación que Albert me había enseñado y que yo había aprendido tan bien.

Y entonces giré la teta de control y me encontré de camino. La nave dio comienzo a su inestable y mareante aceleración. Las estrellas que podía ver, o mejor, adivinar, al pasar éstas a través de la pantalla de la computadora de la nave, empezaban ahora a fundirse. Nadie podía ya detenerme. Ni siquiera yo mismo.

Según los datos que había conseguido reunir Albert, el viaje duraría exactamente veintidós días. No es demasiado tiempo, siempre y cuando no te hayas introducido en una nave que ya está abarrotada hasta los topes. Había sitio para mí, más o menos. Podía estirarme. Podía ponerme de pie. Podía incluso tumbarme en el suelo, eso cuando los movimientos errabundos de la nave me permitían adivinar dónde estaba el suelo, y en el supuesto de que no me importara acurrucarme entre varias piezas metálicas. Lo que no podía hacer, durante aquellos veintidós días, era moverme más de un metro en todas direcciones, ni para comer, ni para dormir, ni para lavarme o excretar; para nada de riada.

Había tiempo de sobras para que pudiera hacer memoria y recordar lo terrible que podía ser un vuelo Heechee, y para que experimentara tal sensación a lo largo de los veintidós días.

También había tiempo de sobras para aprender. Albert me había grabado toda la información que no se me había ocurrido pedirle, y disponía de todas las cintas que contenían dicha información. No eran demasiado interesantes ni demasiado sofisticadas en lo relativo a su factura. El PMAL-2 era todo memoria: mucho cerebro pero pocas habilidades. No disponía de proyector de hologramas, sólo un visor de doble pantalla bidimensional a modo de anteojeras, para mirar cuando mis ojos soportaran hacerlo, y una pantallita no más grande que mi palma como alternativa a las anteojeras.

Al principio no las usé. Simplemente permanecí tumbado, intentando dormir tanto como me fuera posible. En parte me recuperaba de la muerte de Peter, tan terriblemente parecida a la propia. En parte estaba haciendo pruebas con el interior de mi mente, autorizándome a sentir miedo - ¡autorizándome, cuando tenía todo el derecho del mundo

a estar muerto de miedo! - y animándome a sentir culpabilidad. Hay tipos de culpabilidad que sé que albergo, como el remordimiento de las obligaciones y las tareas incumplidas. De éstas, tenía muchas en las que pensar, empezando por el propio Peter, que sin duda seguiría vivo si no lo hubiera aceptado en la misión, para acabar - o mejor dicho, para no acabar - con la cuestión de Klara congelada en su agujero negro; para acabar, digo, porque siempre se me ocurrían otras muchas en que pensar. Fue una diversión que se agotó pronto. Para sorpresa mía, el sentimiento de culpabilidad no resultó ser tan absorbente al fin y al cabo, especialmente después de haberlo experimentado; y así llené mi primer día de viaje.

Entonces volví mi atención a las grabaciones. Dejé que la rígida y semianimada caricatura del programa que tan bien conocía y al que amaba, me fuera leyendo lo relativo al principio de Mach, a los números universales y otras curiosas formas de especulación astrofísica en las que no se me habría ocurrido ni pensar. En realidad, no prestaba ninguna atención, sino que dejaba que la voz me resbalara por encima, y de este modo transcurrió el segundo día.

Después, de idéntica forma, dejé que me cayera encima toda la información disponible acerca de los Difuntos. Ya la conocía prácticamente toda, pero la escuché de nuevo. No tenía nada mejor que hacer, y ése fue mi tercer día.

A continuación, una miscelánea de conferencias acerca del Paraíso Heechee, de la procedencia de los Primitivos y de las posibles estrategias a emplear con Henrietta, y de los posibles riesgos que cabía prever en relación a los Primitivos, y de esta manera transcurrió el tercer día, y el cuarto, y el quinto.

Empecé a preguntarme cómo conseguiría llenar veintidós días, así que volví a las grabaciones, y así pasé el sexto día, y el octavo, y el décimo; y en el decimoprimer...

En el undécimo primer día desconecté la computadora y me sonreí a mi mismo con anticipada alegría.

Era el día de mitad de camino. Me colgué de las correas de seguridad a la espera de la única satisfacción que aquel maldito y molesto viaje podía producirme: la titilante explosión de chispas doradas de luz en el interior de la espiral de cristal que significarían el comienzo de la última etapa del viaje. No sabía con exactitud cuándo tendría lugar. Seguramente no ocurriría a primera hora de aquel día (que fue lo que sucedió). Probablemente tampoco en la segunda, ni en la tercera... y así fue. No a aquellas horas, ni en la cuarta, o la quinta, ni en las que siguieron. No sucedió en aquel undécimo día de viaje.

Ni en el décimo segundo.

Ni en el décimo tercero.

Ni en el décimo cuarto; y cuando finalmente conecté de nuevo la computadora para que verificara los cálculos que ya no quería molestarme en hacer yo mismo, la computadora me dijo lo que hubiera preferido no oír.

Era demasiado tarde.

Incluso si la señal de la mitad de camino se producía en cualquier momento, aunque fuera en el minuto siguiente, no habría suficiente comida o aire o agua para mantenerme con vida hasta el final.

Hay economías que uno puede hacer. Y las hice. Me humedecía los labios en lugar de beber, dormía todo lo que podía, respiraba quedamente como era capaz de hacerlo. Y por fin la señal se produjo, al décimo noveno día. Ocho días demasiado tarde.

Cuando hice los cálculos con la computadora, éstos se verificaron fríos y claros.

La señal de la mitad de camino se había producido demasiado tarde. Al cabo de otros diecinueve días a partir de aquel momento llegaría la nave al Paraíso Heechee, pero sin el piloto vivo. Para entonces llevaría ya seis días muerto.

14 - LA LARGA NOCHE DE LOS SUEÑOS

Cuando comenzó a hallarse en disposición de hablar con los Primitivos, éstos empezaron a adquirir ante sus ojos una cierta dimensión como individuos. Tampoco eran verdaderamente Primitivos. O al menos, los tres que más a menudo se encargaban de vigilarla, de alimentarla y de conducirla a sus sesiones en la larga noche de los sueños. A su vez, ellos aprendieron a llamarla Janine, o algo que se le parecía lo suficiente. Sus nombres eran complicados, pero poseían también unas formas abreviadas - Tar, o Tor, o Hooay - a las que respondían cuando ella los llamaba por necesidad o porque quería jugar con ellos. Eran juguetones como cachorrillos, y casi igual de solícitos. Cada vez que ella salía del caparazón azul brillante del diván de los sueños, exhausta y sudorosa tras una nueva muerte y una resurrección nueva - tras una nueva lección de las que el Patriarca había prescrito para ella - alguno de ellos estaba ya esperándola para arrullarla y acariciarla.

¡Pero aquello no bastaba! No había consuelo suficiente que la resarciese de lo que ocurría durante los sueños, una y otra vez.

Cada día lo mismo. Unas pocas horas de sueño agitado y poco reparador. Algo de comida. Tal vez la oportunidad de jugar un poco con Tor o Hooay. Quizá la posibilidad de pasear por el Paraíso Heechee, siempre vigilada. Y entonces Tar, Hooay o cualquier otro tiraría cortésmente de ella hasta llevarla de nuevo al diván, donde volverían a encerrarla durante varias horas o, en ocasiones, durante lo que parecía durar toda una vida. Durante esas horas Janine sería otra persona. ¡Y en ocasiones, personas tan extrañas! Macho. Hembra. Joven. Viejo. Loco. Tullido. Todos distintos. Y ninguno de ellos demasiado humano. La mayoría no eran humanos en absoluto, sobre todo los primeros y más Primitivos.

De las vidas que «soñaba», las más próximas en el tiempo eran las más cercanas a ella misma. Como mínimo, eran las vidas de criaturas distintas de Tar, Tor o Hooay. Por lo general no le causaban miedo, si bien todas acababan en una muerte. En ellas vivía caóticos y casuales fragmentos de los recuerdos grabados de aquellas vidas, cortas y azarosas, longevas y aburridas, que habían llevado. A medida que aprendió a comprender el lenguaje de sus raptos se percató que las vidas que vivía eran las de los que habían sido seleccionados - ignoraba en base a qué criterios - para ser grabados. De tal modo que cada una de aquellas grabaciones contenía una lección particular; Cada grabación era una experiencia de vida que tenía que aprender, y vaya si las aprendió. Aprendió a comunicarse con los vivos, a comprender sus ensombrecidas existencias, a comprender su obsesiva necesidad de obedecer. ¡Eran esclavos! ¿O tal vez criaturas domesticadas? Mientras hicieran lo que El Patriarca les ordenaba, se les consideraba obedientes, y por eso mismo, buenos. Pero en las raras ocasiones en que no eran lo uno, y por tanto, tampoco lo otro, se les castigaba por ello.

De vez en cuando veía a Wan, y otras veces a su hermana. Se les mantenía separados de ella por precaución. Al principio no entendía porqué; después lo comprendió y rió de buena gana aquella broma demasiado íntima incluso para compartirlo siquiera con el bromista de Tor. Lurvy y Wan también estaban aprendiendo, y no lo estaban pasando mejor que ella.

Después del sexto «sueño» estuvo en condiciones de hablar con los Primitivos. Ni sus labios ni su garganta podían modular correctamente sus gorjeantes y cantarinas vocales, pero podían hacerse entender. Incluso lo que le resultaba más útil, podía comprender sus órdenes, cosa que le ahorra problemas. Cuando se suponía que debía regresar a su celda, no se veían ya obligados a arrastrarla, ni a despojarla de sus ropas cuando lo que tenía que hacer era bañarse. Después de la décima lección se mostraban incluso amistosos. Y después de la décimo quinta sabía ya (como lo sabían también Lurvy y

Wan) todo lo que podía saberse del Paraíso Heechee, incluyendo el hecho de que los Primitivos no eran, ni lo habían sido nunca, Heechees.

Ni tampoco el Patriarca.

¿Quién era el Patriarca? Sus lecciones nada le decían al respecto. Tar y Hooay le explicaron, lo mejor que supieron, que el Patriarca era Dios. Respuesta poco satisfactoria por otra parte. El Patriarca era una divinidad demasiado parecida a sus adoradores como para haber construido el Paraíso Heechee o cualquiera de sus secciones, incluido él mismo. No, el Paraíso era de construcción Heechee, sabrían los Heechees construido con qué fin, y el Patriarca no era un Heechee.

Durante todo ese nuevo período, la gran máquina permaneció de nuevo inmóvil, casi muerta, conservando apenas un hilillo de vida. Cuando Janine cruzaba la cueva principal lo veía allí, quieto como una estatua. Ocasionalmente, un débil parpadeo de luz se encendía en torno a sus sensores externos, como si estuviese a punto de despertarse o como si los siguiera con sus entrecerrados ojos. Cuando así sucedía Tar o Hooay aceleraban el paso. Dejaban inmediatamente de jugar y de gastarse bromas. Pero la mayor parte del tiempo permanecía inmóvil. Un día se cruzó con Wan a la sombra de la máquina, mientras ella iba de camino al diván y él volvía, y Hooay les permitió intercambiar algunas palabras, si bien tuvo que hacer un acopio de valor para concederles el permiso.

- Parece que les da miedo - dijo Janine.

- Podría destruirlo si quisiera - alardeó Wan al tiempo que miraba por encima de su hombro a la máquina sin tenerlas todas consigo.

Pero lo había dicho en inglés, sin la más mínima intención de traducírselo a los que les vigilaban. Pero hasta el tono de su voz incomodó a Hooay, que apremió a Janine a que siguiera.

Janine empezaba a encariñarse de sus raptores, en la medida que uno puede encariñarse de un oso que es capaz de hablar. Le llevó bastante tiempo aprender a pensar en Tar como en la joven hembra que era, ya que los tres lucían la misma barba rala y los abultados arcos supraciliares característicos de los ejemplares más adultos. Pero aprendió a apreciarlos como individuos, y dejaron de pertenecer al conjunto de indiferenciados «raptores». El más pesado de los dos machos era Tor, cuyo diminutivo no era más que una de las sílabas que componían un largo y complejo nombre, uno de cuyos significados era «oscuro». Pero no hacía referencia al color de su pelo, porque si Tor era algo, era precisamente más rubio que sus compañeros. Tenía que ver con una aventura de su infancia, que había tenido lugar en una zona tan recóndita y oscura del Paraíso Heechee que incluso las paredes de brillante metal Heechee resultaban insuficientes para alumbrarla. Tor peinaba su barba de tal modo que ésta tenía la forma de dos cuernos invertidos. Era él quien más bromas gastaba, procurando hacer partícipe de sus chistes a su prisionera. Solía bromear a costa de Janine, a la que llegó a decir que si su macho, Wan, era tan estéril como venía demostrando cuando se encerraba para copular con Lurvy, él mismo le pediría al Patriarca que le dejase inseminar personalmente a Janine, la cual recordando su íntimo secreto en relación a la esterilidad de Lurvy y Wan, ni se inmutó. Tampoco sintió, por ello, repulsión alguna hacia Tor, porque éste era una especie de sátiro amable, y decidió que podía tolerarle aquellas bromas. De todas formas, dejó de pensar en sí misma como en una simple mocosa. Los sueños la habían madurado. En ellos había tenido ocasión de participar del acto sexual, que no había experimentado aún en la vida real, así como también a menudo participaba de un dolor, y siempre, de una muerte que no eran los suyos. Hooay le explicó, en una de las pausas entre dos juegos, que las grabaciones sólo podían efectuarse con individuos muertos, lo cual explicaba porqué todos los sueños acababan en muertes, y desde luego no bromeaba al explicarle el procedimiento por el cual los cerebros eran abiertos y pasados a

las memorias de la máquina que los registraba. Janine envejeció un poco mientras escuchaba aquella explicación.

- Estás retrocediendo a tiempos muy antiguos - le dijo Tor -. Éste de ahora - siguió diciéndole mientras iban hacia el diván -, es el más antiguo de todos, o sea el último. Seguramente.

- ¿Qué es, Tor?, ¿Una broma o un acertijo? - le preguntó Janine deteniéndose junto al caparazón.

- No - se atusó orgullosamente las puntas de la barba -. Ni lo uno ni lo otro. No te va a gustar, Danine.

- Gracias, muy amable.

Él sonrió, llenando de arrugas la piel de alrededor de sus ojos tristes.

- Pero es el último que tengo que darte. Quizás... quizás el Patriarca te dé alguno más de su propia cosecha. Dicen que alguna vez lo hizo, pero ignoro cuándo. Desde luego, hace más tiempo del que cualquiera puede recordar.

Janine tragó saliva.

- Suena bastante siniestro - dijo.

- Pasé un mal rato cuando lo experimenté, Janine - dijo amablemente -, pero recuerda que es sólo un sueño para ti.

Y cerró el caparazón del diván por encima de su cabeza, y Janine luchó contra el sueño, como de costumbre, y como de costumbre fracasó en el intento... y de nuevo se convirtió en otra persona.

Érase una vez una criatura. Era hembra, y era consciente de su existencia, si es que hemos de hacer caso a Descartes.

Carecía de nombre. Pero una cicatriz que iba desde su oreja hasta la nariz la distinguía del resto de sus congéneres. La cicatriz se la había producido la pezuña de una víctima agonizante, y casi la había matado. El ojo de aquel lado había quedado oculto tras el párpado, por lo que la llamaremos «la tuerta».

La Tuerta tenía un hogar. Nada sofisticado. No era más que un refugio conseguido a base de pisotear un montón de hojas, oculto en parte por un montículo de tierra. Pero a ese rudimentario nido regresaban cada noche la Tuerta y sus parientes, distinguiéndose al hacerlo de todas las demás criaturas que les rodeaban. Se distinguían de todos ellos, además, por otro rasgo, como era el utilizar a modo de herramientas objetos que no formaban parte de sus cuerpos. La Tuerta carecía de belleza. Apenas medía más de un metro. No tenía cejas: el pelo de su cráneo se fundía con éstas, dejando desprovistos de pelo únicamente la nariz y los huesos de los pómulos. Tenía dedos en las manos, pero como acostumbraban a estar recogidos en un puño, el dorso estaba curtido y encallecido, y no se separaban bien. Como tampoco se separaban bien los dedos de los pies, que eran casi tan buenos como los dedos de las manos a la hora de arrancar las partes más vulnerables de aquellas criaturas que cometían el error de dejar que se les cerraran en torno al cuello al intentar escapar. La Tuerta estaba preñada, aunque no sabía que volvía a estarlo. En aquella su quinta estación de lluvias, La Tuerta era un ejemplar completamente desarrollado y en plena fertilidad. En los trece años que llevaba viva, había estado preñada unas nueve o diez veces, y nunca se había percatado de ello hasta que no tenía más remedio que constatar que ya no podía correr tan aprisa, que el abultamiento de su vientre le impedía rebuscar como antes entre las entrañas de las víctimas y que sus pechos volvían a segregar leche. De los cincuenta individuos que componían su comunidad, al menos cuatro eran hijos suyos. Más de una docena de los machos eran o podían haber sido los padres. La Tuerta recordaba al último, pero no a los anteriores. Como mínimo uno de los jóvenes machos que reconocía como hijo suyo podía ser el padre de otro de sus hijos, idea que no la hubiera escandalizado lo más mínimo de haber sido capaz de planteársela. Lo que hacía con los machos cuando la piel de sus

nalgas se hinchaba y enrojecía no estaba relacionado en su mente con la idea de maternidad. Ni tampoco con la de placer, concepto éste que sólo hubiera podido definir en términos de ausencia de dolor, y aun así, había tenido a lo largo de toda su vida escasas ocasiones de experimentarlo.

Cuando la nave Heechee descendió envuelta en llamas al atravesar la atmósfera, La Tuerta y toda la comunidad corrieron a esconderse. Ninguno de ellos la vio aterrizar.

Si una red arranca del lecho marino una estrella de mar, una pala la saca del cubo en que ha sido metida y la arroja a un tanque, y luego un biólogo le extrae el sistema nervioso, ¿sabe la estrella de mar lo que le está sucediendo?

La Tuerta poseía más conciencia de la que posee una estrella de mar. Pero carecía de mucha más experiencia personal que pudiera informarle de lo que sucedía. Nada de lo que le ocurrió desde que sus ojos vieron cierto rayo de luz brillante tenía sentido. No sintió la punzada de la anestesia que la durmió. No notó cómo la subían al módulo ni cómo la arrojaban al interior de una jaula junto a doce de sus compañeros. Ni sintió tampoco la aceleración del despegue, ni la falta de peso mientras flotaban durante el viaje. No sintió nada de nada hasta que la volvieron a la conciencia nuevamente, y entonces no pudo comprender qué era lo que estaba experimentando.

¡Nada le resultaba familiar!

Agua. El agua que La Tuerta bebía no procedía ya de la orilla embarrada del río, sino de un bebedero duro y brillante. Cuando se agachaba a bebería, ningún animal se arrojaba al agua ni ningún otro se abalanzaba sobre ella emergiendo de la húmeda superficie.

Cielo y sol. ¡No había sol, ni tampoco nubes, ni lluvia! Sólo había paredes recubiertas de metal azul brillante y un techo de idénticas características por encima de sus cabezas.

Comida. No había criaturas a las que cazar y desmembrar. Lo que había eran unos terrones planos y duros de materia masticable. Con ellos llenaba su estómago y podía disponer de ellos en cualquier instante. No importaba cuánto comieran ella y sus compañeros, siempre había más.

Sonidos y olores. ¡Eso sí era aterrador! Había un penetrante olor que no pudo identificar, acre y pavoroso. Era el olor de algo que estaba vivo pero que no llegó a ver jamás. Había además una ausencia de otros olores que resultaba igualmente alarmante. No olía a ciervos. No olía a antílopes. No olía a felinos (lo cual era una bendición). No olía ni siquiera a sus propios excrementos, o apenas si, porque no había presas que llevarse a la guarida, y porque los lugares donde se apiñaban para dormir eran limpiados cada mañana cuando ellos se iban. Allí nació su hijo, mientras los demás se quejaban por sus gemidos porque querían dormir. Cuando ella se despertó con intención de amamantarlo y apagar así la quemazón de sus pechos, el bebé había desaparecido. Jamás volvió a verlo.

El recién nacido de La Tuerta fue el primero en desaparecer, pero no sería el último. Durante quince años la pequeña comunidad australopitécida continuó comiendo y copulando y envejeciendo, mientras su número iba disminuyendo a medida que iban desapareciendo las crías. Cada vez que se iban todos a dormir después de que una de las hembras se acuclillara, se contrajera y diera a luz, la criatura desaparecía a la mañana siguiente. De tanto en tanto un adulto moría, o enfermaba de tal modo que se echaba al suelo hecho un ovillo gimiente y todos los demás sabían que no volvería a levantarse. Cuando despertaban, aquel adulto enfermo, o al menos su cuerpo, había desaparecido también. De los treinta miembros de la familia el número se redujo a veinte, luego a diez y, finalmente, a uno. La Tuerta fue la última, una hembra muy, muy vieja de veintinueve años. Se sabía vieja. Pero no era consciente de que se estaba muriendo, sólo percibía un dolor que la abrumaba y la hacía gemir y dar boqueadas. No notó que había muerto. Lo único que notó fue que el dolor de su vientre cesaba y a continuación sintió un nuevo dolor. En realidad no se trataba de dolor. Era más bien extrañeza. Parálisis. Podía ver,

pero lo que veía era todo extrañamente plano, y todo parpadeaba extrañamente en una extraña gama de colores. No conseguía acostumbrarse a su nueva visión y no reconocía lo que veía. Trató de mover su único ojo, pero no se movió. Trató entonces de mover la cabeza, las manos, las piernas, pero no pudo hacerlo porque ya no tenía. Y así permaneció durante una porción de tiempo considerable.

La Tuerta no era un simple preparado en el sentido en que puede serlo el sistema nervioso de la estrella de mar del biólogo. La Tuerta era un experimento.

No fue lo que se dice un éxito. El intento de preservar su identidad en la máquina de almacenaje no falló por las mismas razones que habían fracasado los primeros intentos con los otros miembros de su tribu: incompleta transferencia de la información, codificación incorrecta. Una por una los investigadores Heechees habían conseguido subsanar tales deficiencias. Su experimento fracasó, o tuvo un éxito tan solo parcial, por otro motivo. En el sujeto que podía ser denominado «La Tuerta», había demasiado poca identidad que preservar. No constituía una biografía, ni siquiera lo que podría denominarse un diario. No era más que un registro de datos separados por el dolor e ilustrados por el miedo.

Pero no era ése el único experimento que estaban desarrollando los Heechees.

En otra sección de la inmensa máquina que orbitaba en torno al sol de la Tierra a un año luz de distancia, los bebés que habían sido robados a la tribu de La Tuerta, crecían. Llevaban vidas muy distintas de la de La Tuerta, vidas caracterizadas por una atención constante y pruebas de habilidad cuidadosamente programadas. Los Heechees reconocían que, a pesar de que aquellos australopitecos distaban sobremanera de ser inteligentes, albergaban la semilla de una raza superior. Decidieron acelerar el proceso.

En los quince años transcurridos desde el traslado de la pequeña colonia de su hogar africano a la nave, hasta la muerte de La Tuerta, no había tenido lugar un gran progreso. Pero no por ello los Heechees se habían desanimado: no esperaban que lo hubiese, los suyos eran planes a largo plazo.

Como otros proyectos que tenían entre manos solicitaban la presencia de todos ellos en otro lugar antes que la primera chispa de inteligencia brillara en los ojos de los descendientes de La Tuerta, actuaron en consecuencia. Construyeron una nave y la programaron para que durara indefinidamente. La ajustaron para que se sustentase a base de comida CHON gracias a un procesador de materia cometaria que acababan de poner en funcionamiento para abastecer otra de sus instalaciones y que estaba preparado igualmente para una prolongada existencia. Construyeron, asimismo, máquinas que registrarán de vez en cuando los progresos de las nuevas criaturas y que siguieran intentando reproducir sus identidades en la máquina de almacenaje, para poder revisarlo todo con posterioridad, en caso de que alguno de ellos regresara para comprobarlo. Cosa que debieron juzgar improbable a la vista de sus otros planes.

Sin embargo, sus planes abarcaban muchas alternativas a pesar de llevarse a cabo a la vez; porque sus planes eran algo de trascendental importancia para ellos. Podía muy bien suceder que ninguno de ellos regresara. Pero quizás algún otro lo hiciera.

Ya que La Tuerta no podía comunicarse con nadie, ni ser de utilidad alguna, los Heechees reunieron aquellas partes de su grabación que se referían a sus sentimientos y estados afectivos, y con ánimo de economizar espacio las guardaron en sus estantes a modo de libro de fondo de biblioteca, para que pudiera ser consultado por aquellos seres, fueran quienes fueran, que resultasen capaces de comprenderlo. (Era éste el que Janine se veía obligada a consultar, al revivir aquellas experiencias que La Tuerta había vivido muchos milenios antes.) Dejaron las claves necesarias para que pudiera ser descifrado, y borrarán tras de sí todo otro rastro, como acostumbraban a hacer. Entonces se marcharon, abandonando a su suerte a aquel proyecto, de entre todos los que habían empezado.

Y así siguió por espacio de ochocientos mil años.

- Danine - gemía Hooay -, Danine, ¿te has muerto?

Ella elevó su mirada hacia el rostro de él, incapaz de fijar la vista al principio, por lo que Hooay parecía una luna borrosa de ancha cara y con un par de colas de cometa agitándosele por debajo.

- Ayúdame a levantarme, Hooay - sollozó -. Sácame de aquí.

De todos ellos, aquél había sido el peor. Se sentía ultrajada, violada, transformada. Jamás volvería a ser la misma. Janine no conocía el término «australopiteco», pero sabía que lo que había experimentado era la vida de un animal. O peor aún, porque en algún recóndito lugar del cerebro de La Tuerta la chispa del primer pensamiento había estado a punto de brotar, por lo que había podido experimentar la indeseada capacidad de sentir temor.

Janine se sentía exhausta y más vieja incluso que el propio Patriarca. Acababa de cumplir los quince años y ya había dejado de ser una niña. Tal estadio había sido superado. Ya no había lugar en ella para la infancia. Al llegar al grupo de paredes en pendientes que formaban su celda, se detuvo.

- ¿Qué pasa? - preguntó Hooay con aprensión.

- Tengo un chiste que contarte - dijo ella.

- Pues por tu aspecto nadie lo diría - le contestó Hooay.

- Y sin embargo, es de lo más divertido. Escucha. El Patriarca ha encerrado juntos a mi hermana y a Wan para que críen. Pero mi hermana no puede tener hijos. Se operó para no tenerlos.

- Nadie en sus cabales haría eso - protestó -. Danine, ¿no me está gustando este chiste!

- Pues ella lo hizo. No te asustes - añadió rápidamente -. Y ahora tráeme al chico.

Los blandos ojos de Hooay se estaban llenando de lágrimas.

- ¿Cómo no voy a asustarme? Tal vez debería despertar al Patriarca y decirle...

Las lágrimas empezaron a correr. Estaba aterrizado. Ella le animó y reconfortó, hasta que empezaron a llegar otros Primitivos y él les refirió aquella terrible broma. Janine se sentó sobre el alfombrado suelo de su celda, tapándose los oídos para no escuchar sus voces lastimeras y preocupadas. No llegó a dormirse, pero tenía los ojos cerrados cuando Wan y Tor llegaron a su puerta. Cuando empujaron al muchacho adentro, ella se levantó de inmediato.

- Wan - le dijo -, quiero que me rodees con tus brazos.

Él la miró malhumorado. Nadie le había explicado qué pasaba y también él había tenido su propia sesión con La Tuerta. Tenía un aspecto horrible. De hecho, no se había repuesto del todo de la gripe, había descansado poco y todavía no había logrado asimilar los grandes cambios introducidos en su vida a raíz de la llegada de los Herter-Hall. Tenía unas profundas ojeras y grietas en las comisuras de los labios. Tenía los pies sucios y las ropas hechas unos harapos.

- ¿Es que tienes miedo de caerte? - le gritó.

- No tengo miedo de caerme, y háblame con educación, no me grites - le contestó ella.

Él se sorprendió, pero su voz trató de adecuarse al registro menos agudo que ella había tratado de enseñarle.

- ¿Entonces qué te pasa?

- Oh, Wan - sacudió la cabeza con impaciencia mientras avanzaba hacia él.

Pero no era necesario que le dijera lo que tenía que hacer; sus brazos la rodearon automáticamente, ambos a la misma altura, como si ella fuera un barril que tuviera que levantar, presionando con las palmas sobre sus hombros. Ella apretó sus labios contra los de Wan, cerrados y secos y los retiró.

- ¿Recuerdas qué es esto, Wan?

- ¡Claro que me acuerdo! Es «besar».

- Pues lo estás haciendo mal, Wan. Espera, inténtalo de nuevo mientras yo hago esto.

Sacó la punta de su lengua por entre sus labios casi cerrados y la pasó a lo largo de los de él, completamente cerrados.

- Me parece que es mejor así, ¿no? - preguntó mientras retiraba la cara -. Yo me siento... me siento... como si fuera a devolver.

Alarmado, intentó echarse atrás, pero ella le siguió en su movimiento.

- No es que vaya a hacerlo, pero lo parece.

Wan permaneció tenso junto a ella, con el rostro apartado y la expresión de estar atormentado. Intentando que su voz no sonara aguda como de costumbre, dijo:

- Tiny Jim dice que la gente hace esto antes de copular. O para comprobar si la otra persona está caliente.

- ¡Caliente! Vaya expresión, Wan. Di mejor «enamorado».

- Me temo que «enamorado» es distinto - respondió tozudo -, aunque de todas formas tiene que ver con la cópula. Tiny Jim dice que...

Ella le puso las manos sobre los hombros.

- Tiny Jim no está aquí.

- No, pero Paul no quiere que...

- Paul no está aquí - contestó ella mientras le acariciaba el delgado cuello con las yemas de los dedos para ver qué efecto le producía -. Ni Lurvy tampoco. De todas formas, lo que piensen no tiene ninguna importancia.

Tuvo que admitir que lo que sentía era más bien extraño. No es que fuera a devolver, pero en su interior estaba teniendo lugar una especie de reajuste de líquidos, distinto a cualquier otra sensación que hubiese experimentado con anterioridad. Pero no era desagradable en absoluto.

- Deja que te quite la ropa, Wan, y luego tú quítame la mía.

Después de volver a practicar el beso, Janine dijo:

- Creo que sería mejor no seguir de pie.

Y algo después, cuando llevaban ya algún tiempo acostados, abrió los ojos para mirar los de él, completamente abiertos.

Cuando Wan se incorporó para colocarse mejor, vaciló un instante.

- Si lo hago, puedes quedarte embarazada.

- Si no lo haces, creo que me moriré.

Cuando Janine se levantó, horas más tarde, Wan ya estaba de pie y vestido, sentado en uno de los lados de la habitación, recostado contra la pared dorada. Janine le abrió su corazón. Parecía cincuenta años más viejo. Su joven rostro parecía tener las arrugas que producen varias décadas de sufrimientos y privaciones.

- Te quiero, Wan - le dijo.

Wan se agitó y casi gritó.

- Oh, sí... - pero se contuvo y procuró controlar el tono de su voz, haciéndolo más grave -. Oh, sí, Janine. Y yo a ti. Pero no sé qué es lo que harán ahora.

- Seguramente no te harán ningún daño, Wan.

- ¿A mí? - repuso despectivamente -. Eres tu quien me preocupa, Janine. Aquí he vivido toda mi vida, y antes o después tenía que sucederme. Pero tú... me preocupas. Están armando mucho jaleo ahí afuera - añadió sombrío -. Algo está pasando.

- No creo que vayan a hacernos daño... no creo que puedan, ya... - se autocorrigió al pensar en el diván de los sueños.

Los distantes gritos iban acercándose. Se vistió rápidamente y volvió la vista al oír la voz de Tor llamar a Hooay al otro lado de la puerta.

Nada evidenciaba lo que había ocurrido. No había ni siquiera una gota de sangre, pero cuando Tor abrió la puerta, asustado y preocupado, se detuvo para mirarlos suspicazmente mientras olisqueaba el aire de la habitación.

- Por lo que parece no va a hacer falta que te insemine - dijo cortés pero todavía asustado -. ¡Oh, Danine, Oh wan! ¡Ha pasado algo terrible! ¡Tar se ha quedado dormido y la otra hembra se ha escapado!

Wan y Janine fueron llevados a empellones a la cueva principal, donde se hallaban ya casi todos los Primitivos. Temblaban de miedo. Tres de ellos yacían en el suelo roncando en el mismo lugar en que los habían arrojado: Tar y otros dos de la guardia de Lurvy, que habían fallado en su cometido, que habían sido hallados dormidos y habían caído en desgracia ante la justicia del Patriarca, el cual seguía inmóvil pero alerta en su pedestal, con una miríada de luces parpadeando a lo largo de todo su perímetro.

Ninguno de sus pensamientos se traslucía a las criaturas de carne y hueso. Él era de metal. Él era formidable. No podía ser comprendido ni desafiado. Ni Wan ni Janine ni ninguna de sus casi cien criaturas podía adivinar todo el temor y toda la ira que emergía de sus memorias. El temor de que sus planes se vieran comprometidos. La ira por el fracaso de sus criaturas en cumplir sus órdenes.

Los tres que habían cometido aquel error serían castigados para servir de escarmiento. El casi centenar restante también tendría que ser castigado - de una manera más suave, para que la raza no se extinguiera - por haber fallado en hacer que aquellos tres cumplieran sus órdenes. Con respecto a los intrusos, ¡no había castigo suficiente para ellos! Tal vez les perdonara, como hacía con aquellos sujetos que se rebelaban en contra de él. Tal vez la cosa fuera más grave, y no estuviera en su poder la posibilidad de aplicarles un castigo lo bastante severo.

¿Qué era lo que podía hacer? Se obligó a incorporarse. Janine observó que la ola de lucecitas se empequeñecía hasta pararse al tiempo que el Patriarca alcanzaba su máxima altura.

- Capturad a la hembra y registradla en la máquina de almacenaje. Hacedlo ahora mismo.

Permaneció allí de pie, tambaleándose incómodamente; los amortiguadores y sensores de su carcasa metálica se comportaban de manera inestable. Tuvo que arrodillarse mientras ponderaba sus opciones. El esfuerzo realizado al ir a la sala de controles para establecer el nuevo rumbo - aquella confusión mental momentánea que le había obligado a hacerlo -, el cansancio de medio millón de años de existencia, se estaban desquitando ahora. Necesitaba descansar, es decir, necesitaba tiempo para que su sistema automático buscara y reparara todo lo que necesitaba ser reparado, por más que ni siquiera de esa manera pudiera estar seguro de los resultados.

- No me despertéis hasta haberlo conseguido - dijo, y las luces de su corpachón volvieron a su parpadeo automático hasta apagarse finalmente.

Janine, rodeada por los brazos de Wan - que permanecía entre ella y el Patriarca, protegiéndola con su cuerpo, temblando de miedo -, sabía sin que nadie tuviera que recordárselo que «registrar» significaba matar. También ella temblaba de miedo.

Pero estaba perpleja.

Los tres Primitivos que habían seguido durmiendo mientras el Patriarca pronunciaba su sentencia, no habían caído dormidos por casualidad. Janine pudo reconocer los efectos de un fusil anestésico. Pero sabía también que ninguno de los miembros de su expedición tenía uno.

Por ello mismo no se extrañó en absoluto cuando, una hora más tarde, de nuevo en su celda, oyeron un gruñido sofocado al otro lado de la puerta.

No se sorprendió tampoco al ver entrar corriendo a su hermana, llamándoles pistola en mano; ni le sorprendió ver a un harapiento Paul saltar por encima de la masa durmiente de Tor. Ni tampoco se sorprendió, al menos no demasiado, al ver que con ellos entraba un tercer hombre armado, a quien creyó

reconocer. No estaba segura. Lo conoció cuando era apenas una chiquilla. Pero se parecía a la persona que había visto en las transmisiones en diferido de la piezovisión que

les enviaban desde la Tierra, y en los mensajes de felicitación que enviaba él mismo con motivo de sus aniversarios y cumpleaños: era Robin Broadhead.

15 - EL NAUFRAGO ESPACIAL

Ni en los peores momentos - ni tan siquiera cuando se sentía más viejo que el mismísimo Patriarca y tan muerto como el propio Payter - había tenido Paul un aspecto tan lamentable como el de la lastimera criatura que enarbolaba una pistola con la que le apuntaba desde la escotilla de su propia nave. Detrás de la pestilente barba de más de un mes el rostro de aquel hombre parecía el de una momia. Hedía.

- Haría bien en tomarse un baño - le espetó Paul -. ¡Y deje de apuntarme con esa pistola!

La momia se desplomó sobre el borde de la escotilla.

- Usted es Paul Hall - murmuró escrutando su mirada -. Por temor de Dios, ¿tiene algo de comer?

Paul miró más allá de él.

- ¿Es que ya no queda nada?

Se introdujo en el interior de la nave y comprobó que, como era de esperar, los montones de comida CHON seguían exactamente donde los habían dejado. La momia se había dedicado a las bolsas de agua, por lo menos había despanzurrado tres, y el suelo de la nave estaba sucio y embarrado. Paul le ofreció una de las raciones.

- Hable bajo - le ordenó -. Y hablando de todo, ¿quién es usted?

- Soy Robin Broadhead. ¿Qué hago con esto?

- Morderlo - soltó Paul exasperado.

Exasperado no tanto porque le molestara la presencia de aquel hombre, o porque le enojara su pestilencia, sino más bien exasperado contra sí mismo, porque seguía temblando todavía. Había creído desfallecer del susto al temerse que fuera con uno de los Primitivos con lo que se había tropezado. ¡Pero Robin Broadhead! ¿Qué demonios estaba haciendo allí?

Pero no podía hacerle semejante pregunta todavía. Broadhead estaba casi literalmente muerto de hambre. Le dio varias vueltas al paquete entre las manos, ceñudo y temblando, y finalmente mordió una esquina. Tan pronto se cercioró de que podía masticarlo sin dificultad, lo devoró, llenándose la boca de tal manera que trocitos de comida le asomaban por entre las comisuras de los labios. Observaba a Paul mientras se llenaba la boca más deprisa de lo que conseguían masticar sus dientes.

- ¡Tranquilo! - dijo Paul alarmado.

Pero le advirtió demasiado tarde. Después de tan larga privación de alimentos, unido al sabor poco familiar de la comida, sucedió lo que tenía que suceder. Broadhead se atragantó, boqueó y lo vomitó todo.

- ¡Maldito idiota! - le gritó - ¡Conseguirá que le huelan a una milla de distancia!

Broadhead se irguió de nuevo, aún dando arcadas.

- Lo siento - masculló -. Creí que me moría. La verdad es que he estado a punto. ¿Puede darme algo de beber?

Paul así lo hizo, sólo un par de sorbos cada vez, y después le autorizó a mordisquear un pedazo de uno de los paquetes amarillos y marrones, los más blandos que había.

- ¡Despacio! - ordenó -. Le daré más dentro de un rato.

Pero después de todo empezaba a alegrarse de volver a tener compañía humana tras ¿cuánto tiempo? Debía de hacer por lo menos dos meses. Sí, tras dos meses de continuo y solitario esconderse y zafarse de sus perseguidores, mientras hacía planes.

- Me pregunto qué habrá venido a hacer - le dijo -, pero me alegro de verle.

Broadhead se acabó de limpiar con la manga las últimas migajas de comida que le había quedado en los labios.

- Pues es bien sencillo - respondió al tiempo que miraba con ojos ávidos el resto de la comida en las manos de Paul -. He venido a rescatarles.

Broadhead había estado a punto de morir por deshidratación y por asfixia, pero no de hambre. Logró no devolver los pedazos que Paul le autorizó a tomar y a continuación pidió más; consiguió no devolver tampoco los nuevos pedazos e incluso logró reunir las suficientes fuerzas para ayudar a Paul a limpiar el zafarrancho que había organizado. Paul le encontró ropa limpia procedente del escaso guardarropa que tenía Wan en la nave; las prendas resultaron demasiado largas y estrechas, pero a fin de cuentas el cierre de la cintura de la faldilla no tenía por qué ajustarse del todo. Le condujo después al mayor de los abrevaderos para que se bañara. No lo hizo por un exceso de pulcritud, sino por temor. No era que los Primitivos oyeran mejor que los seres humanos, y posiblemente veían peor, pero poseían un olfato particularmente agudo. Después de pasar dos semanas escapando por los pelos, justo al poco de ser capturados Lurvy y Wan, Paul había comprendido la necesidad de bañarse hasta tres veces al día.

Y había comprendido muchas otras cosas.

Se apostó en la intersección de tres corredores, montando guardia mientras Broadhead intentaba quitarse de encima lo peor de su suciedad. ¡Rescatarlos! ¡Ja! En primer lugar no era cierto; los planes de Broadhead eran más sutiles y complejos. En segundo lugar, los planes de Broadhead no coincidían con los que él había estado madurando durante dos meses. Lo único que poseía era una ligera idea de cómo sonsacarles a los Difuntos cierta información, y apenas podía conjeturar el propio Broadhead qué haría una vez la información obrara en su poder. Y por si fuera poco esperaba que él le ayudara a arrastrar dos toneladas de maquinaria arriba y abajo por el Paraíso Heechee, sin importarle lo más mínimo el riesgo que pudieran correr, sin importarle en absoluto que tuviera sus propias ideas al respecto. Lo malo de ser rescatado es que los rescatadores se crean al mando de la operación. ¡Y encima que les estuviera agradecido!

En todo caso, admitió mientras se volvía lentamente para mantener vigilados los tres pasillos - si bien los Primitivos se mostraban ahora menos diligentes en lo relativo a patrullar de lo que se habían mostrado en un principio -, en todo caso, hubiese podido mostrarse agradecido si Broadhead hubiera aparecido antes, durante los primeros días de pánico, en que corrió y se escondió sin importarle demasiado una cosa u otra; o de haber aparecido algo más tarde, cuando había empezado ya a elaborar un plan, en el momento en que se había atrevido a volver a la sala de los Difuntos para establecer contacto con la Factoría Alimentaria, momento en que había conocido la muerte de Peter Herter. La computadora de la nave había resultado ser de nula utilidad, torpe como era y sobrecargada como estaba, incapaz siquiera de enviar sus mensajes a la Tierra. Los Difuntos se estaban volviendo locos. Estaba completamente solo. Poco a poco fue recuperando la calma. Y comenzó incluso a actuar. Cuando se sintió lo suficientemente seguro como para atreverse a acercarse a donde estaban los Primitivos, siempre y cuando se hubiese aseado previamente lo bastante para no dejar a su alrededor un rastro de olor, empezó a confeccionar un plan. Espió. Planeó. Estudió. Memorizó; ésa había resultado la parte más dura. Era muy difícil recordar cómo se comportaba el enemigo, qué caminos acostumbraban a frecuentar y en qué ocasiones era raro tropezarse con alguno de ellos, cuando no disponía de nada para escribir, cuando no disponía ni de un reloj. Cuando ni el día ni la noche, indistinguibles entre aquellas paredes de azul brillante, podían servirle de referencia. Hasta que finalmente se le ocurrió utilizar los hábitos de los Primitivos como cronómetros de sus actividades. Cuando veía a una patrulla volver a la cueva en forma de huso en que el Patriarca permanecía inmóvil, era que se disponían a dormir. Cuando veía salir de allí una nueva patrulla, era que empezaba un nuevo día. Dormían todos a un tiempo. Prácticamente todos, exceptuando ciertos imperativos que

ignoraba a qué obedecían; y por ello fue atreviéndose a ir más y más cerca del lugar en que retenían a Lurvy, a Wan y a Janine. Incluso había logrado verlos una o dos veces, en las ocasiones que había osado esconderse entre las ramas de uno de los arbustos de bayas, espiando mientras los Primitivos empezaban a desperezarse, obligándole poco después a emprender una desesperada fuga. Lo tenía todo planeado. No había más de un centenar de Primitivos, y solían patrullar en grupos de no más de tres individuos.

Pero quedaba por resolver el problema de cómo enfrentarse a una de aquellas reducidas patrullas.

Paul Hall, más delgado y enojado que en toda su vida, creía haber resuelto ese problema. En los primeros días de pánico, de huida y de carreras, después de que los otros hubieran sido capturados, se había adentrado más y más lejos en el interior de los corredores verdes y rojos. En algunos de éstos la luz era escasa y débil. En otros, el aire tenía un regusto amargo y poco saludable, y las veces que pernoctó en ellos, se había despertado con un doloroso martilleo en la cabeza y con sensación de mareo. En todos ellos había objetos, máquinas y artilugios; algunos de éstos todavía crepitaban y murmuraban en voz baja, mientras que otros encendían y apagaban incesantemente sus luces.

No podía permanecer mucho tiempo en tales lugares porque no había en ellos agua ni comida, y no conseguía encontrar lo que más deseaba. No había verdaderas armas; quizá los Heechees no las habían necesitado jamás. Pero había encontrado una máquina rodeada por una especie de verja de rejas metálicas. Cuando las arrancó, en contra de lo que se había temido, no le electrocutaron. Y así se hizo con una lanza. Y en media docena de ocasiones encontró lo que parecía ser una versión reducida y más compleja de las perforadoras de túneles Heechees.

Y algunas funcionaban aún. Lo que los Heechees construían era para siempre.

Le llevó tres días llenos de temor, sed y bufidos conseguir que funcionaran, deteniéndose únicamente para deslizarse hacia los corredores dorados o la nave en busca de alimentos y comida, temiendo siempre que el ruido ensordecedor de las máquinas atraería a los Primitivos antes de que estuviera preparado. Pero no fue así. Aprendió a hacer girar la tetilla que sobresalía de la palanca móvil de modo que se encendieran las lucecitas que señalaban la puesta en marcha; aprendió a mover la dura rueda dentada hacia delante y hacia atrás para poder de esta manera llevar la máquina en una u otra dirección; aprendió que debía presionar en el disco oval de la plataforma para que brotara ante él el rayo de luz violáceo-azulada que conseguía incluso reblandecer el durísimo metal Heechee. Que fue lo que más ruido hizo. Paul temía que acabara por dañar algo que pudiera dañar a su vez el Paraíso Heechee, si es que antes no atraía hacia sí una de las patrullas de reconocimiento. Cuando llegó el momento de trasladar la máquina al lugar que

había escogido, descubrió que ésta se deslizaba silenciosamente sobre sus ruedas. Y entonces Paul se detuvo para considerar la situación.

Sabía adonde solían ir los Primitivos, y cuándo.

Tenía una lanza con la que podía matar sólo a un Primitivo y que en el mejor de los casos podía permitirle derrotar a un par o tres si caía sobre ellos por sorpresa.

Tenía una máquina que podía aniquilar un número indeterminado de Primitivos si conseguía reunir una masa lo bastante grande de ellos delante de la máquina.

Todo ello le conducía a una estrategia que podía resultar efectiva. ¡Pero no podía estar seguro, Dios, no podía estar seguro! Dependía al menos de media docena de factores por combate. A pesar de que los Primitivos no le buscaban armados, ¿quién podía estar seguro? ¿qué armas podían tener? La estrategia consistía en matar unos cuantos de manera tan cuidadosa y experta que consiguiera no atraer a toda la tribu hasta que estuviera listo, para atraerlos a todos después, de una sola vez, o al menos a una cantidad suficiente de individuos que le permitiera encargarse del resto sólo con la lanza

(¿sería ésa una estrategia de combate adecuada?) Y ante todo la estrategia se basaba en la no intervención de la gran máquina a la que Paul había conseguido vislumbrar, siempre a mucha distancia un par de veces, y cuyos poderes ignoraba por completo. ¿Y quién podía estar seguro de que no intervendría?

No disponía de respuestas seguras. Tan solo tenía esperanzas. El Patriarca era demasiado grande como para moverse con soltura por otros pasillos que no fueran los dorados. Y no daba la sensación de desplazarse muy a menudo. Y tal vez consiguiera engañarle también a él y llevarle ante el devastador rayo de la perforadora de túneles (que por lo demás, tampoco podía ser una perforadora de túneles, no en un lugar como aquél). A cada nuevo paso, todo se ponía en su contra, ésa era la verdad.

Pero a cada nuevo paso existía una débil posibilidad de éxito. Y en última instancia, no era el riesgo lo que le iba a impedir seguir adelante.

El Paul Hall que había estado merodeando y haciendo planes en los túneles del Paraíso Heechee, medio enloquecido de ira, miedo y preocupación por la suerte de su mujer y de los otros, no estaba del todo loco. Era el mismo Paul Hall cuya paciencia y gentileza habían conseguido que Dorema Herter se casara con él, el mismo Paul Hall que había aceptado también en el mismo lote a su hermana menor, impertinente y a veces incluso un tanto descarada, y su irritante padre. Deseaba salvarlos a todos y conducirlos de nuevo a la libertad. A toda costa. A él siempre le quedaba la posibilidad de escapar al riesgo, con tal de que consiguiera llegar a la nave de Wan, aunque fuera a rastras, y regresar a la Factoría Alimentaria para, desde allí, volver, lentamente, solo y triste pero a salvo, a la Tierra... y a la riqueza.

Pero aparte del riesgo, ¿cuál era el coste de su plan?

El coste podía ser el barrer por completo toda una población de seres vivos e inteligentes. Le habían arrebatado a su esposa, pero no le habían hecho daño alguno. Y por más que lo intentara, no conseguía convencerse de su derecho a destruirlos.

Y hete aquí que ahora llegaba el «rescatador» este, un náufrago casi desfallecido llamado Robin Broadhead, quien apenas prestó atención a su plan y sonriéndole con arrogancia, le dijo tan cortésmente como pudo:

- Todavía trabaja para mí, Hall. Lo haremos a mi manera.

- ¡Y un cuerno!

Broadhead se mantuvo educado y razonable; era sorprendente lo que un baño y un poco de comida habían conseguido.

- La clave - le dijo -, es averiguar a qué nos enfrentamos. Ayúdeme a trasladar el procesador de datos hasta donde se encuentran los Difuntos, y ya nos ocuparemos del resto. Lo primero que hay que hacer es lo que le he dicho.

- ¡Lo primero es rescatar a mi mujer!

- ¿Pero por qué, Hall? Usted mismo ha dicho que está bien. No le digo que no vayamos a hacerlo. Cualquier día de estos. Conseguimos tanta información como nos sea posible sonsacarles a los Difuntos. La grabamos toda si es factible. Entonces llevamos las cintas a mi nave y luego...

- No.

- ¡Sí!

- ¡No, y haga el favor de no gritar, maldita sea!

Riñeron como un par de colegiales, enfurecidos y colorados, con los ojos entrecerrados por la ira. Hasta que Robin Broadhead hizo un mohín y sacudió la cabeza.

- Demonios, Paul. ¿Está usted pensando lo mismo que yo?

Paul Hall se relajó. Un segundo después le contestó:

- Realmente, creo que lo que tendríamos que hacer es pensar juntos qué es lo que conviene hacer en lugar de discutir quién toma aquí las decisiones.

Broadhead sonrió.

- Eso es lo que yo estaba pensando. ¿Sabe qué es lo que me pasa? Estoy tan sorprendido de seguir con vida que aún no lo he asimilado.

Les llevó tan solo seis horas situar el procesador PMAL-2 donde querían, pero fueron seis horas de trabajo duro. Estaban ambos al borde del agotamiento, y hubiera sido una buena cosa que descabezaran un sueño, pero estaban impacientes. En cuanto conectaron la principal fuente de energía a los bancos de datos del procesador, la voz de Albert, previamente grabada, les fue explicando, paso a paso, cómo hacer el resto: el procesador en sí tenía que quedar instalado en el corredor, las terminales con la voz tenían que estar en la sala de los Difuntos, cerca del enlace por radio. Robin miró a Paul, Paul se encogió de hombros y Robin conectó el programa. Desde el otro lado de la puerta les llegaba la voz zalamera de la terminal:

- ¿Henrietta? Henrietta, cariño, ¿puedes oírme?

Pausa. No hubo respuesta. El programa que Albert había escrito con la ayuda de Sigfrid von Shrink volvió a intentarlo:

- Henrietta, soy yo, Contéstame, por favor.

Hubiera sido más eficaz llamar su atención tecleando directamente su código; pero hubiera sido también más difícil que ellos la convencieran de que su marido, perdido hacía ya tanto, quería hablar con ella por radio desde un lejano puesto de avanzada.

La voz volvió a intentarlo, y aún otra vez más. Paul frunció el entrecejo y susurró:

- No funciona.

- Déle una oportunidad - contestó Robin sin demasiada convicción. -

Permanecieron de pie, nerviosos, mientras la voz rogaba. Y entonces, por fin, una voz vacilante murmuró:

- ¿Tom? ¿Eres tú, Tomasino?

Paul Hall era un ser humano normal, tal vez un poco menos en forma, consecuencia de pasar casi cuatro años encerrado y casi cien días huyendo atemorizado. A pesar de ello era normal, lo bastante como para compartir el gusto hacia lo lascivo; pero lo que estaba escuchando era más de lo que quería oír. Le sonrió con embarazo a Robin Broadhead quien, por toda respuesta, se encogió de hombros incomodado. La herida ternura y los celos rencorosos de los demás nos humillan al escucharlos, y sólo podemos aliviarnos gracias a la risa; el detective privado que lleva un caso de divorcio puede pasarse, por diversión, una cinta pirata con las conversaciones de un lecho dividido un día que tenga poco trabajo en su despacho. ¡Pero aquello no tenía ninguna gracia! Henrietta, cualquier Henrietta incluida aquella que estaba recluida en el interior de una máquina, no era en absoluto graciosa en aquellos momentos en que estaba siendo engatusada y traicionada al abrir su corazón. El programa que la requería falsamente de amor, estaba programado muy cuidadosamente: se disculpaba y rogaba, y sollozaba incluso con sibilantes sollozos metálicos de computadora cuando la propia Henrietta estallaba en sollozos de contenida tristeza e irreparable felicidad. Y entonces, tal y como había sido programado para hacerlo, la estocada final.

- ¿Querías...? ¿Podrías...? ¿Te sería posible, querida Henrietta, explicarme cómo controlar los mandos de una nave Heechee?

- Bueno, sí Tomasino, ¿por qué?

- Porque si pudieras, cariño, creo que me sería posible reunirme contigo. Estoy en una especie de nave. Hay una sala de controles. Si supiera cómo manejarlos...

A Paul le resultaba increíble que ni tan siquiera una pobre inteligencia almacenada en un banco de memoria pudiese sucumbir ante semejante patraña. Pero vaya si sucumbió. Le repugnaba tomar parte en aquel fraude, pero participó de todas formas, y una vez que se dejó ir, no hubo quien le parara los pies a Henrietta. ¿Que cuál era el secreto de los controles de una nave Heechee? Por supuesto, Tomasino querido. Y la difunta mujer anunció a su falso marido que se mantuviera alerta porque se lo iba a comunicar vía un

mensaje instantáneo, y le envió un torrente de ruidos como de electricidad estática del que Paul no consiguió entender ni una sola palabra porque, de hecho, no contenía ninguna; pero Broadhead, escuchando a través de sus auriculares, que se lo iban traduciendo, sonrió, asintió y juntó el índice y el pulgar formando el círculo del signo de triunfo. Paul no dijo nada y le arrastró pasillo adelante.

- Si ya lo tiene, veámonos de aquí - susurró.

- ¡Oh, sí, lo tengo! - sonrió entre dientes - ¡Ella lo sabe todo! Ha estado en régimen de circuito abierto con la máquina que controla todo esto, y se han estado intercambiando información, y lo está contando todo.

- Genial. Ahora vamos a por Lurvy.

Broadhead le miró, no enfadado sino implorante.

- Sólo unos minutos. ¿Quién sabe qué más puede decirnos?

- ¡No!

- ¡Sí!

Se miraron uno al otro, sacudiendo las cabezas.

- Lleguemos a un trato - dijo Robin Broadhead -. Un cuarto de hora más, ¿de acuerdo? Y después saldremos a rescatar a su mujer.

Volieron atrás pegados a la pared del corredor con sonrisas de pesada satisfacción pintadas en el rostro; pero la satisfacción se les borró. Las voces habían dejado de ser embarazosamente íntimas. Ahora era peor. Estaban casi peleándose. Se produjo un chasquido y un gruñido y la voz metálica de Henrietta, dijo:

- Eres un cerdo, Tom.

El programa se mostraba empalagosamente razonable:

- Pero Henrietta, si yo sólo trataba de averiguar...

- Lo que tratas de averiguar depende sólo de tu predisposición para aprender. ¡Y estoy tratando de explicarte algo realmente importante! Traté de explicártelo antes. Traté de explicártelo durante todo el tiempo que duró nuestra llegada aquí, pero no, tú no querías escuchar, sólo querías meterte en el módulo con aquella furcia...

El programa sabía cómo aplacarla.

- Lo siento, Henrietta, cariño, si quieres que aprenda algo de astrofísica, lo haré.

- ¡Más te vale! - pausa -. ¡Es muy importante, Tom! - pausa; y a continuación -: Retrocedamos hasta el Big Bang. ¿Me escuchas, Tom?

- ¡Claro! - contestó el programa del modo más humilde y encantador de que era capaz.

- ¡Muy bien! Nos encontramos en el punto en que el uní verso comenzó, momento que conocemos bastante bien, a excepción del nebuloso instante de la transición, que sigue siendo un poco oscuro, y al que llamaremos punto X.

- ¿Vas a explicarme en qué consiste ese punto X, querida!!

- ¡Cállate, Tom! ¡Escucha! Antes de ese punto X, la totalidad del universo se concentraba en un pequeño globo de apenas unos cuantos kilómetros de diámetro, superdenso, supercaliente, tan concentrado que carecía de estructura. Entonces explotó. Empezó a expandirse, hasta llegar al punto X, y hasta aquí todo está bastante claro. ¿Me sigues, Tom?

- Sí, querida; por ahora no es más que cosmología sencilla, ¿no es así?

Pausa.

- Tú presta atención - acabó por decir la voz de Henrietta -. Después, tras haber alcanzado el punto X, continuó expandiéndose. A medida que se expandía, pequeñas porciones de «materia» empezaron a condensarse. Primero, las partículas nucleares, hadrones y piones, electrones y neutrones, protones y quarks. Después, materia «auténtica». Verdaderos átomos de hidrógeno, incluso de helio. El volumen del gas en expansión empezó a decrecer. Las turbulencias se arremolinaron formando espirales a causa de la gravedad. Al concentrarse, el calor de la concentración puso en marcha

reacciones nucleares. Se incendiaron. Nacieron las primeras estrellas. El resto - concluyó -, es lo que está teniendo lugar ahora.

El programa recogió su insinuación.

- Sí, creo que lo tengo. Henrietta, ¿de qué cantidades de tiempo estamos hablando?

- ¡Aja! Buena pregunta - dijo, pero el tono de su voz no era precisamente halagüeño -. Desde el inicio del Big Bang hasta el punto X, tres segundos. Desde el punto X hasta ahora, unos dieciocho mil millones de años. Y ése es el meollo del asunto.

El programa no estaba diseñado para responder al sarcasmo, pero éste resultaba palmario incluso en la voz metálica. El programa hizo lo que pudo.

- Gracias cariño. Y ahora, ¿tendrás la amabilidad de explicarme qué tiene de especial el punto X?

- Te lo explicaría, mi querido Tomasino - dijo alegremente -, si fueras mi Tomasino, pero no lo eres. Ese botarate no hubiera entendido ni una sola palabra de todo lo que he dicho. Y además, no me gusta que me mientan.

Y dio lo mismo todo lo que el programa intentó y lo que le dijo el propio Robin Broadhead después de descubrir el engaño: Henrietta no dijo una palabra más.

- ¡A la porra! - dijo finalmente Broadhead -. Tenemos de lo que preocuparnos durante las próximas tres horas sin necesidad de retroceder hasta hace dieciocho mil millones de años.

Apretó la palanca que había en uno de los lados del procesador y atrapó lo que salió de éste: la gruesa cinta donde estaba concentrado todo lo que Henrietta había dicho. La tiró al aire y la cogió de nuevo.

- Esto es a por lo que vine - dijo sonriendo -. Y ahora, Paul, ocupémonos de su pequeño problema... ¡y volvamos a casa a disfrutar de nuestros millones!

En el profundo e inquieto sueño del Patriarca no había lugar para los sueños, sino para los enojos.

Los enojos eran cada vez más frecuentes, más y más urgentes. Desde el momento en que el primero de los prospectores de Pórtico había irrumpido misteriosamente, hasta el momento en que había registrado al último de ellos (según creía), apenas había transcurrido el tiempo que se tarda en pestañear, apenas unos pocos años. Desde entonces hasta el momento en que los intrusos y el muchacho habían sido capturados, el tiempo de un latido de corazón; y desde ese momento al instante en que le comunicaron que la hembra había escapado, no había pasado nada de tiempo. Acababa de desconectar sus sensores para descansar y de nuevo se encontraba con que la tranquilidad se había disuelto. Sus criaturas se mostraban inquietas y atemorizadas. Pero no había sido su alboroto lo que le había despertado. Sólo un ataque físico directo o el ser llamado por su nombre podía despertarlo. Pero lo enojoso de aquel tira y afloja era que no iba dirigido directamente a él, pero tampoco podía decirse lo contrario. Discutían, disputaban; unas pocas voces asustadas pedían que se le llamara, otro grupo de voces rogaba en sentido contrario.

Aquel era un comportamiento incorrecto. El Patriarca había pasado un millón de años enseñando modales a sus criaturas. Si se le necesitaba, había que llamarle. Pero no se le debía llamar por razones triviales ni, por supuesto, por accidente o equivocación. Sobre todo en aquellos momentos. En aquellos momentos en que cada nuevo esfuerzo suponía un enorme desgaste de su anciano corpachón. Empezaba a vislumbrarse el tiempo en que ya no podrían volver a despertarlo.

El agitado alboroto no cesaba.

El Patriarca activó sus sensores externos y observó a sus criaturas. ¿Por qué quedaban tan pocos? ¿Y por qué la mitad de ellos estaban tendidos en el suelo irremediamente dormidos?

Dolorosamente puso en marcha sus sistemas de comunicación y habló:

- ¿Qué sucede?

Cuando, aún atemorizados, consiguieron explicarle lo que había pasado, y él fue capaz de hacerse una idea aproximada de la nueva situación, las bandas de luz de su carcasa se empañaron. La hembra no había sido capturada. La hembra más joven y el muchacho habían escapado también. Otras veinte de sus criaturas yacían dormidas, y los numerosos grupos que habían salido a inspeccionar, no habían vuelto aún.

Algo verdaderamente grave estaba ocurriendo.

Incluso al final de su ajetreada existencia, el Patriarca seguía siendo una máquina soberbia. Poseía recursos que rara vez usaba, poderes que no explotaba desde hacía cientos de miles de años. Se irguió sobre sus deslizadores para observar desde lo alto a sus criaturas mientras rebuscaba, por entre sus memorias menos utilizadas, conocimiento y orientación. En la placa que tenía sobre la frente, entre sus receptores ópticos, dos relucientes puntos de luz azul empezaron a emitir un débil zumbido, y en el extremo superior de su carcasa un platillo poco profundo empezó a brillar con una tenue luz violácea. Habían transcurrido miles de años desde que por última vez había utilizado sus más poderosos métodos de castigo, pero a medida que iba reuniendo datos que le iban proporcionando sus memorias, concluyó que quizás había llegado el momento de emplearlas de nuevo. Al investigar en las memorias de las personas que tenía registradas descubrió lo que Henrietta había explicado, y supo también todo lo que sus nuevos interlocutores le habían preguntado. Comprendió, a diferencia de Henrietta, de qué tipo eran las armas de mano con que se había estado paseando Robin Broadhead. En el fondo de sus más recónditas memorias localizó, retrocediendo hasta antes de su existencia animal, el arma con que habían hecho dormir a sus propios antecesores, y descubrió que se trataba de un arma muy parecida.

El problema estaba alcanzando una escala como jamás hubiera imaginado, ante la que se sentía incapaz de reaccionar convenientemente. Si pudiera atraparlos él mismo... pero no podía. Su enorme cuerpo era demasiado ancho para circular por los pasajes de la nave, a excepción de los dorados; las armas que le estaban esperando se quedarían sin blanco al que disparar. ¿Y sus criaturas? Sí, tal vez. Tal vez podrían salir a cazar a los intrusos y derrotarles; ciertamente no se perdía nada con intentarlo, que fueran los pocos supervivientes a por ellos; y así se lo ordenó. Pero a pesar de no poder actuar por sí mismo, la capacidad intelectual de su mente mecánica y racional no estaba en absoluto dañada. Podía calcular perfectamente cuáles eran sus posibilidades; y no eran demasiado alentadoras.

La pregunta clave era: ¿estaba su gran proyecto en peligro?

La respuesta era afirmativa. Pero había algo, sí, algo que podía hacer por sí mismo. El punto neurálgico de su plan residía en el lugar en que se controlaba la nave. Aquel lugar era el corazón de toda la construcción; era allí donde había puesto finalmente en marcha los últimos estadios de su plan.

Se puso manos a la obra antes de haber tomado una última decisión. Su gran carcasa metálica cambió de posición y se volvió, y a continuación se deslizó a lo largo de la caverna en dirección a los anchos pasillos que conducían a la sala de controles. Una vez allí, estaría seguro. ¡Que fueran allí si se atrevían! El zafarrancho estaba listo. El enorme esfuerzo que debía realizar al deslizarse sobre sus mecanismos de traslación le obligaban a moverse de modo torpe y poco seguro, con lentitud y sin constancia. Pero le quedaba aún suficiente energía. Podría bloquear él mismo la entrada, y entonces, que intentaran aquellas pobres criaturas de carne y hueso lo que quisieran...

Se detuvo. Ante él, una de las máquinas de corrección de muros estaba plantada, fuera de su sitio. Estaba justo en el centro del corredor, y detrás de la máquina...

Si hubiera estado un poco menos agotado, si hubiera sido una fracción de segundo más rápido... pero no. El rayo de luz del corredor de muros le golpeó en plena frente.

Quedó ciego. Quedó sordo. Sintió como sus protuberancias externas se chamuscaban, y como los cilindros sobre los que se deslizaban se fundían y quedaban pegados al suelo.

El Patriarca ignoraba cómo sentir dolor. No podía sentir su alma llenarse de angustia. Sólo sintió que había fallado.

Aquellas pequeñas criaturas de carne y hueso se habían hecho con el control de su nave, y su plan se interrumpía para siempre.

16 - LA PERSONA MÁS RICA DEL MUNDO

Me llamo Robin Broadhead y soy el individuo más rico de todo el sistema solar. El único que se me acerca es el viejo Bover, y sería casi tan rico como yo si no hubiera malgastado la mitad de su dinero en la demolición y reconstrucción de los barrios económicamente más deprimidos y gran parte del dinero de la otra mitad que le quedaba en la realización de una atentísima búsqueda en el espacio transplutoniano, con el fin de encontrar la nave de su mujer, Trish. (Lo que tenga pensado hacer con ella si es que la encuentra, no soy capaz de imaginármelo.) Los supervivientes de la expedición Herter-Hall están también podridos de dinero. Cosa de la que me alegro, sobre todo por lo que se refiere a Wan y a Janine, que tienen que resolver su extraña relación en un mundo complejo y poco acogedor. Mi esposa, Essie, goza de la mejor salud. La amo. Cuando yo muera, o sea cuando ni siquiera con el Certificado Médico Completo logren volver a recomponerme, entrará a funcionar un plan que he ideado para que se ocupen de otra persona a la que también amo, por todo lo cual me siento satisfecho. Prácticamente todo existe para mi entera satisfacción. Sólo Albert, mi programa científico, constituye una excepción, ya que trata de explicarme a toda costa el principio de Mach.

Cuando despegamos del Paraíso Heechee, lo hicimos con las manos llenas. Había dado con la manera de controlar las naves Heechees, con la manera de construirlas, que es todavía más importante, y con la teoría gracias a la cual es posible viajar más rápido que la luz. No, no tiene nada que ver con el hiperespacio o con la «cuarta dimensión». Es bien sencillo. La aceleración multiplica la masa, ha dicho Einstein. Quiero decir, el de verdad, no Albert. Pero si la masa es igual a cero, da igual la cifra por la que la multipliques: sigue siendo cero. Según Albert, la masa puede crearse, y lo demuestra a través de principios lógicos: si existe, puede crearse. Por lo tanto, puede destruirse, ya que lo que es puede dejar de ser. Ese es el secreto Heechee, y con la ayuda de Albert para poner a punto el experimento y la de Morton para que obligara a los de la Corporación de Pórtico a sufragar los gastos, lo pusimos a prueba. No me costó un céntimo; una de las grandes ventajas de ser multimillonario es que no tienes que tocar tu capital. Lo único que tienes que hacer es que otros lo gasten por ti, y para tal fin es para lo que se han creado los programas de asesoría jurídica.

Así, pues, enviamos dos Cinco al espacio desde Pórtico. Una estaba sólo programada para permanecer en espacio y llevaba dos personas y un cilindro de aluminio sólido, para medir espectros, a bordo. La otra llevaba una tripulación completa, lista para llevar a cabo una prospección de las habituales. La nave que llevaba el instrumental contenía además un sistema de filmación en directo, de tres cámaras: una apuntaba al cilindro que media las oscilaciones de los campos gravitacionales; otra apuntaba a la otra Cinco; la tercera, a un reloj digital de átomo de cesio.

Según yo lo veo, el experimento no demostró nada. La segunda nave empezó a desaparecer y el cilindro registró su desaparición. ¡Vaya por Dios! Pero Albert estaba encantado.

- ¡La masa de la nave empezó a desaparecer antes de que la nave lo hiciera, Robin! ¡A cualquiera podía habersele ocurrido realizar esta prueba en los últimos doce años, Dios mío! ¡Nos van a conceder una bonificación de al menos diez millones de dólares!

- Que nos servirán para cubrir gastos menores - dije yo.

Me despecé, bostecé y rodé por encima de la cama para besar a Essie, porque dio la casualidad de que estábamos en la cama.

- Qué interesante - dijo Essie con voz amodorrada mientras me besaba.

Albert sonrió, en parte debido a que Essie había reajustado su programación, en parte porque sabía tan bien como yo que aquella muestra de interés por parte de Essie era cortésmente falsa. A mi Essie no le interesaba demasiado la astrofísica. Lo que sí le interesaba y mucho, era la posibilidad de trabajar con las inteligencias artificiales Heechees. Llegó a trabajar con ellas hasta dieciocho horas al día, mientras estudiaba los circuitos del Patriarca que se habían salvado, y con los de los Difuntos, y con los de los Difuntos no humanos, aquellos cuyas memorias retrocedían hasta un millón de años a una sabana africana. No porque le interesara lo que las memorias contenían, sino porque su trabajo - y era condenadamente buena haciéndolo - consistía en saber cómo se había realizado la síntesis de aquellas memorias. Lo mínimo que aprendió gracias a las máquinas del Paraíso Heechee fue cómo reajustar el programa Albert Einstein. En general, lo que todos nosotros obtuvimos gracias al Paraíso Heechee fue fantástico. Se consiguieron los mapas astrales que mostraban los lugares en que los Heechees habían estado. Se obtuvieron los mapas astrales que mostraban dónde estaban los agujeros negros, incluido el de Klara. Yo mismo, siquiera fuese a modo de beneficio marginal y de escasa importancia, obtuve respuesta a la pregunta que tanto me había preocupado subconscientemente: ¿cómo era que seguía vivo? La nave que me había conducido al Paraíso Heechee había iniciado la deceleración al cabo de diecinueve días. Las leyes del sentido común decían que la nave no llegaría a destino hasta diecinueve días más tarde, momento en que yo estaría sin duda muerto; y sin embargo, aterricé al cabo de sólo cinco días. Y seguía vivo, o al menos, no del todo muerto; pero ¿cómo?

Albert me facilitó la respuesta. Todos los viajes llegados a feliz término en una nave Heechee, habían tenido lugar en todos los casos entre dos cuerpos que se encontraban relativamente quietos, con una diferencia máxima de unos pocos cientos de kilómetros por segundo entre uno y otro, no más. La diferencia era nula. Pero mi propia nave se dirigía en pos de un objetivo que viajaba casi a toda máquina, a una elevadísima velocidad. La desaceleración de mi nave había quedado más que compensada por el incremento de velocidad del artefacto Heechee. Y por eso me había salvado.

Todo ello era altamente satisfactorio, y sin embargo...

Y sin embargo todo tiene un precio.

Siempre ha sucedido lo mismo, a lo largo de la historia de la humanidad. Cada avance importante ha conllevado un precio que pagar por ello. El hombre inventó la agricultura: eso significaba que alguien tenía que plantar el algodón y que alguien tenía que hilarlo. Y así fue como nació la esclavitud. El hombre inventó el automóvil: con ello obtuvo un elevado porcentaje de polución atmosférica y muertes por accidentes de circulación. El hombre sintió curiosidad por saber cómo brillaba el sol: de esa curiosidad nació la bomba de hidrógeno. El hombre descubrió los artefactos Heechees y desentrañó algunos de los misterios que encerraban. ¿Y qué se consiguió con ello? Por una parte, que el viejo Payter casi matara a la humanidad entera, gracias a un poder que nadie antes de él había tenido. Por otra, un buen montón de nuevas preguntas que todavía no me he atrevido a afrontar del todo. Preguntas como las que Albert trata de contestar, en relación al principio de Mach, y que Henrietta había suscitado al hablar del punto X y de la pérdida de masa. Y otra importantísima cuestión que ocupaba mis pensamientos. Cuando el Patriarca desplazó el Paraíso Heechee de su órbita y lo lanzó a través del espacio hacia el corazón de la galaxia, ¿adonde, exactamente, se dirigía?

El momento más dramático, y también el más emocionante - bien lo sé - de toda mi vida fue aquel en que le dimos de lleno al Patriarca y, con las instrucciones que le

habíamos sonsacado a Henrietta, nos sentamos frente al panel de controles del Paraíso. Hizo falta el esfuerzo de dos personas para que se moviera. Lurvy y yo mismo éramos los dos pilotos con más experiencia presentes en aquel momento, sin contar a Wan, quien estaba reuniendo en compañía de Janine a los medio adormilados Primitivos, explicándoles que había habido un cambio de autoridades. Lurvy ocupó el asiento de la derecha y yo el de la izquierda (preguntándome para qué extraño culo había sido diseñado). Y nos pusimos manos a la obra. Nos llevó más de un mes llegar a la órbita de la Luna, lugar que yo había elegido. Pero no fue un mes desperdiciado; había habido un enorme montón de cosas que hacer en el Paraíso Heechee. Lo cierto era que si el viaje me había parecido lento era porque tenía una enorme prisa por llegar a casa.

Tuve que hacer acopio de todas mis fuerzas para poder mover la teta de los controles, si bien tampoco es que fuera imposible de mover. Una vez que hubimos entendido que el principal panel de controles contenía los códigos de los objetivos previamente establecidos - hay más de quince mil en nuestra galaxia y algunos fuera de ella - quedó claro que era sólo cuestión de saber a qué objetivo correspondía cada combinación. A continuación, más que satisfechos con nosotros mismos, decidimos ponerlos en práctica. Los radioastrónomos nos pegaron una buena bronca porque nuestra órbita circunlunar había estado interfiriendo con sus paneles. Nos pusimos en marcha. Eso se hace con los paneles de control secundarios, los que nadie se ha atrevido a tocar en pleno vuelo, que no entran en acción hasta ese momento. El panel principal sirve para programar los objetivos de vuelo; los secundarios te llevan hasta cualquier objetivo cuyas coordenadas cósmicas seas capaz de proporcionarle. Pero lo divertido del asunto es que no puedes utilizar los paneles secundarios hasta que has inutilizado los principales poniéndolos a cero, cosa que tiene lugar cuando cambian de color y cobran una tonalidad rojizo profunda. Si a un prospector llegaba a ocurrírsele hacer eso en pleno vuelo, borraba la combinación que le permitiría volver a Pórtico. Qué fácil resulta todo una vez lo has comprendido. Así que conseguimos finalmente poner el medio millón de toneladas del maldito cacharro en movimiento, hasta plantarnos en la órbita de la Tierra, bueno, casi, e invitamos a más gente a la nave.

A la persona que más me apetecía traer a la nave era a mi mujer. Después de ella venía Albert, lo cual no es ningún demérito para Essie ya que fue ella quien lo creó. En mi mente se produjo un tira y afloja para decidir si Essie venía a la nave o si yo iba a la Tierra. Ella tenía tantas ganas de ponerles las manos encima a las máquinas Heechees como yo de ponérselas encima a ella.

Las comunicaciones no se ven sustancialmente entorpecidas en una órbita de cien minutos en torno a la Tierra. Tan pronto como nos pusimos a su alcance, la máquina que Albert me había programado se puso en contacto con él, vomitándole toda la información que habíamos conseguido, de manera que cuando pude hablar con él, Albert disponía de toda la información necesaria para hablar conmigo de lo que fuera. Claro que no era lo mismo. Era mucho más divertido hablar con Albert en el proyector de hologramas, en tres dimensiones y a todo color, que en la pantalla bidimensional y en blanco y negro del Paraíso Heechee. Pero hasta que no llegó material nuevo desde la Tierra, no dispuse de otra cosa; claro que, al fin y al cabo, se trataba del mismo Albert.

- Me alegra verte de nuevo, Robin - me dijo con aire de benevolencia, apuntándome con la boquilla de su pipa -. Imagino que sabes que hay un millón de mensajes esperándote.

- Que esperen - le dije.

De todas formas había contestado ya a algo así como a otro millón de mensajes. Todos ellos venían a decir que, si bien todos estaban algo molestos, estaban asimismo bastante complacidos. Y que volvía a ser rico.

- Lo que quiero oír en primer lugar es lo que tú quieras decirme.

- Seguro que sí, Robin - dijo mientras vaciaba la pipa y me miraba -. Bueno, en primer lugar, la tecnología. De momento, conocemos más o menos lo relativo a la teoría de conducción de las naves Heechees, y estamos aprendiendo poco a poco lo concerniente a la radio ultralumínica. Por lo que se refiere a los circuitos de acceso a la información de los Difuntos, etcétera, etcétera, estoy seguro de que sabes - me guiñó un ojo - que la compañera Lavorovna-Broadhead está de camino para reunirse contigo. En lo relativo a este punto creo poder afirmar que es de esperar un rápido avance. Dentro de unos días, una expedición de voluntarios saldrá en dirección a la Factoría Alimentaria. Estamos más que seguros de que también conseguiremos hacernos con sus controles, y si así sucede, la traeremos a alguna órbita cercana para estudiarla y, creo podértelo garantizar, para copiarla y hacer un duplicado. Imagino que no te interesará conocer otros detalles de menor importancia relativos a tecnología ahora mismo, ¿no?

- No, la verdad, al menos en este preciso instante.

- Entonces - dijo mientras llenaba la pipa de nuevo -, déjame que entre ahora en consideraciones teóricas. En primer lugar está la cuestión de los agujeros negros. Hemos localizado el agujero negro en el que, con absoluta seguridad, se encuentra tu amiga, Gelle-Klara Moynlin. Estoy casi seguro de que podemos enviar una nave hasta allí sin riesgos importantes. Pero que podamos hacerla regresar es otra historia. No hemos encontrado nada en los archivos de los Heechees que indique cómo sacar algo de un agujero negro. En teoría, sí, pero ya conoces el refrán: «Del dicho al hecho...» Me temo que no puedo garantizarte ningún resultado antes de unos años, décadas más bien. Ya sé - dijo inclinándose hacia delante con la expresión grave - que se trata de algo de extrema importancia para ti, Robin. Pero también lo es para todos nosotros, y cuando digo nosotros no me refiero sólo a los seres humanos, sino también a las inteligencias artificiales.

Yo nunca le había visto tan serio.

- ¿Sabes? - añadió -, también hemos conseguido averiguar hacia dónde se dirigía el Paraíso Heechee, sin lugar a dudas. ¿Puedo enseñarte una fotografía?

La respuesta, por supuesto, era retórica. Ni yo le contesté, ni él esperó mi respuesta. Se retiró a una esquina de la pantalla plana mientras aparecía la imagen. Era una media luna blanca de contornos muy nítidos. No era simétrica. La media luna quedaba a un lado de la imagen, y el resto estaba vacío salvo por un halo de tenue luz que, surgiendo desde los extremos de la media luna, completaba la figura hasta convertirla en una elipse.

- Es una lástima que no puedas verlo en color, Robin - dijo Albert desde su rincón -. Es más azul que blanca. ¿Quieres que te explique qué es lo que estás viendo? Se trata de la órbita que traza cierta materia en torno a un objeto de gran tamaño. La materia que queda a tu izquierda, que se acerca a nosotros, viaja a la suficiente velocidad como para emitir luz. La que queda a la derecha, que se aleja, viaja a una velocidad menor en relación a nosotros. Lo que estás viendo es materia convirtiéndose en radiación a medida que un enorme agujero negro la absorbe, en el centro de la galaxia.

- No sabía yo que la velocidad de la luz pudiera ser relativa - solté.

Albert aumentó de tamaño hasta volver a ocupar toda la pantalla.

- Y no lo es. Robin, pero la velocidad orbital de la materia que la produce, sí lo es. La fotografía pertenece a los archivos de Pórtico, y hasta hace bien poco no pudo situarse su exacta localización en el espacio. Pero ahora está más que claro que se trata, en el más estricto sentido de la expresión, del centro de la galaxia.

Se detuvo para encender su pipa, mirándome fijamente. No le metí prisa, y cuando acabó de encenderla, dándole rápidas pitadas, dijo:

- Robin, a menudo no estoy seguro de qué información debo proporcionarte. Si tú me haces una pregunta, la cosa cambia. Sea lo que sea lo que me preguntes, te diré tanto como estés dispuesto a escuchar. Te explicaré incluso lo que una cosa pueda ser, si es que me pides que formule una hipótesis; hasta aventuraré hipótesis cuando, de acuerdo

con las instrucciones que se le han dado a mi programación, me parezca oportuno. La compañera Lavorovna-Broadhead ha establecido una normativa muy compleja a este respecto, pero, para simplificar, te diré que puede reducirse a una ecuación. Llamaremos V al «valor» de una hipótesis. Llamaremos P a la probabilidad de que ésta sea cierta. Si consigo que la suma de V más P sea igual a uno, como mínimo, entonces puedo, y lo hago, aventurar una hipótesis. ¡Pero ni te imaginas, Robin, lo difícil que es asignar a V y P los adecuados valores numéricos! En el caso que ahora nos ocupa, no tengo ni la más remota idea de qué valores asignarles para que la hipótesis pueda tener visos de probable. Pero la importancia de este caso es enorme. En todos los sentidos, su importancia puede considerarse infinita.

A esas alturas, yo ya estaba sudando la gota gorda. Lo único que soy capaz de asegurar respecto del programa Albert Einstein es que, cuanto más tarda en explicarme una cosa, menos seguro está de que me vaya a gustar oírlo.

- Albert, suéltalo ya de una vez.

- Seguro que sí, Robin - dijo, asintiendo con la cabeza pero incómodo al sentirse presionado -. Pero antes déjame que te diga que la conjetura que voy a explicarte, satisface no sólo las leyes de la astrofísica conocida, por más que a un nivel bastante complejo, sino que también contesta algunas otras preguntas, como por ejemplo adonde se dirigía el Paraíso Heechee cuando le hicisteis dar media vuelta, y por qué los mismos Heechees han desaparecido. Antes de facilitarte las conclusiones a las que he llegado, tengo que pasar revista a cuatro puntos esenciales, como sigue.

»Uno. Las cantidades a las que Tiny Jim se refería como «Números Universales» son, casi todas ellas, cantidades numéricas de las llamadas «adimensionales», porque permanecen invariables las medidas con las unidades que las medidas. El número con el que Dirac mide la diferencia entre la fuerza gravitacional y electromagnética, la constante de la estructura de Eddington y todos los demás. Conocemos esos números con gran precisión. Lo que no sabemos es el porqué son lo que son. ¿Por qué el valor de la estructura de Eddington es 137 positivo en lugar de 150? Si nos encontráramos en disposición de poseer una teoría completa acerca de la Astrofísica, podríamos deducir esos números de la teoría. De hecho, tenemos esa buena teoría, pero no podemos deducir los números universales. ¿Por qué? ¿Es acaso posible - añadió con una expresión de lo más grave - que sean de algún modo «accidentales»?

Se detuvo para dar unas pitadas a la pipa, y a continuación me enseñó dos dedos.

- Dos. El principio de Mach. También a este respecto surgen preguntas, pero es más sencillo contestarlas. Mi predecesor - dijo entrecerrando los párpados, creo que para darme a entender que la cuestión era más sencilla que la anterior -, mi predecesor, digo, nos facilitó la teoría de la relatividad, según la cual todo es relativo en relación a todo lo demás excepto la velocidad de la luz. Cuando estás en tu residencia del mar de Tappan, Robin, tu peso es de ochenta y cinco kilogramos. O sea que esa medida indica la atracción que existe entre el planeta Tierra y tú. Es tu peso, digamos, relativo en la Tierra. Pero también poseemos una cualidad que se llama «masa». La mejor medida de la masa es la fuerza que hay que hacer para conseguir mover un objeto que se encontraba en reposo. Generalmente consideramos que masa y peso son lo mismo, y lo son, en la superficie terrestre, pero la masa se considera una cualidad intrínseca de la materia, mientras que el peso siempre depende de algo más.

Volvió a entrecerrar los párpados.

- Pero hagamos un experimento, Robin. Supongamos que tú eres el único objeto que hay en el universo. No hay más materia que la tuya. ¿Qué pesarías? Nada. ¿Cuál sería tu masa?

Ah, esa es la pregunta. Supongamos que posees un microacelerador y que decides autodesplazarte. Mides, pues, la aceleración y calculas la fuerza necesaria para moverte, y así obtienes tu masa, ¿no? Pues no, señor. ¡Porque no hay nada en relación a lo cual

medir el desplazamiento! El concepto de desplazarse, en sí, no significa nada. Así que también la masa, de acuerdo con el principio de Mach, depende de otra cosa, de un sistema externo a ella misma. Mach estimó que sería algo así como «el resto del universo», para explicarte de algún modo, el telón de fondo en relación al cual podría medirse la masa. De acuerdo con el principio de Mach tal y como fue desarrollado por mi predecesor entre otros, lo mismo sucede con las demás características intrínsecas de la materia, la energía y el espacio, incluidos los números universales. Robin, ¿no te estará fatigando todo esto que te cuento?

- Por tu padre que sí que me estás fatigando, Albert - espeté -, pero sigue adelante.

Sonrió y levantó tres dedos.

- Tres. Lo que Henrietta llamó «punto X». Como sin duda recuerdas, Henrietta fracasó en la defensa de su tesis doctoral, pero yo he efectuado un estudio y sé qué es lo que quería dar a entender con ella. Durante los tres segundos después del Big Bang, lo que equivale a decir al principio del universo tal y como lo conocemos ahora, el universo era relativamente compacto, sobremanera caliente y totalmente simétrico. La disertación de Henrietta se basaba en las observaciones de un matemático de Cambridge llamado Tong B. Tang y de algunos más; lo que éstos ponían de relieve era que, después de ese momento, después del «punto X», la simetría del universo quedó «congelada». Todas las constantes que podemos observar quedaron fijadas en aquel momento. Todos los números universales. No existían antes del punto X. Sólo han existido, y se han mantenido inalterables, desde aquel momento.

»Así que en el punto X, tres segundos después del Big Bang, algo ocurrió. Pudo haber sido un hecho casual, tal vez turbulencias en la nube en expansión. Pero pudo haber sido provocado.

Se detuvo y echó un par de bocanadas de humo mientras no dejaba de mirarme. Como yo no hiciera el menor signo de reaccionar ante lo que acababa de decirme, suspiró y me mostró cuatro dedos.

- Cuarto y último punto, Robin. Pido disculpas por este preámbulo tan largo. El último punto de la disertación de Henrietta tiene que ver con la cuestión de la pérdida de masa. Se trata, pura y sencillamente, de que no parece que haya suficiente masa en el universo para dar sustento a teorías acerca del Big Bang que, de otro modo, se verían confirmadas. A este respecto, la tesis doctoral de Henrietta constituye un enorme avance. Sugirió que los Heechees habían descubierto el modo de crear y eliminar la materia. No ya la materia de una nave espacial - y de haber dicho que la de una nave espacial también, habría acertado plenamente -, sino a una escala formidable. A la escala del universo, de hecho. Aventuró la conjetura de que los Heechees hubieran estudiado los números universales igual que hemos hecho nosotros, y llegado a ciertas conclusiones que parecen ciertas. En este punto, Robin, tendrás que seguirme muy atentamente porque es un poco complicado. Pero casi hemos acabado.

«¿Sabes?, todas esas constantes fundamentales como los números universales determinan la existencia de vida en el universo. Entre otras muchas cosas, eso seguro. Ahora bien, si algunas de esas constantes fueran algo mayores, o inferiores, la vida no podría existir. ¿Ves cuál es la lógica consecuencia de lo que acabo de decir? Sí, me imagino que sí. Es un silogismo de lo más sencillo. Premisa principal: los números universales no son fijados por las leyes naturales, pero hubieran podido ser diferentes si sucesos distintos a los que tuvieron lugar hubieran ocurrido en el punto X. Premisa secundaria: si hubieran sido distintos en cierto sentido, el universo difícilmente habría albergado vida. Conclusión. Éste es el meollo de la cuestión. La conclusión es que si las condiciones hubieran sido diferentes en otros sentidos distintos, las condiciones de la vida en el universo hubieran podido ser mucho más acogedoras.

Albert dejó de hablar, se sentó mirándome sobre la moqueta y se rascó la planta del pie.

No sé quién de los dos hubiera empezado a hablar antes. Yo estaba tratando de digerir un montón de información indigerible, y el bueno de Albert se había empeñado en concederme todo el tiempo que necesitara para digerirla. Pero antes de que ninguno de los dos tomara la iniciativa, Paul Hall entró al galope en mi cubículo gritando:

- ¡Eh, Robin, tenemos visita!

Claro, mi primer pensamiento fue Essie; habíamos hablado; yo sabía que estaba de camino, por lo menos, de Cabo Kennedy, si es que no había llegado ya allí y estaba a la espera de poder despegar. Miré a Paul y acto seguido miré mi reloj.

- No ha tenido tiempo - dije.

Y no había tenido tiempo, esa era la verdad. Paul me sonreía.

- Ven a ver a los pobres bastardos - me dijo.

Y eso es lo que eran. Seis bastardos amontonados en una Cinco. Habían salido de Pórtico menos de veinticuatro horas después de que yo despegara desde la Luna, con un armamento suficiente como para aniquilar a toda una división de Primitivos. Después de haber cubierto la distancia que había hasta el Paraíso Heechee, dieron media vuelta y regresaron. En algún punto a medio camino debíamos de habernos cruzado con ellos sin saberlo. ¡Pobres diablos! Lo cierto es que eran unos tipos bastante decentes, voluntarios que se habían apuntado a una misión que debía de parecer arriesgada incluso según los parámetros de Pórtico. Les prometí que recibirían parte de los beneficios de la operación: había de sobra para todos. No era culpa suya si no los habíamos necesitado, sobre todo considerando lo mucho que nos habrían hecho falta de haberles necesitado.

Les dimos la bienvenida. Janine les llevó, orgullosa, a verlo todo. Wan, sonriente y enarbolando la pistola con la que les habíamos dormido, presentó a los Primitivos la tripulación de la Cinco, complacido sobremanera por esta nueva invasión. Cuando todo el jaleo pasó, me di cuenta de que lo que más necesitaba en aquellos momentos era comer y dormir. Y eso fue lo que hice.

Cuando desperté, la primera noticia que me dieron fue que Essie estaba de camino, pero que aún tardaría en llegar. Mientras intentaba matar el rato a la espera de que Essie llegara, deambulé de un lado a otro, tratando de recordar todo lo que Albert me había explicado, tratando de imaginar el Big Bang y lo que había ocurrido en aquel momento crítico tres segundos después... sin demasiado éxito. Volví a llamar a Albert y le pregunté:

- Más acogedoras, ¿cómo?

- Ah, Robin - nada le coge jamás por sorpresa -, ésa es una pregunta que no puedo contestar. No podemos ni tan siquiera imaginar todas las conjeturas que se desprenden del principio de Mach. Tal vez... - y comprendí, por las arrugas que se formaron en torno a sus ojos, que eran conjeturas destinadas a divertirme -. Tal vez ¿inmortalidad? ¿Inteligencia superior? ¿O simplemente más planetas en que pueda desarrollarse la vida? La que tú prefieras. O todas ellas, si lo deseas. Lo importante es que somos capaces de hipotetizar que esas condiciones de vida más favorables pueden existir, y que sería posible deducirlas, o haberlas deducido, de una base teórica sólida. Eso fue lo que hizo Henrietta. Fue incluso un poco más lejos. Supongamos, decía Henrietta, que los Heechees sabían más Astrofísica que nosotros, y que dieron con las condiciones que más favorables eran para que la vida se desarrollara. ¡Y se pusieron manos a la obra para producir ellos mismos esas condiciones! ¿Qué es lo que hubieran tenido que hacer? Bien, una de las maneras de hacerlo hubiera podido ser comprimiendo el universo para devolverlo a su estadio primordial y... ¡producir un nuevo Big Bang! ¿Y cómo hacer eso? Bien, es fácil si eres capaz de crear y hacer desaparecer masa. Unos pocos juegos malabares, se consigue detener la expansión del universo, se empieza a contraer de nuevo y entonces, de algún modo puestos a salvo de la explosión, lejos, fuera del punto de concentración, esperar a que el universo vuelva a estallar. Y entonces, desde ese refugio exterior, hacer lo necesario para cambiar esos fundamentales números

adimensionales, de manera que el universo resultante podría llamarse... bueno, el paraíso.

Mis ojos se salían de las órbitas.

- ¿Es eso posible?

- ¿Para ti y para mí? ¿Ahora? No. Es absolutamente imposible. No sabríamos ni por dónde empezar.

- ¡Para ti o para mí no, bobo! ¡Para los Heechees!

- Ah, Robin - dijo lamentándose -. ¿Quién puede decirlo? No sé cómo, pero eso no quiere decir que no les fuera posible hacerlo. Soy totalmente incapaz de imaginar cómo habría que manipular el universo para hacer, simplemente, que surgiera tal y como lo conocemos. Pero quizás ni siquiera ese tipo de conocimiento les fuera necesario. Tienes que admitir, de entrada, que ellos tendrían que ser inmortales. Ésa es una condición necesaria aun para hacer el experimento una sola vez. Y si son inmortales, al menos en lo relativo a su esencia, bueno, entonces pueden ir introduciendo cambios esporádicos para ver qué ocurre, hasta obtener el universo deseado.

Se miró la pipa, que se había apagado y, pensativo, se la guardó en el bolsillo de la camisa.

- Hasta ahí llegó Henrietta antes de que los viejos profesores se abalanzaran sobre su disertación para rechazarla. Porque a continuación dijo que la pérdida de masa probaba, de hecho, que los Heechees habían empezado a intervenir en el orden del desarrollo del universo; dijo que estaban retirando masa de las galaxias exteriores para hacerlas disminuir más rápidamente. Tal vez, conjeturó Henrietta, estaban concentrando más masa en el centro, si es que lo hay. Y añadió que eso podía explicar el porqué los Heechees se habían ido. Habían empezado ya el proceso y se alejaban para esconderse, supuso, en algún lugar carente de tiempo, como un agujero negro tal vez, mientras las cosas seguían su curso, para salir después y volver a empezar. ¡Aquella fue la gota que colmó el vaso! ¿Te puedes imaginar a la flor y nata de los decanos de la astrofísica, teniéndoselas que ver con semejante teoría? Le dijeron que intentara hacerse con un doctorado en psicología Heechee en lugar de en astrofísica. Le reprocharon que todo lo que tenía que ofrecer era pura conjetura, y no le concedieron el título de doctor, porque no había manera de probar su teoría, aunque creían que se trataba de una teoría francamente buena. Y así fue como ella se marchó a Pórtico para acabar muerta.

Entonces, Albert me dijo, volviendo a sacar su pipa:

- ¿Sabes, Robin? Creo realmente que Henrietta estaba equivocada, o al menos, algo equivocada. No tenemos pruebas de que los Heechees sean capaces de transformar la materia en ninguna galaxia como no sea en la nuestra, y de lo que ella hablaba era de todo el universo.

- Pero no puedes asegurarlo, ¿no es eso?

- No, en absoluto, Robin.

- ¡No tienes una jodida hipótesis al menos! - exclamé.

- Seguro que sí, Robin - dijo satisfecho -, pero no es más que eso, una hipótesis. Cálmate, por favor. Mira, yo creo que lo incorrecto es la escala. El universo es demasiado grande, por las noticias que tenemos. Y el tiempo, demasiado poco. Lo Heechees estuvieron aquí hace menos de un millón de años, el tiempo de expansión del universo hasta ahora es de veinte veces esa cantidad. El tiempo necesario para invertir el proceso difícilmente podría ser inferior. Y es matemáticamente poco probable que los Heechees eligieran ese momento en partícula para aparecer.

- ¿Aparecer?

Albert tosió.

- Me había olvidado un paso, Robin. Hay otra hipótesis en juego, esta vez enteramente mía. Supongamos que es «éste» e universo que crearon los Heechees. Supongamos que ellos pro ceden de otro universo menos hospitalario que el nuestro, que no les gustó y

que retrotrajeron hasta su origen para crear un nuevo que es el universo en que nos encontramos. Eso no es de todo imposible, ¿sabes? Podrían haber aparecido para echar un vistazo, simplemente para saber si era como ellos deseaban, quizá los que vinieron a explorar hayan salido en busca del resto.

- ¡Albert! ¡Por amor de Dios!

- Robin - dijo conciliador -, no estaría diciendo todas estas cosas si pudiera evitarlo. No es más que una conjetura. No sé si eres capaz de imaginar lo difícil que me resulta aventurar hipótesis de este calibre, y no sería capaz de hacerlo si no fuera porque... bueno, bueno, ahora te lo explico. Existe una sola posibilidad de que alguien sobreviva a la contracción y al nuevo Big Bang, y consiste en estar en un lugar donde el tiempo se detenga. ¿Que qué lugar es ése? Pues un agujero negro. De los grandes. Uno lo bastante grande como para no perder masa que, por tanto, puede vivir ilimitadamente. Sé que hay un agujero negro de tales características, Robin. Su masa es aproximadamente quince mil veces la del sol. Se encuentra en el corazón de nuestra galaxia.

Eché un vistazo a su reloj y cambió la expresión de su rostro.

- Si no me he equivocado en mis cálculos, Robin - dijo - tu mujer debe de estar llegando en este preciso momento

- ¡Einstein! ¡Lo primero que va a hacer mi mujer en cuanto llegue es reprogramarte!
Parpadeó.

- Ya lo ha hecho, Robin - señaló -, y una de las cosas que me ha enseñado a hacer es aliviar las tensiones, cuando sea necesario, bien a través de un comentario jocoso, bien a través de un comentario halagüeño.

- ¿Insinúas que tendría que encontrarme sometido a una gran tensión por culpa de tus hipótesis?

- No, claro que no. Pero es que todo esto es muy teórico... quizá ni eso. En términos de psicología humana seguramente dista mucho de serlo. Ese agujero negro del centro de la galaxia es, como mínimo, uno de los posibles lugares adonde se fueron los Heechees, y según los parámetros de la navegación espacial Heechee no está lejos. Y... ¿te he dicho ya que conseguimos averiguar cuál era el objetivo del Paraíso Heechee cuando vosotros llegasteis? Pues era ése, Robin. Iba derecho a ese agujero negro cuando le hicisteis dar media vuelta.

Estaba ya harto de hallarme en el Paraíso Heechee antes de que Essie empezara a cansarse de estar allí. Se lo estaba pasando en grande con las inteligencias artificiales Heechees. Pero como yo no estaba cansado de Essie, me quedé hasta que ella misma reconoció que ya tenía todo lo que quería del Paraíso Heechee, y cuarenta y ocho horas después estábamos de vuelta en el mar de Tappan. Y noventa minutos después de haber llegado se presentó Wilma Liederman con todas sus herramientas para efectuar el último chequeo a Essie. Yo estaba totalmente tranquilo, pues podía ver por mí mismo que Essie se encontraba perfectamente, y cuando Wilma aceptó quedarse a tomar una copa con nosotros, tuvo que admitir que así era. Entonces quiso que habláramos acerca del aparato que había sido utilizado por los Difuntos para llevar el control médico de Wan mientras éste se encontraba en plena edad de crecimiento. Antes de que Wilma se marchara, habíamos decidido destinar un millón de dólares a la creación de una compañía que habría de dedicarse a la investigación y el desarrollo - con Wilma Liederman como presidenta - de estudios destinados a averiguar qué podía hacerse con aquel cacharro. Así de fácil. Así de fácil es todo cuando todo marcha como uno quiere.

O casi todo. Yo seguía experimentando esa especie de sensación de ansiedad cuando pensaba en los Heechees (si es que de ellos se trataba) recluidos en ese lugar en el centro de la galaxia (si es que es allí donde están). Es algo que me inquieta. Si Albert hubiera dicho que los Heechees iban a hacer irrupción sembrando la muerte y la destrucción, o si simplemente me hubiera pronosticado que iban a aparecer el año

próximo, caramba, me hubiera puesto histérico con sólo pensar en ello. Si me hubiera dicho que tardarían diez o cien años todavía, al menos hubiera pensado en ello constantemente, y probablemente pensar en ello me habría atemorizado. Pero cuando se trata de tiempo astronómico, ¡demonios!, no resulta fácil que a uno le preocupe algo que tardará mil millones de años en producirse.

Y sin embargo, no podía olvidarme del asunto.

Me tuvo inquieto durante toda la comida, después de que Wilma se marchara, y cuando llevé el café a la mesa, Essie, que estaba hecha un ovillo delante de la chimenea, muy sexy con sus ajustados pantalones peinándose su rubia melena, me dijo:

- Seguramente no pasará nada, Robin.

- ¿Cómo puedes estar tan segura? Hay quince mil destinos programados en las naves Heechees. ¿Cuántos hemos visitado? ¿Ciento cincuenta? Menos, y uno de ellos ha resultado ser el Paraíso Heechee. Las leyes de probabilidad dicen que podría haber centenares de artefactos similares, ¿y quién te dice que ahora mismo no hay uno de ellos que se esté dirigiendo hacia los Heechees para explicarles lo que estamos haciendo?

- Robin, cariño - me dijo Essie frotando su nariz contra mi cuello cariñosamente - bébete el café. No sabes nada del cálculo de probabilidades, y además, ¿quién te dice que tengan intención de hacernos daño?

- ¡No se trata de que tengan intención de hacérselo! Sé qué es lo que ocurriría, por amor de Dios. Está claro. Es lo mismo que les ha pasado a los tasmanos, a los tahitianos, a los esquimales, a los indios de América. Es lo que ha sucedido siempre, a lo largo de la historia. El pueblo que se enfrenta a una cultura superior, es destruido. Y no es que nadie tenga forzosamente la intención de destruirlo, es que, sencillamente, no puede sobrevivir.

- ¿Siempre, Robin?

- ¡Essie, por favor!

- No, te lo pregunto muy en serio - insistió -. Un contraejemplo: ¿Qué les pasó a los romanos cuando invadieron la Galia?

- ¡Pues que la conquistaron, naturalmente!

- Cierto. Pero no del todo. Unos doscientos años más tarde, ¿quién conquistó a quién, Robin? Los bárbaros conquistaron Roma.

- ¡No hablo de conquistas! Estoy hablando de un complejo de inferioridad racial. ¿Qué les sucede a los pueblos que entran en contacto con una raza más inteligente?

- Pues dependerá de las circunstancias, naturalmente, Robin. Los griegos sabían más que los romanos. Robin. Los romanos jamás tuvieron una idea propia en su vida, salvo en materia de guerra o de construcción. Y les trajo sin cuidado. Incluso metían a los griegos en sus hogares, como esclavos, para que les enseñaran historia, poesía y ciencia. Robin, querido - dijo volviendo a frotar su nariz contra mi cuello y acercándose a mí -, la sabiduría es como una fuente. Dime, cuando quieres información, ¿a quién te diriges?

Lo medité durante un instante.

- A Albert, sobre todo - admití -. Ya sé lo que quieres decir, pero eso es diferente. Es trabajo de las computadoras saber más y más deprisa que las personas, al menos en ciertos aspectos. Es para lo que han sido diseñadas.

- Exacto, cariño, y por lo que puedo ver, no has sido destruido.

Dejó la taza en el suelo y se levantó.

- Qué inquieto eres - dijo -. ¿Qué te gustaría hacer?

- ¿Qué opciones tengo? - le pregunté mientras iba en pos de ella.

Essie negó con la cabeza.

- No me refería a eso, al menos no ahora mismo - me dijo -. ¿Te apetece ver la Piezovisión? He grabado un fragmento del noticiario de esta noche, en el que aparecen tus viejos amigos visitando su hogar ancestral.

- ¿Los Primitivos en África? Ya lo he visto.

A algún promotor turístico se le había ocurrido que sería una buena propaganda enseñarles África a los Primitivos. Y estaba en lo cierto, aunque a los Primitivos no les gustó demasiado: no soportaban el calor, ni las fotos que tuvieron que aguantar que les hicieran, ni tampoco el viaje en avión les pareció gran cosa. Pero eran noticia. Lo mismo que Paul y Lurvy, en aquellos momentos en Dortmund preparando un mausoleo para el padre de Lurvy para cuando llegaran sus restos desde la Factoría Alimentaria. También Wan era noticia y se estaba haciendo millonario a base de rodar avisos comerciales como «el muchacho del Paraíso Heechee». Lo mismo que Janine, que se lo estaba pasando en grande al tener la oportunidad de conocer en persona a los cantantes con los que había mantenido correspondencia. Lo mismo que yo. Todos nosotros éramos millonarios en dinero y fama. Lo que hicieran con ello los demás, era algo que ignoraba, pero lo que yo quería lo tenía más que claro.

- Ponte un jersey, Essie - le dije -. Vamos a dar una vuelta.

Llegamos hasta la orilla del agua casi helada, cogidos de la mano.

- Brrr. Está nevando - dijo Essie.

Estaba mirando hacia arriba, a la burbuja que estaba sobre nuestras cabezas a una altura de unos setecientos metros. Generalmente no es fácil de ver, pero aquella noche, alumbrada desde los lados por los calefactores que evitan que caiga la nieve dentro y que forme hielo, parecía una cúpula lechosa, salpicada por los reflejos de las luces de la superficie, extendiéndose desde un extremo al otro del horizonte.

- ¿Hace demasiado frío para tí?

- Tal vez aquí sí, tan cerca del agua - reconoció.

Retrocedimos, cuesta arriba, hasta el bosquecillo de palmeras que hay cerca de la fuente, y nos sentamos en un banco para mirar las luces del mar de Tappan. Allí se estaba bien. El aire nunca se enfría demasiado debajo de la burbuja, pero el agua es la del Hudson, que corre libre unos setecientos u ochocientos kilómetros antes de llegar al Embalse de la Empalizada, y a veces, en invierno, trozos de hielo flotan sobre el agua después de haber pasado por debajo de las barreras, y se deslizan hasta chocar contra el embarcadero.

- Essie - le dije -, he estado pensando.

- Sí, ya veo.

- En el Patriarca, en la máquina.

- ¿Ah, sí?

Ella recogió los pies para sacarlos de la hierba, húmeda por los salpicones de la fuente.

- Una máquina bastante buena, sí - admitió -. Hasta llega a ser bastante dócil, una vez que le has limado los dientes. Sobre todo si no le proporcionas movilidad, o acceso a otros circuitos; sí, bastante dócil.

- Lo que quiero saber - le dije - es si se puede construir un aparato semejante para un ser humano.

- ¡Ah! Hmm. Sí, creo que sí. Se necesitaría bastante tiempo y mucho dinero, pero sí, se podría hacer.

- O sea que se podría conservar una personalidad humana... una vez muerta, claro. Igual que los Difuntos, ¿no?

- Mejor incluso, me atrevería a afirmar. Aunque habría algunas dificultades, sobre todo bioquímicas, cosa que no es de mi competencia.

Se recostó en el respaldo del banco y, después de lanzar una mirada a la burbuja iridiscente, dijo pensativa:

- Mira, Robin. Cuando creo un programa computerizado le hablo a la computadora, utilizando un lenguaje u otro, y le digo lo que es y lo que se espera que haga. Pero la manera de programar de los Heechees es distinta. Se basa en la síntesis directa del cerebro. El cerebro de los Primitivos no es idéntico químicamente al tuyo y al mío, razón por la que la síntesis cerebral de los Difuntos dista mucho de ser perfecta. Los Primitivos

son, probablemente, muy distintos de los Heechees, para quienes el sistema de síntesis cerebral debió de crearse en un principio. Pero los Heechees parece que pudieron realizar el proceso sin dificultades aparentes, o sea que debe de poder hacerse. Sí, querido, cuando mueras será posible sintetizar tu cerebro, meterlo en una máquina para que quede allí almacenado y enviar una nave con la máquina en su interior al agujero negro Sagitario YY, donde podrás saludar a tu querida Gelle-Klara Moynlin y explicarle que lo que pasó no fue culpa tuya. Esto te lo prometo, pero tú tienes que darme tu palabra de que no te morirás en los próximos ocho años, más o menos, para que podamos avanzar lo suficiente en nuestras investigaciones. ¿Me lo prometes?

Hay veces en que algunas cosas me cogen tan por sorpresa que no sé si echarme a reír, a llorar o ponerme a gritar enfadado. En aquella ocasión me puse de pie, miré a mi mujer y decidí que lo que iba a hacer era echarme a reír. Y lo hice.

- A veces me sorprendes, Essie - le dije.

- ¿Pero por qué, Robin? - se levantó y me tomó de la mano -. Suponte que fuera el caso contrario, ¿eh? Suponte que fuera yo quien, hace muchos años, se hubiera visto envuelta en una grave tragedia personal. Igual que te pasó a ti, Robin. Una tragedia en la que alguien a quien yo amaba profundamente resultaba gravemente herido, de manera que yo no pudiera volver a verla ni explicarle lo que había sucedido. ¿No crees que me gustaría poder hablar con ella para explicarle al menos cómo me siento?

Empecé a contestarle, pero me cerró los labios con sus dedos.

- Era una pregunta retórica, Robin. Los dos conocemos la respuesta. Si tu Klara vive todavía, seguro que tiene muchas ganas de recibir noticias tuyas. De eso no hay ni la menor duda. Así que éste es mi plan: cuando te mueras, y espero que tardes aún bastante en morirte, pondremos tu cerebro en una máquina. Imagino que me dejarás quedarme con una copia, ¿no? Bien, una de las copias volará hacia el agujero negro para dar con Klara, y cuando la encuentre, le dirá: «Klara, querida, lo que pasó no hubo manera de evitarlo, pero me gustaría que supieras que hubiera dado mi vida por salvarte.» Y entonces, Robin, ¿sabes lo que le contestará Klara a esa extraña máquina que aparecerá sin saberse de dónde, tal vez unas pocas horas después, en su tiempo particular, del accidente?

Pues lo bueno del caso es que no era capaz de predecir cuál sería la respuesta de Klara. Pero no pude decirle eso a Essie, porque tampoco me dio tiempo a hacerlo. Me dijo:

- Entonces Klara dirá: «Pues claro, Robin, sabía que lo hubieras hecho, porque de todos los hombres que he conocido eres el único en el que confío y al que más amo y respeto.» Estoy segura de que es eso lo que te diría, Robin, porque para ella sería la verdad, pura y simple, como lo es para mí.

17 - EL LUGAR AL QUE SE MARCHARON LOS HEECHEES

A las seis, el día de su décimo cumpleaños, Robin Broadhead dio una fiesta. La vecina de enfrente le regaló unos calcetines, un videojuego y, a manera de broma, un libro que se titulaba «Todo lo que sabemos de los Heechees». Los túneles de los Heechees acababan de descubrirse en Venus, y todo eran conjeturas a propósito del lugar al que podían haberse marchado, su aspecto y sus propósitos. La broma consistía en que, a pesar de que el libro contenía ciento sesenta páginas, todas ellas estaban en blanco.

A esa misma hora, el mismo día - o, en cualquier caso, a la hora equivalente según el horario local, lo que es muy distinto - alguien ocupaba su tiempo bajo las estrellas, antes de retirarse a descansar. También él iba a celebrar algo, pero no exactamente una fiesta de cumpleaños. Estaba muy lejos de fiesta de Robin y de las velas de su pastel, a más de cuarenta mil años luz, y muy lejos, también, de parecerse a un ser humano. Tenía un

nombre propio, pero por el respeto que inspiraba y por la labor que había desempeñado, todos le llamaban algo así como «capitán». Por encima de su velluda y ligeramente cuadrada cabeza, las estrellas brillaban claras y cercanas. Cuando las miraba herían sus ojos, a pesar del caparazón de apariencia cristalina y cuidadoso diseño que cubría el lugar en que habitaba y la mayor parte de su planeta. La triste estrella M, de brillo rojo y más poderoso que la Luna vista desde la Tierra. Tres doradas G. Una única F, de brillo rosado, que dolía al mirarla. En aquel cielo no las había del tipo O ni del tipo B. Ni tampoco estrellas de brillo débil. El Capitán podía identificar el tipo al que pertenecía cada estrella que veía, porque sólo había unos pocos miles de estrellas, diez, más o menos, desde las frías hasta las calientes, desde las más fulgurantes hasta las más difícilmente perceptibles para el ojo. Y más allá de aquellos familiares miles de estrellas, aunque no podía ver más allá desde donde se encontraba, sabía, por sus muchos viajes espaciales, que lo que había era la turbulencia azul en forma de concha que rodeaba todo lo que él y los suyos poseían del universo. Era, el suyo, un cielo que habría atemorizado a un ser humano. Aquella noche, al pensar en lo que ocurriría después de que volviera a despertarse, hasta el mismo Capitán estaba algo asustado.

Ancho de hombros y caderas, pero plano entre pecho y espalda, el Capitán caminaba desgarradamente hacia el transportador que le devolvería a su diván de los sueños. Era un viaje corto. Tal como él percibía el tiempo, apenas unos minutos: a cuarenta mil años luz de distancia, Robin Broadhead comía, crecía, empezaba la escuela secundaria, se rompía un hueso de la muñeca, se le soldaba, fumaba su primer porro y engordaba unos diez kilos mientras el Capitán abandonaba el transportador. Dio las buenas noches a sus adormilados compañeros de habitación, dos de los cuales eran, en ocasiones, sus compañeros de actividad sexual; se quitó las insignias de capitán de los hombros; desató la unidad de mantenimiento vital y comunicaciones, que pendía entre sus muy separadas piernas; levantó la cubierta del diván y se deslizó dentro. Se revolvió ocho o diez veces, cubriéndose con la esponjosa y blanda malla. El Capitán y los suyos procedían de seres acostumbrados a vivir en madrigueras, más que al aire libre, y por eso dormían mejor a la manera de sus ancestros. Cuando se sintió cómodo, alargó su huesuda mano para bajar la cubierta y cerrar el caparazón del diván. Como lo había hecho toda su vida. Como hacían los suyos para dormir bien. Ya que habían movido a las mismísimas estrellas para cubrirse con ellas después de decidir que les era necesario, a todos ellos, dormir un sueño muy largo e inquietante.

De todas formas, la broma que contenía el libro que le habían regalado a Robin Broadhead quedaba un tanto empañada por el hecho de que, en realidad, no era del todo cierto lo que decía. Algo sí se sabía en relación a los Heechees. Estaba claro que en ciertos aspectos eran muy distintos de los seres humanos, pero en otros aspectos muy significativos, eran iguales. En la curiosidad, por ejemplo. Sólo un acentuado sentido de la curiosidad podía haberles llevado a visitar lugares tan extraños y tan remotos. En la tecnología, por ejemplo. La ciencia Heechee no era igual a la humana, pero descansaba sobre los mismos principios de termodinámica, las mismas leyes de movimiento, los mismos extremos mentales que iban desde la pequeñez hasta la inmensidad, desde la partícula atómica al universo en conjunto. Similar era también la química de sus organismos: respiraban un aire parecido y comían alimentos compatibles con la dieta humana.

Lo verdaderamente vital en relación a los Heechees y que todo el mundo sabía - o esperaba o adivinaba - era que, cuando se pensaba en ello, no eran en absoluto diferentes de los seres humanos. Tal vez unos milenios por delante en materia de civilización y conocimientos científicos. Quizá ni eso. Y al pensar - o adivinar - así, la gente no se equivocaba. Menos de ochocientos años transcurrieron entre la primera vez en que una tripulación Heechee se atrevió a probar la cancelación de masa como medio

de transporte y la época en que sus expediciones peinaron la mayor parte de la galaxia. (Mientras tanto, en África, uno de los antepasados de la Tuerta se inclinaba inquisitivo sobre el hueso de antílope que le había dado su madre, preguntándose qué hacer con él.)

Ochocientos años, ¡pero qué años!

Los Heechees experimentaron una explosión demográfica. Fueron mil millones. Después diez, y después, cien. Construyeron vehículos que se desplazaban sobre ruedas con los que exploraron la poco acogedora superficie de su planeta, y en menos de dos generaciones, saltaron al espacio en sus cohetes. Unas pocas generaciones más tarde se encontraban explorando los planetas de las estrellas más próximas. Aprendieron a medida que iban avanzando. Desarrollaron máquinas de gran tamaño y de fina sutileza: estrellas de un neutrón en el interior de un aparato que medía gravedades; un sistema de detección de microondas de un año luz de alcance, con el que localizar las galaxias que se aproximaban a su límite. Las estrellas que visitaron y las galaxias que observaron eran casi idénticas a como se ven desde la Tierra (una diferencia de unos cientos de años es irrelevante cuando se habla de tiempo astronómico), pero ellos aprendieron más rápidamente y de manera más completa. Y lo que observaron y aprendieron resultó ser, para ellos, de vital importancia. La hipótesis de Albert había resultado ser cierta, o casi del todo cierta, en todos los detalles hasta llegar a un punto en que resultaba del todo falsa.

Como resultado de lo que vieron, los Heechees hicieron lo que creían que era mejor para ellos.

Hicieron volver a sus más alejadas expediciones, y se reunieron después de haber traído consigo todo lo que les pudiera hacer falta y pudiera ser acarreado.

Estudiaron varios millones de estrellas, y de éstas eligieron unos pocos millares: algunas de ellas habrían de ser alejadas, porque eran peligrosas; otras habría que juntarlas. No les resultaba difícil hacerlo. La posibilidad de crear y hacer desaparecer masa convertía las fuerzas de gravedad en sus esclavas. Seleccionaron un grupo de estrellas estables y longevas, dispersaron a las que podían ser peligrosas, y reunieron a las otras, acercándolas lo suficiente para hacer con ellas lo que querían. Agujeros negros los hay de todos los tamaños. Una cierta concentración de materia encorsetada dentro de ciertos límites volumétricos, se pliega sobre sí misma. Un agujero negro puede ser tan grande como toda una galaxia si las estrellas que la componen están más cerca las unas de las otras de lo que están en nuestra galaxia. Pero los planes de los Heechees no eran tan ingentes. Buscaron un volumen en el espacio cuyo diámetro fuera sólo de unos cuantos años luz, lo llenaron de estrellas, entraron con sus naves... Y lo vieron cerrarse a su alrededor.

Desde aquel momento en adelante, los Heechees se habían aislado del resto del universo, acurrucados en su nido estelar. El tiempo había cambiado para ellos. En el interior de un agujero negro el tiempo fluye muy, muy lentamente. En el universo exterior pasaron más de tres cuartos de millón de años. En el interior, al Capitán le pareció que no había transcurrido sino una veintena de años. Mientras los Heechees se construían confortables residencias en los planetas que había atrapado y que habían convertido en habitables gracias al esfuerzo de casi un siglo, el agradable Plioceno daba paso tempestuoso Pleistoceno. Los hielos del Norte avanzaron y retrocedieron. Los australopitecus que el Capitán había capturado, con la intención de ayudarles o, al menos, con la esperanza de encontrar en ellos algo que permitiera albergar esa esperanza, desaparecieron de la superficie de la Tierra. El suyo había sido un experimento fallido. Aparecieron los Pitecántropos, desaparecieron también. Lo mismo sucedió con el Hombre de Heidelberg, y con los hombres de Neanderthal. Se desplazaron en la dirección que los hielos les indicaban, de norte a sur inventando herramientas, aprendiendo a enterrar a sus muertos y a convocar sus espíritus mediante círculos de cuernos de animales. Aparecieron brazos de tierra que unieron los continentes y que

volvieron a desaparecer debajo de las aguas. Por encima de algunos de estos brazos de tierra se desplazaron algunas tribus de atemorizados asiáticos que, procedentes de su continente de origen, descendieron desde Alaska hasta el cabo de Hornos, mientras otra rama de la misma raza permanecía en su zona natal, desarrollando grasa alrededor de sus pulmones con la que combatir el frío polar. Las criaturas que el Capitán alimentaba en los túneles de Venus, mientras él; los demás miembros de su equipo observaban la Tierra por; elegir al grupo de primates más prometedor, no habían acabado de desarrollarse cuando el homo sapiens descubrió las aplicaciones del fuego y de la rueda.

Y el tiempo seguía pasando.

Cada latido del corazón doble del Capitán duraba lo equivalente a medio día en el universo exterior. Cuando los sumerios descendieron de las montañas en que vivían para inventar la ciudad en la llanura persa, el Capitán fue invitado a participar en la próxima conferencia anual. Mientras preparaba su lista de invitados, Argón edificaba su imperio. Mientras daba instrucciones a sus computadoras en relación al evento, un grupo de temblorosos hombres daban forma a unas rocas azuladas para levantar Stonehenge. Colón descubría América mientras el Capitán supervisaba los cambios y las cancelaciones de última hora; terminaba su cena al tiempo que los primeros cohetes de los hombres orbitaban el planeta, y decidía estirar las piernas antes de retirarse a descansar en el mismo instante en que un sorprendido explorador descubría los túneles de Venus. Mientras Robin Broadhead crecía, llegaba a la adolescencia, viajaba a Pórtico y desde Pórtico, se descubría la Factoría Alimentaria y Robin se hacía cargo de su exploración, el Capitán descabezaba un sueño. Se medio despertó coincidiendo con la partida del equipo Herter-Hall - menos de una hora, según su propia medida del tiempo - y siguió durmiendo mientras ellos realizaban su viaje de más de tres años y medio. A fin de cuentas, el Capitán era aún relativamente joven. Le quedaban algo así como el equivalente a diez años de vida activa intensa todavía, aproximadamente un cuarto de millón de años según el tiempo del resto del universo.

El propósito del encuentro anual era reconsiderar la decisión de los Heechees de retirarse al interior del agujero negro y contemplar qué otras posibilidades tenían a su alcance.

Fue una reunión breve. La mayoría de las reuniones de los Heechees lo eran, salvo en el caso de las reuniones que tenían como fin el disfrute de la vida social; la mediación de las inteligencias artificiales ahorra tanto tiempo que el destino de un mundo podía decidirse en cuestión de minutos.

Se decidieron muchas cosas. Había inquietantes noticias. La estrella del tipo F que habían incluido, con cierta reticencia, en su refugio, mostraba ciertos síntomas que podían interpretarse como indicadores de reciente inestabilidad. Quizás aún tardaría mucho en ser alarmante, pero sería buena cosa alejarla del conjunto. Algunas de las noticias eran tristes pero esperadas. Los mensajes de las últimas naves expedicionarias revelaban que no había evidencia de que hubiera apareciendo ninguna otra civilización capaz de viajar por el espacio. Otras se sabían ya de antemano. Los últimos y más rigurosos tests científicos demostraban que la teoría de los universos oscilatorios era correcta; por lo tanto, la hipótesis del principio de Mach - aunque, claro está, ellos no la llamaban así -, según la cual los números universales podían alterarse en los instantes más tempranos del Big Bang, era válida. En último lugar, se reabrió la discusión en torno a la decisión por la que el tiempo pasaba, en el lugar en que vivían, en una proporción del 1 por cada 40.000 años del universo exterior. ¿Era la proporción suficiente para sus propósitos? Podía aumentarse - tanto como uno quisiera - simplemente contrayendo aún más el tamaño del agujero negro, al tiempo que podía retirarse la peligrosa estrella tipo F. Se decidió que se realizarían una serie de estudios. Se intercambiaron felicitaciones. La reunión había terminado.

El Capitán, una vez terminado su cometido, salió a la superficie para dar un paseo.

Amanecía en aquel momento. Por ello, los paneles de protección se habían oscurecido paralelamente. Aun así, el brillo de unas veinte estrellas desafiaba a su propio sol, refulgiendo en el cielo verdeazulado. El Capitán bostezó desmesuradamente, pensó en desayunar pero finalmente se decidió por un descanso. Se sentó perezosamente bajo la tamizada luz solar, pensando en la reunión y en todo lo que la había rodeado. El parecido entre los Heechees y los seres humanos era suficiente como para que el Capitán se sintiera algo decepcionado por el hecho de que las criaturas que él en persona había elegido y trasladado al artefacto no habían colmado sus esperanzas. Claro que tal vez podrían hacerlo en el futuro. Las naves de los equipos de expedición llegaban cada uno o dos años (siempre según el cálculo temporal Heechee, lo que en términos humanos correspondía a más de cincuenta mil años), y una civilización podía despertar en ese lapso. Incluso en el supuesto de que su propio proyecto fracasara, había otros quince o dieciséis en la galaxia en los que se había vislumbrado la posibilidad de que los seres en cuestión llegaran a desarrollar vida inteligente. Pero la mayoría de esos otros seres no estaban tan desarrollados como sus australopitecus.

El Capitán se recostó en su asiento ahorquillado, bajo cuyo ángulo su unidad de mantenimiento vital pendía cómodamente, y oteó el cielo. ¿Cómo podrían saber en qué momento aparecerían ellos?, se preguntó. ¿Se abriría el cielo en dos? (Bobo, se reprochó.) ¿O acaso la fina concha que constituía su agujero negro se desvanecería sin más? Tampoco eso era demasiado probable.

Pero si aparecían, donde quiera que fuese que lo hicieran, los Heechees lo sabrían.

Porque la prueba estaba allí.

Y la prueba de ello no era comprensible únicamente para las mentes de los Heechees. Si alguna de las razas con las que estaban experimentando llegaba a alcanzar un alto grado de conocimiento tecnológico y de civilización, sin duda también iban a darse cuenta de ello. Iban a darse cuenta de que se estaba registrando un «desplazamiento» de la radiación cósmica 3K, de naturaleza anisotrópica. (Los humanos habían sido ya capaces de detectarlo, pero no habían conseguido todavía interpretar semejante hecho.) La física teórica había demostrado que los números fundamentales que habían hecho posible la existencia de vida, podían ser alterados. (Los humanos acababan de saberlo, pero no estaban del todo seguros.) Las sutiles evidencias que habían puesto de relieve que algunas de las más lejanas galaxias estaban perdiendo su natural tendencia a expandirse, mostraban ahora que algunas de ellas habían empezado ya, de hecho, a contraerse. Esto estaba más allá de las posibilidades de observación de los seres humanos, pero sólo era cuestión de décadas, tal vez, el que pudieran advertirlo.

Cuando estuvo claro para los Heechees no solo que el universo podía destruirse para remodelarlo, sino que de hecho, alguien había empezado a hacerlo en algún lugar, quedaron anonadados. Por más que lo intentaran, no podían decir de quién se trataba, ni dónde ese «alguien» podía encontrarse. Pero de lo que sí estaban seguros los Heechees era de que no deseaban tener que enfrentarse a ellos.

Por eso, el Capitán y los demás Heechees se habían deseado mutuamente suerte y acierto en sus respectivos experimentos y observaciones. No solo por cuestiones de educación y protocolo. No solo por interés profesional. Sino porque era mucho lo que dependía de sus experimentos y observaciones.

Si algunas de las razas que los Heechees habían sometido a observación había llegado a desarrollarse de verdad, a aquellas alturas debían de poseer ya una tecnología considerablemente avanzada. Podían estar encontrando los rastros que los mismos Heechees habían ido dejando tras de sí, y debían de estar bastante atemorizados de ser así, supuso el Capitán. Intentó sonreír para sí al pensar que aquellas razas eran a los Heechees lo que los propios Heechees eran a Ellos, a los Otros.

Fueran «Ellos» quienes fueran.

Por lo menos, se dijo tristemente el Capitán, cuando Ellos aparecieran para volver a ocupar el universo que habían remodelado a su antojo, tendrían que vérselas con las otras razas antes de dar con los Heechees.

FIN